

LOS PUEBLOS INDIOS EN SUS MITOS 4

YANOMAMI

Jacques Lizot, Luis Cocco, Juan Finkers

LOS PUEBLOS INDIOS EN SUS MITOS

4

YANOMAMI

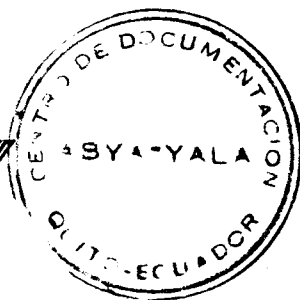
Jacques Lizot, Luis Cocco, Juan Finkers



03703



1993

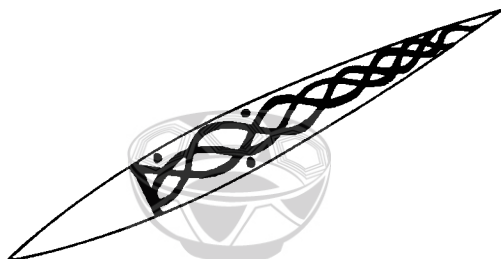


riqueza y densidad simbólica de la mitología yanomami, que, junto a la mitología de otros pueblos, se publica en nuestra colección "500 años".

*Los editores
Octubre de 1991*



PRIMERA PARTE



ABYA
YALA

Jacques Lizot



1

RAPTADO POR LOS BAQUIROS

Karohi theri

Los báquiros (*warë*) obligaron a Sherekanawë a seguirle. En aquel tiempo Sherekanawë los diezmaba. Mientras todo el mundo estaba ocupado en el shapono cocinando carne de báquiro, una nueva manada se aproximaba. El que la había localizado se apuró en regresar para llevar la noticia:

–Una manada de báquiros se encuentra muy cerca de aquí– anunció.

Sherekanawë le confesó a su madre:

–Mamá, mamá, no tienes que sentir ninguna tristeza por mí. He notado que de mi cuerpo se desprende un olor afrodisíaco.

–¿De dónde viene?

–Mamá, ese olor se desprende de mí desde que los báquiros me rodearon y me colocaron en el centro de su manada– declaró.

Los báquiros le habían aceptado como amigo; le habían impregnado de afrodisíaco; no le habían proyectado la sustancia por medio de una cerbatana, como se suele hacer habitualmente. Eran animales con la piel adornada con dibujos circulares, pálidos como la hoja del árbol *tokori*. Ellos fueron los que se le llevaron.

Fueron de caza y cuando estuvieron cerca de la manada:

–Estén atentos, vamos a hacer una pausa, muy cerca de aquí están los báquiros. Paremos un momento para fijar en las flechas las puntas lanceoladas. Los ahumaremos.

Pensaba ahumar a los báquiros ya que todavía tenían carne recién cocinada en la casa.

–¿Dónde están?

–Están por allá.

–¡Eh! ustedes, dénme puntas lanceoladas.

–Ten. Aquí tienes una. Tú nunca fallas uno.

–Cómo no. Dénle puntas. Ustedes nunca matan muchos– dijeron, y se referían a Sherekanawë.

Fijaron a las flechas puntas lanceoladas. Sherekanawë llevaba muchas flechas.

—¡En marcha! ¡Vamos a flecharles!

Avanzaron hasta situarse frente a la manada.

—¡Está bien! ¡Quédense donde están!

Se oía gruñir a los báquiros. En el centro de la manada, exactamente encima, soplaba una ligera brisa. Los báquiros hembras estaban en la periferia; Ekoayoma ocupaba el centro.

La selva exhalaba un olor agradable.

—Como siempre yo flecharé los báquiros que van a la cabeza de la manada— anunció Sherekanawë.

Ya los animales le rodeaban para situarle en medio de ellos. Sherekanawë disparó sus flechas, pero le rodearon. Los báquiros querían llevárselo, y con esta intención se acercaban. Pronto estuvieron tan cerca que ya le rozaban. Parecían infinitos nidos de termitas salpicando el suelo. Sherekanawë disparó más flechas. Las puntas de bambú se le habían dañado, las volteó.

—Vengan aquí a flecharles— gritaba.

Disparó flechas, y más flechas.

—¡Eh! No me quedan más.

Agarró las que le tendían.

—Los báquiros huyen. ¡Tengan cuidado!

Los Yanomami se dispersaron flechando a los báquiros que seguían avanzando sin prestarles atención. Situado en medio de la manada, ya Sherekanawë les seguía. Los animales se lo llevaban.

—¡Es suficiente!

Entonces Ekoayoma le agarró de la mano; Haramiyoma se apoderó de él.

—¡Quédate aquí!, le gritaron.

Los báquiros huían llevándose a Sherekanawë.

—Aë, aë, aë... —gritó una sola vez.

—¡Quédate aquí!

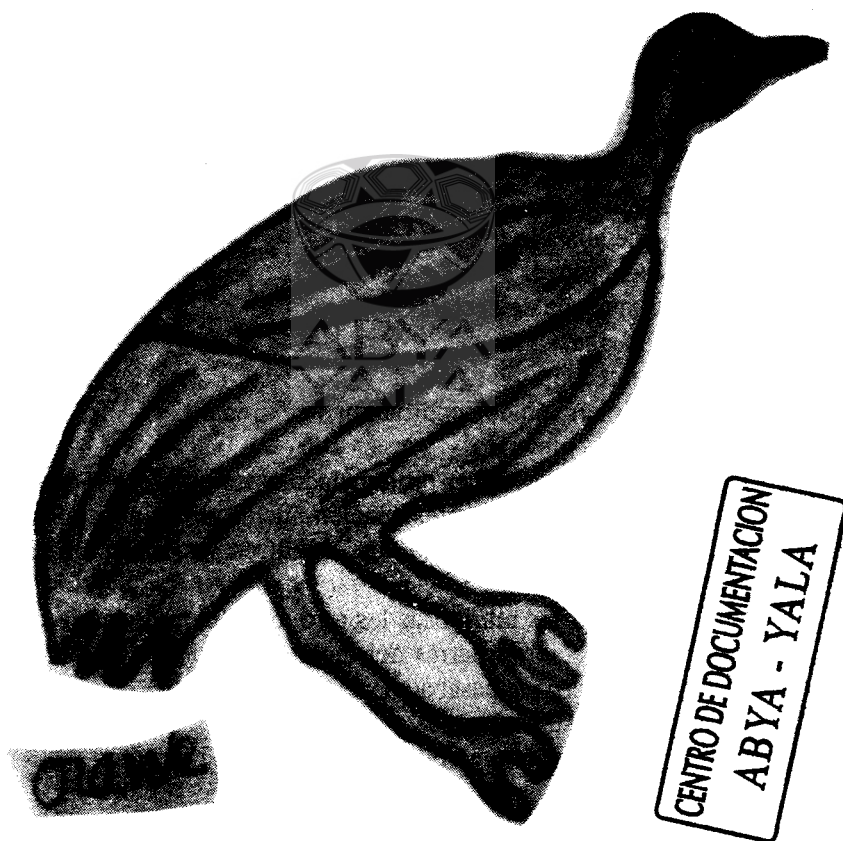
Los Yanomami les siguieron durante un rato con la esperanza de recuperar a su compañero. Pero ya los báquiros acompañados por Sherekanawë, escalaban la Montaña-de-las-gallinetas a2(*hōrēma*). Fue en ese momento que él rompió un pequeño trozo de flecha, de la parte en que lleva la punta. Cuando alcanzaron la cima de la montaña hundió el trozo oblicuamente en el suelo, pensando que iba a brotar. Nacieron del suelo cañas bravas, bastante tupidas, y el pueblo de los tucanes (*mayepi*) se prendió de ellas.

Cuando los Yanomami regresaron a casa, declararon:
-El que habitaba en ese fogón ha acompañado a los báquiros, les ha seguido.

Un anciano exclamó:

-No pensarán, "qué importa esa manada si tenemos todavía mucha carne para comer". ¡Qué desgracia! De ahora en adelante no sufrirá más dolores de cabeza; se ha convertido en un ser diferente.

De ese modo evocaron a Sherekanawë.



LA FIESTA DE LOS CHIGÜIRES Y DE LAS MARIPOSAS

Pishaasi theri

Los chigüires habían invitado a las mariposas a una fiesta. No a una fiesta en la cual se comía alimento, sino una fiesta en la que consumían sus excrementos. Habían acumulado sus excrementos, y cuando tuvieron una cantidad suficiente, habían invitado a las mariposas.

Llamaron al mensajero: habían elegido a una mariposa anciana. Silbaban esperando su llegada.

—¡Vamos! ¡Ya viene el mensajero! ¡Vamos, hijos míos!— decían para darles valor.

En ese instante el mensajero llegó, franqueó el umbral de la casa y dijo:

—Tu, tu, tu...

—¡Por aquí! ¡Ven a situarte aquí!— le gritaron.

—Yo soy un Waika,

Ese árbol que allá a lo lejos se levanta,
quieren desgajarlo.

Eso es lo que acabo de declarar.

Yo soy un Waika,

Esta viga del techo,

Yo tengo la intención de hendirla por su extremo.

Eso es lo que yo pretendo.

Se volvió después de haber pronunciado estas palabras. Todas las mariposas realizaron la danza de presentación, incluso los niños.

Cuando hubieron terminado, los chigüires las invitaron a sus hogares.

En este momento las mariposas les arrojaron fuera de su vivienda. Los chigüires permanecieron detrás del techo y se vieron obligados a mirar por las aberturas lo que pasaba en su propia vivienda.

—¡*Ai tasiyē*!, dijeron en su lengua.

Las mariposas estuvieron a punto de partirles el hocico.

3 LAS ABEJAS HABLADORAS

Pishaasi theri

Hace tiempo, mucho tiempo, las abejas, al igual que los Yanomami, hablaban. Por todas partes, en la selva, sus voces se entremezclaban confusamente. Zorro guapán estaba cansado de oírlas, y nuestros antepasados cobraron aversión a su charla. Les manifestaron su hostilidad y entonces las abejas se callaron; habían desaparecido, habían subido al cielo.

Por la mañana, desde el amanecer, las abejas comenzaban a vocear. En verdad que eran muy numerosas. Esto es lo que decían:

—¡Hay aquí miel *yamona* ! ¡Nosotras tenemos!

—¡Yo soy la abeja *husira*, no hay nada por los momentos!

—¡Nosotros somos dos nidos de abejas *hiporo*, juntos uno con otro! ¡Hay miel!

—¡Aquí está lleno de miel *yoi* !

—¡Aquí se encuentran varios nidos de abejas *rōmorōmoma* !

—¡En el hueco de los troncos (de árbol) hay muchos nidos de abeja *wapoko* ! Van a fatigarse mucho recogiendo nuestra miel.

—Yo soy la abeja *tima* y mi nido está pegado a un tronco de árbol. Tengo miel en estos momentos.

Se oía a las abejas por todas partes, pareciera que fueran Yanomami.

—Yo soy la abeja *yoi*. Mi nido se encuentra en un tronco.

—Nosotros somos las abejas *yamona*.

Más allá, en esa dirección, se levantaba una montaña alta, y allí se oían más voces:

—Nosotros somos las abejas *yamona*, que vivimos en los troncos de los árboles.

Un día, en el que, como de costumbre, las abejas hacían oír sus cotorreos ensordecedores, Zorro guapán se puso a gritar con una voz potente:

—¡Silencio, cállense! ¡Estamos hartos de oírlas!

Las abejas no respondieron, se elevaron hacia el disco celeste, allá donde vive el alma de Miel, y allí se agruparon para libar. Desaparecieron

de la superficie de la tierra. Zorro guapán corría en vano a todos los lugares donde él sabía que podía encontrar miel.

—Pero, es que aquí había, hace poco tiempo.

Por más que se esforzara en buscar, no encontraba nada. Se apresuraba en ir a otro lugar, siempre inútilmente.

—Dos nidos de abejas *hiporo* afirmaban estar en este lugar, y sin embargo no las veo.

Corría a otra parte, buscaba, no encontraba nada.

—Las abejas *yamona* decían encontrarse aquí.

Iba a mirar a otro lugar, nada.

—Me acuerdo bien haber oído aquí a la abeja *tima*.

En otro lugar más.

—Aquí, al amanecer, se escuchaban nidos de *rōmorōmoma*.

Subía a un árbol, descendía: no se veía ningún nido de abeja.

—Abejas, ¿están ahí? ¡Abejas respondan!

Zorro guapán las llamaba en vano; se habían refugiado en el cielo.



LOS CAZADORES DESAFORTUNADOS

Karohi theri

Los Waika remontaban el río.

—Cuñado, mira a ver si el agua se ha enturbiado a su paso. Mira a ver si corre agua turbia delante de nosotros. Esta vez mataremos a la nutria, acabaremos con ella. La mataremos de una vez por todas.

Avanzaban en el agua. En muchas ocasiones anteriores los antepasados habían dejado huir a la nutria (*proro*). Esta burlaba todas las veces su deseo de carne.

—¡Hay agua turbia de nuevo delante de nosotros! En este lugar es donde suele aparecer. Vamos por ese lado, la desemboscaré yo. Atención, mfrenla, allí está bajando la corriente como otras veces.

Se la oía resoplar con fuerza. La nutria andaba, a flor de agua, hacia ellos, en un lugar donde ella aparecía ante los Yanomami. La nutria se aproximaba, levantaba la cabeza sobre el agua.

—Vayan por allá, yo soy el que la flechará. Voy a flecharla de una vez por todas.

Si la nutria levanta la cabeza es que percibe a los Yanomami como puntos minúsculos.

—Se asustó.

Son los *hekura* los que le han enseñado. La flecha no hizo más que rozarle el cuello, y enseguida la nutria se puso a nadar bajo el agua.

—Vamos, vamos por aquí.

Nada bajo el agua en dirección a la orilla alta.

—Se ha metido en ese agujero, aquí. Acaba de meterse. Esta vez la mataremos.

Al menos es lo que ellos dijeron. Sondearon con el pie un lugar tras otro, durante este tiempo la nutria se había agazapado en un agujero en el último extremo de la orilla alta.

—¡Está allá!

Pero la nutria se fugó.

—Apúrense, apúrense, quiten las cuerdas de los arcos.

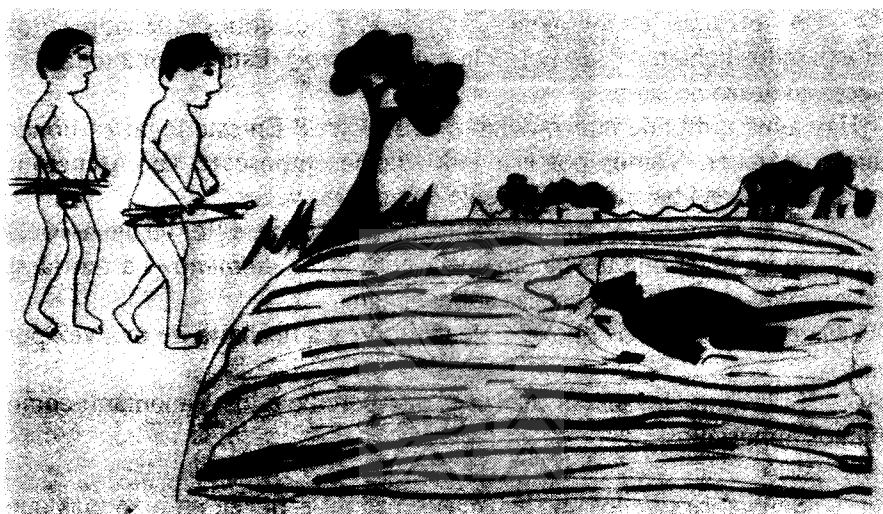
La nutria se había perdido en un agujero muy pequeño, y allí estaba escondida.

Picaron con sus arcos en la orilla alta para desmoronarla, esperando de este modo alcanzar al animal.

Desmoronaron toda la orilla sin encontrar a la nutria.

—¡Qué mala suerte! ¿Dónde desaparece cada vez? ¡Qué contrariedad! Son los *hekura* de los Shamathari quienes le enseñan esas mañas, son ellos los que la adiestran. ¡Si yo pudiera tener el placer de sancocharla y tomarme su caldito!

Así hablaron los Waika; esto es lo que dijeron al caer la tarde.



5
EN LAS ARENAS MOVEDIZAS

Karohi theri

Por allí, en esa dirección, creo yo, es por donde el demonio de las arenas movedizas atrajo hacia sí a los Waika.

—Niños, por allá hay arenas movedizas, no se acerquen ¡Hay arenas movedizas! Se hundirán, serán tragados.

Se les advirtió en vano: ellos se obstinaron.

—No hay arenas movedizas— decidieron.

—Voy a buscar cangrejos.

Buscaron los cangrejos subiendo una pequeña corriente de agua. Introducían la mano en los agujeros donde se encuentran los cangrejos para asegurarse que allí había. Pronto llegaron a un lugar donde la arena se estremecía en la superficie.

—Los agujeros son como deben ser.

Hurgaban con los dedos.

—Los agujeros están bien, debería haber.

— Los demás han ido allá abajo, con el vientre vacío, a buscar algo para comer.

Se acercaron a las arenas movedizas, la superficie del agua estaba agitada por remolinos. Fueron atrapados, el demonio de las arenas (*heñhēturiwē*) les atrajo hacia él.

El demonio les arrastró al fondo. Cuando llegó la noche reventaron burbujas de aire en la superficie del agua, se formaron torbellinos; parecía como si la arena fuera a desecarse: era el demonio que levantaba la cabeza hacia el cielo. Pero el agua se puso a burbujear de nuevo en la superficie: era el demonio nototecta (*motoheri*) que se divertía. El demonio de las arenas movedizas se dirigió hacia mí, shamán, en el lugar donde la corriente de agua termina en un callejón sin salida.

EN LA ROCA DE LOS BRUJOS DESPEÑADOS

Karohi theri

Los brujos fueron precipitados en el abismo de la roca de los brujos despeñados. Los brujos se acercaban a su punto de destino. No se dijeron: "Esta noche caminaremos en la llanura", ellos quisieron a toda costa dormir al borde de un precipicio.

—Reunámonos aquí, mañana descenderemos. Cuando lleguemos a la llanura nos emboscaremos al borde del camino.

—¡Sí, durmamos aquí!

Rastrillaron el suelo para retirar las hojas secas. Un anciano aconsejó:

—Amontonen las hojas cerca de ustedes, al lado de cada uno, mañana por la mañana las esparciremos de nuevo para borrar nuestras huellas.

Después de haber limpiado el suelo, los brujos sintieron la frescura de la noche.

—Enciendan hogueras pequeñas.

Un hombre de una gran fealdad se sentó apartado en un lugar en que unos árboles raquíticos se aferraban a las rocas. Durmieron un buen rato: solo el feo había permanecido despierto. Un crujido seco anunció la inminencia del derrumbe.

—¿Qué es ese crujido? ¿De dónde viene ese ruido? ¿No corremos el riesgo de vernos precipitados en el vacío? ¡Vamos a morir todos en el barranco!—dijo alarmado.

El hombre feo tendió bruscamente las manos hacia el follaje inclinado sobre él para asirse a una rama, y el suelo se hundió precisamente en el lugar en que se encontraba sentado un instante antes.

Los cuerpos de los brujos rebotaron varias veces contra la roca.

—¡Qué espantosa desgracia! ¿Ninguno permanecería vivo?

Todos yacían en el fondo, muertos.

En cuanto se hizo de día inició el regreso. Se apresuró a recorrer el camino de desgracia que habían tomado a la ida. Llegó a la vivienda e informó inmediatamente a los demás:

Cuando nos acercábamos a nuestro punto de destino, la pared de la roca, en donde estábamos reunidos para pasar la noche, se hundió. Todos

fueron arrastrados, ninguno quedó vivo.

Partieron a toda prisa. Se acercaron al sitio en que había tenido lugar el accidente. Rodearon la roca y descubrieron a los brujos pintados de negro. Ya estaban hinchados. Los hombres transportaron a los muertos a espaldas para llevarlos a la casa donde los incineraron a todos.



MURCIELAGO RESUCITA A LOS MUERTOS

Pishaasi theri

La época en que vivía, Murciélago se desplazaba de un lugar a otro y resucitaba a los Yanomami que estaban muertos. Acudía junto a aquellos a los que afligía un duelo. Tenía incluso el poder de hacer revivir a los niños cuyo cadáver ya olía mal. Murciélago era ciego y había que transportarlo a espaldas de un hombre, con ayuda de una correa de corteza.

Cuando quería hacer recobrar la vida a un muerto, cogía una pizca de alucinógeno que aspiraba después de haberlo colocado en la palma de la mano. Se limitaba, entonces, a deslizar los dedos a lo largo de las cuerdas de la hamaca donde yacía el difunto y, muy suavemente, le palpaba. No era verdaderamente una cura shamánica, no entablaba combate con los espíritus del mal. Desplazaba las manos, palpaba con la punta de los dedos el cadáver, apoyaba la oreja contra su pecho. Sus ágiles dedos corrían a lo largo de la cuerda de la hamaca, a lo largo de la cuerda que se amarra hacia el lugar central, a lo largo de la cuerda que se amarra hacia la parte baja del techo. Y la vida volvía, se recobraba la respiración.

Si había varios muertos resucitaba a todos, tanto a los hombres como a las mujeres. Palpaba la hamaca, se apartaba, desplazándose en cucullas, y la vida renacía.

Murciélago y su mujer murieron al mismo tiempo. Sus padres levantaron una plataforma en la selva, a cierta distancia de la vivienda. La plataforma tenía dos niveles, en el de abajo colocaron a la mujer, en el de arriba colocaron al hombre. Después cubrieron los cadáveres con ramas para protegerlos de los carroñeros y de los felinos, y regresaron. Mientras volvían a su vivienda oyeron la llamada de un ser que no consiguieron identificar. Decía algo así como:

—¡Hooo! ¡Vengan a buscamos!

Imaginaron que era el rugido de un jaguar y tuvieron miedo de aventurarse en la selva; estaban convencidos que una fiera rondaba cerca de los muertos.

Sin ayuda ninguna los muertos habían resucitado. En la vivienda, algunos presintieron que un hecho insólito se había producido.

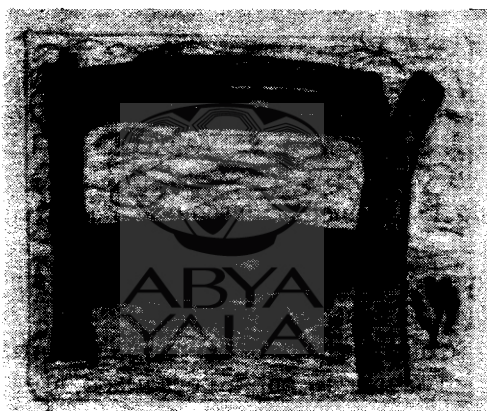
—Ruidos extraños provienen del lugar en que yace una mujer, dijeron.

Los ancianos se dirigieron a los jóvenes:

—Hijos, apúrense en ir a ver lo que pasa allá.

Los jóvenes se dirigieron en varios grupos hacia la plataforma con intención de flechar a los zamuros, pero creyeron oír al jaguar y desandaban el camino cada vez, sin poder verificar lo que pasaba.

Entretanto, después de haber recuperado la vida, Murciélago y su mujer se habían liberado de las ramas que aseguraban su protección. Habían descendido de la plataforma, y se habían purificado mediante un baño en el río. Murciélago, al no acordarse del camino, se había puesto a gritar para llamar. Su llamada era lo que habían confundido con el grito del jaguar. Como nadie venía, se habían alejado; durante ese tiempo los otros les buscaban.



RESURRECCION DE UN PERRO

Karohi theri

Era un perro de los ancianos, un perro grande, buen cazador, gracias a él habían matado innumerables dantas. Este perro se llamaba Tokorinawë, y era grande.

—Se cuenta que gracias a él comen con frecuencia danta— dijeron los envidiosos chamanes de otra comunidad.

Entonces ordenaron a los *hekura* que mataran al perro. Mientras tanto, los dueños del perro quisieron ir de caza:

—Lánzalo a perseguir una danta. Tenemos que aprovisionarnos de caza, el perro ha permanecido varios días sin cazar. Llévale a cazar dantas— decidieron.

Salieron de caza en compañía del perro. En eso los *hekura* se habían emboscado a lo largo del trayecto que iban a recorrer. Unas huellas de danta cruzaban el camino.

—¡Aquí hay huellas!

El perro siguió las huellas, desemboscó a la danta y se puso a ladrar.

—Apúrense, gufense por los ladridos del perro. ¡Apúrense! Hijos, corran cada uno por su lado, ya le ha desemboscado.

Corrieron. Se oían los ladridos del perro que corría en círculo, pero pronto cesaron: un jaguar lo había decapitado. Cuando cesaron los ladridos, buscaron sin referencia, después siguieron las huellas de la danta.

—Aquí es donde han cesado los ladridos, se oían describiendo un círculo.

Siguiendo las huellas de la danta, descubrieron al perro muerto.

—¿No lo habrá matado un jaguar? Una fiera le hincó sus colmillos. ¡Qué desgracia!

Se llevaron al perro. Su cuello estaba completamente destrozado, la cabeza había sido cortada del todo. Lo pusieron en el suelo; lo lloraron.

—¡Mi pobre perro era un gran cazador!

Se afligieron de verdad.

El dueño del perro se puso a reflexionar; iba a resucitarlo. Lo puso sobre una roca, después sobre otra: lo puso así sucesivamente sobre varias rocas. Después invocó a los *hekura*:

—¡Qué mi perro resucite!

Nunca se hubiera creído que eso fuera posible.

—Esta garganta cortada, esta garganta, ¿no ven que comienzan a recomponerla? ¿Por qué los chamanes han hecho caer esta desgracia sobre mi animal?

Colocó el perro sobre una gran roca plana.

—Ahí donde estás tú, estamos a punto de aparecer— cantaron los *hekuras*.

Pusieron en un sitio la cabeza del perro, hicieron sanar la herida. No podría decirse que el perro hubiera estado muerto, lo resucitaron.



VISITA A LAS ALMAS

Karohi theri

Un Yanomami que acababa de ser iniciado como chamán, llegó al lugar donde se reúnen las almas. Las termitas (*oshe aka*) habían sido invitadas por las almas a una fiesta de frutos *momo*, y le pidieron que las acompañara.

Fuera, las termitas soldados se preparaban, se cubrían los cabellos con plumones blancos; mientras tanto, las termitas aladas habían entrado en la casa donde revoloteaban.

—Atrapen a las termitas aladas, están saliendo de su nido— decían los Yanomami.

—Tengo ganas de cagar— declaró uno que acababa de ser iniciado chaman.

Todavía sucio de la reciente ceremonia, franqueó el umbral de la vivienda. Se encontró de repente entre las termitas soldados que tenían cubierta la cabeza con plumones blancos.

—¿Qué hacen?

—Vamos a una fiesta de frutas *momo* y participaremos en la danza de presentación. Nos han invitado. Vente con nosotras, le dijeron las termitas.

—No me provoca ir.

—Vente con nosotras, regresaremos mañana. Nos dejarás mañana. ¡Mañana!

Las termitas le convencieron para que las acompañara. El hombre se iba a divertir con ellas. Se divertieron, bailaron, después las almas, una tras otra, invitaron a las termitas a sus fogones.

—Ven aquí, ven entre nosotros— decían a sus huéspedes.

Eran tan numerosas que colgaron sus hamacas unas junto a otras, y el hombre estaba con ellos, en medio. Las almas ofrecieron cestas llenas de *momo* que pusieron entre sus apretados huéspedes.

—Vamos, ha llegado el tiempo de la diversión, el sol está bajo. El sol está sobre el horizonte, bailen sin tardar, dijo el alma de un anciano.

Y las almas bailaron también.

Durmieron. Por la mañana las almas ofrecieron a sus huéspedes grandes cestas con frutas *momo*.

—Vamos, marchémonos— decidieron las termitas.

Descendieron todos al mismo tiempo de las hamacas, sin decir una palabra al hombre que las acompañaba y se fueron. Durante el camino de regreso las termitas hicieron marchar al hombre de primero, entonces fue cuando le confesaron:

—Allí donde estuvimos, entre las almas, estaba tu hermana.

—¿Por qué no me lo dijeron? ¿No se les ocurrió pensar que yo la hubiera recuperado? ¿Por qué no me informaron?

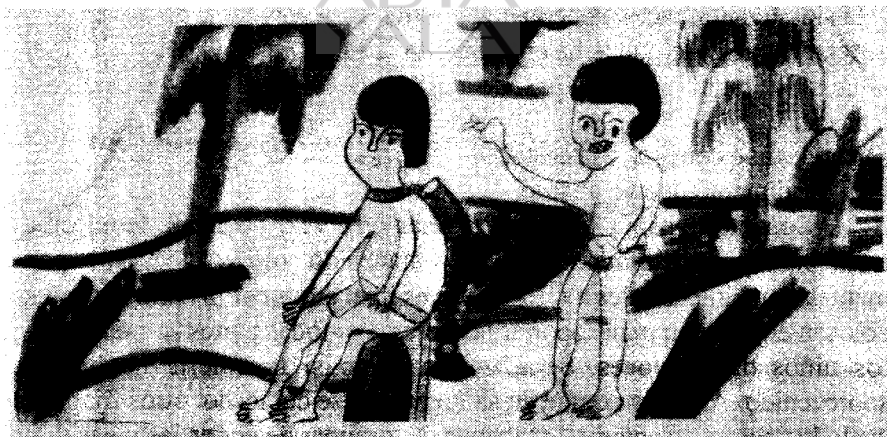
El hombre que se había encontrado mezclado con las termitas aladas conoció en el cielo la casa de las almas. Llegó a donde los suyos llevando un gran cesto de *momo*, franqueó de nuevo el umbral de la vivienda.

—¿Qué es eso?

—Son frutas *momo*, *momo*.

—¿Quién te las ha dado?

—Las almas. Las termitas, las que ustedes atrapan, me invitaron a acompañarlas. No lloren, no lloren más. No se aflijan sin razón, sepan que las almas están bien vivas. Están juntas, están vivas, en sus hamacas; se les puede ver.



10 EL RETORNO DE LOS ESPECTROS

Karohi theri

Las gallinetas llevan a las almas volando al lugar donde se reúnen. La muerte acababa de diezmarlos. Entre los sobrevivientes, que no ocupaban más que una parte de la casa circular había una mujer. El duelo acababa justo de afligirla; la vieja estaba abatida por la tristeza: acababa de incinerar a su hija, y la cesta en que guardaba los huesos estaba colocada en su fogón. Los muertos acababan de volver, los espectros habían entrado todos juntos en el shapono.

—Reconstruyan el shapono exactamente como estaba— dijeron.

Los espectros se afanaron ruidosamente; limpiaron el suelo.

Ella estaba con ellos y se presentó a su mamá. En el lóbulo perforado de sus orejas lucían ensartadas flores (*thoru*) de un color rojo resplandeciente. Sus orejas eran bellas. Se sentó, al llegar, en el borde de la hamaca con su mamá.

—¿Mamá?

Sus ojos atentos examinaban todo.

—Mamá, ¿qué es eso? ¿Qué es lo que han quemado en el lugar cubierto de hojas?

—Ha sido tu hermano: ha quemado la tierra.

—Mamá, ¿que es lo que te ha ennegrecido la cara?

—Fue tu hermano: me ha pasado carbón de madera por la cara, esta mañana.

—Mamá, ¿qué contiene esa cesta?

—Un condimento que yo guardo.

Su nené se había puesto a mamar otra vez; no había tenido más leche para tomar. Su marido había permanecido solo y, al verla, experimentaba una intensa alegría. Las mujeres iban a romper los tirantes que se colocan en el techo para soportar las hojas. Por todas partes se oían voces; los niños daban voces. Se afanaron como si la muerte no hubiera sobrevenido. Algunos ponían en su lugar la base del techo, otros fijaban al suelo los postes delanteros. Acababan de terminar de cortar las vigas y los postes que iban a necesitar. Pero, en cualquier momento, la gallineta puede pensar que ha llegado el momento. Algunos habrán terminado su tarea, otros vagarán todavía en la selva, pero ella no lo tendrá en cuenta.

Toda la madera que se necesitaba para reconstruir la vivienda estaba reunida.

—Coloquen los hogares contiguos, como estaban antes; reharemos la casa con la misma disposición, habían decidido.

Un loro (*werehi*) estaba tranquilo, posado en el extremo de una estaca. ¡Qué bella era la hija! La madre estaba feliz, estaba verdaderamente feliz. La hija había dejado de preguntar. Ese fuego caníbal flameante, ese fuego de un rojo de espanto: los ojos habían tomado su color y su semblante No había equivocación posible, tenía completamente el aspecto de un espectro.

Estaban ocupados en juntar, amarrándolas, las diferentes partes del shapono; fue en ese momento en que la gallineta hizo oír su canto. Los fantasmas de los muertos (espectros) la buscaron.

—Hijos, hijos míos, ¿no ven la gallineta? La escuchan cantar, pero permanece invisible. La rodeamos y no la vemos. Me coloco lo más cerca posible del lugar de donde proviene su canto, mis ojos vagan en la búsqueda, pero permanece invisible— declaró el fantasma de un anciano muerto.

La gallineta estaba posada al descubierto, a plena vista, pero extraviaba los ojos de los espíritus, los desorientaba. Cuando repentinamente alzó vuelo, los espectros se asustaron, desaparecieron sin más, para acompañarla al cielo.

La madre tenía a su hija sentada al borde de la hamaca, cerca de ella, pegada a su cuerpo. Cuando bruscamente se hizo el silencio la estrechó entre los brazos, pero solo dos carbones de madera le quedaron en las manos. Justo en el momento en que la gallineta tomaba impulso, el loro había respondido a una de las preguntas de la muerta:

—Esos son tus huesos incinerados, había dicho.

11
EL ANTOJO DE LA MIEL

Karohi theri

Por la mañana, muy temprano, despertó a su yerno, pues hacía ya un rato que había amanecido:

—Muchacho, ¿tienes sueño todavía? Gracias a tu aguda vista los demás toman con frecuencia miel diluida en agua; yo quiero tomar también. Me mostrarás los nidos de abeja.

Su yerno era el hijo de Zorro guapán.

—Suegro, apurémonos en salir. Por la mañana, cuando el sol está todavía saliendo, las abejas son bien visibles.

—Sí. Espera un momento que me pinte una línea de onoto en la frente. Yo también soy capaz de encontrar nidos de abeja.

Con la punta de los dedos se trazó una línea marrón que le enmarcaba la cara.

—¡Vamos!

—Suegro, llévate el hacha al hombro.

—Ya la llevo. Vamos pequeño, tú me chuparás los dedos.

Tok, tok, tok...: los dos se pusieron en camino. El yerno seguía al suegro.

—Suegro, por allí, en esa dirección, se encuentra siempre.

En el punto donde dejaron el camino, el suegro despejó el suelo de los restos vegetales que lo cubrían y colocó un puñado de hojas. Esto trae suerte.

—No importa que limpies o no, encontraré miel de todas maneras— dijo el yerno.

Varias veces el suegro estrujó hojas entre sus manos.

—En esa dirección, hay nidos de abejas en los árboles.

Esta vez el yerno precedía al suegro.

—Suegro, suegro, aquí hay miel *mashipuma*.

—Déjala, se nos pondrá el culo terroso.

Se pusieron en marcha. No lejos de allí.

—Suegro, aquí hay miel *narimi*.

—¿Dónde? Seguramente serán avispas *mamokasi yakokorimi*.

Se pusieron en marcha: tok, tok, tok...

- Suegro, aquí hay una excelente miel *shapomi*.
–Son abejas *pahari*, son feroces, ¡dejémoslas!
Y se alejaron de nuevo.
–Suegro, aquí, encima de nosotros, hay miel *himoto*.
–¡Párpado con pestañas dispersas!
Se pusieron en marcha.
–Suegro, aquí hay miel *ami kē ushi*.
–Se nos enrojecería el glánde.
Renunciaron una vez más.
–Suegro, hay miel *tima*.
–Nuestros ojos tendrán ojeras.
Se pusieron en marcha de nuevo por allá.
–Suegro, aquí hay muy buena miel *husira*.
–¡Labio colgante!
Fueron en esta dirección.
–Suegro, suegro.
–¿Qué?
–¡Ven a ver! ¿Cuál es la miel que tú prefieres?
–Seguramente son avispas *mamokasi yakokorimi*.
Renunciaron otra vez más.
–Suegro aquí hay muy buena miel *heshe*.
–¡He! ¡He!
Estaba feliz. Era la que prefería.
–Muchacho, quédate sentado al pie del árbol.
Se puso a trepar. Era cómodo para agarrarse, era un gran árbol
(*ra*) con salientes.
–Suegro, hay que agrandar el agujero.
–¡Alcánzame unas hojas!
–Enseguida iré a recogerlas.
–Recógelas.
–Suegro, deja caer las larvas.
–Ya me ocuparé de las larvas.
Trituró las larvas, trituró también el polen y los deshechos;
presionó la cera entre las manos. Eso es lo que hizo.
–Muchacho, espera un momento. Yo separo la miel y arrojo luego los
deshechos.

Pero en lugar de hacer lo que decía, llenaba completamente con miel el agujero del árbol; ya había arrojado la cera. De vez en cuando se inclinaba hacia su yerno que levantaba la cabeza hacia él, pues quería dejarse caer en el hueco del árbol. En un momento en que el yerno se inclinó para sacarse una espina del pie, mientras estaba ocupado, se dejó caer en el agujero. El yerno levantó la cabeza.

—Suegro, suegro— gritó.

—Wa, wa...

Ya se había transformado en una rana (*wana hena*).

De inmediato la boca del agujero comenzó a reducirse y se encontró aprisionado.

—Wa, wa, hu, hu...— croaba la rana.

La boca del agujero se había estrechado. Thorupewë se había metamorfoseado.



12
EL CACHICAMO AMPUTADO

Pishaasi theri

Hōrōnami se había perdido: quería enseñar a los Yanomami el arte de perderse. Cuando estaba extraviado encontró a Cachicamo en una región llamada Yakërë. En la montaña se había equivocado de valle y oyó un ruido.

—¿Qué provoca ese ruido? Voy a ver— pensó.

Se aproximó. Cachicamo (*morō*) estaba ocupado recolectando miel. El ruido del hacha de piedra se oía muy lejos, a una distancia tan grande como la que nos separa de Warakuawë; era el eco de un canto que decía así:

—Hay muchas hojas de *shēpinama*

—Hay muchas hojas de *mokoro*

—Hay muchas hojas de *pishaa*

—Hay muchas hojas de *weima*

—Hay muchas hojas de *umorōmi*

—Hay muchas hojas de *pishaasi*

Hōrōnami se puso a la vista:

—¿Qué clase de miel estás recolectando?— preguntó.

—Recojo miel *ima*, pero no llego a alcanzar el hueco del árbol— respondió Cachicamo.

—Yo tengo la costumbre de deslizarme directamente en el agujero por el pie del árbol: así es como yo como la miel. Cavo el suelo, penetro en el hueco del árbol y como la miel— dijo Hōrōnami a Cachicamo.

Cachicamo lo hizo así y se introdujo en el árbol por el agujero. Comió la miel. Mientras estaba ocupado en comer, Hōrōnami cerró el hueco, dejando la superficie uniforme como si no hubiera existido nunca un agujero.

Cuando Cachicamo hubo comido toda la miel, Hōrōnami se paró para escuchar. Cachicamo retrocedió.

—¡He, he! Estoy aquí— dijo de pronto.

Hōrōnami se rió burlonamente. Cachicamo reflexionó un instante, después hizo reventar el árbol (*horœti*) en el cual se hallaba encerrado. Con la violencia del choque Hōrōnami cayó sin conocimiento. Per-

maneció mucho tiempo tendido en el suelo; cuando recuperó el sentido, exclamó:

—¡Qué rabia!

Recogió el hacha de piedra caída en el suelo y mientras Cachicamo seguía enredado entre las ramas del árbol caído, lo cortó en dos.

Amputado de ese modo, la parte delantera de Cachicamo se puso a cavar el suelo haciendo un agujero por donde penetró, arrastrando detrás de sí los intestinos que se le habían salido. Cachicamo se convirtió entonces en animal.



13
COMIENDO FLORES

Shuimiwei theri

Puerco espín descubrió las flores *nai*. Se iba a comerlas a escondidas y le producían un gran placer. Los otros ignoraban este manjar; nunca decían: "Esas son flores *nai*"; Puerco espín era el único que las comía y se cuidaba muy bien de divulgarlo. Sin embargo, iba a permitir descubrirlas, iba a mostrárselas. Un día alguien le preguntó: –Suegro, suegro, ¿cuáles son esas flores que crecen ahí? ¿Son buenas para comer? ¿Qué pueden ser?

Puerco espín trajo un cesto a la casa.

–Suegro, ¿qué hay en el cesto que has guindado?

Le preguntaron, pero él no se apuró en responder. No obstante iba a darles a conocer el nombre:

–¡Son flores *nai, nai* ! ¡Cómanlas! Se llaman *nai*. Hay muchas y yo las como con gusto.

Fueron todos a los árboles y se pusieron a comer enseguida. Por allá el pueblo de las guacamayas comía.

–Aquí las más son suculentas.

Cortaron ramas para recogerlas. Hacía un buen rato que las comían cuando comenzaron a transformarse en loros (*ěrima*). Como hacían un escándalo espantoso, el que les había enseñado, Puerco espín, trepó al árbol, se cambió en animal. Se fue a habitar por allá, no en un árbol de cualquier especie, sino precisamente en el tronco hueco de un árbol *nai*.

Ellos se cambiaron en pájaros. Algunos se convirtieron en *wakokoami*, otros en loros (*ěrima*). Los que se transformaron en perdiz (*pokorami*) se pusieron a comer las flores caídas al pie de los árboles.

–Recojan las flores, cómanlas.

Los que pronunciaron estas palabras se convirtieron en gallinetas (*hōrēma*).

14
LA EQUIVOCACION DE VENADO

I

Karohi theri

Las palmas pijiguao que se levantan cerca de aquí, fueron antiguamente el pueblo de los arrendajos amarillos (*ēyēkōrēmi*) que son dueños de la especie de pijiguao de drupas claras. Estos pájaros ¿no tienen acaso el lomo claro? Por su parte el pueblo de los arrendajos de lomo rojo (*ishērōmi*) eran dueños de la especie de drupas rojas. Antaño eran Yanomami; se cambiaron en pájaros.

Venado:

—¡Hija mfa, hijita!

Venado quería mandarla a buscar frutos de palmas manaca. El creía que se trataba de pijiguao. Las manacas crecían alrededor de una elevación y sus racimos estaban en la parte baja del tallo. Los racimos de las manacas, se distribuían rodeando el tallo como los de los pijiguaos. Era fácil confundirlos.

—Hija, vete allá a recoger mis racimos de pijiguao. Por ese lado hay un camino de arbustos cortados a mano que conduce hasta allí: es el sendero que lleva a los pijiguaos. Ve de prisa a tumbarlos con una vara. Los racimos están muy bajos en el tronco, las drupas son muy claras, están maduras. Cógelas, tengo ganas de comerlas— dijo Venado.

Confundía las especies. La hija de Venado llamó a Arrendajo, su marido:

—Mi padre nos pide que vayamos a buscar *rasha*. Dice que las palmas están por allá. Es por ese lado que desemboca el camino que lleva hasta allí, en esa dirección han abierto un paso en la vegetación rompiendo los arbustos a mano.

—¿Es verdad que hay pijiguaos?

—Yo no sé. Vamos.

Fueron los dos juntos.

—Aquí están los arbustos rotos a mano, el camino lleva en esa dirección. Aquí está el paso que ha sido abierto.

Se dirigieron hacia un alto. Arrendajo conocía bien los pijiguaos;

los buscaron en vano de un lugar a otro.

—Y sinembargo es aquí, en este lugar, donde las ramas han sido rotas, ¿no confundiría las palmas manaca con las de pijiguao?

—Es aquí donde yo he roto los arbustos a mano.

—¿Estas son palmas de pijiguao? No, son palmas de manaca. Los pijiguao no se parecen a éstas, dijo Arrendajo. Estas son manacas. Ven, vamos a tumbar los racimos de pijiguao de mi conuco, allí donde viven mis papás. Los racimos de estas drupas cuelgan bajos y los frutos son rojo-claro.

Llegaron al lugar donde se encontraban las palmas de Arrendajo.

—Tu papá está equivocado, así es el pijiguao. Míralo. Así son estas palmas.

—¡Qué extraño!

Tumbaron los racimos con una vara.

—¿Será suficiente?

La hija de Venado cargaba una cesta. ¡Y su papá que había querido que llevara manaca como si fuera pijiguao! Ella colocó los racimos en la cesta; su esposo llevó dos racimos, pegados uno contra el otro, en la espalda.

—¡Vámonos ya!

Regresaron. No más llegar quiso mostrar a su padre el pijiguao; los colocó delante de él.

—Mira papá: así es el pijiguao. Lo que recogíamos nosotros era manaca. Míralo un momento.

Venado dejó vagar su mirada de un lado a otro.

—¿Dónde está la concha de caracol que contiene el alucinógeno? ¡Mi concha de caracol!

Hizo subir todos los músculos de su pierna hacia los muslos; ya comenzaba a metamorfosearse. Arrendajo pensó de repente que su esposa podía escaparse con su padre, así que estaba echado en su hamaca, con los pies en el borde, listo para saltar. Venado hizo subir todos los músculos de sus brazos a los hombros dándose masajes, y seguidamente huyó. Mientras corría lanzó una mirada a su hija para ver si le seguía. En el momento en que la hija se precipitaba para seguir al padre, Arrendajo, el marido, la agarró.

—¡Papá, por aquí! ¡Déjame ir con él! ¡Papá!— gritaba.

Ella sollozaba.

II

Pishaasi theri

Antaño Venado era Yanomami. Comía frutas manacas pensando que eran pijiguao. Arrendajo (ëyëkõrëmi) era su yerno. Venado dijo a su hija:

–Hija mía, vete con tu esposo a buscarme pijiguaos. Recoge también unos cambures *tapitapirimi*.

Envió a Arrendajo, que partió en compañía de su mujer. La hija de Venado indicó con el dedo las palmas manaca.

–Ese es el pijiguao.

–¿De verdad?– dudó Arrendajo.– ¿Así es el pijiguao? Estas son palmas de manaca.

Trepó a una palma y mordió varias drupas. Descendió y regresaron a la casa.

Inmediatamente la mujer informó a su papá:

–Papá, parece que es manaca, parece que no es pijiguao.

Después de habérselo dicho, ella y su marido regresaron al pueblo de los arrendajos amarillos. Muy cerca del suelo colgaban abundantes racimos de pijiguaos. Los transportaron a la espalda; después ella rompió una espina, rompió igualmente la punta de una palma. Cuando llegaron dijo:

–Papá, parece que este es el verdadero pijiguao: los tallos tienen espinas y las palmas se inclinan suavemente hacia el suelo.

Ciervo ni siquiera miró; llamó a su mujer.

–Dame eso que contiene mi alucinógeno: la concha de caracol, dámela.

La mujer le tendió la concha. Inhaló el alucinógeno sin tubo, colocándolo en la palma de la mano e inhalando. Después se dio masajes en la pierna e hizo subir los músculos hacia el muslo. Hizo lo mismo con la otra pierna. Luego se frotó el cuello, después frotó todos los músculos de los brazos para hacerlos subir a los hombros. Huyó en cuanto terminó. El yerno agarró a su mujer por los hilos de algodón que llevaba alrededor del pecho, en el mismo momento en que iba a escapar con su papá. Y entonces regresó a casa de sus padres.

15

CAMBIADOS EN BAQUIROS

I

Pishaasi theri

Muy de mañana treparon a un bejuco *rasirasi* de esos que se parecen a una cadena. El bejuco guindaba de un árbol (*apia*) del que querían comer la fruta. El pueblo de los monos llamados Capuchinos del Orinoco trepó en gran número; las marimondas también, y los araguatos, y los monos capuchinos también. Fueron muchos los que treparon al bejuco. En otro tiempo la danta podía desplazarse por las ramas, por lo que también trepó como los otros. Todos los animales que se desplazaban por las cimas habían subido ya.

Los Yanomami les siguieron en muchedumbre y era previsible que el bejuco se rompería. En el momento en que se acercaban a la horquilla de una rama, el bejuco se rompió. Los Yanomami cayeron y se convirtieron en báquiros (*warë*). Y, como los báquiros, se pusieron a caminar en fila gruñendo "wa, wa, wa..."

El pájaro báquiro corrió y tomó un atajo para alcanzarlos; los báquiros se reunieron enseguida. El canto de las gallinetas (*hōrēma*) les acompañó: "yōrērē, yōrērē..." a último el tucán voló hacia el bejuco truncado que se balanceaba todavía y se posó allí. "Yaukwē, kwē, kwē...", decía.

II

Kakashiwē theri

Los Waika habían marchado a la guerra. En el camino comieron flores *na*.

—¡Píntense la cara de negro! Esta vez le mataré de una vez por todas.

Los Yanomami se reagruparon.

—Le mataré de verdad.

Al menos es lo que ellos se prometían hacer, pero el bejuco, al romperse, no les daría la oportunidad.

—Vengan aquí a comer flores, hay bastante. Son exquisitas. Hermano mayor, ven a comer aquí, son sabrosas.

Todos quisieron trepar, todos. El bejuco en el cual se colgaban se rompió y se convirtieron en báquiros.



DANTA SE CONVIERTE EN ANIMAL TERRICOLA

Karohi theri

Había una gran rama en horquilla en el lugar en que el bejuco, por el que treparon aquellos que iban a convertirse en báquiros, vino a romperse. Danta había subido con los animales que se desplazan por los árboles. Estaba en un árbol en el momento en que todos treparon, lentamente, en multitud. Abajo otros, innumerables, esperaban para seguirles. Entonces el bejuco de cadena se rompió bajo el peso. Sin duda los Yanomami querían metamorfosearse: se convirtieron en báquiros. El pájaro báquiro corrió al lado de los báquiros y atajó por la selva. Enseguida los báquiros se desplazaron rápidamente. El pájaro báquiro corría paralelo a ellos; se quedaron metamorfoseados.

Los monos Capuchinos del Orinoco fueron en esa dirección: fue la pequeña ardilla negra (*kario*) quien les enseñó a desplazarse rápidamente por los árboles, brincando inmediatamente por las ramas. Fue quien les enseñó a marchar deprisa. Las marimondas fueron igualmente creados y enseguida se pusieron a gritar, se dirigieron directamente por allí. Entonces Danta se encaramó lentamente sobre un yagrumo cuya solidez comprobó. El árbol se balanceó. Había una rama más larga que las otras. Danta se encaramó en ella; la rama se inclinó. Danta comprobó enseguida la solidez de otra rama. El árbol se balanceaba lentamente de un lado a otro.

El árbol *horoeti* es frágil, sus ramas se rompen con facilidad, y, sin embargo, fue sobre este árbol sobre el que Danta quiso desplazarse. La rama en que estaba se rompió, cayó y gritó de dolor. Había caído pesadamente, pero se alejó sin tardanza arrojándose sobre los bejucos (*shēkurēmi*) para comer sus hojas. Así es como pasaron las cosas.

17
AMORES INCESTUOSOS

Pishaasi theri

Antaño Murciélago era un Yanomami y vivía con ellos. Oso hormiguero hembra, cuyos pelos púbicos le salían por detrás, era su suegra. Como los pelos púbicos despertaban su deseo, habló a su mujer.

—Mañana dirás a tu madre que vaya con su hamaca; si me matan, que sea ella quien transporte mi cabeza en su cesta. Tú te quedarás aquí.

Muy temprano, se puso en camino con su suegra. Mientras tanto los demás desgranaban maíz y charlaban. Llevaron sus hamacas pero él se sentó muy pronto. Todavía estaban muy cerca de la vivienda y se oía a los otros parlotear.

—Esperemos aquí que el sol decline— decidió.

El sol todavía subía en el cielo. Murciélago construyó un abrigo para la noche. Distinguan los ruidos que provenían de la vivienda.

—Regresaremos mañana— dijo Murciélago.

Terminó el abrigo. Llevó sin dilación un nido de hormigas *kōnakōna*, rompió el nido, lo puso en el suelo a su lado. En el otro extremo puso otro nido.

Apenas se hizo de noche comenzó a quejarse:

—¡Suegra! Hay hormigas *kōnakōna*.

—Echale brasas encima. ¡Duérmete ya! Aflojó entonces la cuerda de su hamaca.

—¡Suegra! La cuerda de mi hamaca se aflojó.

—Amárrala de nuevo y apúrate en acostarte.

—¡Suegra! Hay hormigas *shiriana*.

—¡Duérmete ya!

—¡Suegra! Hay hormigas *mamisipreinama*.

—¡Duérmete cuanto antes! Amarra inmediatamente la cuerda de tu hamaca.

—¡Suegra! Mi hamaca no tiene cuerda

—Atala con la cuerda de tu arco y duérmete de una vez. Tengo sueño.

—¡Está lleno de hormigas *kōnakōna*! Hay hormigas *kanaye nini*.

—No sigas hablando tanto. Duérmete.

—¡Suegra! ¡Hormigas *mamisipreinama* !, ¡hormigas *yanæ* !

Murciélago no dejaba de hablar y su suegra no podía dormir. Cansada, terminó por concederle:

—Ven a dormir conmigo disponiéndonos cabeza con pies. No te quedes sin dormir.

Entonces se puso lentamente en contacto con los pelos púbicos de Oso hormiguero hembra. La penetró y permaneció así toda la noche. Llegó el día.

—¡Vámonos!

Deprisa, él agarró la bola de onoto, se frotó el pecho con la mano, también se frotó la frente. Eso es lo que hizo. Murciélago se había contentado con pasar la noche detrás de la vivienda. Pero de repente se guindó de un árbol (*ērō kōhi*) que dominaba la selva circundante. Mientras que estaba así colgado Oso hormiguero hembra se puso a dar vueltas delante de los fogones de la casa y a morder la corteza de un arbusto (*yipi*). Se metamorfosearon; ella se convirtió en oso hormiguero y su yerno se transformó en murciélago (*hewë*).



II

Karohi theri

Estaban invitados a una fiesta y se preparaban para ir. Murciélago había permanecido en la hamaca sin moverse, solo, la cabeza apoyada en el brazo doblado. Los ancianos daban órdenes.

—¡Apúrense! ¡Preparen las hamacas! ¡No olviden sacar las plumas de sus estuches!

Desataron los estuches que estaban guindados, les abrieron y escogieron con cuidado sus plumas más bellas. Los ancianos podían decir lo que quisieran. Murciélago permanecía inmóvil y hacía como si no pasase nada. Tenía la intención de hacerse acompañar por su suegra y quería estar solo con ella. Cuando todo el mundo se marchó adoptó un aire irónico y comentó:

—Me da la impresión de que van a una fiesta.

La larga fila del grupo en movimiento se extendía bajo los árboles. Los que marchaban delante estaban ya lejos. La mujer de Murciélago tenía lindos pelos púbicos; él le dijo:

—Tú te quedas aquí. Di a tu madre que lleve su hamaca. *¿A quién crees que han invitado?* A mí, y a nadie más. Si me matan será tu madre quien transporte mi cabeza en su cesta.

La esposa fue a informar a su mamá:

—Mamá, él dice que le acompañes.

La suegra se preparó enseguida.

—Entrega mi hamaca a tu mamá, ella la llevará, en su cesta.

La suegra partió de primera. Murciélago esperó un rato antes de seguirla. Marcharon uno detrás del otro. El sol declinaba. Cuando llegaron a la proximidad de la casa de los anfitriones, allí donde se daba la fiesta, Murciélago decidió:

—Suegra, quedémonos a dormir aquí. Continuaremos mañana al alba.

Muy cerca se oían a los participantes de la fiesta entrar en la vivienda danzando. Estaban alegres. Imperturbable, Murciélago cortó las estacas del abrigo y las colocó en su lugar. La suegra cortó varas para colocarlas sobre el techo. La fiesta continuaba. El baile de presentación acababa de terminar, se oían voces y chillidos. Murciélago cortó leña seca para la noche, rompía la leña golpeándola contra el suelo. La suegra le pidió que renunciara a su proyecto.

—Deja el abrigo, vamos a reunirnos con ellos ahora. Están tan cerca que podemos distinguir sus voces.

El yerno y la suegra se quedaron quietos un momento y escucharon.

—Están partiendo leña— precisó la suegra.

—Es el pico de un pájaro carpintero que golpea un árbol, mintió Murciélago.

—Ahora son los anfitriones los que efectúan a su vez el baile de presentación.

—Es una colonia de lomotos los que hacen ese ruido.

Luego oyeron que todos se reunían en medio de la plaza central.

Llegó la noche. Cuando la oscuridad fue completa, Murciélago salió por los alrededores del abrigo. Regresó con un nido de hormigas *kōnakōna* que puso en el suelo; lo abrió con los dedos. Llevó un segundo nido e hizo lo mismo. Las hormigas perturbadas, se dispersaron por el suelo y treparon por los postes del abrigo. Murciélago estaba acostado como si no pasara nada. No tardó en gritar:

—¡Este lugar está lleno de hormigas! ¡Hay hormigas!

La suegra estaba de espalda.

—¡Está lleno de hormigas! ¡No logro dormir! ¡Suegra, suegra!

—¿Qué pasa?

—¡Suegra! ¡Está lleno de hormigas *kōnakōna* !

—Instálate al otro lado del abrigo. ¿Crees que también habrá allá?

¡No ves que él guarda un nido en su hamaca! Murciélago cambió de lado en el abrigo al tiempo que colocaba subrepticamente un nido bajo de sí. No tardó en exclamar:

—¡Aquí hay aún más!

—Aquí donde yo estoy no hay; guinda tu hamaca encima de la mía.

El no esperaba otra cosa. Desamarró de nuevo su hamaca y la amarró sobre la de su suegra. No pasó mucho tiempo sin quejarse nuevamente:

—Aquí también hay hormigas.

No dejaba dormir a la suegra.

—¡Suegra, me molestan! Está lleno de hormigas.

—Acuéstate conmigo, pies con cabeza— terminó ella por consentir.

Estaba encantado. Se sentó junto a ella en la hamaca y se puso a hablar y a gesticular.

—Colócate contra mí, dijo ella al fin.

Se acostó contra ella en el mismo sentido, cabeza con cabeza. Esta vez se calló, ya no se oyó decir más: "Las hormigas me muerden". La suegra no ofreció ninguna resistencia, abrió los muslos. Es lo que él esperaba, su pene atravesó los pelos. Hacía tiempo que había eyaculado pero no retiraba su pene. Su glánde estaba al descubierto y parecía un anzuelo clavado en los labios carnosos de un pescado.

Cuando el alba blanqueó el cielo, se retiró, se levantó, descolgó la hamaca, la enrolló y la metió en la cesta. Cogió su bola de colorante marrón, escupió encima, diluyó el tinte, y con la punta de los dedos trazó algunas líneas sinuosas sobre su frente. Se dirigieron entonces hacia la casa vecina. Todo estaba en silencio. Fue por hacer el amor con su suegra por lo que había pasado la noche tan cerca de los otros. No había terminado de entrar en el recinto de la vivienda colectiva cuando se transformó en murciélago (*hewē*) y voló para agarrarse de la protuberancia de un árbol (*ērō kōhi*). La suegra recorría la periferia de la plaza central sacudiendo su espesa cola transformada en oso hormiguero.

18 ENAMORADOS DE SUS HERMANAS

I

Pishaasi theri

A las gentes de Wayorewë les gustaba mucho hacer el amor con sus hijas. Continuamente tenían relaciones incestuosas con sus hijas. Entonces la noche llegó y persistió: dejó de hacerse de día. Como la noche no acababa nunca, agotaron la leña para calentarse.

Los que se habían entregado al incesto treparon por los postes que sostenían el techo y se transformaron en perezas. Los que no habían cometido incesto se pusieron a arrojar objetos afuera, cuando los vieron así guindados. Creían que, al hacer esto, el día volvería. Pasó un largo rato antes de que encontraran por fin el estuche en el que colocaban sus plumas. Lo arrojaron fuera, y el estuche se transformó en pava. Voló haciendo "*tos, frara, frarara, frarara...*", como hacen estos pájaros al amanecer durante la época de celo.

—¡Atención! ¡qué comienza a amanecer!— gritó uno de los que no se había entregado al incesto.

En los postes de la vivienda estaban en gran número, los que habían cambiado de naturaleza, que se habían convertido en perezas. Poco a poco se hizo de día. Dos de ellos, presas de pánico, huyeron. En esa región viven innumerables perezas.

II

Karohi theri

En la región de los Waika la rana (*wawa hena*) hizo oír su poderoso croar. En aquel tiempo los Waika la oyeron por primera vez, cogieron miedo y huyeron precipitadamente. A su vez los *hekura* pasaron. Allí, en la región en que vive escolopendra, en esa región las escolopendras muerden frecuentemente a los Waika, ocasionándoles

sufrimientos. En esa dirección fue donde se metamorfosearon, fue realmente en esta dirección.

Los hombres de esta época no daban importancia al hecho de que ellos hacían el amor con sus hermanas. Cometieron realmente innumerables incestos. Entonces el día dejó de levantarse. Acabaron por terminar la leña.

—¡Tengo frío! ¡Tengo frío! ¡Que venga el día enseguida!— imploraron.

En la oscuridad de la noche buscaban leña a tientas.

—¡No se encuentra leña!

—Mira, enciende estas ramitas.

Fue entonces cuando se transformaron en perezas. Se habían guindado los unos junto a los otros de los postes que sostienen el techo. Uno de los que había permanecido puro exclamó:

—Es porque ellos se han entregado al incesto por lo que el día no viene. ¡Qué vergüenza!

Por mucho tiempo buscaron leña en los alrededores de la vivienda. En esa dirección está la vivienda de los incestuosos, en esa región viven las perezas. Se acoplaban con sus hermanas y no le daban importancia.

¡Los demonios! Un elemento de adorno de los demonios se dirige hacia mí. Pregunta:

—¿Y si yo matase un Yanomami?

Cuando se acerca, percibo su cara recorrida por líneas sinuosas. Alojado en el pecho de un ser humano levanta la mirada y amenaza:

—Cállate, si no te mataré. Te flecharé.



19

EL TUCUSO PRESUNTUOSO

Pishaasi theri

Hõrõnami salió de caza. Mató una danta, un venado y un báquiro. La danta se la puso en la espalda, de un lado amarró el venado, y del otro el báquiro. Después de haber hecho esto abandonó la caza en el lugar y regresó a su casa. Al llegar dijo:

—He abandonado un venado muerto en lo alto de la montañita. Era pesado y lo he dejado. Vayan a buscarlo.

—Yo, me lo guindaría del lóbulo de la oreja y lo traería así, presumió Tucuso.

Hõrõnami le cogió la palabra y le dijo:

—¡Vete tú a buscarlo!

Tucuso partió a buscar la caza. Amarró las patas de la danta. ¡Qué grande era! De un lado amarró al báquiro, del otro al venado. Eso fue lo que hizo. Se colocó la carga a la espalda. Era tan pesada que para enderezarse tuvo que ayudarse apoyándose contra un tronco. Consiguió ponerse en pie, dio unos pasos vacilantes y se desmoronó. Permaneció apresado bajo el peso de la carga que llevaba sin conseguir levantarse. Sus piernas se transformaron, se hicieron retorcidas y cortas como las del tucuso cola blanca. Consiguió entonces desembarazarse. No había vuelto todavía a su casa cuando se cambió en pájaro.

COLIBRI QUIERE ENGORDAR

Karohi theri

Aquí está Danta, el corpulento, aquí Tõhõmamoriwë, el diminuto colibrí.

—¡Qué grande eres! Yo soy tan pequeño. ¡Qué tamaño tienes!

—Sí, soy grande. Me hice quemar en las llamas, en una hoguera que había prendido, así fue como me hice grande—, dijo Danta a Colibrí—. El corazón resucitará.

—Hay que ir a buscar leña, preparar una hoguera, encenderla. Cuando el fuego esté bien encendido hay que meterse. Entonces tus carnes chisporrotearán y te engrandecerás, mintió Tapir.

—Puede que sea verdad. Voy a intentarlo.

—Inténtalo, pues.

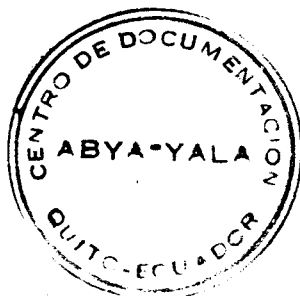
Colibrí se puso a cortar leña, la amontonó como si fuera a cocinar carne. Preparó una gran hoguera.

—Coloca otros leños en medio, por encima; después enciende el fuego, atízalo bien para que flamee alto y entonces échale más leña por encima.

Tenía toda la intención de hacerlo devorar por las llamas, realmente quería hacerlo morir. Cuando el fuego flameó, Colibrí echó otros leños y se arrojó en él.

—No te levantes muy deprisa, debes esperar que el fuego arda bien fuerte—añadió Danta.

Las carnes chisporrotearon. Un buen rato después fue el corazón el que se achicharró. El corazón de Colibrí quería resucitar; el corazón tomó su vuelo. Colibrí no se había dicho: "Es gordo porque esa es su naturaleza". ¿Por qué no se habrá dicho eso?



EL NIÑO-CACHICAMO, EL JAGUAR Y EL CIEMPIES

Karohi theri

El Waika llegó el último; tejió una cesta de tejido abierto acercando las fibras para que los motivos exagonales fueran muy pequeños, después lo aplicó sobre los flancos del niño. Tejió después otra cesta con un trenzado, rígido y derecho, de modo que resultaran una cola. El trenzado de motivos apretados tenía buen aspecto. ¡El Shamathari! El Shamathari tejió también una cesta con un trenzado de motivos pequeños que aplicó sobre los flancos del niño.

—Acércate— le ordenaron.

El niño era de pequeña estatura, iba a cambiarse en animal. Un trenzado redondeado había sido aplicado sobre sus flancos. Allí donde su piel estaba todavía desnuda, sobre la espalda, sobre los hombros, sobre las nalgas, le aplicaron otros trenzados.

—Cava aquí— le ordenaron.

—¿Cómo lo voy a hacer?

—Cava con las manos.

Se puso a cavar apartando la tierra con los pies. Llegó a una cierta distancia, igual a la que me separa de este tocón.

—¿Puede bastar hasta aquí?

—Cava todavía un poco más hondo.

—Hasta aquí, ¿no es cierto?

—Eso es. Hasta ahí.

El vivirá en una madriguera poco profunda.

—No salgas. Tú vivirás a partir de ahora aquí.

Se fueron, dejándole abandonado. Apenas se habían ido cuando Jaguar llegó.

Vio la tierra recién removida y preguntó:

—¿Quién ha cavado este agujero?

¿Quién está ahí dentro?

—Yo.

—¡Sal, salte afuera!

—No. "No salgas", me han dicho.

—Estás muy cerca. Sal un momento, tengo algo que decirte.

Los dientes del niño se habían ya modificado, gruesos dientes pendían fuera de su boca.

—Sal.

Salió a pesar de la prohibición que se le había hecho.

—La oscuridad es espantosa en el fondo del hueco.

—¡Qué dientes más grandes tienes! Yo los quiero para mí, quítatelos.

—Déjame en paz, no me los quitaré.

Sin embargo, se los quitó.

—Tú tienes unos dientes bien grandes.

En aquel tiempo Jaguar tenía dientes pequeños, exactamente como los del cachicamo de nueve bandas. Estaban medio sueltos, se los quitó, los colocó sobre una hoja y se los alargó.

—Toma, colócalos en su sitio. Apenas se oía tu voz, se habría dicho que estabas en una madriguera profunda.

El niño—cachicamo volvió a la madriguera.

—¿Estás bastante lejos?

—Sí.

—Cava más, estás aún muy cerca.

Cavó más profundo.

—Aquí, ¿puede ser?

—Sí, en ese lugar.

Los cachicamos no saben defenderse y los felinos los hacen sufrir mucho. ¿Por qué esos dos lo obligaron a meterse en la madriguera? ¿No pensaron que la soledad le desconsolaría? Jaguar se sentó y pensó: "Yo le haré salir con frecuencia". Ya se imaginaba comiendo cachicamo.

Jaguar se alejó. Desde el lugar en que se encontraba, lejos, Ciempies (*kumarawë*) oyó como andaba ruidosamente. Vino a su encuentro arrastrándose; y se desplazaba silenciosamente.

—¿Qué ruido haces? Si te desplazas así los hombres te oirán de lejos y se emboscarán para flecharte cuando pases.

—¿Y tú? ¿cómo marchas?

—Yo marchó lentamente sin hacer crujir nada, solamente me deslizo. Jamás hago crujir las ramas caídas. Es así como hay que andar. Desplázate un momento, ahora desanda el camino. Te voy a enseñar, te arreglaré los pies.

—¿Cómo hay que hacer?

Entonces Ciempies alisó los pies de Jaguar, los suavizó, y ablandó la planta.



—Así es como hay que marchar, quédate ahí, te voy a mostrar.

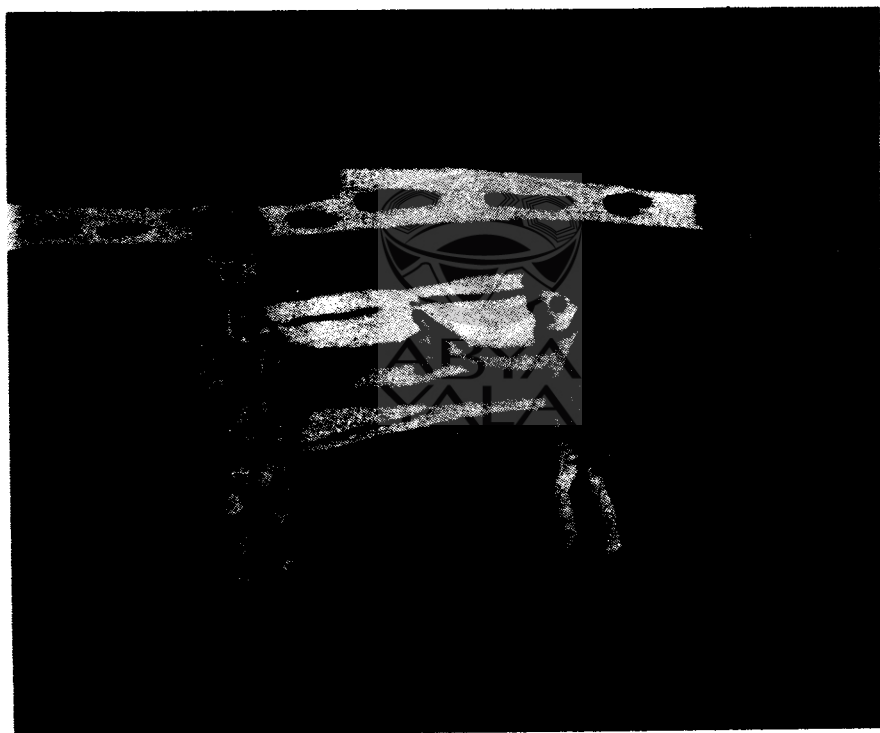
Lentamente, silenciosamente, Ciempiés se desplazó, después dio la vuelta y volvió al sitio.

—Vamos, anda un poco, muévete.

Jaguar avanzó con precaución, sin ruido, sin dejar oír el menor crujido.

—Sí. ¡Eso es! ¡Eso es!

Desde aquel momento, Jaguar se movió, se desplazó en silencio.



CAMBIOS EN CACHICAMO

Shuimiwei theri

Una pequeña ardilla negra (*kario*) trenzaba un cesto de tejido abierto. Otra le había precedido en el mismo lugar: había trepado a un árbol y comía frutas.

—¿Eres realmente tú quien está ahí, cuñado?— preguntó la que estaba en el árbol.

—Sí, soy yo.

—Ven a comer los frutos, son sabrosísimos. Cuando hayas terminado tu cesta ven a comer aquí.

—Ya voy. Come tú primero; estoy trenzando un cesto. Estoy ocupado fabricando un cesto.

—Bueno, trenza el cesto deprisa y ven a comer, de verdad son muy buenos.

Dispuso la trama del cesto, después trenzó las tiras de una forma muy apretada. Como no terminaba deprisa su trabajo, la otra se impacientó y descendió del árbol donde estaba.

—¿Cómo trenzas ese cesto? ¿Qué haces para tardar tanto?

Agarró bruscamente el cesto y se puso a trenzar correctamente, esparciendo convenientemente las tiras del tejido. Se detuvo cuando el cesto estuvo a media altura.

—Ten. Continúa el trabajo, yo me vuelvo a comer frutos. Haz exactamente como yo he hecho, enrolla las tiras. Apúrate y ven a comer, yo comienzo a fastidiarme.

La otra retomó el trabajo, pero hacía el cesto tan apretado como antes. Como no terminaba nunca, la que comía descendió de nuevo.

—¿Cómo haces para trenzar?

La otra no respondió, trenzaba y trenzaba. Iba a metamorfosearse.

—Tienes una cara extraña: das miedo.

Le estaba repitiendo que los frutos eran sabrosos y la otra decía si quería o no comer.

—¿No vas a terminar de trenzar?

La regañó un buen rato de tal modo que la otra cogió miedo.

—Métete en ese lugar y no te muevas. Abre una madriguera en la tierra y métete dentro si no, te voy a pegar. Métete ahí y cava, le ordenó.

La hizo cavar.

–Vete allá y cava la madriguera.

Cavó y cuando hubo penetrado bastante profundo en el suelo llamó:

–¡Cuñada!

–Cava más. Métete más hondo, si no el Jaguar te va a comer.

E introdujo su cabeza en la galería.

–Cuñada, ahonda más, no vez que yo te toco todavía. Cava más profundo o el jaguar te comerá.

La otra cavó realmente muy profundo y su voz se oía cada vez menos.

–Así es suficiente. Vivirás en esta madriguera ahora que es bastante profunda.

Parlotearon y se transformaron en cachicamos de nueve bandas.



EL DESPECHO DE LA SERPIENTE

I

Pishaasi theri

En otra época, hace muchísimo tiempo, los antepasados de serpiente llamada Dormilona y los de la Macagua vivían juntos. Los hombres todavía no habían entrado a la casa de los *hekura*. Un día quisieron hacerles una visita. Abandonaron su vivienda, recogieron sus hamacas y sus pertenencias y recorrieron el camino por etapas cortas. Cuando llegaron a las cercanías de la morada de los *hekura* se bañaron, se pintaron con onoto y se adornaron con plumas. Trazaron sobre la piel los motivos ornamentales con esmero pues querían presentarse bellos.

Macagua se había sentado en cuclillas, apartado, mientras se preparaban. De prisa, sin ningún gusto, trazó sobre su cuerpo círculos y dibujos toscos que se entrelazaban sin belleza. Dormilona, por su parte, ocupaba el centro del grupo que se había formado. Cuando hubo terminado de adornarse, se levantó y preguntó:

—¿Están bien pintados? Entremos sin más demora en la casa de los *hekura*. ¡Vamos apúrense!

Llevaba sobre la piel dibujos elegantes y se puso a lanzar llamadas vibrantes a los *hekura*. En cuclillas, aparte, Macagua se fijaba en él y tuvo vergüenza de su fealdad. Escondió la cabeza de Dormilona. Tan grande era su resentimiento que se deslizó bajo un montón de desechos que se encontraba allí. Iba a transformarse en serpiente. Se introdujo bajo los desperdicios y se enrolló sobre sí misma, convertida en serpiente. Los otros, al ver esto, renunciaron a su proyecto y se volvieron a su casa sin visitar a los *hekura*.

II

Karohi theri

Los antepasados habían sido invitados a una fiesta.

—Apúrense para que nos pongamos en camino. Nos reclaman.

—¡Sí, sí!, aprobaron.

Dejaron la vivienda llevándose sus pertenencias.

Cuando llegaron cerca del lugar donde debía darse la fiesta:

—¡Vamos, hijo mío! Es a ti a quien quieren como mensajero para pronunciar la declaración de apertura.

—Yo no quiero que me vean tan pronto, debe ser alguien de apariencia fea quien vaya.

—No. Eres tú a quien quieren. Tú. No quieren a ningún otro.

Dormilona se ciñó la cabeza con una cola de mono capuchino del Orinoco y se puso en camino.

—Ustedes se reunirán todos aquí, se reunirán todos aquí— dijo antes de partir.

Dormilona se alejó y entró en la casa de los anfitriones.

—¡Por aquí, por aquí!— le gritaron de lejos.

Hizo entonces la declaración habitual y pronunció algunas palabras:

Yo soy un Waika.

Tengo el propósito de obsequiar un arco.

Esta es la razón por la que he venido.

Es lo que seguramente dices.

Pusieron ante él un cesto con carne y plátanos cocidos que se llevó, apurándose en regresar con los demás, que le esperaban cerca de allí. Se distribuyó la carne y comieron, luego se pintaron y se adornaron con plumas de colores. Macagua fue la primera en terminar; había trazado apresuradamente dibujos redondos sobre su piel. Por todas partes, los demás estaban todavía preparándose. Se pintaron con esmero, se pegaron plumones blancos sobre la cabeza. Dormilona y Tragavenado se habían disimulado aparte, detrás de un árbol, para arreglarse; las dormilonas tienen una linda cola roja y su cuerpo luce dibujos agradables.

Cuando hubieron terminado de pintarse, y se hubieron puesto en el lóbulo, como pendientes, una piel de pajarito; después de introducidas las plumas de ara bajo sus brazaletes y ceñida alrededor de la cabeza colas de mono; cuando estuvieron verdaderamente bellos, Dormilona y Tragavenado aparecieron. Los dos eran altos. Se colocaron uno junto a otro y Dormilona preguntó:

—¿Están pintados? Vamos a divertirnos un buen rato durante la fiesta.

Mientras pronunciaba estas palabras, Macagua, sentado aparte, fijaba sobre los dos una mirada envidiosa. Al cabo de un instante, bajó la cabeza y se fijó en sus propios dibujos. Eran feos, mientras que los de los otros dos eran espléndidos. Este hecho le llenó de cólera; no pensó: "Poco importa que yo sea así". Se cambió en serpiente y se puso a reptar.

24
GANAS DE ALMENDRAS

I

Shuimiwei theri

Iban en nuestra dirección por un camino que sigue las cumbres de los cerros, cuando encontraron frutos *na*. Los recogieron.

—¡Hija mía! Viértalos aquí para que yo coma. Tengo hambre. Comeré las almendras con plátanos— dijeron.

Cascaron la concha de los frutos mientras estaban en la última parte de su trayecto. Un hombre verdaderamente muy anciano que había guindado su hamaca a cielo abierto, mordía una almendra. Todos ellos se habían despellejado la punta de la nariz; el viejito fue el último en estropearse la nariz.

—¡Me he estropeado la nariz!

Se habían despellejado la nariz de una forma fea. Era espantoso y brincaron todos a los árboles. No hicieron más que saltar y se convirtieron en ranitas (*moka*). Un inválido que había sido cargado a espaldas, se transformó en sapo gigante: incapaz de moverse, se quedó en el suelo: le dieron el nombre de *yoyo*.

II

Karohi theri

Los Waika habían sido invitados a una fiesta. Los Waika participaban en una ceremonia funeraria en el curso de la cual se iba a comer carne con frutas *wapu*. Al ir hacia la casa de los anfitriones habían encontrado frutas *shosho* caídas al lado del camino. Se habían dicho:

—A la vuelta nos reuniremos aquí y comeremos las almendras con el *wapu* que nos ofrezcan.

Ese *wapu*, sinembargo, no iban a comerlo.

Al llegar cumplieron con el baile de presentación. Ya era tarde y la

noche cayó de prisa. Hasta el alba participaron en el ritual *wayamou*. Después los adultos de las comunidades presentes se reunieron para intercambiar bienes y charlar. Los más ancianos de los anfitriones fueron a colocar delante de sus huéspedes cestos llenos de frutas *wapu*, al mismo tiempo hicieron llegar cestos de carne ahumada. Llegó el momento de irse.

—¡Cuñado!, apúrese en preparar sus cosas, nos detendremos en el camino para comer. ¡Cuñado, cuñado! ¡Apúrese! ¡Vámonos, vámonos!

Las mujeres se marcharon primero, una detrás de la otra, llevando los alimentos. Los hombres se quedaron un momento conversando. Los invitados prometieron devolver la invitación. Uno de ellos levantó las manos y, mostrando los dedos, declaró:

—Yo que estoy aquí, cuando este número de noches pase, y no más tarde, os invito a mi vez. Cuando los cambures *rōkōmi*, que penden en racimos en el conuco, estén maduros, haré por ustedes lo que ustedes han hecho por nosotros. Les invitaré a comer esos cambures.

Era la última vez que hablaban con ellos, nunca más volverían a ver su casa. No iban a tardar en metamorfosearse. Los Waika se marcharon todos juntos. Las mujeres llegaron al sitio de las frutas *shosho*.

—¡Recojámoslas, recojámoslas!

Recogieron las nueces sin piel que tapizaban el suelo. Con palos, los hombres rompieron las cáscaras con gran esfuerzo, pues eran muy duras. Las almendras se adherían con fuerza.

—¡Estas almendras son muy correosas!

Mordían las almendras y, halando de abajo hacia arriba con las dos manos, intentaban en vano extraerlas. Halaban con todas sus fuerzas, de tal manera que sus narices se deformaban. Fue la nariz de un joven la primera en romperse.

Este grito:

—¡Acabo de romperme la nariz!

Todos los demás se rompieron la nariz.

—¡Acabo de romperme la nariz! ¡Acabo de romperme la nariz!—
exclamaban todos, uno tras otro, aun las mujeres.

Todas las narices estaban rotas.

—Tengo la nariz estropeada.

Se habían obstinado en querer extraer las almendras correosas. Ahora se les oía gemir por todos lados.

Un anciano, que descansaba en la hamaca, se quedó de último: también él se esforzaba en sacar una almendra de su concha.

—¡Acabo de romperme la nariz!— exclamó a su vez.

Los Waika, cambiados en coati se pusieron a corretear en todos los sentidos. El anciano saltó de su hamaca a un árbol (*sisimi*) y se quedó inmóvil en medio del tronco, transformado en nido de termitas (*orawē*). ¡Aquí la casa de los *hekura*! Esto es lo que ha pasado; los antepasados se han metamorfoseado.



25
PERDIDA EN EL MAIZAL

Pishaasi theri

Bachaco tumbaba los árboles y, de inmediato, el maíz se ponía a crecer solo; fue él quien lo descubrió. Cuando la planta ya se había extendido mucho, su mujer le preguntó:

—¿En qué te ocupas pues para no regresar más que a la tarde?

—Corto árboles para recoger miel (*ä*); desgraciadamente todos los árboles quedan enredados en otros árboles y yo no renuncio mas que después de haber intentado todo lo posible —respondió—. Avisa a tu mamá que mañana iremos a recoger maíz— añadió.

Todavía no había mostrado ninguna mazorca a nadie, pero a partir de ese momento permitía recoger muchas.

Durmieron. Cuando se hizo de día la mujer de Bachaco llamó a su madre:

—¡Mamá, ven! ¡Comeremos maíz!

Se dirigieron al conuco.

—Dile a tu madre que recoja estas mazorcas— ordenó Bachaco.

—¡Mamá, recoge estas mazorcas!

—Las mazorcas son cortas.

—Mamá, ¿las vas a recoger o no?

—Son cortas.

—Envíala en dirección a aquel árbol que domina la vegetación circundante, que mire por allí a ver si las espigas son largas— dijo Bachaco.

La suegra de Bachaco penetró entre las matas de maíz y su paso quedó marcado tras ella. Fue entonces cuando se oyó la lluvia caer a lo lejos.

—Llama a tu mamá y regresaremos— dijo Bachaco.

—Mamá, vuelve, se oye la lluvia que se aproxima.

—Popopopo... respondió.

Por culpa de Bachaco la suegra se había extraviado y se había convertido en pájaro hormiguero (*popomari*).

26
EL SEÑOR DE LAS PLATANERAS

I

Pishaasi theri

Si Hōrōnami no hubiera existido, estaríamos todos en la escasez y la desgracia. Avanzaba, extraviado, precisamente por el camino de Aparecido. Como se oía la lluvia que se acercaba, Hōrōnami recogió hojas y se protegió bajo ellas. En ese momento llegó Aparecido. El era el que conocía las plataneras. Transportaba plátanos suspendidos de un bejuco a la espalda, encima había puesto los maduros. La carga se apoyaba sobre su frente y, como era pesada se ayudaba con las manos puestas en la cabeza.

Hōrōnami dirigió su mirada hacia él.

—¿Quién eres?— preguntó.

Aparecido tuvo miedo y se sobresaltó. Hōrōnami le preguntó, señalando los plátanos:

—¿Qué es eso?

—Plátanos.

—¡Ah! Dame uno de esos que están maduros para que lo examine.

Aparecido le arrojó uno. Hōrōnami lo desconchó y, como quería saber si tenía semillas, lo abrió a lo largo y comprobó que no había.

—¿Qué extraño! Dices que son plátanos, ¿cómo haces para conseguirlos? ¿No desboscas la selva para hacer un conuco? Acaso los comes.

—Corto los helechos y tumbo los árboles, luego espero que la vegetación se seque, la quemo y extiendo las brasas. Corto la vegetación en lugares diferentes y limpio el suelo. Hago una quema, cojo los retoños con sus bulbos y cavo agujeros para plantarlos; cojo más retoños y cavo más agujeros, contó a Hōrōnami.

—¡Ah, eso es lo que haces! Vamos, sigue tu camino, ya me acercaré a mi casa— añadió.

Mientras Aparecido proseguía su viaje, Hōrōnami hizo como si se alejara. Pero enseguida volvió al camino dejado y lo siguió. Caminaba por una llanura y enseguida oyó los pájaros y los insectos del conuco de Aparecido. Había numerosos racimos de plátanos y cambures. El Apa-

recido tenía un conuco, así era como se alimentaba. Hōrōnami recogió retoños de plátanos de distintas clases. Agarró plantas de *nomarini*, agarró plantas *paushimi*, agarró igualmente plantas *rōkōmi* y *pareami*. Se apropió de plantas de diferentes especies en diferentes lugares, después rellenó los agujeros y alisó la tierra para no dejar ningún rastro. Amarró rápido las plantas y partió enseguida. Encontró de nuevo su camino y llegó a la región en que habitaba. Llegó cerca de su casa, ¡toso! No entró de inmediato en la vivienda. Hizo primero un conuco y repicó las plantas sin ser visto, después de haber terminado volvió a la casa. No había pasado mucho tiempo cuando ya los racimos guindaban de los plátanos: en aquel tiempo todo crecía muy deprisa.

Cuando los plátanos maduraron, informó a los demás:

–Hijos, marchen en esa dirección, maten caza para mí. Flechen báquiros para mí: tomaré el caldo. Dispérsense, vaya cada uno por su lado, flechen paujés para mí, flechen marimondas para mí, tomaré el caldo, ordenó Hōrōnami... Necesito algo para acompañar los plátanos. Hacia la región de Yakērē, yo me perdí en un país lejano en el cual no habita ningún Yanomami. Cuando llegué allí robé retoños de plátanos– añadió.

–Iremos a verlas– exclamaron.

En el fogón de Hōrōnami reunieron numerosos paujés.

–Vengan, pues, al conuco– decidió Hōrōnami.

Se precipitaron allí.

–Estos son los plátanos– informó.

Los Yanomami se pusieron inmediatamente a trabajar; abrieron todos su conuco. Por allá, en la llanura, en donde vivió Aparecido. Sus conucos están todavía allí, al verlos parecía que fueran recientes. Hōrōnami comió cambures maduros y guindó las conchas unas junto a otras.

II

Karohi theri

Nuestros antepasados no conocían ni plátanos ni cambures, y comían tierra. Acompañaban la caza que ellos mataban con tierra. Fue Aparecido quien dio a conocer los plátanos.

Hōrōnami estaba en la selva. Como amenazaba lluvia, recogió hojas, amarró un palo entre dos árboles, apoyó las hojas sobre el palo y se abrigó debajo. Esperando que escampara se puso a escandir palabras de *wayamou*:

–Una montaña se eleva delante de mí.

Delante de mí cuelga un bejuco.

El cual yo cortaré.

Cuando lo haya trozado.

Derribaré este árbol.

Un nido de miel.

Allá está pegado en un tronco.

Quemaré las abejas.

Estaba parado y recitaba rítmicamente las fórmulas, inclinándose a cada declamación. Fue entonces cuando llegó Aparecido. Transportaba una carga de plátanos, encima había colocado cambures maduros. Hōrōnami se calló en cuanto lo vio.

–¿Quién puede ser ese?– pensó.

Aparecido se detuvo bruscamente. En su presencia el hombre se quedó estupefacto y como aletado:

–¿Quién eres tú?– preguntó sin embargo.

Al cabo de un rato Hōrōnami recuperó su presencia de ánimo.

–¿Quién eres? Acércate.

–No me acerco, voy a permanecer en la selva.

El Aparecido estaba afectado por un defecto del habla: deformaba las palabras. Hōrōnami señaló los plátanos y cambures y quiso informarse:

–¿Qué puede ser eso? ¿Qué es eso?

–No sé, son cosas desconocidas– replicó el Aparecido.

–Están bien maduras, ¿qué son realmente?

–Son plátanos, plátanos.

–¿Plátanos?

–Son plátanos, sí, plátanos. Son plátanos *pareami*, plátanos *monarimi*, cambures *paushimi*, cambures *rōkōmi* – detalló Aparecido.

Sin duda quería que se conocieran. Es que él los poseía hacía tiempo. Había colocado los cambures maduros encima de la carga.

–Dame uno para probarlo. Parecen bien dulces.

–Son dulces, son plátanos. ¡Plátanos!

Le ofreció uno. Hōrōnami lo desconchó por un extremo, retiró la

concha desgarrándola circularmente alrededor del fruto, después lo probó pasando la lengua por varios sitios. Como olía sabrosa, comió. Pero este alimento que él aún no conocía le sentó mal. "Yēri, yēri..." , se puso a desvariar.

El Aparecido reventó de risa.

—Te mareas, pierdes la razón. Anímate. Los plátanos te hacen marear; eso pasa siempre que uno los come por primera vez.

Hōrōnami recuperó toda su lucidez.

—Desata esas y dámelas, me las llevaré.

Aparecido se las ofreció.

—Me las comeré. ¿Dónde vives?

—Yo vivo en la llanura que se extiende al pie de la montaña. Allá tengo un conuco y una casa. Hace tiempo que tomo carato de plátano. Vivo en este momento en el monte y he ido a buscar estos plátanos.

—Cuando yo cuente esto a la gente de mi comunidad y les diga: "Acabo de aprender lo que son los plátanos", ellos seguro que querrán visitarte.

—Yo me llamo Aparecido— declaró—. Si vienen a pedir retoños de plátano, yo no les permitiré que los cojan. ¿Es que ustedes comen plátanos? Estas plantas me pertenecen. Suelo pasar por aquí cuando acampo en el monte; no sigo el camino, yo corto a través de la selva, cojo un atajo. Cuando vengan a mi casa, la encontrarán vacía— previno el Aparecido.

—Está bien, sigue tu camino.

—Estoy harto de estar en la casa. Cuando salgo a acampar en la selva, es siempre por aquí por donde paso.

Reubicó la carga sobre la espalda y se puso a andar de nuevo, tok, tok, tok. Al cabo de un rato desembocó en un camino.

Cuando Aparecido se hubo alejado, Hōrōnami volvió a su casa. A su llegada los demás vieron los plátanos maduros y le preguntaron:

—¿Qué es eso? ¿Qué es?

No se apresuró a responder. Se calentó al fuego durante un buen rato y guindó los plátanos.

—¿Cuál es el nombre de esas frutas maduras?

Continuó calentándose y tampoco respondió. Los hombres ya de cierta edad, preguntaron a su vez:

—¿Qué es eso? ¿Los has encontrado tú?

Es que realmente no sabían lo que era. Un anciano le preguntó una vez más:

–¿Los has encontrado tú?

–Son plátanos, plátanos. Yo me protegía de la lluvia cuando Aparecido llegó. El los conoce. Se puso a hablar diciendo: "Yo soy Aparecido". Acabo de aprender lo que son los plátanos.

Distribuyó los plátanos entre todos. No habían todavía terminado de comerlos cuando comenzaron a desvariar a su vez:

"Yēri, yēri..."

Fue el Aparecido quien dio a conocer los plátanos.

III

Shuimīwei theri

Se llamaba Aparecido y vivía solo, por allá, en esa dirección. Su esposa, la Mujer-bejuco, vivía apartada. El fue hacia donde ella vivía.

–¿Estás ahí?– preguntó al llegar.

–Sí. Estoy aquí– respondió ella.

Se acercó. Entonces se instaló de una vez y puso la vivienda en orden. Después dijo:

–Corta leña, yo voy a trabajar en el conuco.

El fue a quemar el conuco. Fue el primero en descubrir los plátanos. Se oía cantar una paloma (*horeto*): su canto anunciaba un conuco. Aparecido preparó la tierra y los bananos crecieron solos, sin que fuera necesario plantarlos. Aquí había plátanos *pareami*, allí plátanos *hohorimi*, más lejos cambures *rōkōmi*. Preparaba la tierra siempre en el mismo lugar. Las mujeres-lapa venían a comer las plantas.

Aparecido descubrió pronto que había grandes plátanos maduros: Fue el primero quien tuvo la idea de guindarlos de un bejuco. Trabajó de nuevo, plantó otras plataneras.

Cuando hubo terminado de plantar, cuando florecieron, Yoroporiwë llegó a su casa de visita. Aparecido le preparó carato de plátano. Puso cerca de su huésped un recipiente lleno. Pero Yoroporiwë no conocía este alimento y encontró que olía mal.

–¿Qué es ésto?– preguntó.

–Es comida, comida– le respondió Aparecido–. Come.

Yoroporiwë se fue, llevándose algunos plátanos maduros. Al llegar a su casa dijo a los demás:

–Mi suegro come este alimento.

Contó lo que él había visto. Fueron sin perder tiempo a comer a la casa de Aparecido. Yoroporiwë le preguntó:

–Suegro, ¿cómo haces tú para plantar las plataneras?

–Rozas. Cortas la vegetación del bajo bosque y los bejucos, derribas los árboles y le metes fuego. Sobre las cenizas, plantas plátanos y cambures.

Cuando supieron lo que había que hacer, se llevaron retoños de plátanos. Rozaron. Volvieron a coger hijos de plátanos en casa de Aparecido. Como venían constantemente a molestarle, acabó por enfadarse y abandonó sus plantaciones. Los plátanos se cambiaron en platanillos.



27
EN BUSCA DEL TABACO

I

Karohi theri

Nosiriwë lloraba por sentirse ansioso. Posados en los árboles, los loros comían frutos *pahi*; comían también frutos *moshima*.

–*Peshiyë, peshiyë, peshiyë...* – se lamentaba Nosiriwë.

–¿Qué dices?– le preguntaron los loros.

–¡Soy yo! Lloro porque me siento en ansiedad– dijo Nosiriwë sin detenerse–. Rompan una rama de frutos *moshima*.

–Ahí va– respondieron.

El continuó su marcha de un lugar a otro.

–*Peshiyë, peshiyë, peshiyë...* – repetía sin cesar.

Llegó a un lugar donde los loros comían frutas *rëshë*.

–¿Qué comen?

–Comemos frutas *rëshë*.

–Rompan el extremo de una rama.

–¿A quién lloras?

–Lloro porque siento unas ganas insaciables– dijo.

–Aquí tienes tus frutos.

En cada lugar donde había loros, comía un poco.

–*Peshiyë, peshiyë, peshiyë...* – avanzaba, siempre lamentándose.

En otro lugar:

–¿Qué te falta para llorar así?

–Soy yo y yo me quejo– dijo Nosiriwë sin detenerse.

Llegó finalmente al lugar en el cual Cuchicuchi comía frutas *keyë*. Este había dejado su hacha de piedra al pie del árbol en que estaba subido; sobre el mango había puesto su mascada de tabaco. El mango estaba bajo el efecto del tabaco.

–*Peshiyë, peshiyë, peshiyë...*

–¿Qué dices?

–Soy yo. Lloro por sentirme ansioso.

–¿Qué te falta?

–Me lamento por no tener una mascada de tabaco bajo el labio. Rómpeme una rama.

—Estos frutos no saben a nada, su carne es insípida.

Nosiriwë comió durante un rato.

—Así que estás en necesidad.

Conocía el tabaco y acababa de adivinar.

—Lloras porque estás en necesidad.

—Sí.

—Mira allá, sobre el mango del hacha.

—¿Dónde pues?

—Está colgado por ahí.

Allí estaba puesta una gruesa mascada; había sido preparada con tabaco todavía verde. Se la puso bajo el labio.

—¡Ayë, ayë, ayë...! —exclamó con satisfacción.

En los sitios en los que Nosiriwë había escupido al pasar, las plantas de tabaco germinaron. Fue Nosiriwë quien difundió el tabaco por todas partes. Fue Cuchicuchi quien lo descubrió.



Shuimíwei theri

Gracias a Kuripowë conocemos el tabaco. A lo lejos, en la selva, se oía un lamento sin fin que se desplazaba:

—Estoy ansioso, ansioso. Siento una necesidad que me rinde insensible a todas las demás sensaciones— afirmaba la voz que se acercaba.

El hombre que se quejaba de ese modo entró en la vivienda colectiva siguiendo su camino.

—¿Cuál es la causa de esta queja terrible? ¿Qué te pasa?— le preguntaron.

—Estoy ansioso, siento una fuerte ansiedad— proseguía Kuripowë sin detenerse.

—¿Qué te pasa para quejarte? Habla con calma.

Todos tenían un poco de miedo considerando su comportamiento, así que no se bajaron de las hamacas.

—¡Responde!

—No tengo la intención de molestarles, yo solo me quejo por sentirme ansioso. Porque estoy como en necesidad de algo, es por lo que hago oír por todas partes esta queja.

Se apaciguó un rato.

—Yo me lamento porque siento necesidad de algo— repitió.

—Vaya a hacer el amor con las mujeres, hágales niños. Ellas se han ido por allá.

—No tengo ganas de hacer el amor, poco me importa el lugar donde estén.

Más lejos en la selva.

—Siento una gran ansia.

—¿Por qué te quejas? ¿Estás de duelo? ¿Se reúnen por causa de una muerte?

—No. Me quejo porque me falta algo, me quejo porque siento una falta muy profunda.

—¡Oh! Sigue el camino que va por las cumbres de los cerros y vete a preguntar a otra parte, aquí nosotros no sabemos nada.

Continuó su camino.

—Me falta algo, siento necesidad de algo.

Se oía como la queja recorría el camino allá arriba. Los Yanomami se callaron al oír que se acercaba. Eran muy numerosos y comían frutos en los árboles. Kuripowë llegó. Los desperdicios caían al suelo.

—¿Quién eres?— preguntaron.

—Soy yo, y yo me lamento. Soy yo.

—¿Estás de duelo para lamentarte de ese modo?

—No. Yo me lamento así sin más.

—Las mujeres están por allí, haga el amor con ellas, hágale niños.

—No, yo hablo sin razón. Estoy bajo el tormento de la necesidad— añadió.

Llegó finalmente al que realmente sabía. El también estaba subido en un árbol

—¿Cuál es la razón para que te lamentes?

—No hay razón precisa. Me falta algo. Siento una falta terrible y arrastro mi lamento. Rompe una rama cuñado, añadió, rompe una rama y déjala caer. Tengo hambre.

Rompió una rama cargada de frutos (*pahi*) que dejó caer al suelo. Al caer la rama golpeó el suelo pesadamente.

—¿Querrás otra?

—Esta es suficiente.

Comió la envoltura de las semillas. Nadie le prestaba atención. Cuando hubo terminado:

—Cuñado, te dejo aquí las semillas.

Orinó encima, y después añadió:

—Ten cuñado, están aquí. Cocínalas en agua, retíralas del agua todavía calientes y llévalas a la boca con la mano mientras están todavía calientes.

—¡Sí! Pero qué decías cuando llegaste.

—Me lamentaba de que me faltaba algo.

—Mira ahí, cerca de ti, hay un hacha de piedra en el suelo, y una mascada de tabaco sobre el mango.

—¡Sí!, miro a ver si hay tabaco encima.

Cuando vio el tabaco:

—Cuñado. Era exactamente lo que yo necesitaba. ¡Esto era lo que necesitaba que me dijeran?— exclamó Kuripowë.

Se apropió con avidez de la gran mascada preparada con tabaco verde, y se la llevó. Siguió de nuevo el camino sobre los cerros, bajo el efecto del tabaco.

Probablemente quería difundir el tabaco; por todas partes por donde había escupido el jugo de la mascada creció una planta de tabaco. El tabaco inmediatamente se puso alto y comenzó a florear, los picaflor (*tesho*) vinieron a libar las flores. Estas fueron las marcas que Kuripowë dejó a su paso; gracias a él el tabaco se difundió enseguida.



PICO ENANO DESCUBRE EL CURARE

Karo hi theri

—¿Quién es ése que, de un lugar a otro, va golpeando la madera de los árboles con el pico?

Pico enano (*ripuhusiriwë*) trepó por un bejuco de curare y allí se quedó encaramado, dió rápidos golpes con el pico. Pero Mujer-curare odiaba a Pico, le quitó sus fuerzas y Pico cayó al suelo.

Su cuerpo no tardó en ponerse amoratado, como si hubiera sido recubierto enteramente de equimosis.

¡Qué gran desgracia nos aflige!— se lamentaron desconsolados.

Lo transportaron, todo amoratado como estaba, agarrándole por los miembros. Le lloraban. ¡Fuiste tú, Pico, el primero que descubrió el curare!

—Hay que ponerle en una plataforma. Construyan deprisa una plataforma.

Construyeron la plataforma que no era muy grande. Pico era de pequeña estatura. Pero su cuerpo comenzó a hincharse, a dilatarse, y la plataforma se agrandaba al mismo tiempo.

Pico enano, sin ninguna duda, iba a resucitar, de sus labios brotó repentina la llamada vibrante de los *hekura*.

—¡Tengo deseo de resucitar!— declaró.

Sucedió como si los Yanomami hubieran cortado los bejucos que mantenían la envoltura protectora, surgió de golpe.

—¿Qué sustancia dañina ha podido afectarme tanto?— se preguntó.

Buscó el bejuco y encontró la sustancia en cuestión. Raspó la corteza, la redujo a polvo frotándola entre las palmas de las manos. Al hacerlo, pronunció la invocación siguiente:

—¡*Kushu ha, kushu ha!* De este disco celeste, de ese disco celeste de donde brota el rayo fulgurante, que caiga ese rayo. Sobre ese disco celeste desplázate oso melero y tapa el bálamo. ¡*Kushu ha, kushu ha!*

Pico tú eres promesa de curare, ese curare del que tú has sido portador.

Fue Pico enano quien descubrió el veneno.

29
EL ROBO DEL FUEGO

I

Karohi theri

Baba fue la que dio a conocer el fuego. En la región de los Waika, Baba tenía la costumbre de ir a cocer sus orugas a la orilla del Río-de-los-dos-comedores-de-lengua. En las orillas de este río, cuando las orugas se reúnen sobre los troncos y llegaba el momento de recogerlas, los hombres las comían crudas. Masticaban crudos sus alimentos. Por la mañana todo el mundo iba a entretenerse en sus ocupaciones. Baba no regresaba sino, bien tarde, después que los otros, cuando el sol ya declinaba. Fingiendo que no conocía el fuego, ofrecía orugas crudas. Solo, en la selva, siempre preparaba sus paquetes de la misma forma: en la mitad inferior colocaba las orugas arrugadas por la coción y, por encima, y hasta el borde, las orugas crudas. Era Prueheyoma, su esposa rechoncha, quien iba a ofrecer las orugas crudas; y ellos comían luego, a escondidas, las suyas.

Mucho tiempo pasó así. Un día la hija de Mujer-Perdiz que se había quedado sola en la casa, fue a huronear entre las hojas secas del fuego de Baba. Descubrió una oruga arrugada por la coción, caída allí por azar. Cuando todos los hombres y mujeres, llegaron a la vivienda, después de las actividades de la mañana, se puso delante de ellos y mostró su hallazgo.

—Estos dos comen orugas cocidas ellos solitos— concluyeron sin perder tiempo.

—¡Vamos hijos, diviértanse!

Se arreglaron para colocar a Baba en el centro del grupo que formaban, y se divertieron. Sin una sola sonrisa Baba miraba como se entregaban a sus gracias. Hicieron cosas desacostumbradas. Fue, finalmente, Gallito hormiguero quien logró hacerle reír. Levantó su trasero al tiempo que proyectaba sobre sus compañeros un chorro de excrementos. Se reventaron de risa y Baba, perdiendo todo decoro, estalló en risas con ellos escupiendo el lindo fuego que escondía en la boca.

Pico de lacre lo agarró, pero no pudo elevarse; aleteaba a ras del suelo. Prueheyoma le perseguía y, arqueando el cuello hacia adelante,

lanzaba un chorro de orina que estuvo a punto de apagar el fuego. Conoto tomó entonces impulso y, agarrando el fuego a su vez, lo depositó sobre la rama seca de un árbol *apia*. Prueheyoma profirió esta maldición:

—Desde ahora el fuego les hará desgraciados. Han elevado el fuego pero por él conocerán desgracias y sufrimientos. Yo, me quedaré tranquila en el río, yo no moriré. Ustedes serán desgraciados, los restos de vosotros después de quemados serán reducidos a polvo, sus partículas serán arrojadas al suelo. En ese fuego serán quemados, serán quemados uno tras otro.

II

Kakashiwë theri

Baba poseía el fuego y ellos lo robaron por sorpresa. Baba y su mujer iban solos a la selva donde cocinaban sobre brasas sus paquetes de orugas. Baba escondía el fuego en la boca y, cada vez que salía, repetía a sus hijos:

—Hijos míos, yo voy a la selva a buscar alimento, si deben trepar a algún árbol, en su búsqueda de comida, agárrense fuerte.

Después añadía:

—¡No se peleen en el camino!

Eso era lo que les recomendaba.

Iba a cocinar en la selva sus paquetes sobre las brasas; comía los alimentos cocidos. Un día, en su ausencia, los antepasados hablaron a los dos hijos de Perdiz:

—Chicos, miren, pues, a ver si no hubiera caído en el suelo algo de comida cocida, en el fogón del anciano.

Los dos niños quedaron solos en la vivienda mientras los demás se dedicaban a sus ocupaciones. Fueron a huronear en el fuego de Baba y encontraron una oruga cocida. Por descuido, Baba había dejado descubrir una oruga cocida.

—Hermano mayor, las Perdices han recogido una oruga completamente engurrñida por la coción.

El niño que había hecho el hallazgo amarró la oruga, envuelta en una hoja, a la cabuya de la hamaca de su padre. Cuando éste volvió, le informó.

–Hijos, vengan a sentarse aquí– dijo un anciano.

Se acercaron a él y se reunieron; eso es lo que hicieron.

–Esa pareja come ese alimento cocinado.

Se referían a Baba.

–Mañana nos divertiremos– declaró uno de ellos.

Después, volviéndose hacia Gallito hormiguero añadió:

–Mañana te distraerás con nosotros; le cubrirás de excrementos. Cuando se ponga a reír, le cogeremos el fuego.

Durmieron. Cuando se hizo de día:

–Diviértanse, pasen delante de nosotros, uno tras otro y rodeen la vivienda para volver. Tú, Cucarachero teje una cesta de tejido abierto; nosotros dos nos pintaremos con motivos ornamentales.

Cucarachero tejió la cesta y se cubrieron el cuerpo de dibujos.

–¡Diviértanse!– proclamaron dos ancianos.

Se agruparon, en el grupo de los hermanos estaban juntos. Bailaron haciendo bromas; los dos ancianos participaron igual.

–¡Sí! ¡Así, así es!

Desfilaron uno tras otro. Se dieron cuenta que Cucarachero no participaba de la diversión.

–¡Vamos, tú también! ¿Han pensado en lo que van a hacer?

"¿Por qué motivo se divertirán?", se preguntaba Baba. El era grande; les observaba echado de través en la hamaca, el codo doblado bajo la cabeza apuntaba hacia ellos. Varios de ellos habían ya bailado, tomando posturas grotescas y divertidas.

Este fue el momento que escogieron para entretenerse en voz baja con Gallito hormiguero.

–Apúrate, ahora es tu turno. Nos apoderaremos del fuego y nos calentaremos.

Conoto y Pico de lacre –uno y otro tienen el pico rojo– tuvieron un conciliábulo.

–Agáchate debajo de él. Deslízate por detrás sin que se dé cuenta y agáchate.

Eso es lo que dijo Conoto a Pico de lacre aparte; añadió en voz alta:

–Yo voy a sentarme junto a mi hermano mayor.

Se acercó a Baba diciendo:

–Hermano, dejemos a los niños que se diviertan, no tiene importancia.

Se sentó junto a él.

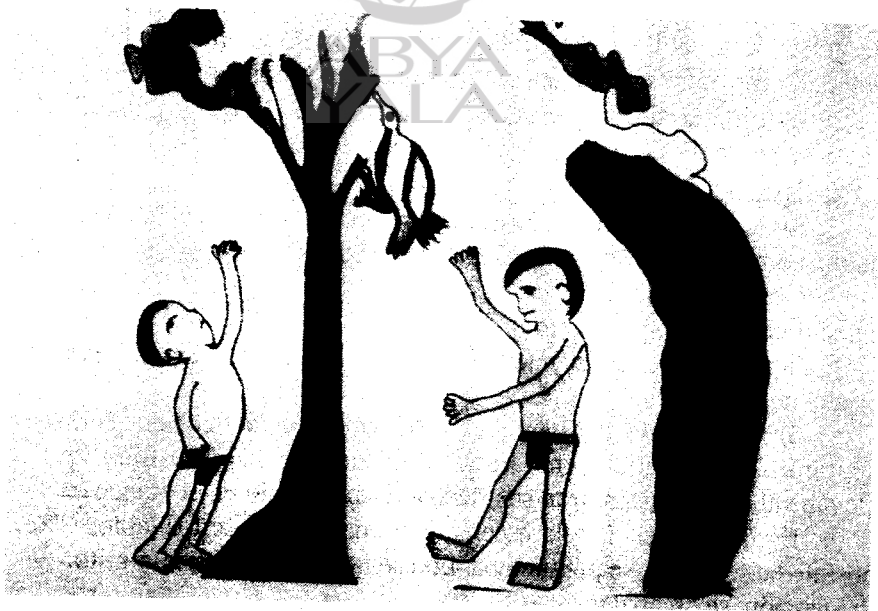
–¡Jueguen, hijos!

A partir de ese momento observó atentamente lo que pasaba. Gallito hormiguero se presentó. Movi6 la cola, la levantaba, descubrfa su ano: la cola bailaba a su ritmo. Se acerc6 de este modo a Baba, la cola al aire. Se reventaba de risa:

—¡Ha, ha, ha...!

Gallito hormiguero resbal6, gir6 y salpic6 de repente a Baba de excrementos. En el momento en que reventaba de la risa, el fuego brot6 de su boca. Entonces Pico de lacre, que habfa permanecido agachado debajo de Baba, haciendo como si no pasaba nada, agarr6 el fuego r6pidamente.

Se habfa apropiado del fuego, pero no consegufa elevar el vuelo. Prueheyoma, esposa de Caim6n, casi consigui6 apagar el fuego al orinarse encima. Entonces Conoto se precipit6 sobre 6l, agarr6 el fuego y vol6 hasta dejarlo sobre la rama seca de un 6rbol *apia*. El fuego se propag6 por la madera seca y las brasas se pusieron a caer. Prueheyoma les maldijo: —Por este fuego, por este fuego eterno, ustedes van a sufrir ¡Ser6n reducidos a polvo! Coger6n los restos de vosotros calcinados; se van a triturar mutuamente en el pil6n, predijo.



30
UN EXTRAÑO FESTIN

Karohi theri

Hace ya mucho tiempo de esto; era una época en que los hombres eran ya numerosos sobre la tierra. Entre ellos había un gran shamán. Este había concebido a Espíritu-Luna, el *hekura*, tal como lo conocemos hoy y que no existía todavía en aquel tiempo. El lo había ideado, él tenía el conocimiento y el saber. Los hombres se dieron cuenta un día que el shamán se estaba muriendo y estaban desolados.

—¿Qué le pasará? ¿Qué le pasa?

Cuando expiró, su mujer expresó su dolor:

—¡Esposo mío, tú, el shamán, vuelve con nosotros!

El cadáver fue incinerado. Se había consumido y las cenizas ya se enfriaban cuando llegó la noche. A la mañana siguiente los huesos serían recogidos. En todo el cobertizo se lloraba al muerto. Pero el shamán, después de su muerte, se había transformado en *hekura*, se había convertido en Espíritu-Luna y, cuando la noche estuvo completa, se dijo: "Ahora es el buen momento". Penetró en la casa. No se dirigió hacia ningún lugar desocupado bajo el techo, se acercó a los carbones de la desgracia, se acucilló cerca de los restos, y comió los huesos calcinados que crujieron entre sus dientes. El consumió sus propios huesos.

El hijo del difunto despertó, se paró, miró. El que estaba allí era como su padre. El niño se aproximó y se apretó contra él, por la espalda.

—¡Papá, papá!

En ese momento Espíritu-Luna acababa de masticar los huesos. Se había comido todo, los huesos y los carbones de leña, restos de la incineración. Permaneció en cuclillas y giró sobre sí. Entonces los Yanomami le vieron y gritaron:

—¿Quién viene a perturbar nuestro duelo? ¡Ese es algún desconocido, no es uno de nosotros!

Se bajaron de las hamacas y agarraron sus flechas. Todos se apuraron. Formaron un semicírculo alrededor de Espíritu-Luna que se elevaba al cielo y dispararon sus flechas. Ninguna dio en el blanco.

Escorpión asistía a la escena, con una sonrisa en los labios. "Será posible tal torpeza", se preguntaba. En ese momento resonó un grito:

—¡Atención, se escapa!

En un abrir y cerrar de ojos, Espíritu-Luna había subido al cielo; pronto las flechas no llegaron más a su altura. Ninguna flecha llegaba bastante alto. Espíritu-Luna, punto imperceptible, iba a desaparecer tras las nubes; estaba alto en el cielo. Un clamor resonó todavía, luego solicitaron la ayuda de Escorpión.

—¡Ven con nosotros a flecharle!

Sus cuñados le rogaban que se uniera a ellos.

—¡Cuñado, tú, tú! Todos ellos conocen tu fama de flechador infalible, cuentan con tu ayuda.

Escorpión descendió de su hamaca. Su flecha era fina y corta, la punta de bambú que llevaba era estrecha. Tensó el arco y, apuntando a Espíritu-Luna, comentó:

—¡Escúchenla, mírenla, en caso de que no sea lanzada lo bastante lejos!

Disparó su saeta.

—¡Sí, mira. Eso es!— exclamaron.

Acababa de dar en el blanco. La sangre brotó y se dispersó por la tierra, allá abajo, hacia el lugar de los intrépidos Shamathari. De los coágulos de sangre que cayeron nacieron los *shēkinari*, seres caníbales. Uno solo de los *hekura* es Espíritu-Luna, este es su camino. Este es su camino que desciende río abajo; las llaman le abrazan.



TRUENO ES ENVIADO AL CIELO

Kakashiwë theri

Probablemente querían enviar a Trueno al cielo. El hermano mayor de Minero mató una danta; la despedazaron y la llevaron a casa. Allí hicieron cocer el hígado. Danta era Trueno, incluso muerto continuaba siendo Trueno.

Hicieron cocer el hígado y se reunieron para comerlo. No ofrecieron a Minero, solo le dieron el bazo. Se puso bravo y lanzó el hígado a lo lejos; el hígado se transformó en Trueno. Fue a vivir donde él está ahora: en el cielo.



CUANDO EL CIELO SE HUNDA

Karohi theri

Esto sucedía en la dirección de los Waika, mejor aún, más allá de ellos, en la sabana, hacia los árboles *tokori* donde vienen a rascarse las dantas; esto sucedió más allá del país habitado por los Yanomami. De ese suelo, los Yanomami ocupaban un vasto espacio, pero esto sucedía en un lugar donde se deja de encontrarles, en una tierra deshabitada, allí donde el disco celeste es frágil como madera vieja.

Ese suelo, tan antiguo como un anciano; el disco celeste, él también tan antiguo como un anciano; esas regiones son frecuentadas por los seres sobrenaturales; fueron ellos los que se abatieron sobre los hombres antiguos. Fueron ellos. ¡Son demonios! Los hombres entonces fueron elevados lejos por una fuerza irresistible; el cielo se rompió por encima de sus cabezas. Fue en vano que los shamanes pronunciaran fórmulas propiciatorias; en vano fue que invocaran a sus espíritus protectores: el cielo se rompió lo mismo.

Los antepasados asistieron realmente a acontecimientos fuera de lo común. ¿Pero, cómo tuvieron ellos la intuición de que se debía buscar refugio bajo la cúpula desplegada del gran cacaotero?

Allí fue donde se precipitaron cuando se rompió el disco celeste. El cacaotero se dobló, pero soportó el peso. Muy cerca de sus cabezas el cielo desprendía un calor insoportable y los hombres gemían.

Sinembargo, supieron lo que había que hacer: con las hachas se abrieron un paso a través del cielo. De esa forma los antepasados encontraron refugio bajo el cacaotero; se convirtieron entonces en seres subterráneos, los *amahiri*.

33
AL FIN LLEGO LA NOCHE

I

Pishaasi theri

Como en otro tiempo nunca se hacía de noche, Hōrōnami lanzó sobre Titiri una flecha cerbatana. A plena luz hacían el amor en el cobertizo; no pensaban en decir: "Vamos a la selva". Hacía el amor con la mujer de Hōrōnami mientras él dormía. ¡Permanece dormido mientras se te engaña! ¡Durmiente, que no se haga el amor bajo tus ojos! ¡Duerme! Pasó mucho tiempo antes que Hōrōnami les sorprendiera, y entonces se puso bravo.

Mientras Hōrōnami había quedado en la casa, su hijo partió llevando la cerbatana que guardaba disimulada cruzada en los palos del techo. Se acercó al lugar en que Titiri cantaba lastimeramente. Lanzó una flechita que alcanzó a Titiri en el extremo del ala. Inmediatamente la oscuridad de la noche se extendió; pero, enseguida, se hizo nuevamente de día.

—¿No es eso realmente lo que hay que hacer?— se dijo Hōrōnami.

Agarró la cerbatana que guardaba debajo del techo, introdujo a su vez una flechita. Titiri estaba posado en una rama que se doblaba bajo su peso; su larga cola colgaba. La flecha de Hōrōnami se clavó en el pecho del demonio, matándolo instantáneamente. *Tei, tei, tei...* los ruidos de la noche se dejaron oír inmediatamente.

Había quienes allá, habían salido a cazar. Como hacía noche negra, llamaron:

—¡Vengan a buscarnos!

Por todas partes se oían los ruidos de la noche. Era de noche. Partieron leña; por todas partes encendieron fuego. Como la oscuridad era completa desparramaron sus objetos, tumbaron sus calabazas. Los estuches ordenados en el techo en los que guardaban las plumas, los arrojaron fuera. Mientras aún estaban en el aire, los estuches se convirtieron en pavas rajadoras (*mērēshi*). Solo entonces llegó el día.

II

Karohi theri

En la selva el gran Titiri venía siempre a posarse en el mismo lugar y "lloraba": se oía su queja sorda incesante, como la de los paujés en la época de celo. Titiri no se desplazaba de lado por la rama en la que estaba posado, sino que giraba sobre sí mismo, primero en una dirección, después en la otra. Los hombres de un tiempo, nuestros antepasados, no conocían la noche, no conocían el crepúsculo. En su época reinaba un día perpetuo y era de día que ellos dormían. Salían de caza, volvían, comían la caza que habían matado, no montaban nunca en cólera. Dormían cuando tenían sueño. Así era como ellos vivían.

Titiri, es el paujé, el yerno de la Oscuridad y de la Noche, espíritu femenino. He aquí el camino de Titiri: en la vegetación inextricable, tapizada de espinas. Nuestros antepasados deseaban sin duda crear demonios. En el lugar en el que solía posarse, Titiri emitía un largo y sordo lamento. Esto era lo que decía:

—¡Titiri, titiri, titiri, wā!

—¡Aquí está la Roca-del-Aparecido!

—¡Aquí está la Roca-del-Ocumo!

—¡Aquí está el Río-de-las-flores-thoru!

Nombraba las montañas, las rocas, los ríos y su queja no acababa nunca.

—¡Aquí está el Río-de-las-espinas!

—Aquí está el Río-de-la-nariz!

Así decía. Los antepasados le escuchaban. Un día uno de ellos declaró:

—¡Hay que intentar algo, hijos! El que canta quejosamente y sin parar, ese es un demonio.

—¡Aquí está la Roca-Maiyō!

Nuestros antepasados no habían presenciado nunca un crepúsculo, el sol se mantenía siempre en el zenith; dormían de día.

Titiri era tan pesado que la rama en que se posaba se doblaba bajo su peso. Se mantenía posado muy bajo, cerca del suelo; la oscuridad le rodeaba.

—¡Hijos, hay que intentar algo!

¡Muchachos, hijos míos, hay que encontrar una solución inmediata!

Salieron en dirección a Titiri y se le acercaron con intención de matarle. No voló ante su presencia, permaneció posado sobre la rama, espulgaba sus parásitos. Cuando estuvieron bastante cerca, uno de ellos disparó una flecha de cerbatana. La flecha rozó a Titiri: revolotearon algunas plumas. Entonces, en ese preciso instante, se hizo de noche. Se oyeron resonar los ruidos de la noche: "Tiri, tiri, tiri..." Los que se habían quedado en la vivienda sintieron por un momento la necesidad de dormir, y se pusieron a roncar. Muy deprisa, el día volvió.

—¡Hijos, hijos! ¡Esto es! He dormido agradablemente, durante un corto momento he dormido con placer.

El día había vuelto y el llanto recomenzó:

—*Titiri, titiri, titiri, wā.*

Entonces Hōrōnami declaró públicamente:

—Ahora soy yo quién irá a acabarlo!

Era un hábil cazador y marchó a matarlo. Otra vez se oyó a Titiri nombrar un lugar, continuaba nombrando los distintos lugares de la selva. Hōrōnami sopló en su cerbatana y Titiri cayó muerto. Una oscuridad profunda se desplegó; inmediatamente se oyeron los ruidos de la noche. Plumones blancos se desprendieron del vientre de Titiri; volaron en fila, llevando con ellas los parásitos que allí se agarraban. Se habían convertido en *weyari*, demonios anunciadores del día.

Algunos se habían alejado en la selva, y fueron sorprendidos por la noche. Desorientados, gritaron:

—¿Dónde se encuentra el camino por donde hemos venido aquí? ¡Vengan a buscarnos!

—¡Vayan a buscarlos, alumbrándose con tizones!

Varios entre ellos amarraron algunos tizones entre sí y se alejaron agitándolos ante ellos.

Durante este tiempo los antepasados que estaban en la vivienda, se enfrentaban con una situación que todavía no conocían:

—Tengo sueño, y la oscuridad me da miedo.

En el recinto circular del gran cobertizo los ronquidos se oían en coros.

—¡Enciendan fuego, enciendan fuego!

Cuando la noche llegó a su fin, los ruidos de la mañana reemplazaron a los de la noche, y los ancianos ordenaron:

—¡Hijos, levántense! ¡Ya es de día! ¡Váyanse a cazar, a matar presas!

El haber podido dormir de noche les proporcionaba una sensación de bienestar; ya ellos habían soñado.

III

Shuimiwei theri

De nuevo, obsesionadamente, se elevó el llanto monótono de Titiri. El demonio daba nombre a los diferentes lugares. El día, tal como lo conocemos ahora, ese día no existía entonces. El día era perpetuo, el sol no se inclinaba al occidente: permanecía inmóvil en el zenith. En aquel tiempo los Yanomami eran felices, nunca se encolerizaban, nunca peleaban. Los niños y los adolescentes cazaban pajaritos. Experimentaban la felicidad y todo hubiera sido perfecto, si no hubieran tenido, obsesiva y próxima, la voz terrible del demonio. Se preguntaban:

—¿Cuál es, pues, esa voz espantosa?

No reñían entre sí, eran felices, pero terminaban por cansarse de un día que no terminaba nunca.

Aguzaron el oído y escucharon atentamente la voz de Titiri. Llegó el momento en que decidieron:

—¡A ese demonio, hay que buscarlo!

Escucharon en dirección de donde provenía el llanto.

—¡Titiri, titiri, titiri!

Deseaban, de una vez, poder asistir al ocaso de un día.

—¡Qué voz más espantosa!

—¡Titiri, titiri, titiri!

—Pónganse en camino. Mátenle cuando le tengan localizado. Mátenle, pero mueven cuidadosamente la cerbatana, no hagan gestos bruscos—, recomendaron.

Querían a toda costa matar a Titiri.

Todo alrededor del lugar en que Titiri estaba posado reinaba la oscuridad más completa. Los antepasados se dirigieron hacia él. Al fin de alumbrar al demonio, encendieron un gran fuego. Titiri estaba posado muy cerca del suelo, su apariencia era espantosa, realmente era un demonio. Alguien apuntó hacia él la cerbatana y la flecha le alcanzó en el hígado.

—¡Noche, oscuridad, noche!— pronunció todavía Titiri con una voz moribunda.

Los demonios le abrieron el pecho cuando cayó a tierra. Inmediatamente su sangre se convirtió en *weyari*, los demonios de la mañana. De esta sangre nació igualmente Kōimawë, el halcón canibal. Titiri retornó entonces a su escondite.

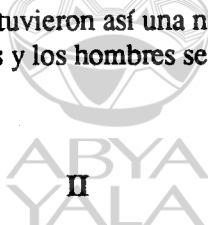
34 PRIMERAS MUJERES

I

Karohi theri

Fue allí donde Conoto tuvo antaño la pantorrilla preñada. Por haber hecho el amor con la pierna, en el hueco del dedo gordo del pie ellos se multiplicaron. Allí donde la pantorrilla constituye una masa muscular, allí donde la carne de la pierna forma un huso alargado, allí fue el lugar en que se encontró preñado. La pantorrilla se hinchó y nació una niña. Fue el mismo que había tenido preñada el que la desposó, cuando ella estuvo grande; fue el mismo el que la desfloró.

El que la había engendrado la tomó por esposa. Otra niña nació a su vez. Se hizo grande enseguida, más deprisa que los niños de ahora, y entonces fue el que había copulado en el hueco del dedo del pie quien la desposó. La desfloró. Los dos tuvieron así una numerosa descendencia. Se desposaron los unos a los otros y los hombres se multiplicaron.



II

Pishaasi theri

Fue allí, en esa dirección donde Conoto tuvo antaño la pierna grávida y donde los antepasados se multiplicaron. Los Yanomami no existían todavía como pueblo; en todo y por todo no había más que dos hombres. "Y si utilizamos el orificio por donde salen los excrementos", no pensaron en eso. Conoto hizo el amor en el hueco del dedo del pie de su compadre.

—¡Tengo necesidad de hacer el amor!— exclamó.

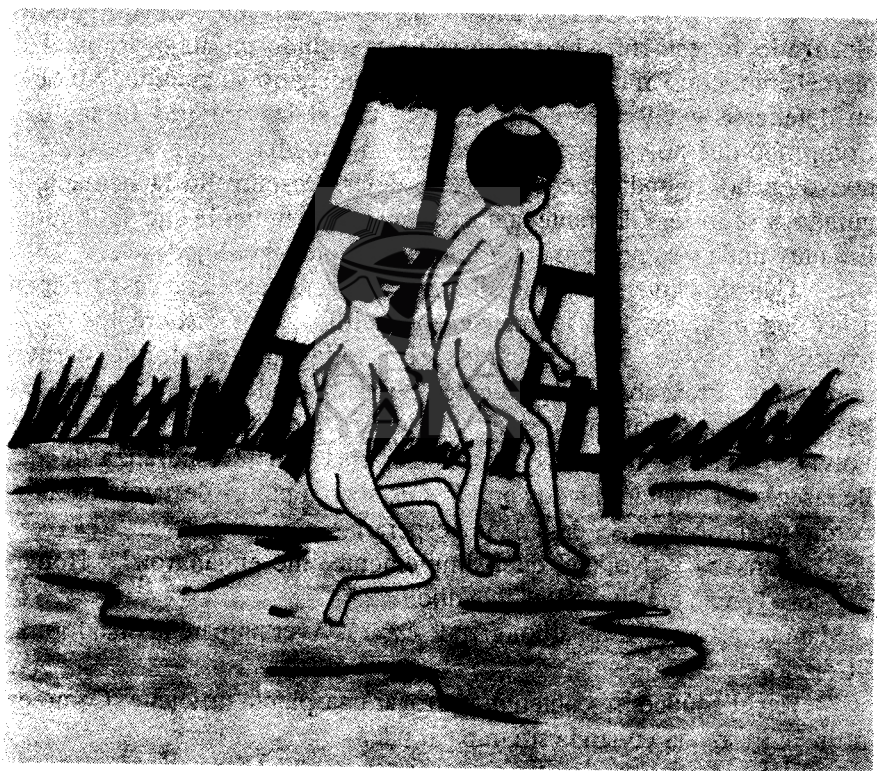
Entonces encajó su pene en el hueco del dedo gordo del pie y así hizo el amor. Esa masa de carne que se une a la pierna comenzó a hincharse: la pantorrilla estaba preñada.

La pierna de Conoto estaba preñada: un niño iba a nacer. Pronto la pantorrilla reventó y nació el niño.

—¡Es macho!

—¡No, es hembra!

Cortó el cordón umbilical y acostó a la bebé contra sí en la hamaca. La recién nacida fue alimentada con agua; se hizo muy deprisa un ser avisado, conociendo el mundo, sabiendo comportarse. El que le había dado nacimiento la tomó por esposa, ella durmió cerca de él. Cuando tuvo sus primeras reglas, la desfloró. Otro niño nació enseguida, era también una niña. Fue el soltero quien la tomó por esposa y así se multiplicaron.



35
LA SANGRE DE RABIPELADO

Karohi theri

Rabipelado había ido a visitar a una comunidad vecina. Mientras estaba echado en la hamaca en actividad de visitante, advirtió dos mujeres de gran belleza. Se llamaban Paraparayoma y Yamonamariyoma. Rabipelado las deseó. Al caer de la noche utilizó un afrodisíaco con el propósito de seducirlas. Rabipelado se fue muy de mañana, tomando la dirección de regreso. Estaba ya lejos cuando las dos mujeres consiguieron alcanzarlo; habían cruzado por la selva y seguido un atajo. Rabipelado hizo el amor con Paraparayoma y después prosiguió su camino. No tardó en detenerse y volverse a fin de verificar si las mujeres le seguían. Comprobó que no venían y, despechado, dio media vuelta y penetró de nuevo en la vivienda que acababa de dejar. Desenrolló la hamaca, la guindó, y se instaló. Durante la noche, fue la otra mujer la que se le juntó. Era muy linda y su nombre era Yamonamariyoma, la Mujer-miel.

Cuando el día se levantó, él regresó directamente a su casa. Esperó a las dos mujeres. Iba a ponerse en cuclillas, fuera, sobre los viejos troncos duros de árboles caídos. En todas partes donde estuvo, impaciente, arrancaba con los dientes fibras de madera que acababan por hacer pequeños montones en el suelo a sus pies. Como no venían, se volvía. Todas las mañanas iba a esperarlas con la esperanza de que llegasen. Ya cuando las dos mujeres estaban a punto de venir hacia él, perdió toda esperanza y dejó de ir a esperarlas.

Pensaba: "¿No será que, simplemente, me engañaron?". Hongo-apestoso (*yore*) era su madre; él le dijo:

—¡Mamá, voy a cortar un árbol grande (*apia*)! Ayer preparé la plataforma.
—Córtalo.

En el conuco, se contentó con rozar una planta urticante. Como era flojo, regresó a la vivienda sin trabajar nada.

Las dos mujeres se dirigieron sin dudar hacia las plantaciones del hombre feo. Las personas que trabajan allá las vieron y las llamaron:

—Por aquí, por aquí.

Llegaron a la vivienda. El fogón donde vivían Rabipelado y Hongo-apestoso exhalaba un olor espantoso. Como Rabipelado no estaba

allá fue la madre quien recibió a las dos visitantes. De cada uno de sus muslos tomó un gran trozo de carne y se los ofreció a modo de alimento.

—Coman de esta carne de danta, les dijo.

—No, no como, respondió una.

—No, no como, respondió la otra.

El fétido olor era insoportable. Las dos mujeres se taparon la nariz con los dedos. Manteniendo la nariz tapada fueron a sentarse a un fogón vecino. ¡Qué bellos eran sus ojos!

Rabipelado llegó al fin: tok, tok, tok...

—¡Mamá!

—¿Qué?

—Mamá, el árbol al caer ha aplastado las plantas de ocumo.

—Es una desgracia que se hayan aplastado.

El se había contentado con tumbar al suelo una planta urticante.

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué, pues?

—¿Les has ofrecido carne de danta?

—Ellas no quieren comer.

—Hacen muecas.

Durante este tiempo las dos visitantes continuaban tapándose la nariz. Rabipelado quiso hacerse el interesante, se balanceaba en la hamaca al tiempo que silbaba. Se balanceó durante un rato, después tuvo una idea:

—Mamá, ¿dónde está mi cola de mono? Quiero ceñírmela a la cabeza.

El no se acordaba que la cola estaba siempre colgada en el mismo lugar. Era una cola ruidosa con escasos pelos. La agarró, se la amarró alrededor de la cabeza y pasó la mano por encima para aplastar los pelos erizados. Colocó en el suelo un recipiente con agua y se alisó los cabellos con la mano mojada.

Recomenzó a silbar y a balancearse dándose impulso con el pie.

—Mamá, dales tabaco para que preparen mascada.

Rabipelado probablemente pensaba que las mujeres ya le pertenecían.

Su madre les arrojó hojas de tabaco.

—Preparen una mascada— ordenó.

Recogieron el tabaco indolentemente.

—Vamos a prepararlo allá, en ese fogón— decidieron.

Se pararon y se dirigieron allá, tomándose de la mano, con la intención de preparar la mascada. Llegaron a un fogón donde había una

hermosa hamaca de bejuco, decorada en los extremos con bandas transversales trazadas con onoto. Solo había una hamaca, ninguna otra ocupaba el lugar. El dueño estaba ausente y la hamaca estaba levantada por el medio por un bejuco que la sujetaba arriba.

—¡Qué bien huele esta casa! Apúrate en preparar el tabaco.

Se conformó con pasarlo por las cenizas con negligencia; el tabaco estaba todavía "crudo" cuando formó el rollo. Llamó a un niño que estaba parado en la cercanía:

—Vete a dar este rollo al que silba y se balancea con el pie. Llévale el tabaco.

El niño se acercó a Rabipelado.

—¡Eh! ¡Eh!

Rabipelado lo miró un momento, después volvió los ojos. El niño le tendía las mascada pero él fingía no verlo, entonces el niño se contentó con dejar el rollo en el suelo y se fue.

Las dos mujeres se encontraban en la casa de Miel (*yamona*). Estaban felices mientras se acercaba. Tok, tok, tok... Miel apareció. Líneas rojas serpenteaban a lo largo de su cuerpo. Miel tenía la tez oscura, era esbelto y grande. Se echó en la hamaca de dibujos transversales y dobló el brazo bajo la cabeza. Desde su llegada las mujeres experimentaron por él una gran simpatía.

—Nos quedaremos aquí— decidieron.

Comenzaron a acariciar el cuerpo de Miel. Rabipelado, furioso, las observaba de lejos. Encolerizado había colocado un brazo bajo la cabeza y lanzaba miradas furtivas hacia las dos mujeres. Después se volvió de espaldas.

—Eso es irritante. Las he hecho venir aquí para nada. Mamá, mamá, tú no te vas a quedar aquí para condolerme, mañana me vengaré— decidió bruscamente.

Miel no iba a permanecer mucho tiempo en compañía de las dos mujeres.

La noche había caído. Las mujeres se sentaron en el borde de la hamaca de Miel. Una de ellas se echó contra él: pronto la otra tomó su lugar. Después las dos durmieron una contra otra, encima de él. Rabipelado pensó: "Agítense, hagan amistad, eso no va a durar". Atormentado por el resentimiento, no pudo dormir. Cuando el día descendió sobre ellos:

—Mamá, mamá, despiértate. Tú no debes quedarte aquí con miedo después de lo que va a pasar.

Dijo esto y se fue. Se dirigió al lugar donde guardaba su cerbatana, puesta contra el tronco de un árbol. Allí donde quería preparar la sustancia mortal destinada a su venganza, recogió los pelos de un roedor llamado *pëna*. Enredó el veneno con las fibras algodonosas de una ceiba. Después fue a emboscarse al borde del camino. Estuvo al acecho un buen rato, cuando Miel apareció. En el lóbulo de cada oreja Miel llevaba un pendiente de piel cotinga; se adelantó hacia el lugar en que Rabipelado estaba emboscado. En el momento en que le dio la espalda, Rabipelado lanzó contra él el veneno mortal. Permaneció en cuclillas un rato antes de irse.

Lagarto (*reha*) se preparaba para recoger miel. Como el nido de abejas estaba pegado en el tronco de un árbol demasiado grueso para que él pudiera treparlo desde abajo, se había subido a un árbol más pequeño que se le juntaba y estaba a punto de amarrar una estaca que le sirviera de pasarela. Podía así alcanzar fácilmente el nido que se encontraba justo un poco más alto. Lagarto tenía el cuerpo pegado al tronco cuando Rabipelado lanzó contra él una flecha envenenada. El dardo le rozó ligeramente la garganta.

—¿Quién "sopló" contra mí? Rabipelado, ¿no serás tú quien me agrede sin motivo?

Quemó las abejas que revoloteaban a su alrededor, abrió el nido que dejó caer a trozos, después se dejó deslizar con ligereza a lo largo del tronco hasta la base.

—Coman la miel. Las abejas me han mordido de tal modo que tengo el cuero cabelludo al rojo vivo. Un dardo me ha rasguñado la garganta.

La garganta se le había puesto violácea inmediatamente después de haber sido alcanzada.

—Vámonos. ¿Han terminado de comer la miel?

Regresaron al cobertizo colectivo.

Mientras comían la miel, Miel había regresado a la casa. Ya el veneno hacía su efecto y él se sentía muy mal. Los shamanes no pudieron curarle y murió.

—¡Qué desgracia! ¡Era mi pariente! Era pariente mío y era muy hermoso— se lamentaban los parientes del difunto.

Por causa del veneno de Rabipelado la piel de Miel se cubría de grietas. Cuando Rabipelado llegó, se dirigió hacia las dos mujeres que

sollozaban agarradas de la mano; se apretó contra ellas y lloró como los demás. Con una voz que se esforzaba en mantener lastimera, he aquí que pretendía ahora que Miel era su hermano y que le había prometido las dos mujeres.

—¡Mi hermano menor era bello! "No dejes que ningún otro las despose"—decía—. Es a mí, a tu hermano mayor, a quien tú deseabas dáselas.

Se apretaba contra las dos mujeres y éstas se apartaban para evitarle.

El cuerpo de Miel se había puesto negro e hinchado. Un líquido pardo goteaba cuando Lagarto llegó:

—¿Qué pasa aquí?

—Una flecha envenenada ha sido lanzada— le informaron.

Rabipelado efectuaba un paso de danza fúnebre, levantando y bajando los brazos. Sin embargo, no vayan a creer que Rabipelado iba a desposar las mujeres.

—El culpable no pertenece a otra comunidad, ¡no vive lejos! Es Rabipelado quien ha arrojado la sustancia mortal— exclamó Lagarto.

Rabipelado cogió miedo cuando le oyó.

—*Suku, suku, suku...*

Rabipelado lloraba ruidosamente.

—¡Qué gran desgracia!

Mientras tanto, se iba alejando poco a poco disimulándose a lo largo de los árboles, quería huir. Tenía miedo al oírles expresar su dolor por el muerto.

—¡Qué gran tristeza! ¡Es un pariente mío a quien se va a quemar!— se lamentaban con grandes gritos los parientes de Miel.

Por todas partes armaron las flechas con punta lanceolada. Esto sucedía en una región donde viven los feroces Waika. Mientras su atención estaba fija en la hoguera que se encendía, Rabipelado se deslizó furtivamente por detrás del grupo de plañideras. Cuando desamarraban la hamaca en que reposaba el cuerpo de Miel y se precipitaban todos a su alrededor, Rabipelado desapareció detrás de la vivienda. Se puso a correr. Entretanto, habían puesto al muerto en las llamas y lo habían cubierto de leños. Fue solo a partir de ese momento cuando se inquietaron por Rabipelado.

—¿Dónde está? ¿Le han vigilado?

Le buscaron por todas partes.

—¡Qué desgracia! ¡Ha huído!— confirmaron.

Carpintero trepó a un árbol. Pero ya Rabipelado estaba fuera de alcance. Pegado al tronco, Carpintero escrutó en todas direcciones.

—Observa atentamente la región— le recomendaron.

Rabipelado estaba ya lejos. "Y si yo volara, ¿conseguirían alcanzarme?", se dijo. Bajo el efecto del pánico le nacieron alas y voló. Pasó por allá, muy lejos delante de ellos, como un punto imperceptible.

—¡Está allá y vuela!

—¡Vigíle bien!

—¡Desgraciadamente ha desaparecido!

Carpintero subió un poco más alto, trepando.

—¡Cambia de dirección! ¡Ay!, ha desaparecido detrás de la roca Teriopë.

Pico subió todavía más.

—De nuevo es visible, en la Roca Mahi hii. ¡Pierde altura! ¡Se acucilla! ¡Desciende aún más! ¡Desaparece detrás de la Roca-de-la-montaña-de-los-bambúes!

Carpintero trepó todavía un poco más alto.

—¿Es que no te vas a cansar nunca?

Carpintero había llegado a la cima del árbol y, sin ningún apoyo, alargaba el cuello.

—Acaba de desaparecer detrás de la Roca-brumosa. ¡Se introduce en la roca! ¡Vuelve a salir! Imperceptible, gira hacia la Roca-de-las-garras-de-la-luna. Seguramente va a reaparecer.

—Quédate aún en el árbol— le pidieron.

—Vuelve a salir y se dirige hacia la Roca-Herōnapiwei. Apenas le distingo. Está en cucullas. Se para de nuevo.

Carpintero se empinó sobre la punta de sus patas en la cima aislada del árbol; alargaba el cuello en una y otra dirección.

—Estoy en la punta del árbol, no puedo subir más alto. Rabipelado es un punto minúsculo que se desplaza. ¡En la Roca Sipara! ¡Se detiene en la Roca Sipara! Estoy al límite de mis fuerzas. Esta vez se ha detenido definitivamente. ¡Es una roca enorme!

El árbol en que Pico estaba trepado se balanceaba al viento y manojos de su follaje zumbaban.

—Iremos a la Roca Sipara. Mujeres, sancochen alimentos. Lleven comida— ordenaron los ancianos.

—¿Quién quedará con la madre?

Se les oía afanarse por todos lados.

—¡Oh, mi pobre hijo!

Hongo-hediondo lloraba por su hijo; también lloraba de miedo pues se la manifestaba hostilidad.

—Mi hijo...

Presa de espanto, se convirtió en un hongo nauseabundo y se puso a crecer.

Al día siguiente, todos quisieron participar en la venganza y no quedó nadie para pilar los huesos del muerto. La hoguera funeraria se había reducido a ínfimos fragmentos de carbón de madera; iban a nacer abejas de ellos. Nadie pensó en recoger los huesos calcinados.

—¡Vamos! Amarren las hamacas para llevarlas. Es seguro que vamos a encontrarle.

Las dos mujeres habían llorado hasta la mañana.

—¡Mi esposo es verdaderamente hermoso!

En el instante en que abandonaron la vivienda, los carbones de leña comenzaron a zumbar; los carbones de leña levantaron el vuelo convertidos en abejas. Hicieron un nido en el tronco de un árbol que desde entonces lleva promesas de miel.

—Alejémonos silenciosamente, aconsejaron.

Pasaron caminando numerosas rocas. Cuando llegó el crepúsculo, los ancianos elevaron la voz.

—Cacen gallinetas— dijeron a los jóvenes.

Comieron y después se durmieron. El alba blanqueó el cielo por encima de los árboles. Se habían puesto ya en marcha cuando Pico declaró:

—Fue aquí donde le vi por primera vez. Aquí es donde ayer apareció.

Recorrieron un trayecto realmente largo. Caminaron durante dos días. Alguien pidió a Pico:

—Sube a un árbol para observar la región. Tú nos dirás "ha pasado delante de tal y tal roca".

Pico trepó a un árbol lo bastante alto que permitiera observar la región.

—Estamos todavía muy lejos.

Continuaron avanzando en dirección a su objetivo. Pico trepó de nuevo para otear los alrededores. Apenas si se veía, lejos, río abajo, la roca en que Rabipelado se había refugiado. Continuaron la marcha. Pasó otra noche.

—Fue sobre esa roca donde descansó— aseguró Pico.

—¡Observa!

Trepó.

—¡Eh, ustedes, esta vez nos aproximamos!

La noche cayó una vez más. Se enfrentaban con la última parte de su largo viaje. Caminaron un día más; como la noche se acercaba, exigieron a Pico que trepara una vez más:

—¡Observa! ¡Observa!

—Ahora está muy cerca. ¡Ahí está la roca, ahí mismo! En esa roca es donde se refugió.

De inmediato se reunieron para decidir lo que había que hacer.

—Probablemente todavía está allá arriba.

—Ya no está allí— gruñó Rabipelado, acurrucado en el fondo de la roca.

—¿Quién va a escalar para obstruir la boca del agujero?

Un bejuco tierno colgaba por encima del agujero, su extremo inferior pendía a ras de suelo.

—¿Quién podrá hacerlo! ¡Suban a ese bejuco!

—¡Pero se va a romper!

—No se romperá.

—¡El bejuco se va a romper! ¡Ves bien que no es muy sólido!

—No se romperá, no se romperá. Está guindando en el lugar correcto y nos permitirá alcanzar el agujero.

—¡Aquí está Lombriz (*herasima*)! Ha llegado después que los demás.

—¿En esa roca?— preguntó estúpidamente.

—Por fin subirán para sondear el agujero. ¡Rabipelado está todavía allá arriba!

—¡Sube tú!

Nadie respondió, nadie quería arriesgarse a subir aquel bejuco, y acabaron por ponerse bravos.

—¡Apúrate en subir! ¿Acaso tienen miedo? Le mataremos.

—¡Tú, tú!

Tenían miedo y les hubiera gustado enviar a Lombriz.

—¿Yo? —se extrañó—. ¿Debo conseguir una pértiga?

En lugar de eso, recogió una piedra muy gruesa. Prepararon una correa frontal de corteza para que pudiera llevar la piedra cómodamente en la espalda al trepar por el bejuco.

—Preparen también un bejuco enrollado en anillo, pero no lo dejen muy flojo. Un bejuco enrollado en los tobillos ayuda a trepar con firmeza.

—¡Pero el bejuco se va a romper!

Haló el bejuco con todas sus fuerzas.

—No se romperá, es resistente.

—Si me caigo, será culpa de ustedes.

Comenzó a trepar lentamente y el bejuco se tensó todo lo largo.

—El bejuco cruje por el peso de la piedra.

—No se romperá —reafirmaron—, no se romperá. El bejuco estará entero cuando bajés.

Continuó subiendo, pero cometió un error: se inclinó hacia el suelo y a punto estuvo de perder el equilibrio por la pesada carga que llevaba.

—¡No te inclines!

Prosiguió su ascenso. Se acercaba al agujero.

—¡Y esa piedra que me hala hacia abajo!

Subió. Ahora se encontraba ante la boca de la galería rocosa donde se escondía Rabipelado.

—¡Rabipelado el nauseabundo todavía está en la roca!— informó.

Allá arriba, se injuriaban: Rabipelado estaba allí de verdad. La piedra gruesa estaba cerca de la abertura y el bejuco pendía justo delante. Lombriz agarró la piedra, la hizo pasar por sobre sus hombros y tapó enseguida el agujero.

—¡Listo! Apúrense en construir un andamiaje.

Abajo, en el suelo, había mucha gente afanándose.

—¡Hagan el andamiaje en este lugar!

—¡Aquí, mijo!

El andamiaje que construyeron describía un arco de círculo que se extendía por kilómetros a lo largo de la enorme roca. Cuando terminaron completamente:

—¡Vamos! Acometamos la roca por la base.

Fue el pueblo de las perdices (*pokorami*) quien se puso a la tarea.

—Encarámense inmediatamente allá arriba.

—¡Mi pobre madre! ¿Qué será de ti? Voy a morir— exclamó Rabipelado.

—¡Vamos, vamos! ¡A trabajar!

Las perdices utilizaban el pico como si fuera una herramienta, eran como machetes. Acometieron la roca por el pie a fin de hacerla volcar. Pero no conseguían hacerle mella seriamente: solo caían ínfimos fragmentos. Las herramientas se dañaban al golpear la roca. Se elevó un gran clamor. Las herramientas se rompían por el lado del andamiaje, sin embargo estaban intactas por el otro lado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Atravesaremos a Rabipelado dentro del agujero de la roca misma.

—Eso no es más posible: la piedra obstruye sólidamente la boca de la galería. No podríamos retirarla.

Discutieron.

—¡Cállense, pues!

Disputaron un buen rato.

—¡Vamos!

Perplejos, no sabían qué hacer. Fue entonces cuando apareció Tucán. Llevaba a la espalda un gran machete brillante.

—¿Qué gente es esta?— se preguntó al verlos.

Avanzó hacia ellos, deteniéndose varias veces para observarles, y acabó por llegarse muy cerca sin ser advertido.

—¡Vamos!— repetían embarazados.

La roca era enorme e, incapaces de mellarla profundamente, solo conseguían desprender esquirlas minúsculas. Tucán se había detenido, llevando en la espalda su machete resplandeciente; nadie se había dado cuenta todavía de su presencia. Se refan desde hacía un rato y se burlaban del estado lamentable de sus herramientas. Las mujeres también reían. De repente, alguien se fijó en Tucán y todos volvieron la mirada hacia él.

—¿Qué hacen? ¿Por qué dan esos golpes en la piedra? ¿Es que quieren romper la roca?

—No se romperá. Mi herramienta está fuera de uso. Ya no tengo más; todos los demás machetes han quedado reducidos a pedazos.

Las hojas se habían roto en cuanto habían golpeado contra la roca. ¿No saben que el pico de las perdices es corto y retorcido? Incluso las hachas del pueblo de las Guacamayas habían perdido el filo.

—¿Es tuyo el machete que te contentas con llevar a la espalda?

—Sí, es mío. Es realmente mío.

La hoja, estrecha del lado del mango, se ensanchaba hacia el otro extremo.

—Perfecto, golpea por este lado, por aquí. Un asesinato me ha puesto furioso y tengo la intención de castigar al culpable. Esa es la razón por la que golpeo la roca.

—¡Ah!

—Una cerbatana ha lanzado una flecha envenenada contra un pariente nuestro.

—Con razón se han puesto furiosos.

—Por celos de una mujer. ¿Ves aquellas dos allí?, son ellas las que han despertado los celos.

–Ya veo porqué se enfurecieron.

Tucán apoyó sus flechas.

–Esto es lo que hay que hacer– dijo.

Tucán se puso a recorrer el suelo al pie del andamiaje, subió varias veces para examinarlo. El andamiaje se extendía a todo lo largo de la roca Sipara.

–¿Habita tu padre cerca de aquí?

–No muy cerca. Yo estaba cazando cuando les he encontrado; iba cazando y he llegado hasta aquí.

–Ve a buscarle, pídele que venga a ayudarnos. Ponte inmediatamente en camino.

Tok, tok, tok... Tucán se fue.

En cuanto Tucán llegó a su comunidad informó sin tardanza.

–Están furiosos por causa de un homicidio y quieren castigar al culpable. Padre, te solicitan.

–¿Verdaderamente?

–Rabipelado apuntó su cerbatana contra una bellísima persona. Lanzó sobre ella una flecha que llevaba una sustancia mortal.

–¡Qué desgracia!

Como probablemente todos ellos deseaban metamorfosearse, no quedó nadie. Salieron enseguida, uno tras otro, llevando gran número de machetes. La vivienda quedó desierta. En poco tiempo estuvieron cerca de la roca.

–Aquí es, están allí.

El que los había encontrado cuando cazaba guiaba al pueblo de los Tucanes; les condujo al lugar exacto sin equivocarse, incluso sin dudar.

–¡Perfecto! Ahora podremos vengarnos– dijeron al verlos llegar.

Las Mujeres-Tucán, lindas y encantadoras, habían venido en gran número.

–¡Vamos, apúrense ustedes allá!, ordenó un anciano señalando con el dedo: distribúyanse sobre el andamiaje por este lado. Acabemos con esta roca.

–Terminaremos sin duda alguna.

–¡Mi pobre madre! ¡Qué va a ser de mí!– gimió Rabipelado.

Ya la gran roca se tambaleaba bajo los golpes que recibía.

–¡Estén atentos!

La enorme masa de piedra comenzó a tambalearse, lentamente se inclinó, pero el movimiento se detuvo. Un bejuco (šš), sólidamente

amarrado a las ramas de un árbol (*sipara koki*) retenía la roca. El árbol, que no era muy grande, se doblaba por la tensión. Ahora había que subir al árbol y cortar el bejuco con el riesgo de ser lanzado violentamente al aire cuando el árbol, libre, se enderezara bruscamente. Se quedaron indecisos.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Hay que cortar el bejuco!

—¿Qué hacer?

—¿En efecto, qué hacer? Es imposible subir, es demasiado peligroso.

El árbol estaba doblado como el alero del shabono.

Mientras discutían, indecisos, advirtieron de repente la presencia de Pereza, un hombre feo. Con la espalda llena de manchas informes, estaba en cuclillas, con la cabeza reposando sobre los brazos cruzados. Alguien le señaló y sugirió:

—Envíenle a él.

—¡Eh, tú! Levanta la cabeza, ten valor.

—¡Cállense! ¡Ustedes quieren que yo vaya! Pero, ¿no son ustedes los que han venido a matarle?

—¡Vamos, vamos! Sube a cortar el bejuco. Sube tú.

—Olvídalo. Me mataría, tengo miedo.

En la espalda llevaba un fragmento de hoja enmangada, la había guardado en la espalda al acuclillarse. Se la quitó del cuello y la dejó en el suelo.

—¡Rápido! ¡Hay que apurarse! Te das cuenta que el bejuco impide que la roca caiga; te agarras con fuerza y lo cortas.

—¡Olvídalo! No subiré, no insistan.

Eso es lo que dijo primero. Sin embargo, se paró, rompió un bejuco y se lo enrolló alrededor de los tobillos en el momento de trepar.

—¿Dónde está mi herramienta?

—No ves que está allí, en el suelo a tu lado. Agárrate bien fuerte al subir.

Al fin trepó.

—¡Apúrate!

—Tengo miedo.

—Corta el bejuco y no lo pienses más.

—Dejémoslo. El bejuco me da pánico.

—¡Córtalo! ¡Apúrate!

Durante todo este tiempo Rabipelado se acurrucaba en el fondo de la cavidad rocosa.

—¡Agárrate bien!

—¡Lo voy a soltar!

Cuando cortó el bejuco, el árbol se enderezó brutalmente. Su copa golpeó una roca, después otra; golpeó del mismo modo un gran número de rocas. Pereza descendió lentamente. Rabipelado había sido pulverizado bajo la roca. Los restos sanguinolentos salpicaban el suelo.

El pueblo de las Guacamayas se revolcó en ellos mientras todavía el árbol se balanceaba. El pueblo de las guacamayas, las guacamayas azules y amarillas, las guacamayas rojas, todos los animales se tñieron en sangre; los gallitos de roca se mancharon completos, las cotinga se revolcaron del mismo modo. Mientras la sangre aún intacta tenía todavía un bello rojo brillante, se la pasaron por el cuerpo. Sobre las hojas en que no había más que pequeñas salpicaduras, el pueblo de las perdices, delicadamente con la punta de los dedos, se untó los párpados y las plumas. Colocaron excrementos y trozos de cerebro sobre hojas y Pereza, el último, se trazó en la espalda líneas claras.

—¡Vamos!

Se reunieron, se convirtieron en *hekura*. Un anciano envió primero a los tucanes a habitar las rocas.

—Tú, vete a vivir allá. Tú vete a vivir a esa roca. Tú que estás allá, vente a vivir aquí. Tú vete a habitar a esa otra.

Los envió a todos. A aquel que parecía un hombre maduro y avisado, lo envió también. Los envió uno por uno.

—Ocuparán todos las rocas, de ahora en adelante vivirán en las rocas— les dijo.

En otro tiempo nadie vivía en las rocas; desde entonces y en lo sucesivo fueron habitadas por los *hekura*. No se les ocurrió la idea de ir todos juntos, de una vez. Pereza vivió en la Roca-de-la-pereza-guindada.

DAMAS DE ANTAÑO

La esposa humana de Espíritu-Tucán

Pishaasi theri

El hijo de Tucán era un *hekura*; se había fijado en una mujer que le gustaba. La deseó y, para captar su amor, de lejos, proyectó sobre ella un afrodisíaco. La sustancia transformó completamente el espíritu de la mujer. Se amaron. Sin que los demás lo supieran, se acostaban juntos en la misma hamaca. Pasaba el tiempo. Kasimi, la madre, acabó por notar el extraño comportamiento de la hija. Un día, le preguntó:

—¡Hija! ¿De quién estás enamorada?

—Mamá, alguien se ha prendado de mí. Es un ser diferente de nosotros, lleva una diadema de plumas— respondió.

Tucán, que la amaba, quiso llevarla a su casa. Partieron sin dejarse ver; Tucán vivía en la cima de una roca. Al quedarse sola, Kasimi lloró. No dejaba de llorar ni de día ni de noche. El padre de Tucán advirtió su llanto, y tuvo compasión de ella. Dirigiéndose a su hijo, le dijo:

—Hijo, ve a buscarla, ella es infeliz, llora día y noche.

Tucán y su mujer fueron. Cuando llegaron a la casa de los hombres, la hija apareció de improviso al lado de la madre. Tucán se había quedado parado cerca de la entrada y nadie podía verle. ¡Qué bella era la hija de Kasimi con su diadema de plumas! ¡Qué bella con los palillos en los labios encarnados como brasas!

—¡Hija mía! ¿Qué pasa?— preguntó la madre.

—Vivo en una roca entre gente distinta a nosotros. Son espíritus, seres diferentes. Madre, he venido a buscarte. Apúrate y coge tu hamaca— dijo.

Kasimi preparó el chinchorro para irse. Cuando descolgaba las cesticas del techo para amarrarlas a una grande, se dio cuenta de un cambio: se habían vuelto muy lindas. El poder de Tucán se manifestaba de ese modo. Las guindó como estaban a su cesta.

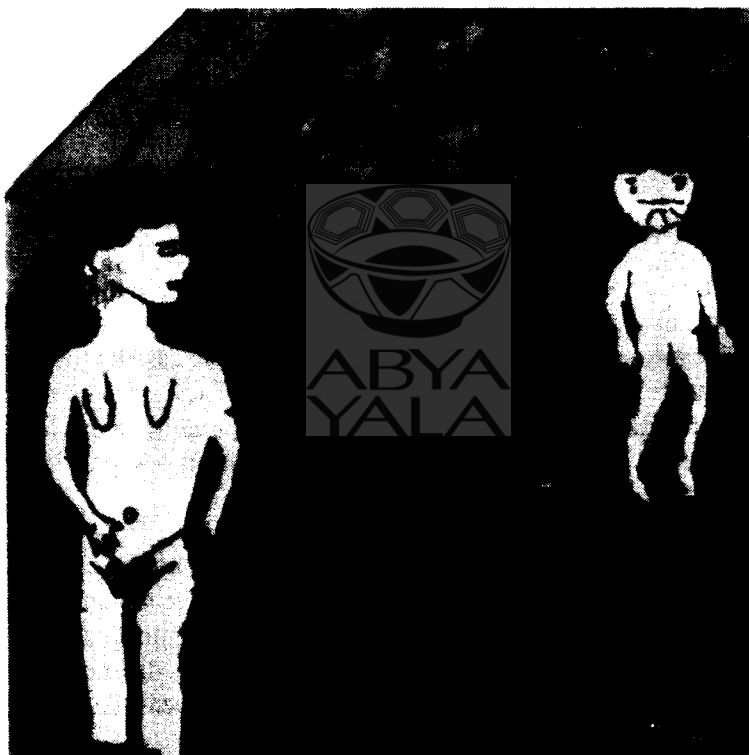
Se fueron. Caminaron. Escalaron la abrupta roca. Cuando estuvo en la cima, a Kasimi le dio vértigo. Su hija lo notó y le dijo:

—Mamá, no tengas miedo, estamos en un camino. Ves, es allá adonde lleva— dijo, señalando con el dedo.

En un lugar, el camino recorría el borde del precipicio. Kasimi

sintió tal miedo que abandonó su cesta. La cesta quedó al borde del precipicio y se convirtió en nido de abejas (*ōi*).

Kasimi desde entonces vivió en compañía de los Tucanes; el suegro de su hija la desposó. Ella desposó al padre y su hija al hijo. Un día fueron al conuco a recoger papas dulces. Mientras las desenterraban, las papas dulces cantaban como si fueran tucanes: "¡Yaukwā, kwā, kwā! "¡Yaukwā, kwā, kwā!". Aterrorizada, Kasimi regresó sin esperar a los demás.



37
UNA SUEGRA GLOTONA

Karohi theri

Mujer-picure, sin lugar a duda, quería metamorfosearse. Su yerno se dirigió a ella:

—Suegra, mi cuñado y yo vamos a buscar *wapu*.

—Vayan pues, muchachos. Recójanlo golpeando las ramas con una estaca. Los demás ya hace algún tiempo que lo comen. Lo mezclaremos con agua y lo comeremos también— dijo Mujer-picure.

En realidad ella quería comérselo sola. ¡Sola! En aquel momento el conuco producía poco, el alimento era escaso: se comía caratos de *wapu*. Los dos fueron a recolectarlo; prepararon los frutos y lo pusieron a remojo en el río. Al cabo de unos días el yerno preguntó:

—¡Suegra! El *wapu* que está a remojo, ¿no habrá perdido todavía su amargor? ¿No estará ya bueno par comer?

—Todavía está duro.

Ella mentía, ella ya había ido varias veces a comerlo a escondidas.

—Voy a preguntar a mi cuñado— decidió el yerno.

Se acercó y se sentó al borde de la hamaca de su cuñado.

—Cuñado, ese *wapu* que los dos fuimos a buscar, ¿tú ya lo comes?

—Hace ya tiempo que lo terminé. Mira, ahí está el cesto. "El ya ha comido el suyo. Y el resto, ¿estará todavía a remojo en el río?", se dijo.

Volvió adonde la suegra.

—Suegra, mi cuñado ya ha comido su parte. ¿Por qué tú lo tienes en agua tanto tiempo? ¿No te lo estarás comiendo tú, poco a poco? Te ausentas con bastante frecuencia.

—He comprobado que todavía está duro— respondió.

Mujer-picure justamente acababa de ausentarse otra vez par ir a comer sola. El yerno no dejó de advertirlo. ¿Acaso los jóvenes no están atentos a todo? Fue a buscar a los demás:

—¿Ustedes han vuelto a buscar *wapu*?

—Sí, yo he ido a buscarlo hoy mismo.

Todo el mundo comía *wapu*.

—Me hubiera gustado ir también, lo hubiera preparado. Lo prepararé. Mi suegra pretende que el suyo todavía está amargo. ¿Se contentará con solo

probarlo?

Ella disimulaba la cesta bajo una laja en la orilla del río.

Cuando regresó a su fuego, advirtió que su suegra no estaba allí.

—¿Dónde habrá ido otra vez?

Había desaparecido deslizándose por la parte de atrás de la vivienda, justo por el sitio por donde ella tenía el chinchorro, en la parte baja del techo.

—¿Dónde estará?, se preguntó. Ella ha ido a comer el *wapu*, ella se lo come sola. Voy a ver.

Se bajó de la hamaca. El río estaba próximo, era el Río-de-las-piedras-blancas. En efecto, ella estaba allí, sacaba *wapu* del cesto con la mano después de haberlo abierto. Echaba miradas furtivas y comía con glotonería. ¿No son acaso glotones los *picures*? Al yerno le entró una cólera furiosa.

—¡Es exasperante!— gritó.

Recogió una piedra, dura y cortante, blanca como la leche y la arrojó sobre Mujer-picure. Esta se convirtió en animal y se oyeron sus gritos alejarse poco a poco. Ella se detuvo bruscamente al llegar a la fuente del río Kootopiwei y, como los *hekura* inmortales, sacudió vivamente las orejas.



RAPTADA POR LOS DEMONIOS DE LA NOCHE

Karohi theri

Caía la tarde, como aquí en este momento. Una anciana estaba echada en su chinchorro, flaca, replegada sobre sí misma. Se paró. En ese momento los demonios (*yawari*) rondaban ya por los alrededores de la casa.

—¡Hija! ¿Dónde está mi cesta? Voy a romper leña golpeándola contra el suelo.

No tenía leña para calentarse por la noche; el crepúsculo llegaba y los demonios ya rondaban por los alrededores.

—¡Hija!, voy a romper ramas secas. No me han dado leña.

Se alejó, sola. Alguien vino entonces a su encuentro, alguien que se parecía tanto a su hija como para confundirlas. Alguien la agarró por el brazo y en un instante se encontró muy lejos.

—¿Volveré a tiempo? ¡Regresemos!

La que la acompañaba era exactamente como su hija, avanzaban. En ese lugar la selva tenía un aspecto siniestro, los troncos de los árboles eran de color rojo-sangre.

La soltaron.

—Abandónala aquí— dijeron los demonios.

La soltaron, hicieron que se detuviera, después desaparecieron.

—¡Hija! ¿Me has abandonado? ¡Hija, vuelve a buscarme!

Estaba enloquecida. El crepúsculo cayó; ella se transformó en un ser sobrenatural. El sotobosque estaba despejado, los pájaros (*yōreshinami*) cantaban: "yōyōyōreshi, yōyōyōreshi ...", decían. La vieja vagaba debajo de ellos. No tengo ninguna duda de que fue así: por la noche, en mi sueño, les oigo cantar.

39
LA VIEJA INICIA EL BAILE

Karohi theri

Los hijos de la vieja les pegaban a los antepasados. La noche había llegado y, como ellos querían golpearles en la cabeza, se reunieron las mujeres en la plaza central, cantaron y bailaron, cumpliendo con el rito de la caza (*heri*).

—Cuñado, agarra a mi madre del brazo y llévala a la plaza para que cante.

Iba a cantar, ella, quien apenas podía moverse.

—Sujétenla con una corteza alrededor de los flancos para que se mantenga parada, y agárrenla del brazo.

La llevaron a la plaza central agarrándola del brazo.

—¡Díganle que cante!

—Yerno, no puedo moverme, tengo frío y no lograré mantenerme parada.

La tomaron del brazo y la llevaron a la plaza.

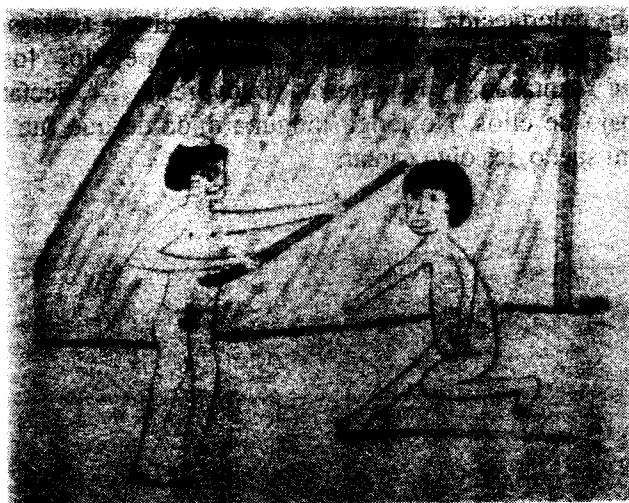
—Apúrate en cantar y volverás a echarte.

—En cólera, en cólera...— se puso a cantar.

Cuando hubo terminado:

—Lleven a mamá a su chinchorro, échenla de nuevo.

La llevaron de nuevo sosteniéndola por el brazo, la hicieron acostar. El canto había desencadenado la cólera de su hijo, iban a pelear. Se enfrentaron, la sangre de los antepasados manchó el suelo.



UNA PATADA FAMOSA

Karohi theri

Danta, el corpulento, describía, al caminar, un círculo en la cima de una montaña siguiendo su escarpado borde; llevaba a la espalda una muchacha que acababa de tener sus primeras reglas. La mujer pensaba: "¿Y si yo le despeñara de una patada?". En el momento en que pasaban bajo un árbol la mujer se agarró a una rama baja y dio a Danta una fuerte patada. Danta rodó por el precipicio.

Al fondo del precipicio, que se abría a pico, se erguían rocas aserradas: podría creerse que Danta había sido despedazado por cazadores: sus pedazos yacían esparcidos. La mujer descendió del árbol y regresó siguiendo el camino en sentido inverso al que habían venido para llegar a la Roca-de-la-danta-precipitada.

Ella llegó al *shapono*.

—Danta me llevaba a la espalda, yo le he arrojado al precipicio— dijo al llegar.

Fueron a ver y encontraron a Danta reducido a pedazos. ¡Allí está su morada!



41
UNA JOVEN INDISPUESTA

Pishaasi theri

Los hombres de antaño se transformaron en *amahiri*. Una comunidad había sido invitada a una fiesta y se acercaba a su destino. Algunos anfitriones tuvieron un presagio en sus sueños; anunciaron:

—Los invitados están a punto de llegar, duermen cerca de aquí.

A la caída de la noche las jóvenes se reunieron en la plaza central para cumplir el rito de la caza (*heri*); iban a cantar y bailar. Un anciano recomendó con voz fuerte:

—¡Mujeres, participen todas!

Una jovencita estaba aislada en un cerco de hojas (*yipihena*) con motivo de sus primeras reglas. Cuando oyó la orden del anciano, salió sin que nadie se diera cuenta y se mezcló con las demás mujeres. Fue ella la que entonó el canto que las demás debían repetir:

—Naikia kërë, naikia kërë.

Diente bífido, diente bífido.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando se puso a brotar agua del suelo. La tierra se fue ablandando; la gente fue hundiéndose poco a poco y desaparecieron todos. El canto de las mujeres se hacía cada vez más débil.

Una vieja se puso a gritar en su chinchorro:

—¡Hijos, recóbreense! Las voces se debilitan. ¡Recóbreense!

Sus hijos eran shamanes. Gracias al poder de sus espíritus consiguieron por un momento sostener los postes de la casa. Sin embargo, a pesar de su esfuerzo, la vivienda desapareció bajo tierra. Todo había desaparecido, las personas y la vivienda. En la región de Irota se cambiaron en *amahiri*. Fue en Irota donde se hundieron bajo tierra.

II

Karohi theri

(La noche había caído. Los hombres comenzaban el ritual *wayamou*; ya un visitante y un anfitrión estaban cara a cara, sus voces

fuertes dominaban los ruidos de la vivienda).

—¡Tiéndeme un machete!

¡Ofrécelo! Nos enfrentaremos con rudeza, eso es lo que yo pretendo. Más o menos rápido, más o menos acompasado, más o menos cantado, brotaba el flujo de las palabras.

En un lugar del gran cobertizo comunal, en la base del techo, había sido preparado un cerco de hojas; allí estaba una joven que tenía sus primeras reglas, protegida de las miradas. Nadie la vio salir y, por su culpa, los Yanomami iban a metamorfosearse. Desde el momento en que la joven apareció, el suelo se ablandó, el agua salió de debajo tierra. Los seres humanos se fueron hundiendo poco a poco como en terrenos movedizos. La voz de los participantes en el ritual se debilitaba progresivamente.

—Cuñado acuesta un perro a mis pies, ¡ofrécelo! Acuesta delante de mí la bestia que ladra, suspéndela de mi cuello. Y entonces, los báquiros, que pedorrean en la selva linda, haré que los persiga con velocidad.

Iban desapareciendo bajo tierra y no se daban cuenta. Las voces se hacían débiles, y una vieja lanzó un grito de alarma:

—¡Ojo, ojo! ¡Sus voces se debilitan! ¡Ustedes se hunden en las entrañas de la tierra!

Fatalmente proseguían su descenso. Estaban al borde de la plaza central, frente a frente, los brazos se entrelazaban. La vieja continuaba gritando en vano:

—¡Sí, sigan comerciando entre sí! ¡No están dándose cuenta que van desapareciendo bajo tierra! ¿Quién, pues, va a quedarse conmigo?

Pero, tú, pobre vieja, estás ahí sin saber qué hacer. Imperturbablemente las voces continuaban respondiéndose:

—¡Ofrécame un machete de Waika! ¡Yo lo agarraré para plantarlo en un suelo limpio!

Hacia mí, que soy shamán, las almas levantan la cabeza. Desaparecidos bajo tierra, se convirtieron en *amahiri*; la vieja se transformó en demonio.

EL CAZADOR PETRIFICADO

Karohi theri

En la Montaña-de-la-mujer-que-tiene-sus-reglas una joven tenía sus primeras reglas. Mientras se encontraba aislada detrás de un tabique de ramas, se oyeron los gritos de una manada de marimondas.

—Voy a cazar los monos— decidió el marido de la joven.

Y se fue. Localizó a los monos y se lanzó en su persecución siguiendo la enorme roca que escalaban. Durante este tiempo su esposa franqueaba subrepticamente el tabique de su encierro.

Ella llegó al pie de la roca; el marido estaba emboscado en lo alto, la mujer se encontraba abajo. La roca enrojeció instantáneamente y se oyó como el crepitar de fuego.

—*Puriwato, puriwato*— se puso a repetir el Yanomami.

Se estaba convirtiendo en piedra.

Un viento violento comenzó a soplar en la vivienda, un viento que daba miedo:

—Ustedes ahí, averigüen si la joven está todavía en el encierro.

La madre separó el follaje del tabique.

—Se ha marchado a buscar a su marido. Seguro que están a punto de metamorfosearse.

—Esa es la razón por la que el viento sopla.

Estuvieron a punto de transformarse todos. Los shamanes invocaron a los *hekura*.

—*Ushu, ushu...*, dijeron para conjurar el peligro.

—¡Qué desgracia! La joven se ha ido.

Corrieron hacia la montaña. Aún se oían esas terribles palabras: "*Puriwato, puriwato...*". El marido se había convertido en piedra y la gran roca enrojecía como si llameara. El hombre petrificado, estaba parado y tenía las flechas junto a él.

CONVERTIDO EN NIDO DE ABEJAS

Karohi theri

A un hombre no se le ocurrió que su mujer tenía sus primeras reglas; no se le ocurrió pensar que justamente se acababan de retirar las hojas que la aislaban y que las restricciones del ritual permanecían en vigor hasta la ceremonia final.

—Hermano mayor, he descubierto un magnífico nido de abejas (*ā*). Y es seguro que hay miel, nos la tomaremos diluida en agua.

Su hermana le buscaba para recoger miel.

—Hermano mayor, vamos a comer la miel. Tú abrirás el nido.

—Hermana, la comeremos. Vamos. Lleva tizones.

Los que habían descubierto la miel guiaban a los demás.

—Es por ahí. El nido está pegado al tronco de un árbol y grueso (*motua*); a su lado hay siempre un árbol más pequeño (*kanaye nini*), su copa es bastante fina. Se puede trepar fácil al árbol pequeño y después pasar de un tronco a otro para alcanzar el nido de abejas.

—Hermano mayor, ¡ahí está! Debe tener mucha miel.

El hermano trepó por el tronco; el árbol se balanceaba lentamente. Agarró un bejuco y, halando, acercó el extremo del árbol pequeño contra el tronco del grande y los amarró uno con otro.

—Un momento: voy a fijar una estaca sobre la que encaramarme para alcanzar el nido y trabajar.

Descendió, cortó una estaca corta y volvió a subir con ella. La fijó de tal manera que pudiera llegar fácilmente al nido de abejas.

—Pongan a secar hojas caídas; en cuanto las tengan quemaré a las abejas y recogeré la miel.

Hicieron un fuego en el que pusieron a secar las hojas muertas, pero húmedas. Uno de los que estaba en el suelo subió para llevar las hojas a lo alto del árbol. Amarró un manojo al extremo de un palo, fijó al mismo tiempo algunos tizones, y, llevando todo en la mano, alcanzó el nido. Se encaramó sobre la estaca, acercó las hojas, desató los tizones, encendió las hojas soplando sobre la brasa, quemó el nido. Hacía todo lo necesario para metamorfosearse. El fuego no quemó ninguna abeja, pero él se puso a repetir:

–Abeja, abeja, abeja...

Ya se estaba transformando.

Incluso no tuvo tiempo de avisar a los que se encontraban abajo para que supieran si había miel o no. En lugar de miel fue sangre lo que goteó del nido y fue su hígado lo que cayó al suelo.

–¡Qué horror!– exclamaron, espantados por lo que pasaba.

Los intestinos también cayeron, después los pulmones. Se vació completamente.

–¡Qué horrible es eso!

El estaba allá arriba, abrazado con brazos y piernas al nido: se había convertido en nido de abejas.

–Hermano mayor, hermano mayor– exclamó la hermana.

Entonces, llenos de pánico, huyeron hacia la casa. El hombre se convirtió en nido de abejas (ǎi) mientras que su mujer seguía el rito de sus primeras reglas.



CABEZA CORTADA, CABEZA QUE RIE

Karohi theri

Una joven acaba de tener sus primeras reglas, justamente salía de su período de reclusión. Alrededor de su pecho había cruzado un trenzado de algodón nuevo, y el algodón le cortó la cabeza. La cabeza separada del tronco rodó hacia el marido y comenzó a reír burlonamente.

El marido se enfureció, y lanzó la cabeza lejos diciendo:
—Ven hacia mí, como si estuvieras en tu cuerpo.

Ella volvió rodando detrás del marido, aunque no era más que una cabeza, y de nuevo comenzó a reír. El iba a provocar su metamorfosis. ¡Qué exasperante era ella! La cabeza reía al tiempo que se frotaba contra su pierna.

Al llegar cerca de un riachuelo, agarró la cabeza y la arrojó al agua. La cabeza se calló, transformándose en girino (*moto*), un insecto que se mueve sobre la superficie.



OSO HORMIGUERO PIERDE A SU MUJER

Karohi theri

Una mujer que acababa de tener sus primeras reglas estaba justamente saliendo de su período de reclusión. Seguía a los demás marchando a cierta distancia cuando Oso-Hormiguero desembocó en el camino. La tomó y la transportó sobre la espalda. Ella lloraba mientras la llevaba.

—Cállate o te hago pedazos. Acabo de tomarte por esposa— le dijo.

La llevaba a la espalda. Se encontraban en la Montaña-de-los-saltamontes cuando llegó el crepúsculo. El se detuvo allí. A pesar de la amenaza, la mujer continuaba sollozando.

—Mamáaa...

Ella la echaba de menos y lloraba ruidosamente.

—Cállate o te hago pedazos. ¿Qué tienes, pues, para llorar? Yo te he tomado por esposa.

Estuvo un momento sentado para descansar, después se puso en camino.

Cuando la noche fue completa, le ordenó:

—¡Siéntate aquí!

Oso-Hormiguero durmió sobre un viejo tronco de árbol caído, de madera lisa y dura. Tenía la cabeza vuelta a un lado y hablaba dormido:

—Río abajo había un arbusto (*shēpinama*) inclinado.

La mujer ya se había fugado cuando Oso-Hormiguero dejó de tener sueño.

—¿Estás sentada? ¿Estás sentada? Pero, ¡si ha huído! ¡Busca pues tu camino!

La mujer se había encaramado a un árbol: el día amaneció. Oso-Hormiguero la buscaba, la nariz al aire. Acabó por encontrarla.

—¿Qué haces ahí? ¡Baja!

Pero ella permaneció en el árbol y Oso-Hormiguero esperó hasta la noche. Al fin se decidió a subir a buscarla.

La obligó a descender halando de ella. Cuando llegó el crepúsculo volvieron a dormir al lugar en que él se encaramaba. Por más que quiso quedarse despierto acabó por dormirse, vencido por el sueño. El día ya

estaba próximo. Se había metido en el tronco y roncaba; volvió a decir:
—Río abajo hay un arbusto inclinado... Río abajo hay un arbusto inclinado... Río abajo hay un arbusto inclinado...— repitió hasta el alba.

Durante ese tiempo la mujer se había vuelto a escapar. Ella siguió exactamente el camino que habían llevado y reconoció el lugar en que Oso-Hormiguero había descansado. Mientras que Oso-Hormiguero daba una vuelta inútil buscándola, ella llegó directamente a su casa. Reapareció cuando sus parientes se inquietaban por ella. Nadie se dio cuenta de su llegada.

—¿Eres tú, hija?— preguntó su madre.

Ella se había deslizado cerca de su madre sin que nadie se diera cuenta. Oso-Hormiguero había concebido falsas esperanzas. ¡Esta es su casa!



¡OJO! MUJER ENCINTA

Karohi theri

Habían salido a recoger pijiguao (*nasha*). Se bañaban a la orilla de un río. Se divertían salpicándose y manteniendo unos con otros la cabeza bajo el agua. Se habían llenado de tal manera de agua que apenas podían moverse.

—¡Vamos, muchachos, en marcha!

Los antepasados se entregaban a actos insólitos.

—¡En marcha! Y que nadie se quede atrás, una fiera sigue nuestros rastros. Por allí se ve que ha desembocado en el camino. Sigue nuestra pista. ¡Apúrense!

Un niño estaba encaramado en un árbol al borde del agua. Tres mujeres se quedaron bañándose. De repente la mirada del niño se fijó, y se puso a decir:

—¡Mujer encinta, ten cuidado! ¡Mujer encinta, ten cuidado! ¡Ojo, un venado! ¡Mujer encinta, mujer encinta, ten cuidado!

Mientras que el niño decía estas palabras, un gran jaguar se aproximaba. Dos de las mujeres se precipitaron y consiguieron ganar tierra firme. La otra, que estaba encinta, no fue tan ligera. Y el jaguar se la comió.

Las dos mujeres que habían conseguido escapar, avisaron a los demás al llegar a la vivienda.

—¡Una fiera acababa de devorar a una de nosotras!

Se apresuraron, pero el jaguar se había alejado de prisa, arrastrando a su víctima. Durante ese tiempo el niño había permanecido en el árbol.

—El jaguar ha satisfecho su deseo de carne— declararon los ancianos. Y el niño había permanecido encaramado sin que nadie se diera cuenta.

EL DESTRIPIADOR DE MUJERES

Karohi theri

Teremí entró en la casa. Llevaba en los brazos un pequeño cachicamo de nueve bandas (*opo*) con la piel arrugada. Se acercó a la mujer:

—Muéstrame tu seno, quiero saber si tienes leche.

La mujer, que era una atolondrada, mostró su leche y Teremí la destripó. Destripaba a las mujeres que amamantaban. Por allá, en esa región, destripó muchas.

Después de haber destripado a aquella, se acercó a otra:

—Muéstrame tu leche. ¿Tienes un niño de pecho?

—No, no tengo.

Esta se había avisado: dobló la punta del seno y se lo presentó diciendo:

—¡Tú ves! Estoy sola e infeliz.

—Bueno.

—Tú ves que no tengo niño.

El gran Teremí llevaba en los brazos un pequeño cachicamo sediento, con la piel arrugada. Por esa dirección es por donde vive.



48
EL DESOLLADOR

I

Karohi theri

Una pareja de Yanomami había construido una choza al borde del camino de Siroromiwë, en el mismo momento en que éste se aproximaba. El hombre dijo a su esposa:

—No tengas miedo de quedarte sola. Yo voy de caza, comeremos carne.

Ella estaba sin hijos y él la dejó sola. *Tok, tok, tok...*, el marido se fue.

Siroromi llegó al sitio donde se encontraba la mujer. Llevaba, colgadas a la espalda una con otra, dos gallinetas:

—¿Qué haces tú aquí? Vayan a instalarse a otra parte. ¿Por qué no pensaron: "Puede ser que hayamos construido nuestra choza sobre su camino"?

La mujer estaba aterrorizada. Siroromi era grande, no vayan a creer que era de talla pequeña. Era de piel clara y de estatura alta.

—¡Qué triste es verla así sola!

Llevaba dos gallinetas a la espalda.

—¿Tienes miedo? ¡No tengas miedo! Nadie te va a tocar.

—El ha ido de caza— balbuceó la mujer.

—¡Ten, cocina esto! Podrán comer estos pájaros—. Y arrojó las gallinetas a la mujer.

—Cuando tu marido haya regresado y hayan comido, vayan a instalarse a otra parte. No construyan otra vez su choza sobre mi camino. Este camino es mío. Se irán hoy mismo. Cuando el sol esté allá —dijo señalando el cielo con el dedo—, regresaré.

Se acercó un poco más a ella y susurró:

¿Y si hiciéramos el amor?

Dejó sus flechas en el suelo. Una llevaba una punta lanceolada de bambú y la otra una punta de harpón.

—¿Eres generosa con tu cuerpo?

—Sí.

—No tengas miedo, si no te desollaré y colgaré tu piel en este mismo lugar,

en el poste de la choza.

—No tengo miedo.

La mujer estaba aterrorizada. Se acostó con ella, en su hamaca de bejuco.

Cuando hubo terminado, se paró.

—Has quedado encinta, ya hoy mismo tu vientre se hinchará. Cuando el niño nazca no te sientes sobre leños. Recoge hojas (*mokoroma*) nuevas, extiéndelas en el suelo y toma al niño en brazos, ordenó Siroromiwë. Sobre todo, váyanse a vivir a otra parte. Yo volveré pronto aquí, cuando el sol esté allá, mira. Cuando el sol esté allí en el cielo, volveré.

Cuando hubo terminado de hablar se fue; *tok, tok, tok...* Ella puso a cocer las gallinetas, después las guindó encima del fuego. Como tenía miedo, constantemente miraba el sol. Esperaba, y el sol declinaba. Hablaba sola en voz alta. Su embarazo no tardó en hacerse evidente: su vientre se hizo enorme, sobresalía de tal manera que su marido quedaría estupefacto cuando llegase.

En la selva, el marido había dado una gran vuelta en círculo, caminando. *Tok, tok, tok...*, ahí llega. Había pescado y, a la espalda, cargaba dos pescados envueltos en hojas. Ella ya estaba en la última etapa del embarazo. Se esforzaba en disimular el vientre y, avergonzada, escondía la cabeza en la hamaca. ¡Aquel vientre sí era enorme! Su marido se echó un rato, luego vio las gallinetas:

—¿Quién te las ha dado? Hay dos gallinetas cocinadas, ¿quién te las ha dado?

—El llegó nada más irte tú. Apareció aquí de repente. Tiene la piel blanca y se hace llamar Siroromi. "Yo soy Siroromi, y voy a desollarles"—dijo.

—¡Y ha sido él quien te ha dejado encinta! ¡Qué rabia!

—Aseguró que volvería aquí, cuando el sol esté allí.

Y no golpeó a su mujer. Furioso quedó echado de lado, con el brazo doblado bajo la cabeza.

—Iré a su encuentro y le quemaré. ¿Dónde está el hacha? Dame el hacha. ¿Dónde estará el sol cuando vuelva?

—Allá, allá es donde ha señalado con el dedo.

Se apresuró en ir a cortar leña. La madera se rompía en trozos al caer. Era como si fuera a cocinar una gran cantidad de carne.

El pobre preparaba la leña sin poder sospechar la desgracia que le esperaba por querer atacar a Siroromi. Amontonó los leños.

Cuando terminó de cortar la leña, se echó. Pero pronto se paró.

—¿Dónde dijo que estaría el sol?

—Allá fue donde señaló con el dedo. "Cuando el sol esté allá yo volveré", dijo.

Encendió una gran hoguera.

—¡Ven acá a atizar el fuego! Hazle tomar fuerzas ¡rápido! El debe estar ya a punto de llegar.

En el momento en que la hoguera tomaba fuerza, en el momento en que el fuego lanzaba fuertes llamas, Siroromi apareció: *tok, tok, tok*.

Se paró y, marchando a su encuentro, agarró a Siroromi por en medio del cuerpo y lo arrojó a la hoguera. No se vayan a creer que el fuego continuara llameando: aquello fue como si una tromba de agua hubiera caído encima. El fuego se apagó súbitamente. En el instante que Siroromi se levantaba, el hombre agarrándole por la cintura le inmovilizó los brazos, y gritó a su mujer:

—¡Ven aquí, apúrate, amárrale!

La mujer no se atrevía a aproximarse, y ya él se fatigaba.

—Estoy agotado.

Siroromi era como ácido, exhalaba un olor sofocante y proyectaba un líquido acre.

—¡Me pican los ojos, me arden los ojos! Ven a sujetarlo en el suelo para que pueda romperle los riñones con un golpe de talón.

Siroromi arrastra al Yanomami al suelo con él.

—¡Apúrate en venir!

La mujer aterrorizada corría de un lado a otro sin saber donde ir o que hacer. El Yanomami se agarró con todas sus fuerzas a Siroromi.

—¡Apúrate! ¡Ven y amárralo!

La mujer se decidió al fin y se aproximó, a pesar de su miedo. Por más que intentó atarle, Siroromi con las uñas cortaba la cuerda en pedazos. Era imposible amarrarle.

El Yanomami ya no podía abrir los ojos que le ardían. Acabó por soltar. Entonces Siroromi le desolló y guindó la piel de los tirantes de la choza. Después se fue: *tok, tok, tok...* El hombre sin piel y con los ojos fuera de las órbitas se sumergió en el río Maharanapiwei. Como si todavía estuviera intacto.

II

Pishaasi theri

Entre los antepasados que vivieron en otros tiempos, había uno que era celoso. Se separó de los demás y se fue a vivir solo a la selva, justo en un lugar por donde pasaba el camino de Siroromi. Cada vez que el marido salía de caza, Siroromi visitaba a la mujer. Cada vez hacía el amor con ella, y así quedó ella enseguida encinta.

La primera vez que Siroromi se acercó a la mujer llevaba dos paujés desplumados y amarrados uno con otro. Se los dio. Cuando el marido regresó de la caza preguntó a su mujer:

—¿Quién te los ha dado?

—Ha sido un ave de rapiña (*koikoimi*) que los ha matado cerca del río, en el sitio en que la selva es abierta— le mintió.

Al día siguiente el marido volvió a cazar. Siroromi se presentó, llevaba dos gallinetas, una junta a otra. Hizo el amor y ofreció las dos gallinetas. Cuando el marido regresó, preguntó de nuevo:

—¿Quién te las ha dado?

—Ha sido el ave de rapiña que las mató de nuevo cerca del agua— aseguró.

El día siguiente, el marido, como de costumbre, salió de caza. Cuando Siroromi llegó llevaba dos pavas (*merāshi*) colgadas juntas, él se las obsequió. Cuando regresó el marido quiso saber de donde procedían los pájaros.

—Ha sido también el halcón quien los ha matado.

El marido hizo como si no le diera importancia, pero estuvo echando ojeadas a los pájaros. Mientras él cazaba, Siroromi apareció; llevaba a la espalda dos paujés desplumados amarrados juntos; se los ofreció. Cuando el marido vio los pájaros:

—¿Es esto posible? Me parece que son Yanomami los que los traen aquí. Las aves de rapiña matan a sus presas, una en un lugar, otra en otro, y solo una cada vez— acabó por declarar.

—El tiene la costumbre de venir por aquí; su pene es curvado, sus uñas son ganchudas— confesó a su marido.

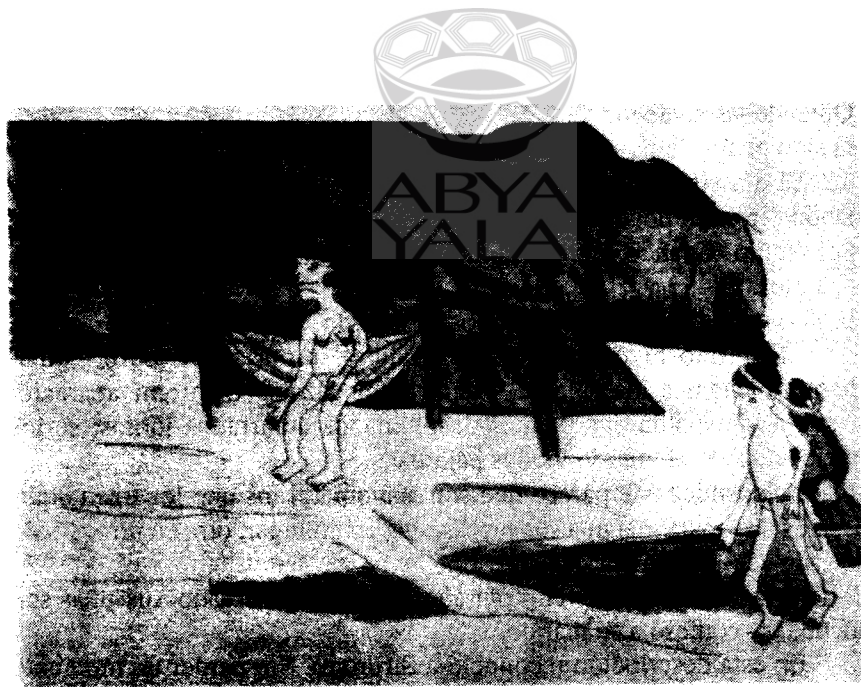
En esta descripción reconoció a Siroromi. Sin perder un momento amontonó leña. Cuando tuvo cantidad suficiente, encendió un fuego, después otro, después otro más. Como tenía la intención de inmovilizar a

Siroromi cuando estuviese en el fuego, cortó dos gruesos trozos de madera y los dejó en el suelo, se echó y esperó.

—Tú que vienes aquí, tú que estás allá, tú cuyo nombre es Siroromi, acércate pues. ¡Ven aquí a desollarme!—, decía para desafiarle.

Siroromi no tardó. Llegó: "*¡Washiri!*". Era grande, su tez clara. Estaba parado delante de él, y esperaba. El marido se abalanzó sobre él, le estrechó entre los brazos y le arrojó a las llamas.

Pero el fuego no se apagó. Siroromi agarró al Yanomami, le escupió en los ojos un líquido ácido. El hombre, cegado, agitaba los brazos al aire. Siroromi le trituró, trituró, trituró, lentamente, tomándose su tiempo. Cuando hubo terminado, clavó las uñas en la parte superior del cráneo y cortó la piel: "*kreti, kreti...*". El hombre daba, en vano, alaridos de dolor mientras le desollaban. Siroromi guindó la piel en el extremo de uno de los tirantes del techo de la choza, y se llevó al hombre de ese modo, completamente desollado. La piel todavía está en el mismo lugar, sangrante, dando alaridos, con los dedos tanteando en el vacío.



49
YUTUYUTURI

Se dirigió a su mujer y le dijo:

—Mañana iré de caza, estoy fastidiado de estar en casa.

Sin duda quería que ella se acoplara con el ser repugnante. El hombre esperó que fuera completamente de día, después dijo:

—Prepárame una mascada de tabaco y me iré de caza.

Ella frotó el tabaco húmedo en la ceniza caliente y enseguida le alargó el rollo. El bajó de la hamaca y se puso en camino. Se oyó el ruido de sus pasos. Alguien aconsejó a la mujer:

—Acompaña a tu marido. Vete. Le llevarás las presas que usualmente le entorpecen.

La mujer se hizo la sorda y continuó en la hamaca.

—Vete con él.

Ya el espantoso Höremariwë estaba comiendo, comía frutos (*toatoa*). La mujer al fin se paró y fue, *tok, tok, tok...*

—Apúrate, y le alcanzarás.

Siguió el camino que sigue la cresta de los cerros; después se puso a correr cambiando de vertiente. Höremariwë estaba en un árbol, cuando ella pasó dejó caer una ramita. Se parecía al marido de la mujer, hasta el punto de confundirles. Una cola de mono le ceñía la frente, plumas caudales de un loro estaban introducidas en el hueco del lóbulo de sus orejas; los rasgos de su cara eran completamente idénticos a los del marido.

—¿Eres tú? ¿Qué frutas comes?

—¿Qué?

Tendió la oreja y se inclinó hacia ella.

—¿Eres tú?

—No. Yo soy alguien distinto. Soy otro.

—No. Eres tú. Claro que eres tú.

—Yo soy otro. El pasó por aquí hace un momento. Yo soy otro. Apúrate y le alcanzarás.

—¿Qué comes tú?

—Como fruta *toatoa*.

—Rómpeme una rama y déjala caer.

—No pierdas el tiempo haciéndome romper ramas. te digo que yo soy otro.

—Rómpeme una rama. Eres tú, te he reconocido.

La mujer refa al pie del árbol.

—No seas terca, yo soy otro. Hace ya un buen rato que él se ha alejado. Yo, yo soy Yutuyuturi.

La mujer se obstinaba en la confusión.

—Tú eres de cabeza dura. Siéntate al pie del árbol. Recoge un puñado de hojas (*mokoroma*), procura mezclar algunas que sean nuevas y tiernas, pon tu trasero encima y espera.

Ella se sentó.

—Ten, aquí tienes tus frutos.

Ella los mascó.

—¡Pero, son completamente gelatinosos!

—Es mi comida, afirmó él.

El raspó los frutos y continuó.

—Estos son frutos *toatoa*. Yo los como. Son mi comida.

—Apúrate en descender.

Pareció repleto y descendió. Se le oyó descender. Se parecía al marido como dos gotas de agua. No hubo un coito auténtico, él no se echó sobre ella; su pene se deslizó bajo tierra y se enderezó por debajo de las hojas nuevas a las que perforó. Fue de ese modo como él la poseyó. Hizo movimientos de vaivén, después se retiró. En ningún momento se le ocurrió a la mujer que él hubiera podido acoplarse con ella.

—Vete. Yo voy en esa dirección. Tu marido ha pasado por aquí. Yo soy Yutuyuturi. Cuando sientas los dolores de parto, buscarás una espata de palma, atarás sus extremos y la dejarás en el suelo— recomendó.

La mujer regresó inmediatamente a la casa. No tardó en sentir en las entrañas un hormigueo insoportable.

—Ha, ha, ha...— Ella no dejaba de reír por el modo en que esto la cosquilleaba.

—¿Qué le pasa a mi pobre hija?— se preguntaba la madre.

Las lombrices (*horema*) no tardaron en hacerse grandes dentro de ella. Los cosquilleos la atormentaban, no podía estarse quieta, y la risa la acompañaba por donde fuera. Fue por la selva y encontró una espata de palma la cual amarró en los extremos como lo había aconsejado Yutuyuturi. Allí dentro expulsó en una masa única, una progenie espumosa y repugnante. Eso hacía de la espata que dejó en la parte baja del cobertizo; se desinteresó. Se puso de nuevo a reír.

—Ha, ha, ha... Mamá, mis semillas (*kashuhuri*) están tapadas. No dejes a los niños tocarlas. Están tapadas. Ha, ha, ha...

Se puso a correr, riéndose a carcajadas, por allá, por otro camino.

—¡Qué desespero le da ese hormigueo intolerable que la posee! ¡Qué indignidad!— se quejó la madre.

La madre se acercó a la espata.

—¿Qué podrá tener tapado así?

Destapó el recipiente y pudo observar con horror las frentes arrugadas de las lombrices; enormes, brillantes a la luz, que topeteaban constantemente la pared.

—¡Qué desgracia! Esto es lo que le hace cosquillas; es eso, pues, lo que la hace reír sin parar.

La mujer regresó, siempre presa de la risa. El esperma continuaba fecundándola, sus entrañas eran presa de un intolerable hormigueo. Ella sentía adentro el golpeteo de las cabezas. Esa era la razón por la que no podía estarse quieta y corría de un lado a otro. De nuevo expulsó en la selva las grandes lombrices aglutinadas en una masa única. Por más que expulsaba, otras venían de inmediato. Ella se dio cuenta que alguien había tocado la espata.

—¿Quién ha puesto mis semillas de través?— dijo al pasar.

Las grandes lombrices le devoraron el hígado. Ella se apagó muy pronto, vaciada de sus vísceras abdominales. Realmente murió.

—¿Qué desgracia, qué desconsuelo! ¡Qué bella es mi hija! ¡Qué linda cara tiene!

Por todos lados se oía a la gente lamentarse. La muerta no tardó en hincharse.

—¡Apurémonos! ¡Démonos prisa en incinerarla!

Prepararon la hoguera y allí la llevaron; por encima amontonaron leña. Entonces el vientre extendido de la difunta reventó. Pequeños trozos oblongos se proyectaron a lo lejos y se convirtieron en orugas *përma*.

50
ROMPE-ESPINAZO

I

Siroromi había afirmado que los Yanomami eran pieza de caza, entonces su yerno Kreakrea salió en su busca. Se puso pues de camino. Llevaba una enorme cesta de boca ancha, así. El fondo de la cesta emitía una señal continua. Kreakrea pasó cerca del lugar en el cual ellos tenían la costumbre de llegarse a comer flores *naí*, después oyó su canto perderse al fondo de los valles:

—*Krea, krea, krea...* — decía.

—Corran rápido a casa, se oye el canto de un ser malévolo— exclamaron.

El rompió el espinazo de la gente de Wayorewë. Llegó a la casa muy temprano, había dejado su cesta fuera. Su aparición espantó a los niños que huyeron dispersándose. Los adultos estaban ausentes en ese momento del día y Kreakrea preguntó a una anciana que era lo que hacían:

—Suegra, ¿qué han ido a hacer?

—A comer flores *naí*.

—¡Bichos feos! Así que conocen las flores *naí*!

—Suegra, ¿qué hace el que vive en este fogón?

—Caza marimondas.

—¡De brazos gigantes!

—Suegra, ¿qué hace la mujer de este fuego?

—Mata cangrejos.

—Suegra, tengo sed.

—Aquí tienes agua.

—Siempre me produce ganas de vomitar el tomar agua que no ha sido recién cogida— mintió Kreakrea.

Envío a buscar agua al río. Ella cogió varias totumas y se fue, apoyándose en un bastón. En la parte baja del techo se había construido un pequeño encierro con tabiques de ramas, y allí se encontraba aislada una joven con motivo de sus primeras reglas. Apenas se había alejado la anciana cuando Kreakrea separó las hojas, agarró a la joven y la mató. Ella gritó de dolor. Advertida por el grito, la madre volvió sobre sus pasos y franqueó el umbral de la vivienda.

—Acabo de oír un grito de dolor. ¿Por qué ha gritado ella?

En el momento en que la madre separaba las hojas para ver lo que pasaba, Kreakrea la agarró y la mató. Los niños espantados se lanzaron a una fuga loca. El les rompió a todos el espinazo y los metió en la cesta, con excepción de dos con la cabeza rapada que conservó con vida como animales domésticos. Los transportó sentados sobre la cesta mientras regresaba. El más despierto de los dos aprovechó el momento en que Kreakrea pasaba bajo un árbol para agarrarse y trepar.

—Mi lorito de bella frente, mi animal preferido, baja. Lorito, lorito, baja—decía al tiempo que sacudía el árbol.

El niño no se movió, y él prosiguió su camino.

Entretanto los adultos habían vuelto a la casa después de los trabajos matinales. Algunos corrieron al conuco a recoger ají; otros amarraron juntos trozos de nidos de termita. Encendieron un fuego a la entrada del antro subterráneo, encendieron también otros fuegos junto a los orificios secundarios que habían buscado minuciosamente. Cogido en el humo acre de los nidos de termita y del ají, Kreakrea no tardó mucho en ahogarse. El humo invadió la madriguera, Kreakrea quiso huir por una galería secundaria, pero también estaba llena de humo. Murió y su refugio desierto siempre es visible en el mismo lugar.



Karohi theri

Fueron los Waika los que mataron a Yotenama ahumándolo en su madriguera. Los niños de los Waika cazaban pajaritos.

—¡Por aquí, por aquí! Los pájaros vienen aquí.

—Yo los persigo por este lado. Hermano mayor, por aquí.

—¡Sí!

—¡Por aquí!

Los más pequeños llevaban colgados a la espalda pájaros muertos. Más lejos, un poco separados, los mayores se habían desplegado a distintos sitios.

—Tú lleva los tuyos, yo haré llevar los míos.

—¡Hermano mayor!

—¿Qué hay?

—¿Le diste a esa tortolita?

—Yo la he matado.

—¡Mi hermano ha matado la tortolita! Asaremos los mños.

—Los vamos a asar hermanito.

De nuevo se habían reagrupado.

—Hay pájaros también en el sitio en que estuvimos cazando el otro día.

—Detengámonos un momento para reemplazar las puntas de horquilla de las flechas.

—Guindemos primero las hamacas. Construiremos cabañas en el lugar donde proyectamos instalarnos.

—Sí.

Despreocupados, no se imaginaban que estaban a punto de ofrecerse a la cesta que esperaba presas de caza; se acercaban a la cesta colgada de Yotenama.

—Ven, hermanito, no te apartes del camino. Cuidado con las serpientes.

Se lanzaron de nuevo en persecución de los pájaros. ¡Ustedes saben que los niños son despreocupados!

—Aquí están, aquí están los pajaritos.

—¡Tú! ¡Ve por allí!

Avanzaban, cada uno perseguía los pajaritos por su lado. El hermano mayor lanzó una flecha que quedó trabada en la rama de un árbol.

—¡Qué mala suerte! La flecha se ha quedado trabada. Hermanito, ve a buscarla mientras yo flecho a los pájaros.

El niño trepó al árbol, sacudió la rama y recuperó la flecha.

—¡Hermano mayor!

—¡Sí!

—¡Por aquí!

Unos niños que cazaban por otra parte vieron la cesta.

—¡Oh! ¿A quién puede pertenecer esa cesta tan grande que está ahí guindada?

El trenzado no era apretado y se podía ver a través de él, lo que le daba un aspecto terrible.

—¡Oh!

Se mantenían a distancia, atemorizados por la cosa.

—¡Eh! ¡Ustedes, vengan! Sobre todo, hermanito, no te acerques.

—¡Hermano mayor, huyamos! Da la impresión que esta cesta está a la espera de una presa.

La cesta estaba guindada allá, abierta.

—¡Oh! ¡Oh! Vengan, apúrense.

Los demás niños llegaron.

—¿De quién es esa cesta tan grande?

—¡Oh! ¡Oh! Esa cesta no se parece en nada a otras. Es la cesta de un ser sobrenatural. ¿Había arbustos rotos con la mano?

—No he visto nada. La cesta estaba guindada aquí y yo he tenido miedo.

Al tiempo, Yotenama se acercaba. Dos niños ya grandecitos decían:

—¿Cómo es posible? Tiene un aspecto terroso.

—Hermano mayor, ya hace mucho tiempo que la han guindado.

—No tengo la impresión de que haga mucho tiempo. No es la cesta de un Yanomami.

Yotenama estaba ya encima de ellos, avanzaba pesadamente con movimientos ondulantes, sin que nadie se diera cuenta. Estaban allí, todos agrupados, unos con otros. Cuando al fin lo advirtieron lanzaron un alarido terrible. Ya era muy tarde. Los niños desaparecieron. Rompió el espinazo de los más grandes, descolgó la cesta y los amontonó dentro; encima sentó a uno de ellos que había conservado con vida. La cesta no estaba llena del todo; en el fondo estaban los niños muertos y, encima, el niño sentado. Sollozaba. Yotenama se dirigió a su guarida con su paso pesado, ondulando los hombros y las caderas. Pronto se introdujo en su morada subterránea.

El sol estaba bajo, los niños tenían la costumbre de regresar en ese momento del día; nunca se habían retrasado cuando estaban vivos. Por eso se disipó la inquietud en todo el shapono. ¡Oh, ustedes los antepasados! Esperaban acaso que regresaran? Nunca iban a volver.

—Vayan en su búsqueda mientras sea aún de día.

—¿Dónde fueron?

—Tenían la intención de ir a cazar por allá, a ese sitio.

Salieron en su busca y encontraron sus rastros.

—Son sus huellas.

Siguieron la senda y llegaron a un lugar donde los arbustos estaban rotos, como si los hubieran partido con la mano. Había sangre.

—¿Dónde están, pues?

Buscaron por los alrededores, pero los rastros desaparecían. Solo se veían huellas en el lugar en que los niños se habían agrupado, allí donde

los arbustos estaban rotos. En otros lados, no había más nada. Se dispersaron para descubrir indicios; a todo lo largo del trayecto seguido por Yotenama había gotas de sangre.

—Son las huellas de Yotenama. ¿No será esto obra suya?

Al aumentar la oscuridad volvieron atrás. Por otros lados las huellas acababan por perderse.

—No se ve más nada. ¡Qué pronto vuelva el día!

Se hizo de día.

—Vamos a la guarida de Yotenama.

Un shamán expresó su convicción:

—Hijos, es seguro que están allí. Yotenama es el culpable, ha sido obra suya.

Se dirigieron hacia la morada subterránea del ser maléfico. Cuando estuvieron cerca de la entrada escucharon sollozos del niño.

—Mamá, papá, vengan a buscarme.

La voz, muy débil, llegaba del fondo de la guarida.

—Vengan a sacarme.

—Es la voz de uno de ellos, es la voz de un niño en el fondo de la galería. Yotenama es el culpable, ya no hay duda.

Volvieron a la casa y, sin perder un momento, pusieron ají encima de los fuegos. Lo medio secaron y llenaron un cesto completo. Sabían lo que había que hacer: pusieron el ají a secar encima de los fuegos y rehicieron el camino que conducía al antro de Yotenama.

No estaba muy lejos del lugar en que vivían.

—Vamos, corten estacas. Córtelas aquí mismo.

Cortaron palos y obstruyeron las entradas; obraban como si quisieran apresar y matar un báquiro de collar (*poshe*), refugiado en un agujero. Habían cortado todos los palos que necesitaban.

—Tráiganlos, pero sin apuros. Colóquenlos inclinados cerca de la entrada, clávenlos bien juntos.

El que hablaba era un hombre que sabía lo que había que hacer. Colocaron las estacas alrededor de la boca, por delante y a los lados.

—Ahora apúrense.

Muy cerca de la boca, ya cerrada, amontonaron leña seca.

La boca de la entrada exhalaba un olor extraño, fuerte y pesado.

—Cojan hojas y aviven el fuego, dirijan el humo hacia la galería.

Cuando las llamas comenzaron a ganar altura introdujeron el extremo del cesto de ají y enviaron el humo por medio de hojas dobladas.

Muy pronto el niño se calló: se había asfixiado; sus miembros estaban tiesos. Pronto Yotenama se vio envuelto en la sofocante humareda, se oyó su voz:

—Yote, yote, yote...

Krea, krea, krea...

Se sofocaba.

Ya ningún ruido salía del antro de Yotenama, todo había enmudecido.

—Abran la entrada para que el humo se disipe.

Esparcieron los tizones, pero el olor picante persistía. El niño había querido escapar, había venido a morir cerca de la entrada. Lo descubrieron echado de espaldas al retirar las estacas. Penetraron en el antro, llegaron cerca de la cesta, recogieron los niños muertos. Cuando el aire se hubo renovado, pudieron llegar hasta el fondo de la madriguera. Sacaron a Yotenama y lo cortaron en dos.



Shuimíwei theri

La mujer ralló yuca e hizo secar la pulpa. Muy temprano coció tortas de casabe y las apiló en una cesta. Iewë se llevó el casabe; quería comérselo acompañándolo con alguna otra cosa. Se marchó, pues. Cuando llegó a la casa, un Yanomami estaba echado, ocupado en poner las plumas a una flecha. Estaba solo, en la casa, en aquel momento.

—Cuñado, yo no me he ido con los otros, me he quedado aquí.

—Te has quedado— respondió Iewë.

El hombre fue a coger tabaco de las hojas que secaban encima del fuego. Preparó una mascada que ofreció a Iewë. Después de haberle dado el tabaco, no prosiguió más con su quehacer. Iba a sentarse en su chinchorro cuando Iewë lo mató de un manazo. Iewë transportó a su víctima cerca del lugar donde se encontraban las tortas de casabe. La mamá del muerto había salido a buscar leña, llegó en ese momento. De lejos estiró el cuello para ver lo que pasaba. En el momento en que Iewë iba a matarla, retrocedió. Mientras la mamá iba llorando a su hijo, Iewë se sentó y comió. Se comió al hombre crudo acompañándolo con casabe. Se lo comió entero. Cuando se hartó, se fue.

Los dos hermanos del asesinado volvían de la caza cuando encontraron a su mamá llorando. Se lanzaron en persecución de Iewë y le alcanzaron.

—Suegro no vayas tan apurado.

Descendieron la montaña. En el momento en que Iewë pasaba de una zancada un tronco caído, uno de ellos le agarró por el brazo y lo derribaron en un profundo agujero entre rocas, también arrojaron la maza que cayó sobre el hígado del muerto.

Pishaasi theri

Makoromi se guardaba para él las yuvfas. Quiso comprobar si las nueces estaban ya en su punto. Golpeó la concha sobre la nariz de un Yanomami y la rompió; a continuación el Yanomami le ofreció el cráneo; lo golpeó con una concha y ésta se abrió; a continuación le ofreció el codo; golpeó la concha que se abrió; a continuación le ofreció la rodilla, golpeó la concha que se abrió de nuevo. Makoromi comprobaba si ya las nueces estaban maduras.

Makoromi se quedaba en casa mientras los demás cazaban y confiscaba las piezas que traían. Por desgracia, hay que reconocer que, además, se comía a los Yanomami. Estos terminaron por cansarse de él y lo mataron. Muerto lo arrojaron a un precipicio rocoso.



53
SORBE-CEREBROS

Shuimiwei theri

Durante la noche los sueños les habían presagiado la llegada de Hõõ. Mientras caminaba por la selva, Hõõ cayó delante de él. Se aproximó para ver, Hõõ yacía en tierra y hubiera podido creerse que se había herido al caer. Se parecía tanto al padre del hombre hasta el punto de confundirlos.

—Hijo, prepara una banda para llevarme. Esoy herido.

El hombre iba a preparar la banda que necesitaba.

—Voy a buscar la corteza.

—No te alejes. Mira, aquí mismo tienes el arbusto que conviene.

Fue a descortezarlo. Tenía ganas de huir pero oía las llamadas reiteradas de Hõõ que parecía desesperado.

—¡Hijo, apúrate en venir a buscarme!

Eso le producía lástima, así que volvió sobre sus pasos.

Se lo colocó a la espalda para llevarle sentado sobre la banda que sostenía con la frente.

—Hijo, colócame de forma que mi boca pueda apoyarse en tu cráneo.

El hombre le transportó. No sintió ningún dolor, apenas notó un pequeño cosquilleo. Hõõ aspiraba, aspiraba; aspiró todo el cerebro.

—Hijo, déjame bajar al suelo, caminaré solo. Vamos, ponte en camino, yo voy por mí lado.

El Yanomami bajó a Hõõ de la correa.

54
INSECTOS ATREVIDOS

Pishaasi theri

En la cascada Yawaramapiwei había un enjambre de jejenes (pëti na). Los niños, que son seres inquietos, alcanzaron la cima. El enjambre se balanceaba suavemente, zumbando en la brisa circundante; un líquido sombrío goteaba.

—Hermanito, allí hay guindado un nido de avispas. Volveremos luego para quemarlo, volveremos los dos a destruirlo, se prometieron.

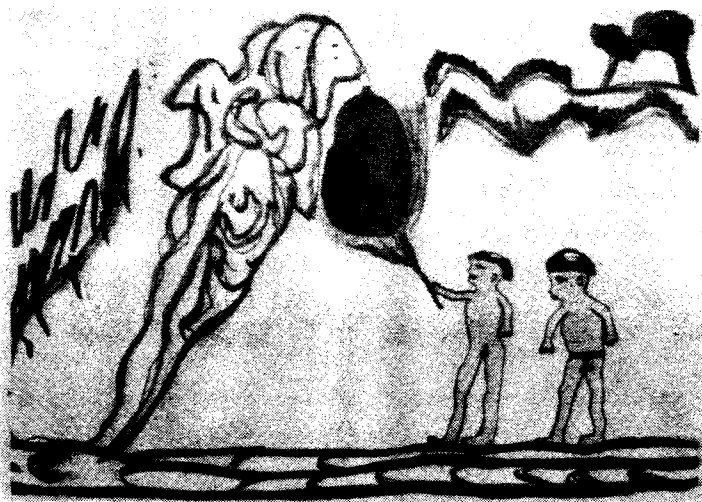
Por esta vez no lo tocaron, sino que regresaron a la casa a buscar fuego.

—Vamos a quemar avispas, el nido está guindado encima de la cascada.

—Cuando yo estuve allí vi unos seres desconocidos y probablemente maléficos. No vayan, les comerán.

Las mujeres les advirtieron en vano, regresaron a la cascada con intención de quemar los insectos. Los niños se aproximaron y prendieron palmas secas.

Los feroces jejenes apagaron inmediatamente el fuego y se lanzaron sobre ellos. Los niños se arrojaron al agua donde los insectos los persiguieron. Quedaron reducidos a su esqueleto. Después los jejenes invadieron la casa que era grande: los fuegos eran numerosos; todos sus habitantes fueron devorados.



CUIDADO CON LOS COLIBRIES

Karohi theri

¡Los colibríes (*tesho*)! Mientras recogían miel en la Roca-de-la-mujer-que-tiene-sus-reglas, los ancianos le pusieron en guardia:
 –No vayan allá abajo, si no los colibríes les devorarán; es un pueblo de demonios. Unos canfbales se reúnen allí.

A pesar de la advertencia, se obstinaron en ir a buscar miel allí. En un instante los colibríes cayeron sobre ellos, en un batir de alas; les perforaron la parte alta del cráneo y les sorbieron el cerebro. Esa es la dirección en que viven los colibríes canfbales que comieron a los hombres.



UN PESCADOR OBSTINADO

—¡Hermano mayor, sobre todo no vayas allá! Una anaconda suele salir del agua por allá.

Le advirtió en vano: se empeñó en ir allí.

—Cállate hermanito, tengo de veras hambre.

A toda costa él quería ir a pescar. Su hermano menor era un hombre joven; le repitió:

—No vayas, te matará en la orilla.

—Cállate, hermanito, la mantendré lejos gracias a mis *hekura*. Tengo verdadera hambre. Tú que estás ahí, como una mujercita, cocerás plátanos. Enseguida traeré el paquete.

—Si te obstinas en ir allá, te matará al borde del agua. Lloraré cuando deje de verte— añadió el hermano menor.

Se fue de todos modos. Cuando llegó al borde del agua, se acucilló un buen rato. Pescó: pescados anchos como la mano; atrapó varios. Los peces se comieron una lombriz (*horema*) enorme. Cavó de nuevo la tierra, y encontró otra tan grande como la primera que llevó en el hueco de la mano. Cuando los peces hubieron comido otra vez, fue a buscar una tercera y pescó de nuevo. Como mordían muy bien, estaba contento. Sin cambiar de sitio agarró un gran número de peces grandes.

En ningún momento le pasó por la cabeza decirse: "La anaconda puede venir a atacarme aquí". A lo largo de su columna vertebral una enorme anaconda estaba erguida. Numerosos pescados estaban esparcidos por la playa al borde del agua; verdaderamente todo iba muy bien. El no pescaba con verdaderos anzuelos de acero sino con anzuelos hechos de la clavícula de un pequeño cachicamo (*morō*), con eso. Allí donde tú buscabas con que saciar tu deseo de comer pescado, Kuyērë, tú has sido muerto en el agua.

57
AMABLE BICHO

Pishaasi theri

Echado sobre una roca, un tragavenado se quejaba:

- Allá está la Roca Wouhuma.
- Allá está la Roca Kōmahewë.
- Allá está la Roca-de-río-arriba.
- Allá está la Roca-de-la-mujer-que-tiene-sus-reglas.
- Allá está la Roca-de-los-periquitos
- Allá está la Roca-puntiaguda.
- Allá está el Río-de-los-peces-yaraka.
- Allá está el Río-de-las-garzas.
- Allá está el Río-de-los-helechos.
- Allá está la Roca-de-las-palmas.
- Allá está la Roca-de-las-avispas.

Cada vez el tragavenado pronunciaba un nombre con voz plañidera.

Para los Yanomami el tragavenado ponía nombres a los lugares de la selva. Así dio nombre a todas las rocas. Mientras daba nombre a las rocas, Mirewakariwë le lanzó una flechita de cerbatana al ojo. El tragavenado rodó de la roca y cayó muerto al agua. Apenas había tocado el agua se convirtió en un pequeño *rahara*. Inmediatamente fue capturado por Mirewakariwë que se lo llevó a los Yanomami y se lo ofreció.

Fueron a buscar una espata de palma; la llenaron de agua y colocaron allí el pequeño monstruo. Lo hicieron crecer, guardándolo como animal doméstico. Y el *rahara* se tragó a los hijos de los Yanomami, se los tragó hasta el último.

POR EL PLACER DE UN BAÑO

Karohi theri

El *rahara* se tragó al Waika, mensajero de la fiesta. Alguien pidió al mensajero que le acompañara y le dejó marchar en cabeza.

—¡En ese lugar, por allí, no te bañes! Báñate más lejos, ahí hay un *rahara*, advirtió el compañero.

Era un riachuelo que corría atravesando el camino.

—¡No te empeñes en ir allá!

—A mí no me parece, de ningún modo, que allí haya un *rahara* — respondió el mensajero.

—¡Eres testarudo!

—Yo me baño aquí, ya.

—Te tragará. Ahí hay un *rahara*.

El camino hacía una curva que le alejaba del río para hundirse en la selva.

—Este es el estanque del monstruo, ahí es donde está su morada.

—No, no hay ningún *rahara*.

—¡Oh! Báñate, pues.

Había sido advertido varias veces. Se acercó al agua y el monstruo se lo tragó inmediatamente. Gritaba en el vientre del monstruo:

—¡Por aquí! ¡Me ha agarrado y no puedo moverme! ¡Aquí está el fondo del agujero!

—Yo se lo había dicho. Yo le había prevenido— comentó el compañero.

Volvió sobre sus pasos corriendo para ir a buscar ayuda. Al llegar al shaponon dijo:

—La bestia ha atacado.

—¿Le habías prevenido?

—Se obstinó en ir allá, en el mismo momento en que le prevenía. ¡Apurémonos!

Estaba en el estómago del monstruo.

—¡Apúrense!

Prepararon estacas con la palma *yoroama*. Se dispersaron y hendieron varios tallos de palma (*manaka*); en las astillas de la madera tallaron las puntas de las estacas. Cavaron en el sitio donde la pared de la

morada era menos espesa. Cuando el monstruo apareció lo acribillaron con estacazos.

—¡Ustedes! ¡Están a punto de golpearme! ¡Me dan estacazos! ¡Apunten mejor a las patas delanteras!— gritó el hombre apresado dentro de la bestia.

Sinembargo, continuaron dando estacazos.

—¡Me van a traspasar!

Como ellos tenían la intención de quedarse con su mujer, se apañaron para matarle. El monstruo murió en el agua, le sacaron fuera de su agujero. El Yanomami estaba en el interior, le sacaron; estaba acribillado. El ser humano había sido acabado por las estacas hechas con madera de palma.



ESTUVIERON A PUNTO DE SER COMIDOS

Karohi theri

Los *hekura* del shamán Thōmihewē flecharon un jaguar feroz. Los *hekura* avisaron a sus hijos:

—¡Han estado a punto de ser comidos por el jaguar!

El gran jaguar avanzaba cimbreado. Los *hekura* lanzaron sus flechas, pero solo le alcanzaron superficialmente y el jaguar gruñó. Saltó sobre los *hekura*, agarró a uno con sus garras y le destrozó.

—¡Tengan cuidado, el jaguar es feroz!

El jaguar persiguió a los *hekura* hasta los lugares donde se habían refugiado y sus pisadas se perdían en la selva.

Los *hekura* acabaron, a pesar de todo, por matar al jaguar. Fue Kakuruyathawē quien le dio muerte; ese es un cazador de jaguares. El jaguar yacía muerto. En su fuga los *hekura* se habían enredado en bejucos gruesos (*wākāwākō*) y, al arrastrarlos los habían roto. Esos bejucos están todavía en el mismo estado, como si este hecho hubiera sucedido ayer. En su fuga tropezaron con árboles (*korihiotomi*) que se enredaron al caer y quedaron inclinados. En estos árboles avispas feroces (*korihiotomi*) colgaron sus nidos y desde entonces esos árboles fueron árboles de *hekura*.

—Han estado a punto de ser comidos por el jaguar— dijeron de nuevo los *hekura*.

Cortaron la cabeza del jaguar y la colgaron. En las órbitas del cráneo las avispas (*shihōayeri*) alojaron sus nidos. Creo que todavía están allí; esas avispas no temen nada.

—¡Han estado a punto de ser comidos por el jaguar!

JAGUAR SE EXTRAÑA

Karohi theri

Kārānari colocó una larga pértiga a lo largo del tronco de un gran árbol (ārō kōhi), como si quisiera subir. Fijó al suelo un extremo y apoyó el otro contra el tronco, después se fue. Jaguar llegó poco después.

—¿Quién ha podido poner esta pértiga contra el árbol? ¿Quién estuvo aquí? No hay huellas. Tengo de veras hambre de carne, ¡si hubiera llegado aquí mientras se ocupaba en esto! ¿Quién habrá querido trepar el árbol? Tengo hambre— dijo Jaguar.

Buscó en la selva, por allá. Describió un amplio círculo en las montañas y cambió varias veces de vertiente. Pensaba regresar al punto de partida, pero perdió la orientación y se extravió.

—¿Dónde puede estar, pues, mi casa?

En su camino no había roto con las manos los arbustos, y no tenía ninguna referencia.

—¿Por qué rumbo he podido alejarme tanto?, nunca podré volver.

Jaguar se sentó:

—Yo no encontraré mi camino— dijo.

Así fue como Jaguar se puso a vivir en otra región, había olvidado el lugar donde se encontraba su casa. Vivió en otra parte.

LA ARDILLA ES CORIACEA

Karohi theri

Jaguar iba por la selva. Una ardilla bermeja (*wayapashi*) se desplazaba en su dirección, corriendo sobre un viejo tronco de árbol duro. De repente vio a Jaguar y se llenó de miedo.

—¡No tengas miedo, no tengas miedo! Conversemos un momento. No tengas ningún temor, no te voy a matar.

—Tengo miedo.

Ardilla estaba a punto de huir y retroceder hacia el punto de donde venía.

—No te empeñes en querer huir. Ven aquí.

Ardilla se acercó con temor.

—No me mates, no me mates. Tú en verdad tienes dientes de alguien que mata.

—¿Sigues teniendo miedo?

—Tengo miedo de veras.

—No te tocaré. Solo quiero hablar contigo de paso. ¿Puedo morderte la cabeza?

—No lo hagas, tus dientes no entrarán, se golpearán duro— afirmó. Ardilla.

Pero se preguntaba si Jaguar podría de verdad romperle la cabeza con los dientes.

—¡Presenta la cabeza!

—Tus dientes se van a golpear; no lograrás romperme la cabeza.

—¡Ven junto a mí y presenta la cabeza!

Jaguar se preguntaba interiormente si conseguiría de verdad romperle la cabeza.

Ardilla alargó la cabeza, no se oyó ningún crujido de huesos, los dientes se golpearon duro. Ardilla huyó inmediatamente mientras Jaguar gemía de dolor. Ardilla trepó por un bejuco enrollado sobre sí mismo y descansó.

—¡Pretendías aplastarme la cabeza entre tus dientes! No tengo ninguna duda de que ahora te van a hacer sufrir. ¡No te había dicho que no lo conseguirías!— dijo Ardilla que se había puesto en cuclillas.

—¡Es exasperante! ¿Por qué no le habré roto los riñones sin más?— Jaguar, furioso, se había quedado en el mismo lugar—. Sinembargo, yo creía que ella se vanagloriaba. He resentido el dolor en toda la mandíbula— se quejaba el Jaguar.

Se había roto un diente. En vez de decirse: "Es dura, dejémosla tranquila", le había dado una dentellada. Ardilla no sentía ningún dolor, y en cambio le había hecho saltar un diente fuera de la boca.



Karohi theri

Un jaguar se encarnizaba con los habitantes de un shapono. Era un jaguar grande. Las comunidades vecinas ignoraban lo que pasaba. Un día, sin embargo, un visitante llegó y se dirigió sin demora a un hombre que efectuaba su servicio premarital con las víctimas de la fiera.

—Un jaguar extermina la comunidad de tu mujer, allá donde tú acostumbras a ir regularmente para vivir. ¡Una fiera! Los hogares son cada vez menos numerosos. ¡Qué desgracia! Un jaguar les devora.

El yerno respondió:

—Yo iré mañana, yo iré en su busca. Mañana iré a buscar a los sobrevivientes.

—¡Te comerá, te comerá! Los devora a todos. ¡Seguro que te atacará!

—No me dejaré comer, yo soy quien lo va a matar. Lo haré morder el polvo. Si me ataca, con la ayuda de mis *hekura*, lo mantendré a distancia y lo flecharé.

—Vete, pues, a ver; vete a ver y mátale de una vez por todas.

—Le mataré.

Se fue tan pronto como llegó el día. Llegó pronto a su destino y comprobó que la casa estaba desierta. Tocó las cenizas y comprobó que estaban frías desde hacía mucho tiempo.

—¿No habrá ni uno solo que esté todavía vivo?

Examinó un camino.

—Por este camino tienen la costumbre de ir a acampar en la selva.

Recorrió otro camino; hacía tiempo que nadie pasaba por él, estaba invadido por la vegetación, obstruido por ramas caídas. Fue a ver por otras partes, después se dijo: "Si fuera al conuco". Se puso en marcha y dio una vuelta por el conuco. Al borde, en el límite entre la parte cultivada y la vegetación salvaje de la selva, encontró matas de plátanos tumbadas; los tallos habían sido rotos por el medio y los racimos arrancados a mano. En otros sitios encontró otras plataneras en el mismo estado. En otro conuco descubrió la misma cosa.

—Estas son huellas claras de su paso. Es posible que estén en esa dirección.

Se dirigió hacia allá. Por allí, precisamente, vivía Aparecido.

—¿Es por ahí por donde están?

Avanzaba llamándoles. El camino seguía las crestas de las montañas y conducía derecho al Aparecido. Se detuvo un instante en un lugar abierto de la cima desde donde podía ver los alrededores.

—¿Es por ahí por donde están?— gritó con todas sus fuerzas.

—Eēēē...— le respondió Aparecido.

—¡Es por allá abajo! Parece su voz. ¿Es por ahí por donde están?

—Eēēē...— era un grito para helar la sangre en las venas.

—Voy a ver.

Se dirigió hacia donde se oía la voz. Lanzó un silbido de llamada.

—Eēēē...

—Seguro que es en esa dirección.

Sin embargo, de allí no se elevaba humo alguno. Alcanzó la casa de Aparecido; Aparecido, su mujer y su hija se encontraban allí. La hija estaba ya grande y sus senos comenzaban a despuntar. Estaba exactamente como los humanos cuando se hacen adultos; sus senos se formaban, era ya una jovencita. Aparecido recibió al recién llegado con estas palabras:

—Un presagio me ha dejado prever tu llegada. He oído el canto de una gallineta (*hōrēma*) que avanzaba hacia mí, y he sabido que alguien vendría. Instálate en mi fogón.

El yerno se contentó con ponerse en cuclillas.

—Hija, dale de comer, dale ocumo.

Ella le trajo garrapatas, de la especie grande y de la pequeña. Las puso en el suelo delante de él. Hormigueaban. ¡Garrapatas!, "¡Cómo es posible!"— pensó. Cogió la hamaca que llevaba con él, la guindó a cielo abierto entre dos árboles, y se echó. Cuando llegó la noche Aparecido se dirigió a su hija:

—Hija, apresúrate, guinda tu hamaca bajo la de tu esposo. No tengas miedo. Será nuestro compañero, nos ayudará.

La noche parecía interminable y el hombre se despertó.

—Demonios anunciadores de la mañana, apúrense en venir a mí. Vengan sin demora a unírseos, imploró.

Como hacía mucho fresco y él tenía frío, se paró. Era un shamán. Cuando Aparecido le oyó invocar a los espíritus tutelares, exclamó:

—¡Qué horror! ¡Qué espantosas palabras!

No avisó, no dijo ni siquiera "me voy". Se esfumó a escondidas, su casa quedó vacía.

Al amanecer, el hombre, en lugar de continuar su búsqueda, regresó directamente a su casa. Caminó con rapidez. Informó a los demás al llegar:

—He descubierto plataneras tumbadas, han sido rotas por los sobrevivientes que fueron a recoger plátanos. Yo no he podido encontrar sus rastros, no hay duda de que han huido lejos. Mañana cortaré una mata de pijiguo y fabricaré una maza.

Durmió en la casa. Por la mañana se paró; agarró el hacha y se fue. Cortó la palma que necesitaba, hendió el tronco, desgajó un trozo largo que llevó a la casa. Como estaba preocupado por la suerte de su mujer y de sus suegros, se apuró en dar forma al arma puliéndola. Cuando se fabrica un arco hay que tomarse un tiempo, es bien difícil hacerlo. Afinó la maza, tallándola, la descortezó, preparó el mango redondeando el extremo más fino, después hizo el otro extremo muy puntiagudo. Afiló los bordes hasta ponerlos tan filosos como el corte de un machete.

—No pasaré aquí más que una noche, me iré mañana. Mamá, descónchame plátanos verdes y cocínamelos en agua. Los llevaré para comer, no regresaré hasta que no les haya encontrado.

Era un cazador hábil. Nunca dejaba escapar una danta. Sobresalía también en la caza del jaguar. Durmió. Al amanecer desamarró de nuevo el chinchorro y se puso en camino.

Pronto alcanzó su destino; la tristeza le daba alas. Buscó, recorrió los caminos, llamó al tiempo que marchaba. Iba a los sitios en los cuales pensaba encontrar a la fiera. Descubrió que, durante su ausencia, alguien había venido de nuevo a recoger plátanos. Gritó:

—¿Están ahí?

Esta vez fue el jaguar el que respondió. Supo inmediatamente lo que tenía que hacer. Corrió en dirección de un árbol (*arapuri*) de tronco blanquecino, y trepó. Cuando estuvo a salvo en el árbol, colocó la maza a través de las ramas y amarró sus flechas para que no cayeran por mala suerte. Cuando tuvo las flechas amarradas recogió la maza y descortezó el árbol con el corte: sobre un tronco liso un jaguar no trepa tan fácilmente. Tomó aliento, después llamó una vez más. El jaguar respondió y avanzó directamente hacia él, sin vacilar. Cuando estuvo cerca del árbol levantó la cabeza y trepó. El hombre se afianzó entre las ramas y el tronco, y asestó un manazo al jaguar. Este cayó. El ruido de la caída fue tan

ensordecedor que el pájaro Minero cantó, creyendo que era el trueno.

—Eso es lo que había que hacer contigo— exclamó el yerno.

Sin embargo, pensó: "Cuando vuelva en sí, volverá a subir". Esperó un buen rato. "Se hace el muerto", se dijo. La fiera seguía tendida en tierra, abatida. Se paró de nuevo y se puso a trepar por el tronco. El hombre tomó apoyo, se arqueó todo lo que pudo y dejó caer el arma. Por segunda vez el animal quedó durante largo rato abatido en tierra. Se paró otra vez. Como el corte de la maza con el que había golpeado el animal se había dañado con los golpes, la volteó para poder utilizar el otro corte, todavía intacto. Dejó que jaguar se aproximara lo más posible. En el momento en que encogía para saltar, le golpeó con todas sus fuerzas. Esta vez había terminado con él. El jaguar rugía de dolor, estremecimientos nerviosos le recorrían la cola.

—Esta vez sí que le he matado— se dijo.

Por prudencia, se quedó encaramado en el árbol. El sol declinaba, tocaba el horizonte; la noche llegó, seguida por la oscuridad. Permaneció toda la noche en el árbol. Permaneció vigilante en caso de que un temblor del árbol le indicara que el jaguar trepaba.

—¡Que el día llegue pronto!— rogaba.

Toda la noche permaneció sentado en la hamaca colgando entre dos ramas. Tenía la impresión que el tiempo no pasaba. Cuando el día llegó al fin, rompió ramas que hizo caer sobre el animal. Como no se estremecía:

—Está realmente muerto— se dijo.

Desamarró la hamaca y la enrolló para llevarla, después descendió.

Como todavía tenía miedo se quedó quieto en mitad del tronco.

—Voy a picarle.

Y le picó con el extremo de una rama.

—No se mueve, realmente le he fulminado— concluyó.

Prosiguió su descenso y alcanzó el suelo, después se alejó, incluso sin echar una mirada al animal muerto. Avanzaba sin dejar de llamar. Pasó mucho tiempo antes de que alguien respondiera.

—¡Es por allá!

Le respondieron dos veces, los Yanomami se precipitaron hacia él.

—¿Realmente eres tú?— le preguntaron.

Plantó la maza en el suelo.

—¿Eres tú?

—Hace tiempo que les busco. Yo vine una vez y luego he vuelto.

—Es verdad lo que dices. Una fiera nos devora, una fiera nos extermina—dijeron.

—Es por eso por lo que he venido.

Se guardó bien de declararles enseguida: "Yo le he matado". Ellos alcanzaron juntos el campamento en el que se habían refugiado. El suegro ordenó a su hija:

—Muchacha, apúrate en dar de comer a tu marido. El acaba de llegar.

Cuando hubo comido les informó:

—Cuando yo avanzaba, llamándoles, la fiera me ha respondido. Yo la he matado.

El suegro, entonces, se dirigió a sus compañeros:

—Ahora escaltaremos la pendiente de la montaña y regresaremos a vivir en el shapono. Flecharemos al jaguar muerto para vengamos de él.

—Desamarren las hamacas, vamos a vivir a nuestra casa. Hace tiempo que sufrimos hambre.

—¡En camino! Cuando íbamos a buscar plátanos marchábamos en esa dirección, por ahí es por donde está el conuco, no lejos de aquí. Sigamos el mismo trayecto.

Entraron en las plantaciones, las dejaron atrás, después se dirigieron hacia la casa a la cual pronto llegaron. Diseminados un poco por todas partes bajo el techo, se encontraban los fogones despoblados de los que habían sido comidos por el jaguar. Solo quedaban algunos sobrevivientes: dos niños, dos mujeres, dos hombres y dos adolescentes. La fiera había puesto sus fauces sobre los demás, les había devorado.

—¿Dónde está, pues? Le cortaré la cabeza y la quemarán inmediatamente, los dientes son indestructibles.

—Vengan a ver—dijo el que había matado a la fiera.

Partieron.

—Búsquenla en el punto donde desemboca el camino, búsquenla por allá.

Se detuvo al borde del camino y dejó a los demás que buscaran. El estaba parado, quieto, cuando descubrieron aquel enorme jaguar muerto. Comenzaba a hincharse, tenía la cabeza vuelta de lado. Lanzaron un grito de triunfo:

—Ha recibido lo que merecía, ¡esto era lo que había que hacer con él!

El yerno pasó dos días con ellos.

—Voy a regresar a mi casa, pero volveré pronto.

Mostró los dedos de la mano, y agregó:

–Estaré ausente este número de días.

Cuando, cumpliendo su promesa, el yerno vino a vivir con ellos, el suegro le anunció:

–Tú rastrearás dantas: tengo intención de organizar una ceremonia funeraria por los desaparecidos.

Este yerno no era del tipo de hombre que pierde el rastro de una danta.



JAGUAR ENCUENTRA A SU DUEÑO

Karohi theri

"Sus shamanes son unos impostores, se entregan a simulacros, y hacen como si escupieran los objetos patógenos que aspiran del cuerpo de sus enfermos. Pero no son capaces de hacerlo"— habían pretendido los shamanes de una comunidad vecina. Uno de los miembros de la comunidad así calumniada efectuaba en ese momento su servicio premarital en la residencia en que se habían pronunciado estas palabras, y vino a reportarlo a sus padres:

—Pretenden que ustedes son shamanes sin poder.

—Oh, tú ya verás lo que sucederá.

Abrieron un árbol hueco, cogieron una ranita (*wawa hena*) que pusieron a secar encima del fuego. Mientras tanto los jóvenes, por su lado, trenzaban una cesta de tejido abierto. Prepararon alucinógenos y los inhalaron. Entonces uno de los shamanes escupió una "hoja de jaguar" recubierta de sangre; pegaron plumón blanco sobre el pecho y en la prolongación de la boca. Colocaron la rana disecada en el cesto y, en medio, la "hoja de jaguar". Después se dirigieron a la comunidad que les había calumniado. Cuando llegaron a la proximidad de la vivienda, dejaron el cesto en el camino. El shamán dijo entonces:

—No cogerás este camino para venir hacia nosotros: por el otro lado es por donde buscarás tus presas. Sobre todo no vengas a mí.

Antes de dar media vuelta y de volver la espalda, interpusieron entre ellos y el cesto, palmas clavadas en el suelo; de este modo el camino quedaba cerrado hacia el lado de ellos. Estaban ya lejos cuando la ranita se metamorfoseó en un jaguar que enseguida gruñó. La fiera siguió el camino con su paso flexible. Llegó cerca del shapono y se emboscó detrás de un árbol.

—¡Eh, tú, allá! Un ave de rapiña (*koikoimi*) se ha posado por aquí.

—Ya voy.

El hombre se acercó; el tigre le rompió la cabeza entre sus mandíbulas. Enseguida fue a apostarse al borde de otro camino.

—¡Eh, tú!

—¿Qué hay?

—¡Por aquí! Un piapoco está posado en una rama baja.

El hombre se acercó, a su vez le rompió el cráneo. La fiera dio un rodeo por la selva y se escondió en otro camino.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Hay caza!

Mató de nuevo y fue a emboscarse a otra parte.

Los mataba uno tras otro, en silencio, sin dejarles, gritar. Al borde de un nuevo camino:

—¡Por aquí! ¡Hay miel!

Se emboscaba en un camino, después en otro. Escogía para matar a los que tenían la cara más linda. Los antepasados terminaron por alertarse.

—El que nos llama de ese modo, es una fiera asesina.

Desde ese momento el jaguar llamaba en vano, ellos dejaron de salir del cobertizo. Se quedaban en casa y, cuando tenían ganas de defecar, lo hacían sobre hojas, envolvían sus deyecciones y arrojaban lejos los paquetes.

Un anciano tomó la palabra:

—Ese jaguar nos exterminará.

Con ayuda de sus *hekura* rechazó durante un tiempo a la fiera y, cuando ésta se hubo alejado un poco:

—¡Desamarren las hamacas! ¡Vámonos!

Abandonaron la vivienda para buscar refugio en la selva. No hacía mucho tiempo que se habían ido cuando la fiera entró en la casa vacía.

—Dan lástima, pero les mataré hasta el último.

El jaguar recorrió la periferia de la plaza a cielo abierto, examinando todos los fuegos.

—¿Dónde se habrán metido?

Los Yanomami estaban lejos, ya habían instalado el campamento. para no dejar huellas demasiado visibles, y para no ser oídos, se habían diseminado para cortar leña marchando en dirección opuesta al lugar en que habían habitado el día precedente. Precaución inútil, la fiera fue derecha hacia ellos.

A partir de ese momento el miedo le retuvo en el campamento; no salían ya ni para ir a defecar, dejaron de ir a cazar. Los ancianos habían sido diezmados, no quedaban más que algunos adultos.

—¡Hija mía! Está tras de nosotros, ha seguido el rastro de nosotros.

El que pronunciaba estas palabras era un hombre de edad madura, uno de los que inhalaban alucinógeno, un shamán. Exclamó:

—¡Qué desgracia!

Los shamanes se reunieron. Trajeron droga, la colocaron sobre hojas, la pusieron en el suelo. La inhalaron.

—¡Hijos! Apóstense en los caminos y armen los arcos.

Había allí una tortuga (*poshotomi*), era su animal familiar. Era grande, pues hacía ya tiempo que la poseían. El shamán al cual pertenecía se puso a reflexionar.

—¿Dónde está mi tortuga?

Se la trajeron, después llamaron a sus espíritus tutelares e hicieron un ensalme a la tortuga. En ese momento su dueño sabía lo que iba a hacer.

—Vamos, hijo— dijo a la tortuga—. Esa fiera nos sigue, se aproxima, sigue nuestro pasos. Mañana partiremos y te abandonaremos aquí. ¡Hijo!, si el jaguar coloca su boca contra ti, si te presenta la nariz, el pecho, la frente no te apresures en morderle. Si te tiende la garganta, aquí es donde hay que morder, y no en otra parte.

Eso es lo que dijo.

Colocó a la tortuga en un cesto, que luego guindó. Durmieron profundamente, tanto sueño tenían. Sus ojos vieron levantarse el día.

—Vamos, hija. En tanto que, con la ayuda de los *hekura*, rechazo a la fiera, en tanto que la mantengo distanciada, apúrense en preparar sus pertenencias. ¡Vámonos!

Dejaron el campamento. Marchaban en fila apretada, los hombres repartidos entre las mujeres; cuando no amenaza ningún peligro los hombres comienzan solos en la delantera; de ese modo los hombres aseguraban la defensa de las mujeres. El shamán se había quedado un momento en el campamento que abandonaban; silbó para llamar a la fiera, después habló a la tortuga:

—Cuando esté en el campamento desierto, si hace ademán de alejarse, entonces llámale. Conténtate con llamarle, le dijo.

Poco a poco el campamento cayó en el silencio. La tortuga permanecía sola. Durante ese tiempo construyeron una pasarela para atravesar el río, los jóvenes se afanaron con gran ruido. Los extremos de la pasarela terminaban en el suelo.

—Dispongan bien los tirantes, paralelos y apretados, no dejen espacio entre ellos.

La valiente tortuga esperaba al jaguar. ¡Completamente sola! Sin embargo, no vayan a imaginar que ella fuera incapaz de matar a la fiera, la matará; acabará con el feroz jaguar.

Habían terminado su trabajo; el campamento en la selva está construido. Ese fue el momento en que la fiera entró en el campamento desierto. Examinó los refugios, recorrió el círculo que formaban, sacudió los postes. Iba de un refugio a otro.

—¡Son dignos de lástima! ¡Qué desgraciados son!

La tortuga sonrió al oír esas palabras. "Tú serás abatido aquí mismo", pensaba. "Eres tú el que está en una pobre situación". Entre los *hekura* reunidos alrededor de la tortuga estaba Espíritu-pereza; se habían quedado en su compañía para protegerla. El jaguar se desplazaba de un abrigo a otro.

—Siento una necesidad insaciable de carne.

Examinó todos los fogones, después preguntó:

—¿A dónde se han ido? ¿Dónde están, pues?

Tocó las cenizas y los tizones.

—No hace mucho tiempo que se han ido.

Iba a examinar el camino cuando, en ese preciso momento, oyó que una voz le llamaba. Podría decirse que era la voz de un Yanomami. Se dio media vuelta.

—Este es el refugio del shamán, tengo la impresión que ha inhalado alucinógeno.

Los *hekura* sonrieron al oírle.

—¿Qué es lo que ha podido hacer?

No había terminado de decir esto cuando ya se iba.

—¡Toye! ¡Toye! ¡Toye!

—¿Qué es esa voz?

Jurungó en las hojas del techo.

—¡Sin duda ha sido de aquí de donde provenía! ¿Quién, pues, ha emitido ese sonido?

Buscó en vano. Cuando de nuevo se había alejado.

—¡Toye! ¡Toye! ¡Toye!

—¡Es allá!

Volvió sobre sus pasos.

—¿Quién hace ese ruido? Seguro que es de aquí de donde proviene.

Hurgó entre los leños, los levantó, buscó de un lugar a otro.

—¿Quién es? ¡Si lo pudiera ver!

Buscó, buscó, después, no encontrando nada, se alejó una vez más. Estaba a punto de abandonar el campamento.

—¡Toye! ¡Toye! ¡Toye!

—Ya no hay duda, eso proviene de allí.

Buscó por todas partes, pero no descubrió nada. Iba a irse.

—¡Toye! ¡Toye! ¡Toye!

—¡Por allá!

Regresó, tocó las hojas del techo.

—¿No vendría del exterior?

Fue a ver y, no encontrando nada, se alejó.

—¡Toye! ¡Toye! ¡Toye!

—¡Es aquí! ¡Es de aquí de donde proviene!

Sacó la tortuga de debajo de las hojas en que estaba escondida.

—Entonces es esto lo que hacía ese ruido, es esa cosa que había quedado aquí. ¡Esa miserable cosa me esperaba para matarme! Es un animal doméstico.

La tortuga ocultó la cabeza, todo lo que pudo, en su caparazón. El tigre la examinó, le dio la vuelta.

—Su cabeza está bien metida. ¿Si la mordiera?— dijo el jaguar.

La lanzó contra el suelo.

—¡Está en una situación bien triste! ¿La habrán olvidado sin más? ¿Dónde habrán ido a vivir? ¿Qué camino habrán seguido?

Las patas de la tortuga no sobresalían nada, las tenía bien metidas en el caparazón.

—¿Y si le metiera un palito por el culo?

Le metió un palito por el ano, y lo movió, pero ella no sacó la cabeza. La dejó en el suelo, ella se limitó a arrastrarse un poco.

—¿Si yo le sacara la cabeza a la fuerza, si se la arrancara, si la decapitase? ¿Si le hiciera eso?

Introdujo una uña por la abertura del caparazón para alcanzarle el cuello, intentando en vano hacerle sacar la cabeza. La lanzó otra vez contra el suelo.

—¿Si tratara roerla?

Iba a triturarla entre las mandíbulas, pero los *hekura* se interpusieron. “¡Ushu, ushu!” dijeron, conjurando el peligro. Protegían a la tortuga. El jaguar se divirtió arrojándola al aire.

—¡Da lástima verla!

Golpeó el caparazón, golpeó de nuevo. La tortuga sentía un dolor fuerte en el estómago. Entonces el jaguar le ofreció la parte posterior de la rodilla.

—Muerde aquí.

Después le ofreció la ingle.

—Muérdeme en la ingle, que vea si tienes los dientes fuertes.

La colocó bajo la axila.

La apretó bajo el brazo.

—Apúrate en mordeme, si no, lamentaré el tener que romperte con los dientes. Vamos, aquí, en la oreja. ¡Muerde! ¡Muerde! ¡Aquí!

La fue bajando por la cara.

—Muérdeme la nariz.

La hizo deslizar más abajo.

—Muérdeme el mentón, ya que te has quedado sola.

La deslizó aún más abajo.

—Vamos, en la garganta.

Entonces la tortuga sacó la cabeza y la hundió en la garganta de la fiera. El jaguar aulló de dolor, se frotó contra los árboles para desprendérsela. La tortuga hundió la cabeza tan profundamente como pudo, quedó clavada, aspirando la sangre y, agarrándose con todas sus fuerzas, le cortó la tráquea.

Ella soltó la presa cuando el jaguar estuvo completamente muerto. Durante todo ese tiempo, queriendo saber lo que pensaba, los Yanomami inhalaban alucinógenos.

—En este momento mi tortuga está todavía viva, ha acabado con el feroz jaguar, declaró su dueño.

Fueron hacia ella. Estaba sobre la pasarela, la garganta bañada en sangre; atravesó el río diciendo "*Toye, toye, toye*"

—¡Aquí está! ¡Aquí está!

Avanzaba hacia ellos dando tumbos. Cuando estuvo cerca:

—¿Realmente eres tú?

—*Toye, toye, toye*

—¿Le has matado?

—*Toye, toye, toye*

La cogieron cuando llegó a tierra firme.

—Mi tortuga tiene la garganta llena de sangre. ¿Has terminado con él?

—*Toye, toye, toye*

Sacó la cabeza por completo, su cuello estaba enrojecido de sangre. La cabeza, allá, se había hundido en la herida.

Llegaron al campamento. Su dueño la dejó en el suelo.

—Se acabó. Hijo, ¿no es cierto que has matado al jaguar?

—*Toye, toye, toye*

—¡Está bien! ¡Eso es lo que había que hacer! Eso mismo era lo que yo quería que hicieras. ¿No te he dejado sola?

—*Toye, toye, toye*

Fueron a ver al jaguar muerto. Yacía con las patas al aire en medio de los refugios. La cabeza era terrible, los pelos de arriba tenían tonalidades que se degradaban pasando del claro al oscuro; manchas de sangre le ensuciaban la garganta. La cabeza, vuelta hacia atrás, era espantosa. Se mantuvieron a distancia. Un anciano:

—¡Está bien! Eso es lo que había que hacer. Córtenle la cabeza inmediatamente.

Le cortaron el cuello y llevaron la cabeza a la selva, donde la quemaron. Estaban felices.

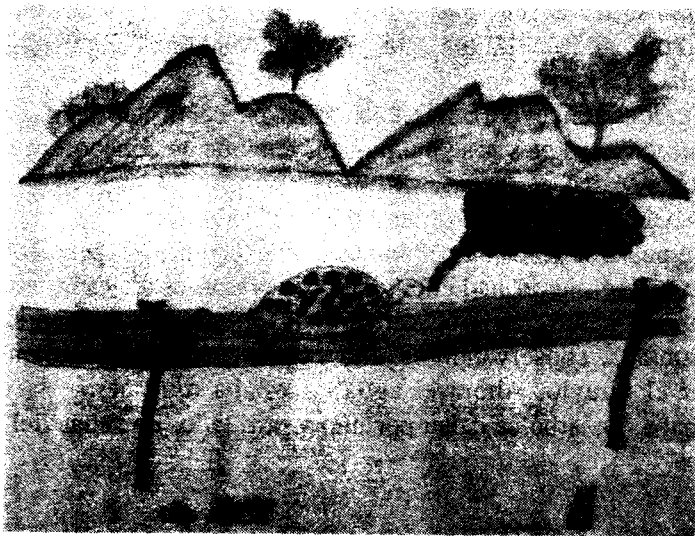
Sin embargo, atormentada por el principio vital de la fiera que había matado, la tortuga no tardó en caer enferma. Su estómago estaba azulado, sus patas pendían lacias.

—El jaguar hizo enfermar a la tortuga.

Pronto su cabeza quedó colgando; estaba muerta. La lloraron:

—¡Qué valiente mi animal doméstico! ¡Acaba de desaparecer! ¡Qué valeroso! ¡Ella sola mató a la fiera!— decían.

Un árbol de orugas (*kasha nahi*) creció pronto en el lugar en que había sido quemada la cabeza del jaguar. ¡Allí es donde vive el señor de las orugas (*kasha*)!



64
EL DILUVIO

I

Karohi theri

La inmensa capa de aguas subterráneas se había puesto a manar y se extendía, inundándolo todo, arrastrando a los Waika. Fue allá, en esa dirección, donde los alcanzó y se los llevó. Ellos se informaban del avance de las aguas:

—Dicen que el agua está llegando. Se los lleva. Se los lleva. ¡Parece que el agua viene hacia nosotros!

Por todas partes por donde vivían los Yanomami, habían sido arrastrados. El agua no avanzaba muy deprisa, subía lentamente. Por todos los lados se oía el canto de las gallinetas (*hōrēma*), que siempre acompaña al diluvio, pues así lo manifiestan. Cuando el agua comenzó a aproximarse:

—Hijo, ve a ver de nuevo donde llega el agua.

Fueron a mirar; no volvieron hasta la noche: por todas partes cantaban las gallinetas.

—El agua todavía está lejos de nosotros.

—¡Qué desgracia!

Los Yanomami estaban perplejos y no sabían qué hacer. Cuando la inundación se acercó aún más:

—Hijo, ahora, ahora, el agua está próxima. Ahora el Espíritu—Baba se siente feliz.

Fueron de nuevo a ver. Los árboles no caían deprisa: la tierra se desmenuzaba a sus pies y se inclinaban lentamente. Encontraron refugio en el Monte Maiyō.

—Vamos, vámonos hacia el Monte Maiyō— decidieron.

Se pusieron en camino. "Allí es donde hay que ir", pensaron acertadamente. No perdieron nada de tiempo. Llevaron esquejes de yuca, hijos de plátanos, ocumo. Hicieron varios viajes y los amontonaron en lo alto de la montaña, conservándolos allá con intención de replantarlos al terminar el diluvio. Ahora el agua ya estaba muy cerca, la tierra se derrumbaba, los árboles caían por uno y otro lado. La señal del diluvio,

eran los incesantes cantos de las gallinetas que huían ante él.

—¡Vuelvan a ver!

—¡Está muy cerca!

—¡Qué desgracia! ¡Qué desolación! Vámonos. Ya no hay nada que hacer. Vamos al Monte Maiyō.

Se refugiaron en la montaña. El agua les rodeaba, continuaba subiendo, amenazando alcanzar la cumbre.

—Con la ayuda del Espíritu—Baba, pongan fin al flujo del agua, córtelo—aconsejó un anciano al shamán.

Se daban cuenta que el agua, si continuaba subiendo, iba a sumergir la montaña en la que habían encontrado refugio, y pensaron entonces que el agua exigía un sacrificio humano. Tomaron la resolución de ofrecerle una viejita; sin atreverse a formular de inmediato la exigencia a su hijo. ¿Habían pensado que esa mujer, ella también, había venido con ellos a buscar refugio en la montaña, y que con ellos esperaba el fin de la catástrofe? Ella se había dicho: "Yo esperaré allí". La mitad de Monte Maiyō estaba ya bajo las aguas y los Yanomami a quienes arrastraba la corriente, pasaban ante ellos; se alejaban anunciando su proveniencia:

—¡Somos la gente se Shitoshito los que pasamos!

Se habían encaramado en troncos flotantes y pasaban uno tras otro: no se ahogaron enseguida.

—¡Somos los Waika los que pasamos!

—¡Somos la gente de Hayoari los que pasamos!

Iban a la deriva, lentamente, y gritaban todos de una forma parecida. También pasaban muertos, cadáveres flotantes y ya tiesos de ahogados que se alejaban también, sin prisa.

Cuando dejaron de pasar, solo la cumbre de la montaña emergía todavía. Se habían refugiado al pie de la abrupta roca, agrupándose sobre los últimos puntos planos donde aún era posible estar parado.

—¿Qué va a ser de nosotros?

No se atrevían a formularle directamente al hijo la decisión que acababan de tomar y le preguntaron de forma indirecta:

—¿Qué vamos a hacer? ¿Tú y yo, nos quedaremos solos?

Sobrentendían: "¿Nos quedaremos solos sin tu madre? Pero ya el agua se iba haciendo cada vez más y más amenazadora, así que se decidieron y uno de ellos declaró al hijo en forma ritual (*himou*):

—Tú y yo nos quedaremos solos. A esa agua canibal, debemos satisfacerla.

Cuando terminaron de decir eso, trazaron líneas sinuosas en el contorno de los ojos de la viejita.

El hijo vacilaba y se mostraba reacio. Sin hacerle caso, arrojaron a la mujer al agua. En el lugar en que cayó la vieja, alrededor de los cabellos que flotaron por un instante, se formaron torbellinos como un reflejo de la cabellera. Después aparecieron remolinos, los torbellinos se multiplicaron; al fin el agua comenzó a descender. Pronto el Monte Maiyō se irguió completo por encima de las tierras que lo rodeaban ya emergidas. Los antepasados sintieron una alegría inmensa, era el fin del diluvio. Así fue como pasaron las cosas. Los antepasados se entregaron a acciones inhabituales; yo los veo en mis sueños.

II

Pishaasi theri

El hijo de Ōmawē no dejaba de llorar de sed. En otros tiempos no había agua, no habían ni caños ni ríos. Como no había agua y su hijo tenía sed, Omawē perforó el suelo con su arco en un lugar donde se oía el agua correr bajo tierra. "*Krosho*", se oyó, cuando Omawē hundió su arco. Cachicamo gigante era el dueño de las aguas subterráneas y su espalda apareció de inmediato en la superficie. Cuando Omawē retiró su arco, el agua se puso a brotar muy alto hasta el cielo. Fue a depositarse allá donde vive el Trueno. ¿No hay una capa de agua allá arriba? Allá donde vive Trueno hay agua, hay incluso mucha. El antepasado perforó el suelo, el agua llegó hasta Trueno, y se depositó en el cielo en forma de capa.

Cuando su hijo hubo tomado y se hubo hinchado de líquido, Omawē intentó cerrar el agujero con una piedra, pero la tierra se desmoronó y se formó un río. El agua brotó y se extendió, llevándose a los Yanomami. Para escapar del diluvio algunos amarraron las hamacas a palmas (*konoposi*), otros se refugiaron en el Monte Maiyō, otros en el Monte Homahewē, otros más en el Monte Koawē. La inundación persistía, el agua era como un canibal sin satisfacer. Con todo apuro tonsuraron el cráneo de una viejita, le pintaron en la cara líneas sinuosas. Y como el agua no se iba, la arrojaron en ella.

Cuando el sacrificio se hubo consumado, el agua comenzó a

evacuar, iniciándose el descenso. Los que habían podido escapar al diluvio se proveyeron de largas pértigas y las utilizaron como bicheros para recoger plantas de ocumo, plataneras de la especie *kuratha*, plataneras *pareami*, palmas *pijiguaos*, plantas de yuca, cambures *rōkōmi* y *paushimi*, plátanos *monarimi*. Tenían el propósito de plantarlas. Recogieron también una danta ahogada y ya hinchada. Se la comieron. Pasó mucho tiempo antes de que el suelo volviera a estar firme, entonces descendieron.



UN ARBOL QUE SE DILATA

Karohi theri

Õmawë y Yoawë estaban encaramados en un árbol (*apia*) comiendo sus frutos. Las semillas silbaban de un modo agradable al caer. Jaguar llegó al pie del árbol:

—¿Qué comen?

—Comemos frutas *apia*. ¡Frutas *apia*!

Comían las frutas subidos a un árbol que todavía era joven y pequeño.

—Rómpanme una rama. Quiero ver la carne de los frutos, quiero probarla.

—Sí.

Para engañar a Jaguar, Õmawë y Yoawë continuaban sacudiendo una rama desprovista de frutos.

—De verdad no caen.

El árbol en el que estaban encaramados se dividía en dos ramas principales. No era muy grueso, pero como querían que Jaguar se cayera, iban a dilatarlo. Jaguar se puso a trepar.

Cuando Jaguar llegó a la mitad del árbol, hicieron que el tronco se hinchara. Jaguar ya no alcanzaba a abrazar el árbol y cogió miedo.

—¡Qué grueso es el árbol aquí!— gritó.

—Así era cuando nosotros subimos— le dijo Õmawë.

Jaguar perdió apoyo y cayó. Õmawë y Yoawë descendieron mientras Jaguar yacía en el suelo sin conocimiento. Jaguar se alejó cuando se hubo recuperado. Los dos gemelos habían dilatado el tronco del árbol.

66
EL PALMITO

Karohi theri

Ōmawë quería extraer palmito.

—Hermano mayor, el corazón de esa palma parece excelente, de verdad que está muy bien.

—¿Con qué lo abriremos?

—Comeremos palmito. Hermano mayor, hala de la vaina de las palmas para separarla del tallo, vamos a extraer ese palmito. Lo conseguiremos.

Halaron. La palma era aún joven, halaron, pero no consiguieron extraer el palmito: el palmito no se dejaba extraer.

—¿Ese palmito no se desprenderá? De verdad que tengo hambre— dijo Ōmawë.

—¡Renuncia pues!

—Vamos, hermano mayor, con todas tus fuerzas.

—¡Oh, mis riñones!

Halaron del palmito todo lo que podían, cuando al fin se rompió emitió un gruñido de báquiro.

Cuando Ōmawë hubo extraído el palmito, dejó de decir: "Me lo comeré".

—¡Estoy todo sudado! Hermano mayor, estoy sin aliento.

—No me lo digas, hermanito. Si al menos pudiera darme un baño, si hubiera una corriente de agua por aquí.

Apoyaron el palmito contra un árbol, y se transformó en una piedra blanca, hincada en el suelo; apoyaron el palmito, y se convirtió en piedra blanca a lo largo del soporte. La piedra ha quedado allí, en la misma posición.

COMO EN MANTEQUILLA

Karohi theri

Ōmawë y Yoawë encontraron parada en el camino una piedra muy lisa.

—¡Qué linda es esa piedra!, hermano mayor. Está aislada y es lisa. Hermano mayor, cógela, llévatela a la espalda.

—Deja eso, es muy pesada.

—Póntela a la espalda, hermano mayor.

Agarró la piedra con las manos y se la puso a la espalda. La llevó de ese modo.

—Hermanito, la voy a encajar en la horquilla de ese árbol.

—No, espera, te desembarazarás de ella más lejos.

Quería hincarla en una roca. Prosiguieron su camino y Yoawë cargaba siempre la piedra. Así llegaron hasta una roca.

—Esa roca es justo lo que necesito.

Era una roca imponente con un saliente.

—¿Dónde ponemos la piedra? Tú estás cansado, ¿no es cierto, hermano mayor?

Hincaron la piedra en la roca, no se movía nada.

—Hermano mayor asegúrate que está firme.

Yoawë la sacudió.

—Ha penetrado profundamente. Está muy bien así, hermanito.

Querían que se diera nombre a la roca. ¡Así es como ustedes obraban, demiurgos! Apenas se habían alejado cuando Jaguar, cuyo paso es a la vez flexible y pesado, llegó a la roca; había desembocado sobre sus huellas.

—Acaban ahorita mismo de hincar esa piedra aquí.

La sacudió.

—¡Es linda y está bien clavada! Esos dos son seres sobrenaturales y son ellos los que han clavado la piedra en la roca, comentó Jaguar.

68
LA HIJA DE LAS AGUAS

I

Karohi theri

Los monos capuchinos fueron los primeros en advertir a la mujer que Õmawë iba a desposar. Habían visto a Hõhõtõyoma y, al mirarla, la boca se les animaba en un rictus. Se mantenían alineados, uno junto a otro. La mujer estaba en el agua, levantaba y bajaba los brazos rítmicamente, por encima de la cabeza. Los monos la seguían con la mirada, haciendo muecas con la boca, hubieran querido agarrarla por los brazos. Ni siquiera se preguntaban si serían suficientemente fuertes.

Hõkõtõyoma era la hija del monstruo acuático *Rahara*. Avanzaba, siempre moviendo los brazos, en un lugar donde la orilla alta del río describía un ancho círculo; el agua, profunda, estaba poblada con muchísimos peces. Cuando Õmawë y su hermano aparecieron, los monos capuchinos se pusieron bravos, escondiendo la cara entre los brazos cruzados; querían la mujer para ellos. Õmawë les preguntó:

—¿Qué hacen aquí?

No quisieron confesar lo que estaban haciendo y permanecieron en silencio.

—Hermano mayor, aquí el río está bueno para la pesca, hay peces. Ve a buscar lombrices, comeremos pescado, voy a pescar. Comeremos aquí y luego regresaremos.

Yoawë fue a buscar lombrices a un lugar en el cual se levantaban muchas rocas. Cogió las lombrices y un nido de termitas que arrojó al agua como cebo.

—Aquí tienes las lombrices, ponte rápido a pescar.

"¿La habrán visto?", se preguntaban los monos que se habían dispersado un poco.

—Hermano mayor, eso es suficiente, ya hay bastantes pescados. Límpialos.

En el agua, arrastradas por la corriente, las termitas flotaban formando un arco que se estiraba lentamente. Cuando el feo de la pareja se puso en cuclillas para limpiar los peces su mirada cayó sobre Hõkõtõyoma; la vio. Sus senos eran erguidos y firmes; levantaba y bajaba

los brazos constantemente por encima de la cabeza.

—Hermanito, Ōmawë, aquí hay una mujer que levanta y baja los brazos. Hay una mujer en medio del agua.

Ōmawë miró.

—Quédate en silencio, vamos a capturarla.

La mujer había descrito un círculo y volvía sobre sus pasos.

—Hermano mayor, vete allá y ponte de cuclillas, yo voy a colocarme en el lugar donde ella acaba de dar media vuelta.

Yoawë se acuclilló al borde del río, su escroto se extendía hasta el suelo. La mujer avanzaba en dirección del feo, movía constantemente los brazos en la misma forma; se acercaba a él. Hōkōtōyoma estaba lejos de pensar que la iban a tomar por mujer. Cuando estuvo cerca, Yoawë se arrojó al agua para agarrarla.

—¡Por aquí, Ōmawë, apúrate!

—¡Manténla fuerte, mantenla fuerte!

Pero se le escurrió de entre los brazos.

—Se me acaba de escapar.

Furioso de despecho, Ōmawë se sentó apartado. Le provocaba golpear a su hermano.

—Podías haberte preguntado antes si serías lo bastante fuerte.

—¡Era resbaladiza!— respondió el feo.

Hicieron cocinar sobre la brasa los pescados envueltos en hojas. Como estaban bravos por el contratiempo, se dieron la espalda. Se olvidaron de darle vuelta al paquete que cocinaban. Ōmawë terminó por volverse hacia su hermano:

—Hermano mayor, hermano mayor, no estés enfadado. Mira, ese paquete solo está cocinado por un lado.

Las hojas del paquete estaban aún verdes por un lado, mientras que por el otro se habían quemado.

—Hermano mayor, come el pescado.

Yoawë se volvió.

—Ella es fuerte, no vayas a creer que sea débil.

—Tú no pensaste que pudiera escaparse de tu abrazo.

Se sentaron y comieron el pescado.

—Arroja las hojas por allá. Hermano mayor, ve a buscar lombrices y volvamos a pescar. Ella regresará. Recoge también nidos de termitas, coge muchos.

Yoawë dejó un nido de termitas y fue a buscar otro. Las termitas se aglutinaban sobre el agua, comenzaban a extenderse a lo largo de la curva de la ribera. Los peces saltaban a la superficie para tragárselas. De repente Õmawë dijo:

—Hermano mayor, mírala allí, en medio del río, como levanta y baja los brazos. Reaparece allá. Hermano, tranquilo, yo voy al lugar hacia el que se dirige.

Hõkõtõyoma apareció repentinamente junto a la orilla, después regresó al medio del agua.

—Voy a apostarme allá.

Õmawë se alejó agachándose, después se acuclilló. La mujer describió un arco de círculo. Seguía levantando y bajando los brazos, pero estaba sobre aviso. En el momento en que volvió sobre sus pasos, Õmawë saltó sobre ella. La agarró por la cintura y la enlazó con las piernas.

—¡Yoawë, apúrate!

—¡Õmawë, manténla fuerte!— dijo el feo.

La agarraron, la estrecharon, la ciñeron de ambos lados y lograron sacarla a la orilla. Era resbaladiza, recubierta completamente de esa sustancia que hace a los peces inasibles. La sujetaron y le rasparon la piel.

—¿Quién ha podido cortarle los cabellos tan bien?

Los cabellos le caían regularmente alrededor de la cabeza, todos del mismo largo. Los monos se regocijaban. Se había excitado su deseo sexual, lanzaban gritos ansiosos y manoseaban a la mujer. Õmawë hizo echarse a Hõkõtõyoma:

—Vayan pues, dijo a los insoportables monos, hagan el amor.

Los monos capuchinos se acoplaron. No habían terminado de introducir el sexo cuando unos peces se lo cortaban con los dientes. Gritaban de dolor. Eso pasó así: uno de ellos se acoplaba, gritaba de dolor; otra se acoplaba a su vez, gritaba de dolor. Y así uno tras otro. No acababan de introducir el pene y ya lo tenían cortado. Cuando todos hubieron sufrido la misma suerte no quedaba más que un mono anciano y viejo. Se acopló a su vez, y también gritó de dolor. Los penes seccionados de los monos capuchinos salpicaban el suelo. Y todavía se volvían a oír sus gemidos: "ko, ko, ko..."

—Hermano mayor, ve a buscar lombrices.

Õmawë separó los muslos de la mujer y se podían ver entonces peces caribes atropellarse por el orificio. Los pescó. Cuando dejaron de picar:

–Hermano mayor, haz el amor con ella. Haz el amor.

Se sentó apartado. Mientras les daba la espalda el feo con sus testículos balanceantes, se acopló con la mujer; estiró su escroto, que arrastraba por el suelo, y se cubrió el ano; se acopló, se excitó. Entonces se oyó un ruido horrible "soka, soka...". Cuando hubo terminado:

–No es así como se debe hacer. Así vas a despertar el deseo de los hombres que escuchan, no hay que hacer cosas repugnantes, dijo Õmawë al aproximarse.

Agarró a la mujer por el brazo y buscó para echarse un lugar conveniente. Hizo el amor en silencio, nadie se dio cuenta.

–Así es como hay que hacerlo.

Yoawë estaba sentado y sentía vergüenza.

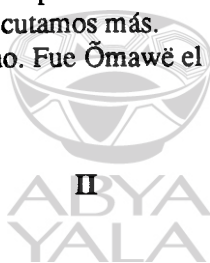
–Hermanito, yo soy el que la va a desposar.

–No, yo no te dejaré que la tomes. ¿Por qué iba a cedértela? ¡En marcha, apúrate, vámonos! Yo soy el que la va a desposar, no te la daré.

Õmawë fue el primero en ponerse en camino.

–Ven, hermano mayor, no discutamos más.

Yoawë se paró el último. Fue Õmawë el que desposó a la mujer.



Nasikipiwei theri

Õmawë y Yoawë agarraron una mujer que llevaron a su casa. Yoawë había ido a pescar y estaba en cuclillas al borde del agua cuando vio a una linda mujer sentada en la arena.

–¡Oh!– exclamó sorprendido.

Esa mujer vivía bajo el agua, su casa era en todo semejante a la de nosotros, el interior estaba tan seco como aquí, el agua estaba por encima del techo de hojas. Como aquí, había un fuego llameante, había cenizas. Cuando Yoawë vio a la mujer concibió el proyecto de apropiársela, así que se transformó en un gallito de roca.

–Eeeee..., dijo, imitando el grito del pájaro al tiempo que revoloteaba de un lugar a otro.

Hubo un momento en que él la rozó, pero la mujer se burlaba de él; entonces se transformó en *tangara* de cabeza amarilla.

—¡Cabeza amarilla! ¡Cabeza amarilla!, repetía ella. ¡*Tangara* de cabeza amarilla! ¡Pájaro anaranjado de frente estrecha!

El no consiguió atraparla.

Revoloteó un buen rato alrededor de ella, después se desanimó. Bravo, regresó a la casa. Estaba a tal punto contrariado que dejó quemar el paquete de pescado que había puesto a cocinar sobre las brasas. Llegó la noche, se durmió. El alba blanqueaba el horizonte cuando el hermano menor se presentó; de los dos, él era el Bonito; llegaba.

—Feo, Feo, ¿por qué has dejado quemar el pescado?

—He visto una mujer linda y me he dormido de mal humor.

—¿Es cierto? ¿Es verdad que la has visto? Vamos a ver. Vamos a ver.

—Al otro lado del río, corriente arriba, en el lugar en que el río describe una curva para formar un meandro, he visto una mujer desconocida, que estaba sentada— aseguró.

—Vamos allí, volverá a sentarse en el mismo lugar.

En efecto, la mujer estaba sentada en la arena.

—¡Mírala, es ella! ¡Allí! ¡Allí!

En las orejas llevaba uno zarcillos espléndidos, rojos como las brasas; estaba sentada.

—Vamos, hermanito, es la misma, está allí, sentada otra vez.

Se quedaron en silencio y pasó un rato.

—Vamos a intentarlo, vamos a intentarlo.

De nuevo Yoawë se metamorfoseó en gallito de roca. Volaba bajito, se posaba en un lugar, luego en otro, siempre entre su hermano y la mujer. Ella comenzó a echarle bromas:

—¡Frente estrecha!

Le lanzaba trocitos de madera.

—¡Pájaro naranja de frente estrecha! ¡Frente delgada!

Ella no dejaba de decir eso, así que también se convirtió en *tangara* de cabeza amarilla.

—¡Cabeza amarilla!

El se deslizó entre sus muslos.

—¡Cabeza amarilla!

Desesperado, Yoawë se acercó a su hermano.

—Ella siempre repite eso.

Se convirtió en garza.

—¡Cabeza de cabellos claros! ¡Cabeza de cabellos claros!

Yoawë regresó con su hermano.

–Ella no deja de burlarse de mí. Toma tú otra forma.

Feo se transformó primero en grillo y correteó por la arena, después en un dormilón. Se hundió bajo la arena y, así disimulado, se quedó quietecito. El hermano menor se metamorfoseó en *tangara* siete colores.

–Sisisisi...– dijo.

–¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!

Revoloteaba alrededor de ella, el plumaje deslumbraba con la luz.

–¡Papá! ¡Papá!

El que estaba bajo la arena, la atrapó; el otro la asió por el brazo; la agarraron por la cintura en un parpadeo.

Rahararitawë era el padre de esa mujer. Alrededor de él, un poco como una concha, se extendía una vasta capa de agua, allí era donde él vivía. Quisieron regresar con su cautiva, pero el agua reventó contra ellos y Yoawë tuvo que quedarse atrás para rechazar su avance con la ayuda de los *hekura*. Llegaron a la casa. Allí estaba Mono capuchino: era el yerno de los dos. ¿No tienen los Yanomami yernos en servicio premarital? Por la abertura de la vagina de la mujer podían verse una gran cantidad de bocones apretujándose. El yerno estaba excitado.

–Suegro, suegro, déjame probar. Déjame probar el primero.

–No hagas nada.

El hocico de los peces era de verdad amenazador.

–Yo quisiera ser el primero en hacer el amor con ella.

–No hagas nada.

Eso es lo que dijeron, pero era difícil refrenar el desenfrenado deseo sexual del yerno.

–Pruébalo, pues, terminaron por consentir.

Mono capuchino se acopló, pero los peces, de los cuales estaba llena la vagina, le cortaron el pene. El huyó, saltando de un árbol a otro, y todos los troncos en los cuales se había agarrado llevan, de entonces acá, una marca roja transversal impresa por el pene sangrante. Después de este incidente que habían provocado, los gemelos aspiraron alucinógenos. Hicieron saltar fuera de la vagina a los bocones que tenían la boca roja de sangre; cuando ya no quedaba ningún pez, podría decirse que habían humanizado la vagina: le habían dado un aspecto verdaderamente humano. El menor se dirigió a su hermano:

–Feo, inténtalo tú, le declaró sin ambages.

Los peces no aparecieron más, pero se oía un ruido espantoso: "shōkē, shōkē, shōkē..."

—Los humanos, allá donde se encuentren, se les ensuciará la oreja, dijo el Hermoso.

El verdadero nombre del menor era Kuyarowë, el del mayor Yawetiwë. Cuando no tuvieron otra cosa que hacer, pusieron a la mujer a trabajar; hicieron trabajar a la mujer que acababan de conseguir. Querían que preparara la ceiba, las raíces de la ceiba de la misma manera que se prepara la yuca para obtener pulpa rayada. Le hicieron rayar las raíces de la ceiba, creyendo que era yuca.

—¿Cómo es posible? Esto es duro. Mi papá es el que tiene yuca verdadera.

Enseguida les dio información sobre la yuca.

—Mi papá tiene la yuca verdadera.

—¿Es cierto?

—Las plantas de yuca de mi papá tienen el tallo corto, esa es la verdadera yuca. Esa se convierte fácilmente en harina; es tierna; se raya con facilidad. Esta es dura.

Se pusieron en camino sin perder un instante. La hija de Rahararitawë marchaba delante y les guiaba. Fueron a pedir yuca. En ningún momento pensaron que el padre pudiera mostrarse hostil: le hicieron una visita. El agua, bajo la que se encontraba la vivienda del padre, era agua estancada; cuando se acercaron, un gran bocón rompió la superficie. Los dos maridos quedaron atrás.

—Ahí está el techo de hojas de la casa de mi papá. Ahí está la entrada, en el sitio en que las hojas forman un pasaje.

Incrédulos, los esposos se quedaron atrás, aterrados por el agua.

—¿Es cierto?

—Ahí está la entrada.

Ella se aproximó, avanzó dentro del agua.

—Aquí está la entrada, en el propio lugar donde están las palmas.

—Levanta un poco de ceniza.

Ella levantó la ceniza, del todo parecida a la de aquí. Cogió a sus maridos por el brazo y se encontraron sobre suelo, un suelo como el de aquí. Rahararitawë les daba la espalda; se acercaron y formularon su pedido bajo una fórmula ritual (*himou*). Solicitaron yuca. No cogieron inmediatamente plantas de yuca, no se llevaron más que raíces. Era el mismo Rahararitawë quien les llevaría las plantas.

Cuando Rahararitawë salió hacia la casa de ellos, iba acompañado por una enorme masa de agua que le precedía.

—¡Ahí viene mi papá!

Toda la región se vio sumergida por una ola de agua y el fuego se apagó. Otra ola reventó y se estrelló contra la primera; se llevó el fuego. El agua inundaba la vivienda y llegaba ya a la altura de las hamacas, de tal modo que se vieron obligados a guindarlas más alto. Pero el agua continuaba subiendo. Intentaron rechazarla. Yoawë se transformó en avispa (*korihiotomi*); pero la abertura tubular del nido, curvado hacia abajo, se remojaba en el agua. Cambiando de opinión se transformó en grillo. Kuyarowë, el Hermoso, se refugió en un extremo de las vigas del techo, consiguió estabilizar el nivel del agua y permaneció al abrigo de uno de los últimos lugares todavía secos. Yoawë, durante todo ese tiempo, no dejaba de ir de un lugar a otro.

Después de haber llevado las plantas de yuca, Rahararitawë se regresó. El agua refluyó.

—¡Nos ha deshonrado!— gritaron coléricos.

Plantaron inmediatamente los esquejes de yuca. Cuando terminaron, inhalaron alucinógeno. Colocaron el sol perpendicular a la capa de agua que cubría la vivienda de Rahararitawë, lo hicieron descender de tal manera que sus rayos se deslizaban bajo el techo. El agua se evaporó y la casa quedó en seco. Sediento, Rahararitawë se lanzó en una loca carrera en busca de líquido.

—¡Me muero de sed!

Le hicieron correr. Chupó la arena, absorbía a plena boca el barro en el cual se habían depositado cagajones de danta; se detenía en todos los agujeros que, en la selva, suelen contener habitualmente un agua oscura y estancada. Descansaba un momento allá, después reemprendía su carrera. Por todas partes las babas yacían desecadas.

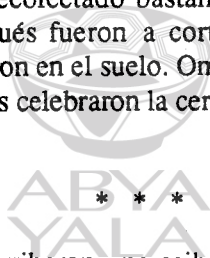
MAS ALLA DEL BIEN Y DEL MAL

Los dos gemelos fueron a buscar frutas *momo*. En esa época los Yanomami aún no las conocían. Fueron entonces a buscarlas, querían celebrar una ceremonia funeraria con esas frutas. Habían transformado sus flechas de cerbatana en *hekura* y las lanzaban contra los frutos de las ramas bajas, inclinadas hacia el suelo; pero los frutos estaban vacíos. Los que fueron alcanzados con las flechas se transformaron en escarabajos.

Los dos hermanos introdujeron más dardos en sus cerbatanas; apuntaron esta vez a los frutos del centro del árbol, los que pendían en racimos hacia el suelo. Los que fueron alcanzados hacían " *uu...* " al caer. La mujer de Yoawë recogía las hojas nuevas en un árbol de *wapu* y ella canturreaba acompañando su caída:

—Ra, ra, ra... caigan suavemente, caigan suavemente.

Cuando tuvieron recolectado bastante *momo*, dejaron un cesto lleno en la selva, y después fueron a cortar hojas de plantanillo. Las transportaron y las plantaron en el suelo. Omawë, el Hermoso, plantó las hojas en la tierra. Entonces celebraron la ceremonia.



Los dos gemelos derribaron una ceiba de la cual desgajaron trozos de corteza; hicieron caer los trozos al agua y ellos se transformaron en peces caribes. Enseguida sacaron virutas de la albura, las lanzaron al agua y las virutas se convirtieron en numerosos peces bocones y *hatate*. Ese es el nombre que nosotros le damos.

Con las virutas fueron creadas las sardinitas; con los trozos de corteza fueron creados los corronchos; con una astilla larga fueron creados las paletas; así es al menos como yo los nombro.

Los pequeños peces caribes provienen de una astilla larga; les dieron el nombre de *siparariwë*. Las guabinas tienen otro origen. Cuando Omawë hubo traspasado la tierra con su arco, provocando el diluvio, y una viejita fue ofrecida en sacrificio para apaciguar las aguas, fue ella la que se transformó en guabina.

* * *

Ōmawë y Yoawë tejieron un cesto de tejido abierto, hicieron la boca tan ancha que tocaba el suelo cuando la sostenían. Sin duda tenían la intención de crear al monstruo *rahara*. Se divertieron lanzándose el cesto del uno al otro:

—¡Para ti hermano mayor!

—¡Atención, Yoawë!

—¡Toma Ōmawë!

Pero dejaron caer el cesto que se transformó en *rahara*.

* * *

En otro tiempo el felino que llamamos *irimi* si no existía. Un día, temprano, Ōmawë marchó a la selva. Pronunció palabras incomprensibles, dijo algo como *Ūūūū...* ". Así fue como Ōmawë creó al felino.

Yoawë cortó un trozo de bejuco (*ayari*) negro de corte redondo; hendió un extremo para hacer la boca y colocó en el suelo el trozo de bejuco. Fue de esta manera como creó la mapanare, la que es amarillenta. Yoawë se aproximó, la serpiente le mordió. Como no sintió ningún dolor pensó que esa serpiente era inofensiva. Las serpientes se multiplicaron y se extendieron por todas partes. Un día Yoawë se acercó a una de ellas y la serpiente le mordió. Esta vez Yoawë se derrumbó aullando de dolor. Y era él que las había creado.

* * *

Fue Ōmawë quien creó las hormigas veinticuatro. Había preparado una punta de curare y la había untado con veneno. La puso atravesada en el camino: la punta se transformó en hormiga venenosa.

—La hormiga me ha picado de veras, gritó.

Las hormigas se dispersaron, se multiplicaron.

* * *

El yerno de Ōmawë rozó a un pájaro hormiguero y las plumas revolotearon. Persiguió al pájaro, describiendo un círculo, y de verdad lo hubiera alcanzado si, mientras se había lanzado en su persecución, el

pájaro no se hubiera puesto a cantar.

—Despelleja, pelleja, pelleja...

Eso es lo que dijo. El yerno pensó: "Quiere despellejarnos". Se volvió corriendo de miedo, incluso ni fue a buscar la flecha que había lanzado.

—Suegro, tiene intención de despellejarnos— afirmó.

—Era la voz de un ser maléfico.

Enseguida huyeron y no regresaron nunca más. Õmawë y su hermano describieron un gran círculo y alcanzaron, río arriba, el lugar en el cual el Orinoco penetra bajo tierra. Es allí donde vivieron a partir de entonces. A partir de ese momento los gemelos se transformaron en seres sobrenaturales, enviaron a los demonios de las enfermedades y de las epidemias.

* * *

En otro tiempo, cuando Õmawë y su hermano vivían en esta región, las epidemias no existían. Fue entonces cuando se cambiaron en dos seres maléficos, cuando aparecieron las enfermedades, las epidemias; ellos las crearon. No, durante la infancia y la madurez de los dos gemelos, no había enfermedades.

No había enfermedades causadas por los demonios, no había nada más que las que provocaban los que conocían ciertas plantas mágicas, que hacían quemar para ponerse mutuamente enfermos. No había nada más que eso. Õmawë y Yoawë engendraron al demonio Õmayeri y al arco iris, es ahí donde hay que buscar el origen de las epidemias que aparecieron por todas partes. Fue entonces cuando aparecieron las epidemias.

Õmawë trenzó un cesto de tejido abierto que pronto se transformó en un monstruo *rahara*. Õmawë era un Yanomami. Fue el pájaro hormiguero quien le expulsó de aquí. Durante su fuga Õmawë y Yoawë flecharon a una danta que atravesaba el caño Hërita; la danta se transformó en roca al borde del agua. Después los dos gemelos siguieron, río arriba por la orilla y llegaron al río Ocamo.

Desde entonces vivieron río abajo; allí fue donde regresaron a vivir. No dejaron ningún refugio, ninguna casa. No vayan a pensar: "Vivieron en tal o cual lugar"; solo quedan sus huellas.

NACIMIENTO DE LOS GEMELOS Y MUERTE DEL OGR0

Un Yanomami se había transformado en jaguar. Al principio, se contentaba con comer la placenta de los niños que se depositaban sobre hojas. Pronto su apetito canibal se acrecentó y su deseo insaciable de carne humana lo impulsó a devorar a los niños. Los comía en ausencia de sus padres mientras éstos estaban en la caza. Fue así como las viviendas se despoblaron. Había, en los bohíos, grandes espacios vacíos de habitantes. Jaguar estuvo a punto de exterminar a los Yanomami.

Solo Mamokoriyoma pudo escapar de la carnicería. Jaguar todavía no había probado su carne. Estaba también Moyenayoma que había desertado de su hogar y vivía disimulada en el techo. Su orín pudría las hojas bajo ella. Jaguar cazaba en la selva buscando una presa. Existía todavía el pueblo de los *ayakorari* que era imposible encontrar, a pesar de las conchas de los frutos pijiguao con que cubrían el suelo. El hijo del jaguar no ignoraba su presencia, pero estaba mudo y no podía avisar a su padre.

Como de costumbre, Jaguar, llevado por su apetito canibal, se había ido de caza. No quedaban en la casa más que su hijo y Mamokoriyoma. Como Jaguar había venido muchas veces con las manos vacías, Mamokoriyoma dijo al pequeño monstruo:

— "¡Hijo mío, abre el hocico y tu padre vendrá al extremo de su desgracia! ¡Cierra los ojos y abre la boca!"

El pequeño Jaguar hizo lo que exigía. Ella se arrancó un pedazo de su piel que pulverizó en la lengua del pequeño ogro. Apenas lo probó cuando cayó muerto. Estaba ya rígido cuando volvió Jaguar. Este miró a su hijo, verificó que no respiraba.

Fijó su mirada con insistencia:

— "Suegra —dijo Jaguar.

— ¿Qué pasa?

— Suegra, ¿podré comérmelo?

— Cómete a tu hijo, cómelo".

Y Jaguar devoró a su propio hijo.

Pero su apetito por la carne humana persistía. Se fue de nuevo a cazar en la selva en vano. Cuando volvió, dijo:

— "¿Te comeré, suegra?

– Cómeme, hijo mío, cómeme –dijo ella".

Quiso primero probar y pasó la punta de la lengua sobre su piel. ¡Qué amarga era Mamokoriyoma! Así, renunció a comérsela. La hija de Mamokoriyoma, Moyenayoma, estaba escondida. Su orín había provocado la putrefacción de las hojas del techo que se rompieron y el orín comenzó a gotear cerca de Jaguar.

Levantó los ojos y descubrió la mujer que estaba encinta. Mamokoriyoma le dijo:

– "Hijo mío, destrípala y dame lo que lleva en las entrañas".

Jaguar hizo lo que se le pedía. Mientras éste comía sin sospechar nada, Mamokoriyoma desgarró la placenta que arrojó después de haber retirado dos gemelos.

Fue así como nacieron Omawë y Yoawë. Como Yoawë fue el primero en ser extraído, resultó ser el primogénito. Mamokoriyoma escondió muy pronto a los niños que colocó en una espata de palmera que cubrió con cuidado.

Los gemelos crecieron. Un día Jaguar preguntó:

– "Suegra, ¿qué es el ruido que oigo?"

– Es el ruido de las alas de un colibrí –respondió.

– ¿Y si te comiera, suegra?

– Cómeme, hijo mío, cómeme".

Pasó de nuevo su gran lengua espesa sobre Mamokoriyoma. Su amargura daba fatiga, tuvo ganas de vomitar. Se fue de cacería.

A su regreso, los gemelos se habían vuelto adultos. Hacía una noche de tinta. Jaguar durmió así no más con el mentón al aire. Los gemelos quisieron aprovechar para escaparse.

Apenas se habían puesto en camino, cuando Jaguar, desconfiado y llevado por el hambre, estaba ya de pie y se lanzaba a la persecución.

Los gemelos se estaban balanceando en una liana cuando fueron descubiertos.

Entonces, acentuaron sus balanceos y utilizaron la liana como trampolín para saltar sobre un árbol de la especie *abia*. El árbol era frágil y cargado de frutos que aprovecharon para comer. Jaguar se presentó al pie del tronco.

Mientras que comían los frutos, Omawë dejaba caer las conchas y las semillas que hacían una buena música cuando caían. Yoawë era feo y no dejaba caer más que horribles sobras que hacían un ruido desagradable.

Jaguar levantó los ojos hacia ellos:

- "Voy a subir –les dijo.
- Sube, sube, ven a comer frutos con nosotros".

El tronco del árbol era delgado. Jaguar se agarró y subió. Pero el árbol crecía a medida que trepaba; su extremidad se dividió en dos ramos. Sin embargo, Jaguar consiguió acercárseles. Omawë hizo engordar el tronco.

El árbol se volvió enorme. Jaguar no encontraba ningún apoyo, se cayó y perdió el conocimiento.

Los dos gemelos bajaron y volvieron a la vivienda. Omawë declaró entonces a Mamokoriyoma:

- "Suegra, vamos a fabricar puntas lanceoladas.

Cuando vuelva Jaguar, tú le propondrás sacarle los piojos. Te arreglarás para que tenga el flanco abierto en dirección a la entrada.

Es allí donde apuntaré, al hígado".

Eso es lo que convinieron. Tallaron puntas de flechas en el mismo lugar donde crece el bambú. Las probaron en un venado, pero el animal no murió y concluyeron que las puntas todavía no estaban buenas. Se pusieron a la obra.

Sus puntas llegaron a tal perfección que los animales, apenas tocados, caían rígidos, muertos, al suelo.

Cuando volvieron al bohío, el sol tocaba ya el horizonte. Mamokoriyoma dijo a Jaguar:

- "Ven que voy a despiojarte.
- Bueno –dijo".

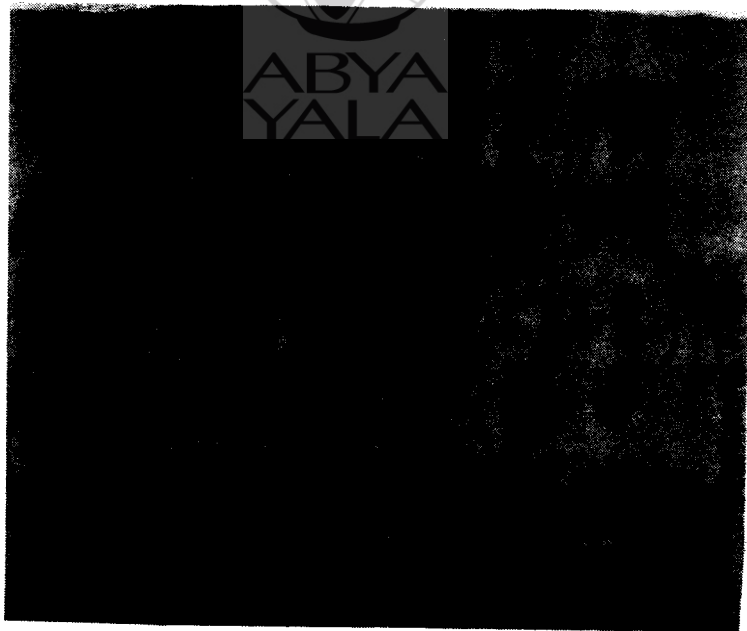
Volteó sus redondos ojos hacia ella. Ella se sentó a poca distancia, por precaución, y tomó la cabeza entre sus manos de manera que su flanco estuviera dirigido hacia la buena dirección. Le separó los cabellos y fingió machacar los piojos. Omawë se acercó subrepticamente, tendió su arco y "¡wasiki!", la flecha se enterró en el flanco de Jaguar, matándolo.

EL ORIGEN DE LAS AGUAS CELESTIALES Y TERRESTRES

El hijo de Omawë estaba sediento y aún al crepúsculo no había cesado de llorar. Bajo la tierra había una gran capa de agua, el *motu*, que se sentía chapotear. El niño mordía el suelo.

Omawë pidió a Kōrōmarithawë de hacer un hueco en el suelo, allí donde bajo sus pies el agua venía a chapotear. En aquel tiempo, el pico de Kōrōmarithawë estaba todavía derecho. Por haber excavado la tierra en búsqueda de agua el pico se curvó. El pico penetró en la tierra, entonces el agua brotó bruscamente en una tromba tan violenta que llegó hasta el cielo donde vive el trueno.

El niño quedó ahito con el agua del hueco, bebió tanta que su vientre creció. La tierra impregnada de agua se desmoronaba en algunas partes. Omawë quiso tapar el hueco con una roca, pero el suelo se deshizo alrededor y el agua continuaba brotando tanto que los gemelos se fueron a la deriva con la corriente.

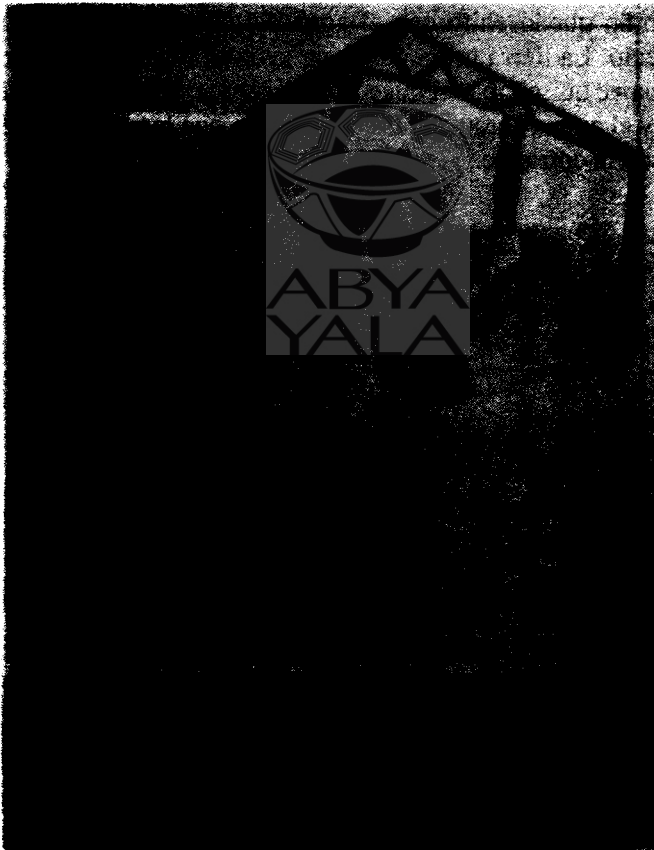


COMO YOAWË PERDIO SU PODER CHAMANICO

Yoawë fue el primero en inhalar la droga alucinógena *yakōana*. Y los *hekura* vinieron en gran número hacia él. Fue un gran chamán. Acababa apenas de adquirir su poder chamánico cuando hizo el amor: el hedor vaginal repugnó a los *hekura* quienes se retiraron.

A pesar de que cantó a los *hekura* los más bellos cantos, implorándoles de acudir hacia él, quedó vacío. Los *hekura* dejaron de venir a su llamado. Desesperado y furioso, rompió la calabaza que contenía la droga. No cantó más a los *hekura*.

Yoawë fue un gran chamán.



LA EQUIVOCACION DE LOS GEMELOS

Los gemelos celebraban una comida fúnebre con frutos *momo*. Fueron a buscarlos a la selva. Querían secarlos encima del fuego.

– "Vamos en esta dirección: los árboles tienen tantos frutos que las ramas doblan –dijo Omawë".

Ciertamente los árboles estaban cargados. Yoawë quiso ser el primero en tumbar los frutos, pero todos los que tumbaba se volvían *ebru* que volaban inmediatamente antes de tocar el suelo. Omawë, cuyos rasgos eran bellos, apuntó a los frutos que estaban en el centro del árbol. Recogió una buena cantidad. Su mujer y su hijo canturreaban:

– "la, la, la...".

Volvieron al campamento, hicieron secar los frutos después de haberlos preparado.

Más tarde, participaron todos en la comida fúnebre en el curso de la cual se inhalaron drogas alucinógenas y se dieron golpes en el flanco con el fin de demostrar su bravura.

Se oía cantar continuamente al pájaro hormiguero en la proximidad del campo. Decidieron ir a cazarlo. Le enviaron muchas flechas: solamente varios plumones y algunas rectrices giraron hacia el suelo. El sol estaba bajo. El pájaro no paraba de cantar.

– "ikekea, kea, kea...".

Entonces se sorprendieron; creyeron de pronto que era un demonio y que éste los quería despellejar. Renunciaron a buscar las flechas entre la vegetación, abandonaron sus refugios y se fueron a otro lugar.

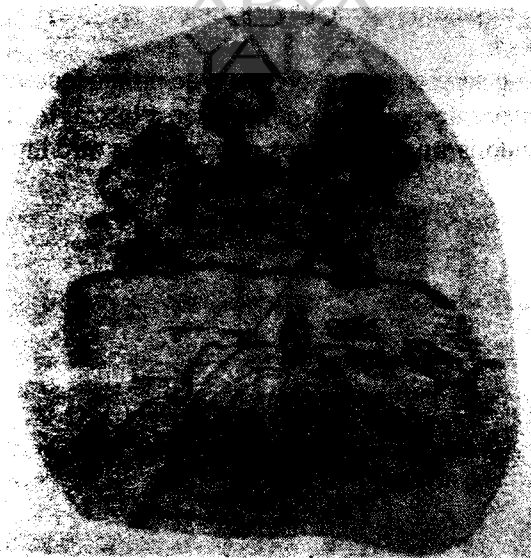
EL DESTINO DE LOS DEMIURGOS

Omawë cortó la palmera seje que se transformó en un monstruo acuático. Omawë era antiguamente un Yanomami, pero se volvió demonio cuando fue cazado por el pájaro hormiguero. Huyó en dirección del río *hërita* que alcanzó siguiendo el curso de un riachuelo y, allí, mató una danta que se volvió roca. Todavía se le puede ver.

Vive ahora allí donde llegó después de una gran vuelta. Durante todo el viaje no se detuvo ni siquiera para dormir. Allí vive ahora, río abajo. Ninguna vivienda se levanta y solo un camino lleva allí.

Final cantado

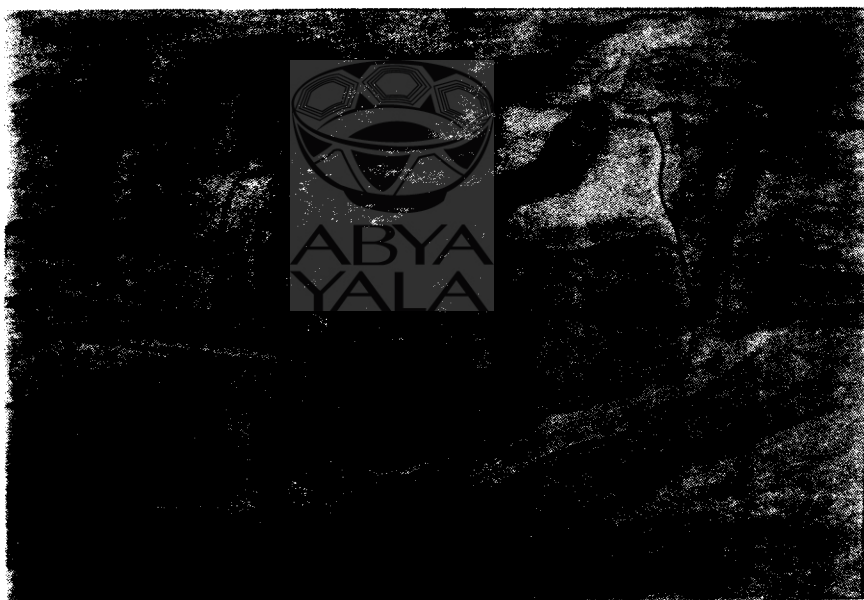
De una palmera seje
nació un monstruo acuático,
De una palmera seje
Que los espíritus se lancen del agua hacia mí.



EL ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES

En la época juvenil de los gemelos, las enfermedades no existían todavía. Fue a partir del momento en que fueron allá, Orinoco abajo, cuando se transformaron en *ōmayari*, cuando las enfermedades y las epidemias tuvieron su origen.

Hubo también una sustancia mágica, la planta *oko shiki*. Quisieron contaminar a una mujer llamada *Yoyoma*. Quemaron la planta y un humo espeso y áspero se levantó y, con este humo, se expandieron los demonios de las enfermedades.



CRANEO DE JAGUAR

Thõmihewë fue un gran chamán. En esa época, Jaguar estaba a punto de exterminarnos, estaba a punto de exterminar a todos los chamanes. Thõmihewë iba a cazar el jaguar, cuando encontró que éste iba a toda carrera. Le tiró varias flechas, pero las puntas lanceoladas entraron apenas. El jaguar rugió y atacó al chamán cogiéndolo entre sus garras. La fiera atacó a todos los chamanes que encontró. Algunos fueron despedazados, otros huyeron.

La selva estaba llena de huellas dejadas por los chamanes en su desordenada huida. Uno de ellos llegó a matar a Jaguar. Le cortaron la cabeza y la colgaron.

Mucho tiempo después de la lucha, se notaba todavía una liana arrancada durante la huida y un árbol golpeado por Jaguar quedaba todavía inclinado. Cuando el cráneo estuvo completamente descamado, las avispas vinieron a hacer su nido en las órbitas huecas.



EL ORIGEN DE LOS COCHINOS DE MONTE

Un bejuco de cadena grueso colgaba, largo y plano. Su extremidad inferior se abría en dos. Quisieron probar su solidez; algunos les habían precedido y, montando lentamente, habían llegado al disco celeste. Otros estaban todavía en el nivel de los árboles: éstos debían transformarse en araguatos, en monos arañas, en monos *wisha*. Tapir estaba también en los árboles.

En el momento en que la parte superior tocaba el cielo, la parte inferior se rompió bajo el peso de los que colgaban. Entonces los monos se convirtieron en animales, los que estaban todavía abajo cayeron pesadamente y se volvieron cochinos de monte. Se pusieron a correr haciendo:

– "*kōē, kōē, kōē...*".



UN PENE EMBARAZOSO

Era el tiempo de nuestros ancestros. Uno de ellos estaba provisto de un enorme pene, aunque él mismo tenía una estatura mediocre. Grande, así de grande (el narrador hace un gesto con la mano).

– "Hijos míos, cortemos este árbol que nos servirá de palanca para llevar esta cosa embarazosa".

Cortaron el árbol. El hombre estaba allí, fijado a la extremidad de su gigantesco pene.

Penosamente, pudieron desplazarlo una débil distancia. El sol estaba ya bajo.

– "¡Construyan un abrigo aquí!".

Hicieron el abrigo, instalaron la hamaca donde colocaron al hombre. Pero el pene debió reposar sobre la tierra.

– "¡Acumulen gran cantidad de leña! ¡Vamos a dejarlo aquí y partir! ¡Estoy extenuado!".

Hicieron un montón de leña y dejaron una buena provisión de plátanos verdes. Y se fueron.



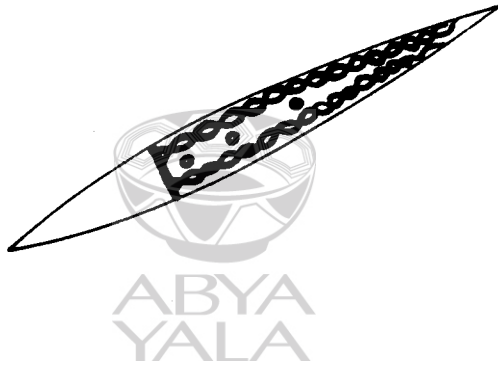
A CAUSA DE LAS NUECES DE BRASIL

Makoromi guardaba para él las nueces de Brasil. Mientras que los otros estaban parados y volvían hacia él sus rostros, Makoromi golpeaba duro con las nueces la nariz de los otros para romper la cáscara. Después, tomaba otra nuez y golpeaba el occipucio que tendían, y la nuez se rompía. Otro le tendió el codo, le golpeó también y la nuez se partió. Otro sacó la rodilla, le golpeó y la nuez también se rompió.

Un día, los Yanomami, cansados de tantos ultrajes, mataron a Makoromi y lo lanzaron en un precipicio rocoso. Pues él iba a tomar también la carne de los otros.



SEGUNDA PARTE



Luis Cocco

1

MITO DEL ALGODON

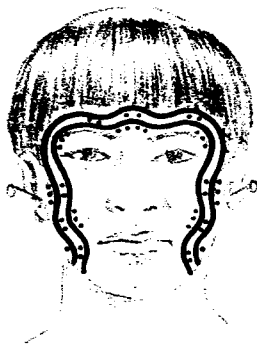
Texo-riwë y Maikoxemi-riwë eran *no-patabi* que conocían el algodón. Ellos lo cultivaban en su conuco. Sabían hilarlo y hacerse su *xinari-asita* y su *wao*.

En aquel tiempo los yanomamos llevaban el pene suelto. Texo-riwë y Maikoxemi-riwë lo llevaban amarrado en su *asita*. A Texo-riwë no le gustaba ver cómo andaban los yanomamos y, un día, buscó un ovillo de algodón que tenía y les dijo:

—Miren que es feo llevar el pene suelto. Tomen este ovillo de algodón y háganse una *asita* para amarrarse el pene, así como yo tengo el mío.

Después les dio semillas para que sembraran algodón en sus conucos. Los yanomamos desde entonces aprendimos a llevar *xinari-asita* y a cultivar el algodón.

Texo-riwë también nos enseñó a tejer el *wao*. Wao-riwë se lo hizo más grande; así lo hacemos a veces algunos de nosotros. En aquel tiempo, como el algodón se daba de un día para otro, las mujeres iban a casa de Texo-riwë y aprendían a hilar. Texori-yoma se había hecho un *wao* para sí; por eso ahora hay mujeres que lo llevan: aprendieron de ella. La mujer de Texo-riwë enseñó a todas aquellas mujeres a hacerse la *pesima* o *raotima* y la *hareotima*. Texori-yoma se veía hermosa con todos aquellos adornos de algodón. Así se ven ahora nuestras mujeres.



MITO DEL MAIZ

Koye-riwë era *no-patabi*. El vivía allá arriba, cerca de donde viven ahora los Warokoawë-teri. Koye-riwë trabajaba mucho. Hizo un conuco grande, un conuco todo sembrado de maíz. Cuando lo estaba haciendo, se oía de lejos: *¡tak, tak, tak, tak!* Así todo el tiempo. Tumbaba árboles, tumbaba y quemaba. Tan solo volvía a su casa para dormir. Una tarde, al verlo llegar ya oscureciendo, su cuñado le dijo:

—Xori, ¿por qué no vienes a comer con nosotros? ¿Por qué te la pasas el día en el monte? Todo el día te oímos cortando, tumbando árboles.

—No— contestó Koye-riwë. —Yo no estoy tumbando árboles. Yo estaba sacando miel de *porekotopë*, pero el árbol donde estaba la colmena se cayó sobre otro árbol y he tenido que cortarlo también: este se cayó sobre otro árbol y también tuve que cortarlo; aquel cayó sobre otro árbol... Por eso he tenido que trabajar mucho—. Así dijo engañando. Koye-riwë no quería que nadie supiera que estaba haciendo conuco.

A la mañana siguiente, antes de salir él, su mujer que se llamaba Heama-yoma, le dijo:

—Bueno, vete; pero regresa temprano. ¿Para qué trabajas tanto?

—Trabajo para que tú no pases hambre— contestó.

Ese día Koye-riwë regresó más temprano. Era medio día. Traía dos mazorcas de maíz. En aquel tiempo los *no-patabi* tenían poder para que las plantas crecieran tan rápido. Por eso ya estaba hecho el maíz que había sembrado Koye-riwë en su conuco.

—Toma esas dos mazorcas— le dijo a su esposa.

—En el conuco hay muchas, y ya se están secando. Asalas.

Heama-yoma las puso a asar en el fogón. Pronto los granos comenzaron a reventar: *¡pa! ¡pa! ¡pa!*

La gente que oía decía:

—Oigan cómo revientan los granos de Koye-riwë. Su esposa dijo:

—¿Eso es lo que te tuvo tanto tiempo trabajando?

—Sí— contestó él, —para que tú no pasaras hambre.

Esa tarde los yanomamos comieron el primer maíz. Koye-riwë le dijo a su suegra:

—En el conuco hay mucho. Está así. Tenemos que ir a cosecharlo. Hay para todos.

Al día siguiente invitó a todo el mundo y todos salieron con sus

guaturas para el conuco de Koye-riwë. Solo se quedó en la maloca su suegra, la vieja Popomari. Al llegar al conuco, todos quedaron asombrados. El maizal parecía no tener fin, tan grande era.

Quebraron muchas mazorcas. Llenaron las guaturas y las trajeron al *xapono*. Allí las asaron y comieron.

Después de así (tres) días, Heama-yoma le llevó a su mamá:

—Vamos de nuevo a buscar maíz. Lleva también tu guatura, así podemos recoger mucho y tendremos para comer muchos días. Koye-riwë se fue con ellas. Toditos comenzaron a quebrar. Después Popomari dijo que, allí donde estaban recogiendo, las mazorcas eran corticas: ella las quería recoger más grandes. Por eso, mientras la hija seguía llenando su guatura ella se fue maizal adentro. Las mazorcas eran cada vez más grandes; le gustaban más; la enloquecían tanto que solo las miraba y no las recogía. Así se fue yendo lejos, dentro del maizal de su yerno. Cuando su hija no la vio más, le gritó:

—¡Mamáaaa!

—*Po, po, po, po...* - contestaba Popomari.

—¡Mamáaaa!- volvió a gritar Heama-yoma.

—*Po, po, po, po...* - contestaba su mamá, cada vez más lejos

Es que se había vuelto loca del todo y se había transformado en ese pájaro que nosotros llamamos *popomari*.

Entonces la hija corrió en busca de su madre pero no la encontraba; solo oía que gritaba como pájaro, lejos, cada vez más lejos. Heama-yoma corría como podía y ya se iba a perder también ella, cuando Koye-riwë se dio cuenta, corrió y la agarró a tiempo antes de que se le convirtiera en pájaro como Popomari.

Heama-yoma se puso a llorar. Su madre estaba demasiado lejos y solo repetía:

—*Po, po, po, po...*

Más nunca volvió

Después de eso, también Koye-riwë se transformó en animal. Se volvió bachaco y su esposa también. Pero siguió siendo trabajador, trabajando de día y trabajando de noche, haciendo caminos, cortando maíz y cortando hojas de maíz.

Su esposa también ahora lo sigue ayudando.

De su conuco no queda ni sombra. El monte lo invadió.

Nosotros, los yanomamos, hemos aprendido a Koye-riwë a cultivar el maíz. Para que crezca bien y produzca bonito, lo invocamos a menudo.

3 MITO DEL MAPUEY

Warë-riwë era un *no-patabi* muy perezoso. No sembraba nada. Sus hijos lloraban porque tenían mucha hambre. Lloraban y lloraban, pero Warë no les hacía caso. Warë ni siquiera pensaba en tener un conuco.

Entonces Kayu-riwë se compadeció de los hijos de Warë y a éste le dijo:

—Te regalo mi conuco, pero tienes que sembrarlo.

Kayu-riwë, por su parte, le enseñó a Warë cómo debía plantar el mapuey. Comiendo mapuey, sus hijos ya no tendrían hambre.

Warë sembró el mapuey y tuvo una buena cosecha. Después nos enseñó a los demás yanomamos a hacer lo mismo.



MITO DEL OCUMO

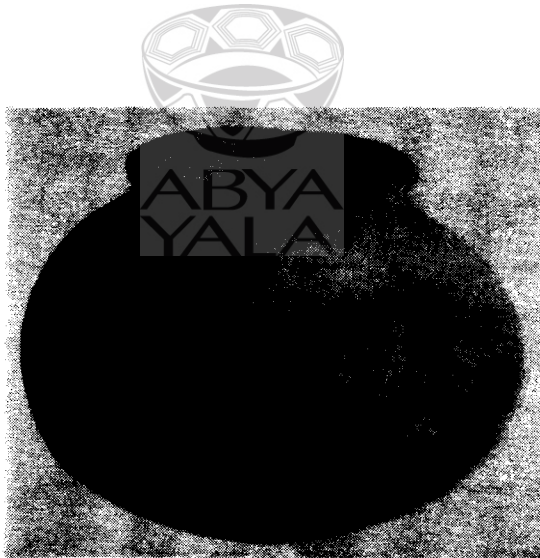
Totorihana-riwë tenía un conuco muy pequeño. Mientras los demás, para hacer el conuco, talaban los árboles a la altura del ombligo, él los talaba a ras del suelo.

Totorihana-riwë veía que los hijos de Warë-riwë lloraban mucho porque tenían hambre. Entonces se compadeció de ellos y le dijo a Warë-riwë:

–Te regalo mi conuco, pero tienes que sembrarlo.

Totorihana-riwë le enseñó a Warë-riwë a sembrar el ocumo. Comiendo ocumo, sus hijos ya no tendrían hambre.

Y así sucedió, porque fue grande la cosecha de ocumo en el conuco de Warë-riwë. De él los yanomamos aprendimos a cultivarlo.



MITO DE LA BATATA

Poxe-riwë era hermano de Warë-riwë y en todo se le parecía. Como él, pues, era también muy perezoso. Nada cultivaba en su conuco; por eso sus hijos pasaban un hambre espantosa. De nada les aprovechaba la tierra que comían; no les quitaba el hambre.

Opo-riwë conocía la batata y la tenía sembrada en su conuco. El se alimentaba bien y sentía pena por los hijos de Poxe-riwë.

—Toma— le dijo un día Opo-riwë a Poxe-riwë, entregándoles unas batatas.

—Siémbrales.

Poxe-riwë sembró las batatas y sus hijos no sintieron más hambre. Después de Poxe-riwë, todos los yanomamos aprendimos a cultivar la batata.



MITO DE LA FLECHA

Fue Xoro-riwë quien nos enseñó a cultivar la caña brava en el conuco. Nos enseñó que con la verada podíamos hacer el fuste de nuestras flechas. Xoro-riwë le enseñó a Omawë. Con las veradas que le dio, Omawë hizo flechas. Con esas flechas Omawë salió a matar a Ira que había comido a su madre cuando él todavía estaba en su barriga. Así hizo Omawë para que los yanomamos de ahora aprendiéramos a vengar a nuestros muertos yendo de *wayu*. Después Xoro-riwë se fue al río y se transformó en golondrina.

En cambio, el que nos enseñó a hacer la punta *rahaka* fue Omawë. El nos enseñó también cómo se metía en el fuste y para qué servía: para flechar y para cortar cosas.

La punta *atari* fue Homiatawë quien nos enseñó a hacerla. Después de decirnos para qué servía, este *no-patabi* se fue al monte y se convirtió en ese gavián que canta: ¡*Ho, ho, ho!*

La punta *pei-namo*, es decir la que se envenena con curare, nos la enseñó a hacer Omawë. Pero el curare, antes que él, lo hacían las culebras, especialmente *Aroamü*. El conocía el bejuco *mamokori* y con ese bejuco hacía el veneno. Lo ayudaba también Xihoriwë. Un día se reunieron muchos de aquellos *no-patabi* que conocían el curare, para hacerlo. Hicieron mucho, todos juntos, como cuando nosotros nos juntamos para oler yopo, y después lo fueron bebiendo. Enseguida comenzaron a arrastrarse fuera del *xapono* y se transformaron en culebras. Los que llegaron tarde para tomar el curare también se transformaron en culebras, pero no venenosas. Los que quisieron chupar el polvo que quedaba en el *kai-hesi* se convirtieron en avispas. Por eso ahora duele la picada de las avispas.

Como toda esa gente que sabía hacer curare se había convertido en culebras, vino Omawë y acabó de enseñarles a los yanomamos cómo se hacía el curare y cómo había que usarlo para cazar.

MITO DE NARO

Naro era *no-patabi*. Vivía con los demás yanomamos, pero no tenía mujer. Las mujeres hufan de él porque era hediondo. En el mismo *xapono* vivía también Yamonamana-riwë.

El hijo de Yamonamana-riwë había ido a un *reahu*. Cuando regresó, se vino detrás de él una muchacha bellísima que él había conquistado en aquella maloca. Se llamaba Warëna-yoma y venía para quedarse con él. Al llegar Warëna-yoma, como no sabía cuál era la casa de su querido, entró en la primera que encontró y se quedó.

Antes de que el muchacho se diera cuenta de su llegada, se dio cuenta Naro, que también había estado en aquel *reahu*, pero no había conquistado a ninguna mujer. (¡Claro que por hediondo!). Entonces pensó: Ahora la voy a agarrar yo. Cogió unas hojas de tabaco, las puso en una camasita llena de agua y llevó todo eso a la muchacha para que le preparara el tirulo. Le entregó la camasita riéndose y se quedó esperando. Su intención era ésta: cuando la muchacha le iba a entregar el tirulo hecho, él la agarraría por la muñeca y se la llevaría a su casa.

Warëna-yoma preparó el tirulo, pero, en lugar de dárselo a Naro, lo puso en el suelo. Luego, sin mirarlo por nada, fue a sentarse en la casa de al lado. A todo esto, ya la otra gente había avisado al hijo de Yamonamana-riwë que su querida había llegado y que Naro había ido a buscarla. El muchacho miró. Vio a Warëna-yoma y sin más fue y se la llevó a su casa. Al ver eso, Naro se puso bravo todavía.

Cogió arco y flechas y se fue a su conuco. Quería hacer *aroari* para matar a aquel muchacho. A la tarde volvió. Como no estaba en ayunas, y ese *aroari* hay que prepararlo en ayunas, esperó que llegara la mañana siguiente. Tempranito desapareció. Allá en el conuco hizo su *aroari*. A media mañana oyó voces de gente que venía por el camino: era Yamonamana-riwë y su familia que regresaban del conuco. Atrás venía Warëna-yoma seguida de su esposo. Entonces Naro se acercó al camino, se escondió bien detrás de un árbol, puso el *aroari* en la boca de la *ira* y cuando el hombre entró en el blanco se lo sopló.

Naro con eso estaba dando ejemplo a los yanomamos para que sepamos vengarnos con *aroari*. El *aroari* de Naro era muy fuerte, tan fuerte que, cuando el muchacho llegó al *xapono*, sintió mucha sed, bebió y al rato se murió.

Naro se había quedado en el monte. De allá se fue por otro camino y se encontró con Reha-riwë que estaba montado en un algarrobo alto, sacando miel de *ai*. Debajo de la mata estaba su esposa Xexehari-yoma esperando. Entonces Naro volvió a poner *aroari* en su *tora* y se lo sopló a Reha-riwë. Reha-riwë se dobló hacia atrás, desmayado; pero, como estaba sentado en el bejuco que sirve para subir a tumbar colmenas, se quedó guindado. Al rato, sinembargo, volvió en sí y se incorporó para mirar abajo.

—¿Quién me sopló *aroari*?— preguntó. Y, viendo que por allá andaba Naro, agregó: —Fuiste tú, Naro, que me soplaste.

Naro entonces echó a andar y volvió al *xapono*, tranquilo, como si regresara de cacería. Reha-riwë bajó del árbol, embojotó los panales en las hojas que su mujer había quebrado y se vino a la casa. Antes de llegar, oyó que en el *xapono* había gritería y lloradera. Cuando entró, dijo:

—¿Qué pasó? Cuando yo me fui esta mañana, estaba todo el mundo sano.

—No— dijo Yamonamana-riwë. —Se ha muerto mi hijo.

—¿Qué habrá sido?— dijo Reha-riwë. —¿No será que Naro le sopló *aroari*? Por allá, mientras yo estaba recogiendo miel de *ai*, también me sopló a mí.

Pero nadie desconfiaba de Naro. En efecto Naro estaba bailando tranquilo, llorando, con las *rahaka* del muerto en sus manos. Reha-riwë insistía en que había sido Naro el que lo había matado. Estaba cada vez más seguro. Como Reha-riwë seguía repitiendo eso, Naro comenzó a sentirse en peligro. Entregó las *rahaka* y dijo que salía a orinar y cagar. Los viejos, que ahora ya comenzaban a desconfiar, le mandaron a unos muchachos atrás para ver adónde iba.

Los muchachos salieron. Reha-riwë decía:

—¿No ven? Fue Naro quien lo sopló. Si no hubiera sido él, no se hubiera escapado.

Aquellos muchachos estuvieron persiguiéndolo durante toda la tarde, toda la noche y al día siguiente. El se escondía entre las raíces de los árboles, debajo de las hojas secas; en fin, poco a poco se fue transformando en rabipelado. Para perseguirlo mejor, los muchachos se fueron transformando en esos pajaritos que se llaman *yokohimi*, que suben tan fácilmente por el tronco de los árboles, y así desde lo alto veían bien dónde se metía Naro. Después los *yokohimi* volvieron a transformarse en muchachos y así regresaron al *xapono*. Era de tarde y ya la gente estaba recogiendo los huesos del muerto que habían quemado

durante la mañana. Al llegar, dijeron:

—Naro se ha ido lejos, muy lejos, pero lo hemos perseguido. Sabemos dónde está, allá en la espesura de un cerro.

Los parientes de Naro decían:

—Naro va a volver. No fue él quien mató con *aroari*.

Entonces, para darle tiempo a que volviera, al día siguiente la gente comenzó a preparar el mortero y los palos para pilar los huesos del muerto. Pero Naro no regresaba. No regresó. Entonces dijeron todos:

—Vamos a buscarlo. Fue él quien sopló el *aroari*. Vamos a matarlo.

Y se fueron todos. Lejos, lejos. Tuvieron que dormir por el camino. Llegaron al pie de un *mai-kohi* grande y dijeron:

—Aquí como que está Naro. Vamos a ver. ¿Quién quiere subir?

Hobiwë dijo que él podía encaramarse. Subió bien, así como hace ahora que es bicho. Cuando llegó a la primera rama, se paró y oyó a Naro que estaba ensalmando:

—*Fuuuuuuuuuuu* !— decía moviendo los brazos.

—Aguacero, vete a mojar las cenizas del hijo de Yamonamana-riwë.
Fuuuuuuu! Oxoxxxxxxxxx!

El aguacero no tardó en formarse. Soplaban el viento y el *mai-kohi* se meneaba. Hobiwë se encaramó más y llegó cerca de Naro. Allá lo vio que estaba de nuevo transformado en hombre. Le dijo:

—¡Ah, dónde estás! Aquí de *unokai*, escondido en el tope de este árbol altísimo.

—¿Tú llegaste hasta acá, cabeza chata?— dijo Naro.

—¿Qué vienes a hacer aquí? Mira que te vas a convertir en hormiga.

Hobiwë no contestó. Solo bajó para avisar. Entonces los yanomamos lo mandaron subir otra vez para ver si Naro era todavía gente o era de nuevo animal. Hobiwë volvió a encaramarse. Mientras se acercaba, oía que Naro seguía ensalmando al aguacero. Después se fue por una rama, hacia afuera, para verlo mejor. Desde allá comenzó a regañarlo:

—Naro, ¡qué hediondo estás, qué hediondo! Tu mataste gente. Allí estás escondido de *unokai*.

—Hobiwë— contestó Naro, —has vuelto acá arriba para molestarme. Mira, cabeza chata, que ahora te vas a convertir en hormiga.

Hobiwë no replicó. Solo fue bajando y avisó a los yanomamos que Naro seguía como hombre y no como animal. Después Hobiwë se quiso subir a otro árbol, pero se transformó en hormiga para siempre.

Entonces la gente se juntó debajo del *mai-kohi*. Había que tumbarlo para matar a Naro. Se llamó a todos los yanomamos que tenían instrumentos para cortar. Allí estaban los Pokorari, los Arimari, los Xukumiri, los Werehiri, los Hareminari. Todos ellos comenzaron a cortar con su hacha, corta que corta, hasta que las hachas se les fueron gastando. Por eso estas aves ahora tienen el pico corto.

Después comenzaron a cortar los Mayebi-riwë y los Ara-riwë. Los piapocos tenían machete; los guacamayos tenían hachas; pero también estos instrumentos se fueron gastando. Sin embargo, con tanto trabajo ya el *mai-kohi* estaba casi todo cortado. Si no se caía era por un bejuco grande que lo tenía amarrado en lo alto a otro palo. Entonces los yanomamos pensaron en Ihama-riwë y le dijeron que fuera él a cortar aquel bejuco.

—No— dijo Ihama-riwë. —Yo no voy. Tengo mucho miedo. Manden a mi hermano menor.

Llamaron a Yaweremi-riwë y le dijeron:

—Vete tú, que eres livianito, a cortar ese bejuco. Ihama-riwë lo animó:

—Vete, no tengas miedo. Yo desde abajo te voy a ensalmar para que no caigas.

Yaweremi-riwë subió con su *haowa*. Cuando llegó donde el bejuco salía del *mai-kohi*, cortó el bejuco debajo de donde estaba agarrado y el árbol en seguida se cayó. Tembló la tierra; el ruido se oyó lejísimo. Yaweremi-riwë miró abajo, asustado; después siguió encaramándose por el bejuco para bajar por el otro árbol.

Al caerse el *mai-kohi* se cayó Naro con él y se espachurró todo en el suelo. Su cerebro blanco se regó, la sangre chorreaba y de los intestinos rotos salía la mierda.

Entonces todos los que trabajaron se fueron pintando con la sangre y las demás cosas del cuerpo de Naro. Es por eso que tienen plumas rojas, verdes, amarillas, azules, blancas... Cuando terminaron de pintarse, gritaron, gritaron, y, en lugar de regresar a su *xapono*, se fueron por el monte y se convirtieron en animales.

Por fin llegó a bajar Yaweremi-riwë. Para pintarse no quedaba sino mierda. Con ella se pintó la nariz, el borde de los ojos, la frente. Se puso feo, horrible. Tampoco él quiso volver al *xapono*. Prefirió quedarse en el monte convertido en lo que es ahora todavía.

MITO DEL TABACO

Los yanomamos antiguos no conocían el tabaco. En su lugar, acostumbraban mascar *taratara*, una hoja de forma alargada, bastante dafina porque emborracha mucho. Haxo-riwë estaba triste y lloraba porque no podía mascar *taratara*.

Al ver que Haxo-riwë lloraba, Tomi-riwë se conmovió. El conocía otra hoja menos picante que la *taratara* y que no emborrachaba. Era el tabaco. Llamó entonces a Haxo-riwë, cogió unas semillas de tabaco que tenía, las envolvió en una hoja de platanillo, puso todo en una *torá* y se lo dio, diciéndole:

—Toma. Vete a tu casa y de allí a tu conuco y siembra esto así: roza un pequeño terreno y quema la broza. Luego saca de esta *torá* el envoltorio y ábrelo en la mano; seguidamente, para sembrar, sopla sobre las semillas. Recubre las semillas con tierra y, cuando nazcan, transplanta las planticas y recúbrelas con hojas para defenderlas de los rayos del sol. Luego espera... Cuando las hojas se vean ya grandes y bellas, rómpelas el nervio y pónlas a secar encima del fogón. Las hojas así secadas se conservan largo tiempo. Cuando quieras usarlas, pon dos a remojar en agua, pásalas bien en las cenizas del fogón y forma un rollito. Métete eso entre la encía y el labio inferior. Chupando el tabaco así, tendrás fuerza para trabajar y no sentirás tanto el hambre.

Haxo-riwë hizo todo lo que le había enseñado Tomi-riwë. Las plantas que había sembrado crecieron. Entonces fue al conuco, recogió algunas hojas y, regresando a casa, hizo su tirulo. Fue tanto el placer que sintió cuando comenzó a chupar que, de puro contento, enloqueció y, dando grandes saltos, se fue a la selva para transformarse en cuchicuchi. Después, también Tomi-riwë se fue a la selva y allá se convirtió en picture.

También ahora los yanomamos cultivamos el tabaco como Tomi-riwë le enseñó a Haxo-riwë. Nosotros los invocamos para que hagan fecundas las semillas. Si llueve siempre, es muy poco el tabaco que recogemos; pero, si hay sequía, la cosecha es abundante.

MITO DEL YOPO

Ihama-riwë conocía bien la planta del *pararo*. Siempre recogía las semillas y con ellas preparaba el yopo. Después se enyopaba. Era el único *no-patabi* que se enyopaba en aquel entonces.

Un día *Ihama-riwë* le dio semillas de *pararo* a *Koetema-riwë* para que las sembrara e hiciera yopo. *Koetema-riwë* sembró las semillas. Con el tiempo creció la mata y él fue a recoger las vainas; las desgranó y preparó su yopo. Lo trajo a *Ihama-riwë* para que se lo soplara. Le sopló a *Ihama-riwë* e *Ihama-riwë* le sopló a él. Como era la primera vez que lo olía, le resultó muy fuerte. *Koetema-riwë* se puso como loco, se revolcó y se fue corriendo, volando, convertido en ese gavilán que nosotros llamamos *koetema*.

Los otros *no-patabi* aprendieron todos de *Ihama-riwë* cómo se preparaba el yopo de *pararo*. Nosotros ahora hacemos así mismo como él enseñó.



10 MITO DEL CURARE

No se sabe cuándo nacieron Omawë y Yoawë. Fue Omawë quien enseñó a flechar y a esquivar las flechas, tirándose al suelo o apartándose. Omawë era bueno. Yoawë no: hacía daños a los demás. Omawë lo sabía hacer todo. Cuando quería que aparecieran peces, aparecían muchos de ellos. Cuando moría un yanomamo, Omawë agarraba aquel cuerpo muerto, lo sacudía, le halaba un brazo, una oreja y el cuerpo muerto volvía a vivir.

Vivía entonces una vieja, que se llamaba Mamokori-yoma. Tenía en el rostro aquel color negro que las mujeres llevan cuando lloran a sus difuntos. Los nietos de aquella vieja eran tres jaguares. Mamokori-yoma llamó a uno de los jaguares y le dijo:

—Duerme, nieto, y deja la boca abierta.

El jaguar vino y apoyó su cabeza sobre las rodillas de la vieja, que se raspó el tinte negro que tenía en sus mejillas para echárselo en la boca al jaguar. El jaguar tragó, se levantó, se alejó trastrabillando y se murió. De esa manera, la vieja mató a los tres jaguares.

Mamokori-yoma era aquel bejuco que sirve para preparar el curare. Antes de transformarse en bejuco, la vieja explicó a Yoawë cuáles eran las dos plantas que se deben mezclar para hacer el curare. Una planta se llama *axokama-kehi* y la otra *yoawësihi*. Esta es una planta muy amarga.

La vieja dijo a Yoawë:

—Busca aquel bejuco de color oscuro que se da en los cerros y que tiene las ramas dirigidas hacia abajo. Córtalo, ráspalo y pónlo raspado sobre el fuego, para que se seque bien; luego, coloca todo en una gran hoja, aplica el fuego, frota, agrega lo raspado de la planta *axokama-kehi* y frota duro.

La vieja explicó todo a Yoawë y luego se transformó en bejuco; las piernas, los brazos y los dedos se tomaron ramas y raíces.

Yoawë, entonces, cortó el bejuco, lo raspó y experimentó como la vieja le había dicho. Preparó una cerbatana. Los yanomamos no tenían cerbatana. Yoawë, entonces, lanzó un dardo contra un joven yanomamo con una cerbatana pequeña (*yoroama*), hecha con madera de macanilla. El dardo le pegó entre las costillas. El hombre echó a correr, pero luego cayó muerto y quedó convertido en piedra: aquella piedra que todavía hoy parece un hombre caído. Si aquel hombre no hubiera sido flechado, nadie

más habría muerto, como en cambio sucede ahora.

La vieja enseñó a Yoawë cómo hacer el curare. Omawë no necesitaba aprender. El vio a Yoawë mientras preparaba el curare y preguntó:

—Yoawë, ¿qué es eso?

—Nada. Es un bejuco.

—No— prosiguió Omawë, —no digas así. ¿Crees que no lo sé? Ha sido aquella Mamokori-yoma quien te lo ha mostrado.

Yoawë, entonces, bajó la cabeza avergonzado. Omawë agregó:

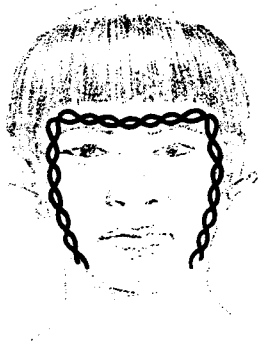
—Si no hubiera sido por aquella vieja, tú no lo habrías sabido. He sido yo quien ha enviado a aquella vieja para que te enseñara cómo se hace el curare.

Sin que lo supiera Yoawë, Omawë llamó a un yanomamo, le mostró un bejuco y le dijo:

—Yo te enseño este veneno; tú muéstraselo a todos los yanomamos, también a los que nacerán luego, para que sepan cómo cazar para comer. Los *napë* tienen con qué cazar; los yanomamos tienen este curare con que pueden cazar y comer. Pero es un secreto: los *napë* no deben saberlo. Este hermano mío no quiere mostrártelo; con este veneno ha matado a un hombre. Si se da cuenta de que ustedes saben preparar curare, no le digan que he sido yo quien les enseñó.

Luego Omawë enseñó cómo se debían mezclar las distintas plantas, cómo quemarlas, cómo hacer aquel embudo de hojas. Y dijo que ninguno de los que ayudan debía mojarse.

Entonces aquel yanomamo preparó el veneno y lo probó en un mono. El mono se murió. Así fue cómo los yanomamos aprendieron a preparar el curare.



11 MITO DEL TIGRE

Antiguamente Ira era un *no-patabi*, pero era muy voraz: le gustaba mucho la carne. Se envició de tal manera con la carne que no podía vivir sin ella. En el *xapono* pasaba por todas las casas buscando carne. A uno le decía:

—Este bicho es mi cacería. Lo dejé escapar yo. Es mío. Me lo llevo.

A otro le decía:

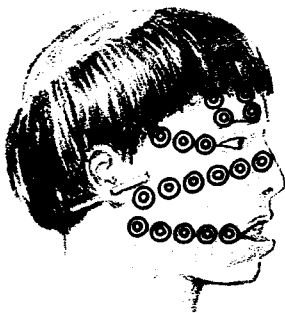
—Esto es mío. Tú mataste mi cacería, porque yo la había dejado escapar. Ahora me la llevo.

Y así con los demás. Se llevaba la carne de todo el mundo y se la comía cruda. Para que sus hijos no pasaran hambre, aquellos *no-patabi* iban a comerse la carne en la selva.

—A orillas de tal caño tú me esperas con los plátanos— decían los maridos a sus mujeres. —Yo llevaré la carne. Allá comeremos.

Así hacían. Al verse burlado, Ira comenzó a irse por el monte; acechaba a algún niño, lo agarraba, lo llevaba a un sitio escondido, se lo comía y enterraba los restos. Después, por otro camino, regresaba al *xapono* para echarse tranquilamente en su chinchorro.

Así vivía, comiendo niños de los *yanomamos*. Se puso así de gordo; se puso feo... Los *yanomamos* comenzaban a desconfiar. Había algún día que desaparecían hasta dos niños. Cuando ya amenazaban matarlo, Ira se fue para el monte para siempre, y se convirtió en lo que es ahora todavía.



12 MITO DE PIJIGUAO

Ayakora-riwë era *no-patabi*. Su hijo era buen mozo y era yerno de Haya-riwë. Era tiempo de *reahu*.

La gente de Ayakora-riwë vivía en un *xapono* cercano al de Haya-riwë. Cuando la gente de Ayakora-riwë volvió a *heniyomou*, Haya-riwë los oyó que hacían bulla allá en el conuco. Estarían recogiendo pijiguao. Haya-riwë también quería comer pijiguao y mandó a su hija Warorari-yoma que fuera con su esposo al conuco para traer pijiguao. Les dijo que trajeran racimos de la mata que estaba más cerca del camino, porque era la que los daba más sabrosos. El se quedó en el *xapono* oliendo yopo.

—Vayan a sacar pijiguao del mío— dijo, —porque esos vecinos van a hacer *reahu* sin darme nada a mí.

Fueron. El muchacho entonces le preguntó a ella:

—¿Cuál es la mata?

—Esta— dijo ella. Y le enseñó una mata de macanilla que tenía racimos largos y maduros.

—No— dijo él. —Esta es macanilla; no es pijiguao. Mejor es que vayamos al conuco de mi papá; allá él tiene mucho pijiguao y es pijiguao de verdad. Esto es macanilla. Tu papá come macanilla creyendo que es pijiguao. El no lo conoce.

La mujer se sintió un poco ofendida, pero se fue con el muchacho, cargando su guatura.

Llegaron, pues, adonde estaba aquella gente recogiendo pijiguao. ¡Qué gente más bullanguera! Fueron derecho adonde estaba el padre del muchacho. Este le dijo:

—He venido a buscar pijiguao. El papá de ella nos mandó a buscar en su conuco, pero lo que tiene es pura macanilla.

El viejo contestó:

—¡Pobre de mi nuera! ¡Van a recoger fruta de macanilla!... Esa es fruta de monte. Vengan a recoger el pijiguao verdadero.

Entonces recogieron, llenaron la guatura y regresaron al *xapono*. Haya-riwë estaba borracho de yopo. Ella apeó la guatura y el muchacho dijo:

—Aquí está, papá, el pijiguao que nos mandaste a buscar.

El viejo miró y no dijo nada. En seguida se arremangó la piel de sus brazos y la de sus piernas, para tenerlos finos, finitos y echó a correr hacia

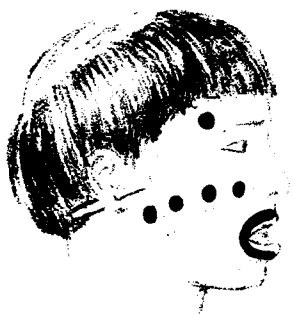
la selva. Hizo *see, seeee* y se convirtió en venado. Siguió corriendo y, más allá, se convirtió en un peñón que tiene color de piel de venado. Lejos, lejos de aquel cerro vienen ahora los *hékura* que nosotros invocamos. La madre de la muchacha corrió hacia otra parte y también se convirtió en venada. La hija igualmente se iba a correr para otro lado, pero su marido la agarró a tiempo.

La otra gente, después de recoger el pijiguao, volvió cargada a su *xapono* y allá se transformaron en arrendajos. Y, cantando, formaron esa bulla:

—Aya, aya, aya, aya, kora, kora...

Por eso los arrendajos van en bandadas y cantan así. En seguida echaron a volar. Entonces también el marido de aquella muchacha se transformó en arrendajo y se juntó volando a la bandada. Todos juntos volaron a una mata de *abiya*. Por eso la fruta de esta planta es de color amarillo, que es un color del arrendajo, y un poco rosada. Si algunos arrendajos tienen detrás unas plumas rosadas en lugar de amarillas, es porque la *abiya* tiene frutas también rosadas.

La muchacha, entonces, al verse sola, salió corriendo como sus padres y, como ellos, se convirtió en una linda venada.



13 MITO DEL FUEGO

Antiguamente era uno solo el yanomamo que poseía el fuego: Iwa-riwë. Era alto y caminaba despatarrado. Era tan celoso de su fuego, que lo guardaba escondido debajo de la lengua.

Iwa-riwë era el más malo de los yanomamos. Era malo porque era mezquino: a nadie cedía ni siquiera una llamita de su fuego. Los otros yanomamos regresaban de cacería y le pedían a Iwa-riwë un poquito de fuego para asar la carne. ¡Nada! Tenían que lavarla bien, frotarla sobre una piedra, exprimirle toda la sangre y, luego, se la comían cruda.

Llegaban las lluvias y hacía frío. Iwa-riwë escupía una parte de su fuego, encendía el fogón, cocinaba sus alimentos y se calentaba de lo lindo. Cuando quería, con las manos apagaba el fuego. A los otros yanomamos no los dejaba siquiera acercarse a su fogón.

Iwa-riwë no tenía amigos. Los hombres mezquinos no pueden tenerlos. Los yanomamos, resignados, ya nada esperaban de él. Estaban cansados de pedirle un poquito de fuego.

Pero había un hombre pequeño, charlatán y muy avisado, que no se rendía. Se llamaba *Yorekitirami*. Iwa-riwë lo rechazaba; pero él seguía rondando junto al chinchorro del dueño del fuego. Le hablaba mucho y lo hacía reír con sus morisquetas. Cuando Iwa-riwë se movía, Yorekitirami no lo perdía de vista.

Con las lluvias, de noche, hacía mucho frío. Había muchos yanomamos resfriados que tosían. Con el fuego de Iwa-riwë se habrían podido calentar. Eso hubiera bastado para curarlos. Pero el dueño del fuego seguía terco. Le negaba su fuego también a los enfermos. En fin, se burlaba de todos.

Entonces, muchos yanomamos cayeron gravemente enfermos. Hasta a Iwa-riwë le dio gripe.

Era una mañana de densa neblina. Iwa-riwë se levantó con un gran dolor de cabeza, pero tenía sueño: la gripe no lo había dejado dormir. Volvió a acostarse como todos los demás. Nadie iba al conuco. Nadie salía a cazar. Todos estaban enfermos. Desesperados, algunos se acercaron a Iwa-riwë y le suplicaron:

—Somos tus parientes. Danos un poco de fuego, que nos vamos a morir.

Todo fue inútil. Pero Yorekitirami seguía cerca del chinchorro de

Iwa-riwë, alerta como nunca. El dueño del fuego dormitaba, cuando, de pronto, estornudó.

—¡Atchún!— El fuego había saltado fuera de su boca. Iwa-riwë, aturdido, no sabía qué estaba pasando. Cuando se dio cuenta de lo sucedido. Yorekitiramí ya tenía el fuego entre sus manos y corría lejos, saltando loco de contento.

Iwa-riwë había perdido el fuego. Entonces, se enfureció y huyó lejos del *xapono*. No quería ver más a los yanomamos. Desesperado, se zambulló en las aguas del río y se transformó en babilla.

Yorekitiramí volvió al *xapono* y distribuyó el fuego entre todos los yanomamos. Cuando vio que todos tenían su fogón prendido, se puso más contento todavía y dio un salto tan alto que fue a parar a las ramas de un árbol. Allí y, poco a poco, en todos los árboles de la selva, fue dejando una chispita de fuego. Por eso la madera se quema. En la planta de cacao puso más; por eso es el palo que sirve para prender el fuego. Yendo de árbol en árbol, él se transformó en un pájaro negro de pico rojo como el fuego.

Cuando Iwa-riwë escupió el fuego, *Pre-yoma*, una mujer que estaba allí, chilló horrorizada y dijo:

—Ese fuego que ustedes tanto querían y que Yorekitiramí le sacó a Iwa-riwë, los hará sufrir. Debían dejarlo tranquilo en la boca de su dueño y habrían sido felices. En cambio han sacado algo *parimi* que los hará sufrir siempre: todos ustedes y todos los descendientes de ustedes se quemarán con el fuego. Yo no quiero ser quemada. Yo viviré feliz sin fuego. Nunca el fuego tocará mi cuerpo.

Eso dijo la mujer y fue a tirarse al agua de un caño. Allí quedó transformada en un sapito de color anaranjado.



MITO DE LA CERBATANA

Al principio, la gente le tenía miedo al rayo, al trueno, a la centella. No se sabía lo que era. Solo se veía el relámpago de lejos, se escuchaba el trueno de lejos.

Había un hombre dueño del rayo, del trueno, de la centella. Pasaba su tiempo cazando por las montañas. Cuando cazaba, aquel hombre se escondía; ahora, el rayo brotaba. Nadie lo había visto ni sabía cómo hacía. El no mataba los animales con flechas ni con lanzas, como los otros cazadores.

Aquel hombre tenía un conuco de yuca. No quería dejar a su hermana coger yuca del conuco:

—Si vuelves a cogerla, te castigaré— le dijo.

La hermana volvió al conuco: aquel hombre se puso bravísimo.

Cuando amaneció, se fue de cacería por la montaña. Llevó a dos sobrinitos. Eran hijos de su hermana. Ahora llevó a los niños a las cabeceras del caño *Wiwe* en la montaña del *Antawari*. Cuando estuvieron lejos, aquel hombre soltó el rayo, mató a los niños, los descuartizó como animales, abrió sus pechos, les arrancó los corazones.

Ahora puso los dos corazones en un budare; los exhibió en la horqueta de un árbol muy alto, llamado *kudi*.

Ahora aquellos corazones se convirtieron en dos pichones de harpía. En seguida crecieron. Ahora se pusieron grandísimos; tenían picos ganchudos, garras encorvadas, ojos ensangrentados. Miraron a aquel hombre; aquel los miraba también a ellos, de reojo; estaba muy asustado.

Cuando nacieron aquellas harpías, el árbol *kudi* se convirtió en una montaña muy alta, llamada *Kudi-huha*. Todavía se ve, como recuerdo, en las cabeceras del caño *Wiwe*. En esa montaña tenían su nido.

—Me van a agarrar, me van a comer— pensó aquel hombre. —Ahorita los voy a matar.

Hizo brotar el rayo contra ellos: nada. El rayo cayó de rebote. Tenían esas aves una coraza, como de hierro. El rayo no hizo nada.

Ahora el hombre corrió, corrió, asustadísimo. No miró atrás. Así corriendo, llegó a su casa.

—¿Qué pasó?— dijo su mujer *Enneku* cuando él llegó.

—Hallé en la montaña dos pichones de harpía. Son grandísimos. Querían agarrarme— dijo aquel dueño del rayo, llamado *Kasé-nadu*.

—Bueno— dijo *Enneku*. —¿Por qué no los trajiste? Quiero criarlos. Devuélvete a buscarlos.

Kasé-nadu no quiso; tenía miedo.

—Bueno— contestó. —Si quieres criarlos, irás tú misma a buscarlos.

Enneku se fue sola a la montaña *Kudi-huha*. Cuando llegó, dos harpías grandísimas la miraron, se abalanzaron desde aquel nido, la agarraron, se la comieron. Se llamaban *Dinoshi*.

Ahora se fueron volando las dos sobre la tierra, sobre los caminos, las casas, los conucos, buscando gente para agarrar, llevarse al nido y comer.

—Tiempo de *Dinoshi*, tiempo de miedo— así decían. Todos los hombres vivieron con miedo, a causa de aquellos pájaros. Se escondieron en cuevas, en matorrales. Miraban de reojo. No se atrevían a salir.

Ahora, algunos hombres escondidos hicieron arcos, flechas, lanzas.

—Vamos a salir— dijeron —a matarlos.

Dispararon sus flechas, sus lanzas: nada. Rebotaban sobre las corazas de hierro de los *Dinoshi*. Nadie pudo matarlos. Los *Dinoshi* agarraron muchos de ellos; comieron hombres, mujeres, niños.

Había un hombre sabio: *Kudene* se llamaba; se parecía a una culebra de agua. Hizo un menjurje negro, espeso, llamado curare y lo cocinó en una paila. Fue el primer curare. Lo hizo para matar los *Dinoshi*.

Kudene lo entregó al gallito trompetero. El trompetero fue a *Kudi-huha*, para mirar, escondido, a los *Dinoshi*.

Cuando volvió, dijo:

—Ahora los vi; yo sé cómo matarlos. En el lomo no tienen coraza. En el lomo puedo dispararles.

Ahora preparó una flecha con el curare. *Kudene* lo mandó otra vez, para flechar. Cuando llegó, disparó desde arriba en los lomos de los *Dinoshi*.

Cuando fueron flechados, primero gritaron y alzaron vuelo, dando vueltas; luego bajaron, dando vueltas, perdiendo plumas. Cuando caían las plumas, retoñaban, se convertían en *kurata*.

Así nació la caña *kurata*, el bambú de cerbatana. Con *kurata* hacemos ahora nuestras cerbatanas.

Las primeras plumas cayeron en *Merewari*, después en *Antawari*. Por allá crecen silvestres, ahora, buenas cañas de cerbatana.

Los *Dinoshi* bajaron ahora, muriendo, cayendo sobre la montaña

Mará-waka. Dieron vueltas sobre *T'damadu*, *Tahashiho*, *Tonodo-hidi*, las tres cumbres de la montaña.

Ahora cayeron sobre *Tahashiho*. Allí se clavaron sus huesos. Allí crecen ahora las más grandes, las más derechas de las cañas de cerbatana.

En tierras de nosotros nada más cayeron las plumas, los huesos de los *Dinoshi*. Por eso, solo nosotros tenemos cerbatanas. Somos los dueños. Cuando otras gentes quieren cerbatanas, vienen caminando, para pedirnos *kurata*, trayéndonos cosas de ellos para canje. En el principio, los viejos no tenían cerbatanas. Cuando los *Dinoshi* murieron, conocieron el curare y la cerbatana. La cumbre de *Mará-waka* llamada *Tahashiho* es la montaña de la cerbatana. Nadie, sino nosotros, conocemos su camino. La montaña es de nosotros: tiene muchas cañas muy altas, derechitas.

En *Tahashiho* vivía *Kahuakadi* cuando cayeron los *Dinoshi*. Aquel hombre dijo:

—Bueno. Las cañas son más ahora. Soy dueño de cerbatana.

Ahora cuando vamos a recoger, cuando llegamos a aquella cumbre de *Mará-waka*, pedimos permiso a su dueño *Kahuakadi*; llegamos y le decimos:

—Venimos a pedirte cerbatanas; no hemos comido, no hemos tocado a nuestras mujeres.

Cuando llegamos, plantamos estacas en la tierra, como ofrendas a *Kahuakadi*. Cantamos bajito, sin gritos, tranquilos, pidiendo sin que el dueño se enoje. Nunca cortamos más de cuatro cañas juntas. Así no molestamos al dueño; así conseguimos *kurata* para hacer cerbatanas.

Así fue al principio. Eso es todo.



15 MITO DE POREHIMI

Antiguamente los yanomamos no conocían el plátano. Sus hijos comían tierra seca, barro blanco y palos podridos. El mismo Warë-riwë sol comía barro. Tomi-riwë, Xihena-riwë y Wayahoromï-riwë comían *wapu*. Los otros *no-patabi* se alimentaban solo con fruta del monte. Para comer cogollo de yagua, tumbaban la mata a golpes de piedra y con piedra se lo sacaban. Nadie sabía qué era un conuco. Nadie sabía qué era vivir en un *xapono*. Los yanomamos de entonces se la pasaban yendo de *wayumi*. Iban así buscando barro, buscando fruta...

Su cacique se llamaba Miyomawë. Por eso ellos eran Miyomawë-teri.

Una vez que fueron lejos, encontraron rastros de gente. Junto a los rastros había un palo cortado. No roto, sino cortado. Allí mismo se sentaron los *no-patabi* y comenzaron a hablar:

—Aquí hay un caminito que va para allá. Allá debe de vivir un yanomamo que tiene *poo* para cortar palo. Miren dónde cortó este palo.

Los *no-patabi* entonces no tenían *poo*.

De allí así (*tres*) de ellos fueron a ver adónde llevaba ese caminito. Llegaron cerca de un *zano*. Lo miraron. También vieron conchas de *nii*. No entraron. Regresaron al campamento, allá cerca de donde arrancaba el caminito. Informaron de lo que habían visto. Durmieron.

Al día siguiente el cacique mandó de nuevo a algunos a ver. Llegaron y entraron en el *zano*. Enseguida un hombre viejo gritó con voz fea, muy fea:

—¡Hama-këpë, aaaiiii!

Esto gritó para que nosotros aprendiéramos a gritar lo mismo cuando alguien llega de visita a nuestro *xapono*. En eso, llegó el hijo del viejo. Venía del conuco y le dijo a su padre:

—¿Por qué gritaste, papá? Yo oí el grito y me vine.

—Grité— contestó Porehimi, que así se llamaba el viejo —porque llegó gente de visita.

—¿Papá, por qué no cocinas carato de plátano para matarles el hambre?— preguntó el hijo. —¿No ves que vienen hambreados?

—No— dijo Porehimi. —No quiero darles.

Porehimi tenía en su casa muchos racimos colgados de plátanos maduros, pero era mezquino y no quería dar. Los visitantes, al ver los

plátanos, le preguntaron:

—*Xori*, ¿qué es esa fruta que tienes allí colgada, tan bonita y tan madura?

—¡Cómo! ¿Ustedes no conocen esta fruta? Se llama *kuratá*. Es mi *kuratá*.

—No, *xori*. Nosotros nunca hemos visto esa fruta. Nosotros vamos por el monte comiendo barro y palo podrido; solo conocemos fruta del monte. Danos de esa que tú tienes para probar.

—¡No!— dijo con voz fea Porehimi. —Yo no doy de lo mío. Ustedes conocen el plátano. Están mintiendo.

Porehimi estaba dando ejemplo a los yanomamos de ahora que son mezquinos. Pero aquellos visitantes volvieron a decir:

—*Xori*, danos aunque sea para probar. Es muy olorosa esa fruta. Debe de ser muy sabrosa. Danos para que nos dé dolor de barriga.

Entonces Porehimi cogió así (*tres*) plátanos maduros y le dio uno a cada uno de los principales. Estos lo pelaron y lo probaron. Después ellos les dieron pedacitos a los otros compañeros. Todos dijeron:

—*Xori*, esta fruta es muy sabrosa.

—Esta es la fruta que yo como todos los días— dijo Porehimi. —Parece mentira que ustedes no la conozcan. Es mi pan. Ustedes mienten: seguramente la conocen.

—*Xori*, no la conocemos. ¡Qué sabroso es tu pan!

—Bueno, ahora váyanse. Ya el sol está bajito.

—Nos vamos. Ya contamos con un amigo. Ya conocemos tu sitio.

—Bueno, vuelvan a visitarme alguna vez.

Los yanomamos se fueron. Informaron de todo lo que habían visto, de lo que habían comido.

—La gente de Porehimi es poca— dijeron —solo él, su madre, su padre, su mujer, sus hijos y sus hijas.

Naturalmente contaron que tenía una fruta rara y muy sabrosa llamada *kuratá*; pero que no quiso darles para traer, porque era hombre muy mezquino.

Por eso —digo yo— ahora hay yanomamos tan mezquinos. Aprendieron de Porehimi.

Dos días después, los Miyomawë-teri volvieron. Esta vez fueron también Miyomawë, los viejos y así (*tres*) mujeres.

Porehimi los recibió alegre, gritando como la otra vez. Comenzaron a hacer *himou*. Era la primera vez que los yanomamos hacían *himou*.

Nos enseñaron para que nosotros lo hiciéramos cuando viene gente de visita a nuestro *xapono*.

En seguida los visitantes comenzaron a pedir plátano; pero Porehimi contestaba:

—Yo no doy. Yo no doy. Yo no doy.

—Dame, dame, dame— repetía el yanomamo.

—Yo no doy. Yo no doy. Yo no doy— repetía Porehimi.

—Entonces llévanos a tu conuco— pidieron los visitantes. —Queremos ver la planta que da los plátanos—. Lo que querían ver era el camino que llevaba al conuco para ir luego a robar los plátanos.

Porehimi entonces llamó a su mujer y le dijo:

—¡Aaahhh! Ven acá. Mira, esta gente quiere ver tu conuco. Lléalos para que lo vean. Muéstrales el conuco grande que tenemos.

Porehimi y su mujer salieron, pues, junto con los visitantes a ver el conuco. Los Miyomawë-teri quedaron sorprendidos al ver todas aquellas matas con racimos grandes que colgaban, sostenidos por palos para que no se cayeran. Había *pareamî*, *mona-rimi*, *maikoxi*, *rokomi*, *pauximi*.

—Tu esposo— decían los visitantes a la mujer —tiene tanta comida aquí y nosotros andando por la selva con hambre.

—Así es cómo yo tengo mi conuco— decía Porehimi. —Cuando los plátanos están maduros, me llevo el racimo a la casa y allá hago carato. Yo nunca voy de *wayumî*; yo vivo siempre aquí, contento, comiendo mi fruta.

Después explicó cómo hacía el carato:

—Se hace así. Cuando el racimo pintonea, se lleva a la casa y allá se cuelga. Cuando ya está blandito, se saca la *hapoka*, se le echa agua adentro y se pone sobre la candela. Entonces se pelan los plátanos y se echan dentro del agua que hierve. Después se espera que hierva bien y se pisa con *yohora*. En lo que esté todo blandito, se apea la *hapoka*, se machuca más con la *yohora* y con ésta se bate bien. Cuando esté listo el carato, se echa en *kai-hesi* y se reparte para que la gente tome.

Aquellos *no-patabi* no tenían *hapoka*. Por eso Porehimi les mostró cómo se hacía: recogiendo un barro que hay en los caños, dándole forma y dejándola secar primero al sol y después junto a la candela.

Pero ellos querían plátanos y le pidieron a Porehimi.

—Danos plátanos, *xoriwë*— decía uno.

—¡Cuántos plátanos tienes!— decía otro. —Tú eres muy trabajador, *xoriwë*. Por eso tienes muchas cosas. Nosotros no tenemos nada y así tenemos que ir de un lado para otro. Tú, en cambio, te quedas en un sitio porque tienes que trabajar y cuidar de tu conuco. Danos plátanos, *xoriwë*.

Entonces Porehimi fue caminando. Al ver los racimos decía:

—De este no doy. De este tampoco. De este —dijo a su esposa— dale dos plátanos a él. De este dale dos a él. De este otro dale dos a aquel.

Así iba dando dos plátanos para cada visitante, nada más, y solo les daba *pareami*, *rokomĩ* y *pauximi*. Era mezquino Porehimi. Entonces los visitantes le pidieron retoños de plátano para sembrar; retoños de todas las plantas. Pero Porehimi dijo:

—Verdad es que soy mezquino. Por eso no les doy. No les doy retoños.

Al fin se compadeció de los visitantes y les dio algunos retoños, pero solo de algunas matas. Después enseñó cómo se debían sembrar:

—Primero rozan un pedazo de selva con *poo*. Después lo queman, mientras dejan los retoños en la sombra. Cuando el conuco esté todo quemado y limpio, comienzan a sembrar. Así, así se hace. Miren, así, así...

Mono-riwë, que estaba allí, no miraba a Porehimi. Miraba dónde quedaban los plátanos bonitos de los que Porehimi no quería dar retoños. Pensaba venir de noche a robárselos.

Antes de irse, los Miyomawë-teri le pidieron *poo* a Porehimi, para rozar el conuco. Porehimi les dio algunos. El los hacía de barro; les daba forma, los ponía a secar al sol y así se ponían duros, durísimos.

Los Miyomawë-teri esta vez se fueron bastante contentos. Durmieron con su gente. Después se fueron y buscaron un lugar donde no hubiera palos grandes, donde había *xaroromĩ*, porque allí la tierra es blandita y buena para el conuco. Comenzaron a rozar y sembraron los retoños que habían traído.

Una noche, con un compañero, Mono-riwë se fue al conuco de Porehimi. Allí sacaron retoños de *maikoxi* y *mona-rimi*, los que Porehimi más mezquinaba. Cuando sacaban un retoño, a la mata en seguida le salía otro; así Porehimi no se daría cuenta del robo. Recogieron los retoños y se vinieron.

Los Miyomawë-teri sembraron también estos tipos de plátano. Las matas crecían rápido y bien. Después de un tiempo el hijo de Porehimi se fue de visita al sitio donde vivían los Miyomawë-teri. Pasó por su conuco y vio lo bonitas que estaban las matas de plátano. Ya estaban dando. Ya tenían su retoñito. Después volvió a su casa. Cuando llegó, dijo:

—Papá, ¡vieras qué bonitas se han puesto las matas de plátano que tú les regalaste! Ahora creo que los yanomamos ya no van a pasar más hambre.

Después los Miyomawë-teri fueron de nuevo a visitar a Porehimi. El les preguntó:

—¿Cómo están dando los plátanos que les regalé?

—Están cargando, pero los plátanos están verdes todavía.

Los Miyomawë-teri iban muchas veces de visita al sitio de Porehimi. Una vez los mandó a convidar. Fueron y lo encontraron muy triste. Lloraba él, lloraba su esposa, su hija, todos lloraban. Era que se le había muerto un nieto. Porehimi les contó lo que había hecho con el cuerpo del nieto.

Entonces los yanomamos no quemaban a sus muertos, sino que los envolvían en una estera de palos, los aseguraban en un palo largo y lo amarraban alto entre dos matas. Allá dejaban que se pudrieran. Después sacaban los huesos y los dejaban en el suelo. Sobre ellos el comején ponía su nido. Así hacían.

Porehimi, en cambio, había hecho una hoguera y en ella había quemado a su nieto. Ahora iba a pilar los huesos que había recogido. Por eso estaba triste él y su gente. Dijo:

—Miren. Yo lo quemé; ahora voy a pilar los huesos en este mortero.

Su gente se puso a pilar los huesos en aquel mortero de palo. Con el polvo que resultó, Porehimi llenó una *hixima*, la tapó con cera de abejas, la guardó en una guapa, adornándola con *horoi*, y se la dio a su mujer para que la colgara en el techo de su casa. Después limpió el mortero y los palos de pilar con carato de plátano y el carato se lo tomaron él, su padre y sus hijos.

—Así tienen que hacer ustedes con sus muertos— dijo. —Quemarlos, pilar sus huesos, así como vieron hoy, y después tomar las cenizas mezcladas con carato de plátano.

Los yanomamos miraron y aprendieron. Más tarde Porehimi hizo *reahu* y tomó las cenizas de su nieto. Fue Porehimi quien enseñó a los yanomamos cómo se hace el *reahu*.

Pasó un poco de tiempo y Porehimi quiso ir también él adonde vivían los Miyomawë-teri para visitarlos. Pasando por el conuco, vio que tenían bastantes matas también de *maikoxi* y de *mona-rimi* con racimos ya hechos. Se dio cuenta de que le había robado los retoños y se puso bravo. Entró al *xapono*, que ya se habían hecho los yanomamos. Estos gritaron como habían aprendido:

—¡Hama-këpë, aaäüü!

Pero Porehimi no estaba para fiestas. Comenzó a regañar, a insultar.

—Ladrones, me robaron de aquellos plátanos que no quería darles. No se

conformaron con los retoños que les había dado—. Así decía con aquella voz fea que tenía.

Regañó y volvió a su sitio. Se puso tan bravo con los yanomamos que no quiso más vivir cerca de ellos. Abandonó su conuco y se fue a otra parte, lejos, lejos.

Allá con el tiempo murió él y su gente. Nadie más supo de él. Cuando Omawë causó el diluvio, ya aquella gente no existía. Nosotros los yanomamos, en cambio, empezamos a hacer el conuco y a cultivar los plátanos. Así ya no teníamos que estar yendo de *wayumí* todo el tiempo.



MITO DE PERIBO-RIWĚ

Todos los yanomamos, todos los napĕ, toda la gente de este mundo somos sangre de Peribo.

Peribo-riwĕ vivía en este mundo, junto con su hija y con su yerno Amoawĕ. La hija se llamaba Purima-yoma. Pero esa hija le tenía mucho miedo al esposo. Ella no quería tener esposo; quería tener a ese hombre solo como hermano. A Peribo-riwĕ no le gustaba eso; le daba rabia, le daba vergüenza.

Un día invitó a su hija y a su nieto y se fueron al monte, lejos del *xapono*. Allí agarró a su hija y la estranguló. Después le dijo a su nieto que con un *atari* le sacara los ovarios. El nieto obedeció: los sacó y se los dio a Peribo-riwĕ, quien los embojotó en unas hojas. Esto hizo para enseñarnos cómo se embojota la cacería para asarla. Con el bojote volvieron al *xapono*.

La hija no había muerto. Después que se fue su padre, volvió en sí y se transformó en cocuyo. En el *xapono* Peribo-riwĕ asó el bojote y se sentó a comer los ovarios de la hija. Pero, cuando terminó, se sintió muy raro. Enseguida el cuerpo se le fue poniendo caliente y, como loco, comenzó a pasearse por el *xapono*, por aquí, por allá, soplándose aire con *xohema*. Estaba inquieto y gritaba por el ardor que sentía. Después se fue al patio, caminando, y allí comenzó a subir por los aires. Los *no-patabi* se refan de él y decían:

—Está loco Peribo-riwĕ. ¿Qué le estará pasando?

Peribo-riwĕ seguía subiendo, dando vueltas. Ahora ya no se abanicaba. Los niños, creyendo que era juego, le tiraban palitos. Los demás se refan; pensaban que iba a bajar de nuevo, que solo estaba dando demostración de sus poderes.

Pero Peribo-riwĕ ya iba alto. Entonces los hombres comenzaron a juntarse en el patio; apuntaron con sus arcos y flechaban. El seguía subiendo, dando vueltas. También lo flechaba Pokoihibĕma-riwĕ, pero no podía acertarlo. Los Atamari también vinieron a flecharlo, pero tampoco acertaron.

Suhirina-riwĕ seguía acostado, tranquilo, mirando para arriba. No se apuraba. Estaba acostado como *waiteri*. Los viejos ya estaban comentando:

—¿Por qué no lo flecharon cuando estaba bajito? Ahora ya está muy alto. Peribo-riwë se escapó. Nadie más lo va a agarrar.

En eso, Suhirina-riwë se bajó del chinchorro, cogió su arco y sus flechas, se puso a mirar hacia arriba y dijo:

—¡*Asiëëënnn!* ¿Por qué no le tiraron cuando estaba bajito? Ahora está muy alto.

Entonces jaló la cuerda del arco. La encontró floja y la templó. Le dio unos tirones: *¡pau, pau, pau, pau!* Todo eso hizo para que nosotros aprendiéramos a templar nuestros arcos antes de disparar la flecha. Si no acertamos, es porque tenemos el arco flojo.

Después Suhirina-riwë miró arriba. Apuntó con una flecha de punta *rahaka*. Peribo-riwëno se movía más; estaba acomodado en su sitio, en el cielo, y miraba hacia abajo. Suhirina-riwë soltó la flecha... ¡*Tahhhhh!* Le había pegado en el pecho, allí donde tenía la tetilla. Todos gritaron:

—¡*Aaaiiii!*

En seguida, de la herida comenzaron a caer gotas de sangre. Aquí, allá, en todas partes gotas de sangre. Cada gota que caía se transformaba en un yanomamo nuevo. Yanomamos en todas partes, yanomamos *waiteri*. Peribo-riwë se fue quedando sin sangre, sin fuerza, jipato; así fue bajando poco a poco hacia el borde de la tierra. Allá se transformó en un cerro alto, que llaman Peribori-maki, lejos, lejísimo, donde ni siquiera los *napë* viven. Allá viven los Yai. Así murió Peribo-riwë. El peribo de ahora no es el cuerpo de Peribo-riwë; es su no porebí. Por eso es malo: se lleva el alma de los niños; éstos fácilmente se mueren.

Ese mismo día en que flecharon a Peribo-riwë, Suhirina-riwë y su familia se convirtieron en esos alacranes, que son pequeños pero pican duro; Pokoihibëma-riwë y su familia se transformaron en esos alacranes grandes. Los Atamari se fueron a vivir sobre los palos del monte y quedaron transformados en esos hongos. Los demás yanomamos de entonces se transformaron en zamuros y volaron a las matas cercanas; los que eran gente grande y buenos *xapori* se convirtieron en zamuros reales; volaron alto, se perdieron entre las nubes.

Pero de la sangre de Peribo habían nacido solo hombres. No había mujeres. Por eso aquellos hombres tenían como mujer los huecos de los árboles y el ano de sus compañeros. Faltaban, pues, mujeres de verdad, para que aumentara la gente.

Xiapoko-riwë era un yanomamo de los nuevos. A él venían otros hombres para eyacularle detrás; pero él decía:

—No me ensucien mi ano. No quiero. Déjenme tranquilo.

Pero los hombres no lo dejaban. Como estaba cansado de eso, se puso a pensar y le dijo a Kanabo-riwë:

—Voy a hacerme un hueco en la pantorilla a ver si crío mujer, para que esos animales no me ensucien más y me dejen tranquilo.

Entonces, mediante su poder, se hizo un hueco en la pantorilla y en seguida Kanabo-riwë eyaculó adentro. La pierna se fue hinchando, hinchando, como la barriga de una mujer preñada, y pronto salió una niña. Era la primera mujer de estos nuevos yanomamos. Se llamó Kanabori-yoma, por el nombre de su padre. Kanabo-riwë se la dio a un hombre para que la tuviera como esposa. Después nacieron dos niñas más, que fueron esposas de otros dos hombres. De esas mujeres aquellos hombres fueron teniendo otras niñas, que se casaron con los demás hombres. Pronto todos los yanomamos tuvieron mujer y así, fue aumentando la gente.

Xiapoko-riwë, de vergüenza por el hueco que le quedaba en la pierna, se fue al monte y allá se transformó en ese pájaro que ahora llamamos *xiapokoromü*.



A continuación referiremos otro mito trascendental, el del demiurgo Omawë.

Omawë fue *no-patabi* tan importante como Peribo-riwë, que dio la vida a los actuales yanomamos, y a Porehimi, que enseñó el cultivo del plátano.

Omawë tuvo un nacimiento anormal y anormal fue su crianza. Sin embargo, creció lozano y talentoso, llegando bien pronto a ser el inventor de muchas cosas.

Un día, por ejemplo, comió pescado y tiró las espinas al río: de las espinas se originó toda la inmensa variedad de peces que existen. Sabía tejer guapas: un día puso una en el río y esta comenzó a navegar; quedaba así inventada la primera raya. Otra vez hizo un sebucán y lo dejó caer en el agua: de allí salió la primera anaconda. En otra ocasión se enfureció con un hombre, lo desolló y lo arrastró al agua: ese fue el primer temblador.

Yoawë es hermano mayor de Omawë; pero no posee el talento de éste; es torpe y malo: echa a perder todo lo bueno que hace su hermano menor.

17
MITO OMAWE

En aquel tiempo antiguo vivían los *no-patabi*. Todos eran hijos y nietos de la sangre de Peribo-riwë. Así era Omawë, el que nos ha enseñado muchas cosas a los yanomamos. Era hijo de Poapoama. Poapoama era hija de Kohararo-riwë y de Mamokori-yoma. Kohararo-riwë y Heïmi-riwë eran los jefes de aquella gente.

Omawë era, pues, nieto de Mamokori-yoma. También Ira en aquel tiempo era gente; él también era nieto de Mamokori-yoma. Cuando Omawë estaba todavía en el vientre de su madre, Ira se comió a Poapoama; pero el feto no se lo comió. Lo agarró entre sus manos. Hacía *kari, kari*. Así se lo llevó a Mamokori-yoma y se lo dio.

—Tómalo, abuela— le dijo.

La vieja lo agarró, lo metió en una *hapoka*, lo tapó con una guapa para que nadie lo viera. En esa olla lo fue criando. Omawë creció ligero. Pronto llegó a ser hombre.

Omawë tenía otros dos hermanos. El mayor se llamaba Yoawë.

A aquella gente de entonces le gustaba mucho el pescado. Un día Yoawë salió a pescar. Cuando regresó, estaba bravo. Omawë estaba enyopado, cantando; cuando vio a su hermano, le preguntó:

—Yoawë: ¿por qué estás bravo?—. Lo llamaba con su nombre para que los *napë* aprendieran a llamar a sus hijos por su nombre. Y le dijo:

—¿Será que estás bravo porque no pescaste nada?

Yoawë no contestó. Omawë le volvió a preguntar y entonces si contestó:

—¡Cállate la boca! Estoy bravo.

—¿Por qué?

—Estoy bravo porque, mientras estaba pescando, vi dos muchachas bellísimas, de cabellos largos, que salieron del agua y se quedaron mirándome. Entonces yo jalé mi pescado, pero se cayó junto a ellas y no fui capaz de ir a buscarlo.

—¿Por qué no copulaste con ellas?— le dijo Omawë. —¿Solo por eso viniste bravo? No supiste aprovecharte de las muchachas...

Al día siguiente Omawë quiso ir con Yoawë a aquel mismo caño para ver si salían aquellas mujeres bonitas. Omawë quería traerlas: una para cada uno. Llegaron. Se sentaron en la orilla. Una mujer no se hizo esperar: salió del agua. Era bonita, de cabellos larguÍsimos. Pero una sola.

Omawë quedó enamorado. Sin más la agarró y se la trajo a su casa.

—Así tenías que haber hecho tú— le dijo a Yoawë.

—Tú solo fuiste a mirarla. Ahora sí tengo una mujer bonita.

Esa mujer era hija de Rahara-riwë y se llamaba Kamanae-yoma. Un día Omawë le dijo a su esposa:

—Quiero comer mi pescado con casabe. Vamos al conuco para que arranques unas yucas.

Fueron. Omawë se paró frente a una ceiba y dijo:

—Esta es la mata. Saca sus raíces para que hagas casabe.

—Esta no es yuca— dijo su mujer. Es una ceiba.

—No, es yuca— dijo Omawë. —Yo he comido casabe de esta yuca.

La mujer insistió, pero de nada le valió. Al fin tuvo que ponerse a cavar hasta sacar una raíz enorme de aquella mata. Con la raíz volvieron a la casa. Kamanae-yoma se puso a rallar aquella raíz de palo. Después hizo casabe. El lo comió. Ella, no. Era muy duro; tenía un sabor muy malo.

Rahara-riwë había quedado bravo con Omawë. Por otra parte su hija Kamanae-yoma no estaba contenta de vivir con Omawë. Estaba cansada de ver a su marido comiendo casabe de ceiba. De esa mujer Omawë tuvo una hija bellísima. Creció ligero.

Para variar, la gente de Omawë iba a veces de *wayumí*. Una vez, mientras Omawë estaba en su tapirí, se le presentó un hombre llorando y pidiendo mujer. Era *Yarimi-riwë*. Era un hombre *pexari*. Ahora quería a la hija bonita de Omawë. Al fin, como Omawë era bueno se la dio. Pero vean lo que pasó.

Cuando Yarimi-riwë fue a copular con su nueva mujer, la vulva de ella le mordió el pene. Es decir, Kamanae-yoma se había metido adentro un caribe hambreado, y éste se comió lo primero que le vino. El hombre enseguida echó a correr, gritando, lleno de dolor:

—¡*Ko, ko, ko!*

Mientras corría se fue encaramando en un árbol y arriba se quedó, convertido en mono blanco. Omawë lo seguía con su vista y lo indicaba con su dedo, diciendo su nombre, para que su gente lo conociera:

—¡*Hoaxi-kë-ka! ¡Hoaxi-kë-ka!*

Cuando volvieron de *wayumí*, Omawë volvió a pedir que le hicieran casabe de ceiba. Kamanae-yoma estaba cansada de rallar palo y, un día, le dijo a su marido.

—Ustedes comen pura raíz de ceiba. Eso no es casabe. Vamos a casa de mi papá para que conozcan la planta con que se hace el casabe verdadero.

¡Ya verán qué sabroso es el casabe de yuca para acompañar el pescado!

Omawë aceptó y, al día siguiente, él, su esposa y su hermano se encaminaron rumbo a la casa de Rahara-riwë. Este estaba todavía bravo porque Omawë le había robado la hija. *Xiri*, llegaron. Rahara-riwë no les dio de comer. Al otro día, Kamanae-yoma le dijo a su padre:

—Papá, yo voy a pasear a mi marido y a su hermano por tu conuco para que vean las matas que tú cultivas.

—¡*Xiiiiaa!* Vayan, pues.

Eso dijo Rahara-riwë, porque ahora quería vengarse. Mientras ellos iban al conuco, él se enyopó. Tomó mucho yopo. Como tenía gran poder sobre el agua, hizo que la laguna creciera, creciera. Todavía hoy en día es Rahara quien hace crecer los ríos.

Omawë llegó con su esposa al conuco de Rahara-riwë.

—Mira esta mata— le dijo la esposa, mostrándole una. —Se llama yuca dulce. Sus raíces son muy buenas para comer.

Después le mostró otra mata, sacó una raíz grande y se la mostró, diciendo:

—Mira. Esta es yuca amarga. Con ella se hace casabe. La yuca es blandita para rallar y tú me haces rallar raíz de ceiba.

Omawë quedó asombrado; ni siquiera podía hablar al ver todas aquellas matas de yuca. Pero en eso se le fue la mirada hacia la orilla del conuco y vio que venía agua, agua, agua, mucha agua.

—¡Mira— dijo asustado a su esposa, —viene agua!

Kamanae-yoma sabía quién estaba mandando el agua. Agarró a Omawë por un brazo y le dijo:

—¡Vámonos! ¡Salvémonos!

Corrieron a la casa de Rahara-riwë. Entraron. Pero el agua venía inundando, rápidamente, todo. Iba entrando también en la casa de Rahara-riwë. Entonces, sin que Omawë y Yoawë se dieran cuenta, Rahara-riwë se salió de la casa e hizo salir a su hija. Omawë y Yoawë se quedaron adentro y Rahara-riwë tapó la salida. El agua iba creciendo, creciendo. Omawë y Yoawë nadaban; ellos sabían nadar; pero lloraban desesperados. Tenían miedo de morir ahogados. Rahara-riwë los miraba por las rendijas, riéndose, sin compasión. Cuando el agua llegó al techo, Rahara-riwë hizo un boquete y miró adentro. Ya no veía a Omawë ni a Yoawë. Pensó que seguramente se habían ahogado.

Pero la cosa no era así. Como Omawë también tenía poderes, él y

su hermano se habían transformado en esos grillos que nosotros llamamos *kirikirimi*. Se habían escondido en un pedacito de techo que no estaba inundado. Allí esperaban que bajara el agua, calladitos mirando abajo.

Entonces Rahara-riwë, creyéndolos muertos, hizo que el agua bajara; solo un poco. Quedó pasmado al ver que en el medio de la casa estaba Omawë y Yoawë, parados, mirándolo como gente. Entonces volvió a hacer crecer el agua; pero los dos hermanos volvieron a transformarse en grillos. Así se salvaron de nuevo. Rahara-riwë volvió a inundar otra vez más. Omawë y Yoawë siempre se salvaban. Cuando hizo bajar el agua, Omawë y Yoawë estaban en la casa vueltos personas. Entonces Rahara-riwë entró con su hija y su gente. Ahora era Omawë el que estaba bravo. Esa misma tarde le dijo a su esposa.

—Aquí quieren hacemos morir ahogados. Vámonos para la casa.

Se fueron. *Xiri*, salió del hombre; *xiri*, salió la mujer atrás; *xiri*, su hermano. Rahara-riwë no les había dado ni una yuquita. Omawë iba bravísimo por el camino. Le dijo a su esposa:

—¿Por qué será que tu padre me quiso matar ahogado?— Y la regañó duramente. La mujer seguía atrás, llorando.

Llegaron a su *xapono*. Allí los dos hermanos dijeron:

—Vamos a vengarnos.

Al día siguiente se soplaron mucho yopo. Querían convertirse en *hékura* que vuelan, para ir a castigar a Rahara-riwë. Subieron al cielo e hicieron *himou* con Motoka-riwë, para que él hiciera secar toda el agua de la tierra. Era la primera vez que los yanomamos subían al cielo. Nadie antes había tenido ese poder. Nadie había descubierto el camino que lleva a Motoka-riwë. En aquel tiempo llovía todos los días.

Bajaron. Muy pronto vino el verano, bravo, caliente, y se secó también la laguna donde vivía Rahara-riwë. Tenía sed su gente; lloraban. El tenía todo el cuero arrugado de tanta sed que sufría.

Pero también los hijos de Omawë y de Yoawë sentían sed y lloraban. También sus mujeres lloraban pidiendo agua. Omawë regañaba a su esposa, diciendo:

—Mira, yo iba a dejar a tu padre que se muriera de sed, porque él quiso que yo me ahogara. El fue que me puso bravo; por eso tenía que castigarlo. Pero ahora, como también mi hijo se está muriendo de sed, voy a hacer que el agua vuelva a aparecer. Voy a sacar agua de abajo. Así podrá beber tu hijo, tú y tu padre.

Entonces Omawë se fue con su familia hacia las cabeceras del Xukumîna-këu. Allá se acostó en el suelo, por aquí, por allá, para escuchar si había agua debajo. *Tup... tup...* oía que hacía el agua, de tanta que había debajo. Donde oyó que había más y sonaba muy cerca, cogió su *xirimo* y lo clavó en el suelo.

Cuando sacó el *xirimo*, el agua salió en seguida. Salfa, salfa...
-Ven a beber- le dijo Omawë a su hijo, -para que no llores más.

El niño corrió a beber: *wïu, wïu, wïu...* Después bebieron todos los demás que estaban por allá. Y, en seguida, Omawë volvió a tapar el hueco.

Lejos de allí, en ese momento, Rahara-riwë estaba bebiendo su orina, muerto de sed. Lloraba, lloraba con su gente. Entonces Omawë le mandó a Kamanae-yoma para que lo llamara. Rahara-riwë vino. Omawë abrió de nuevo el hueco, volvió a salir el agua y Rahara-riwë pudo beber: *wïu, wïu, wïu...*

Cuando Rahara-riwë terminó de beber, el chorro salió más fuerte. Había agua que llegaba hasta el cielo y allá se quedaba. Esa agua es la que cae ahora cuando llueve. La otra agua iba saliendo e inundando todo alrededor, cerca, lejos, toda la tierra. El agua se iba y volvía. Cuando volvía, gritaba:

-¡*Naiki, naiki!*

Por eso el agua tragaba gente, comía a los yanomamos. De los huesos de esa gente comida se formaban peces. Casi todos se murieron. Pero unos cuantos yanomamos echaron a correr, a correr, y llegaron a la cumbre de un cerro que se llama *Mayo-keki*. El agua subía detrás de ellos; ya iba alcanzando aquella cumbre; gritaba:

-*Naiki, naiki!*

Allá los *xapori* brujeaban. Pero el agua subía. Entonces uno de ellos dijo:

-Tirémosle una vieja para quitarle el hambre.

Aquellos yanomamos agarraron a una vieja que estaba con ellos y la zumbaron al agua. La vieja desapareció. El *motu-këu* la había devorado. Por eso enseguida el agua fue bajando, bajando. Llegó a verse solo lejos, lejos, dejando todo seco, hasta donde no pudo bajar más. Allá es donde los *napë* llaman "mar". Aquí solo quedaron ríos grandes por donde bajaba el agua que salfa de la tierra. Y quedó una laguna, Akrawa, donde se puso a vivir Rahara-riwë.

Entonces Omawë se fue con su familia caminando, a ver cómo había quedado la tierra. Recogía los peces muertos y los comía. Donde echaba las espinas, se formaban caños, ríos. Por ahí iba, inventando cosas. Como ahora ya no le gustaba la primera mujer, fue adonde estaban los yanomamos que se habían salvado y le robó la hija a Maroha-riwë. Esta era muy bonita. Le gustaba más que la otra. Se llamaba Hauyakari-yoma. Con ella y con su gente Omawë volvió a las cabeceras del *Xukumina-këu*. Allí hizo *xapono* y vivió algún tiempo. También hizo *reahu* y convidó a los demás yanomamos vecinos. Como por allá había mucho cunurí, mandó que recogieran muchos mapires. Así enseñó que se podía hacer *reahu* también de otra cosa que no fueran los plátanos.

En aquel *reahu*, mientras estaba haciendo *hauhaumou*, su hijo, un niño que se llamaba Horeto-riwë, jugaba con otros niños en el *sipo*. De repente, el niño oyó unos pájaros que cantaban así:

—¡Siieke-ke-ke-ke, kea, kea! —, En seguida el niño se asustó y corrió a avisar adentro. Era la primera vez que oía un pájaro semejante. Dijo:

—Papá, allí viene gente que nos quiere desollar.

Omawë interrumpió su *hauhaumou* y corrió a ver.

—¿Dónde, dónde?— preguntó.

¡Siieke-ke-ke-ke, kea, kea!

También Omawë se asustó y corrió dentro del *xapono*. Llamó a Yoawë y le dijo:

—Hermano, escapémonos de aquí. Por allí viene gente que quiere desollarnos.

En seguida se hicieron el tirulo, se lo metieron en la boca, cargaron sus mapires de cunurí y se fueron. Los otros yanomamos recogieron sus mapires y se fueron hacia otro lado, hacia arriba, y son la gente que ahora nosotros llamamos *Waika*.

Omawë fue caminando con su familia por la orilla del *Xukumina këu*, bajando, bajando. Por la tarde hacían sus tapirís, comían cunurí y dormían. Al día siguiente volvían a caminar. Los tapirís que dejaban atrás con el tiempo se convirtieron en peñas. Todavía ahora se ven esas peñas. Por ese camino Omawë flechó una danta y también ella se convirtió en piedra. Allá está como recuerdo. Yo la vi, monte adentro. Caminando, Omawë echaba semillas de cunurí y, donde caían, iban retoñando para que las recogieran después los yanomamos. Cuando él comía cunurí, se le caían boronas; éstas se transformaban en *abru*, esos bichitos que comen excrementos.

Omawë siguió lejos, durmiendo muchas noches, pasando muchas lunas. Allá lejos se quedó con su familia y, de su gente, se formaron los *napë*. Los hijos aprendieron a hacer *matohi*: machetes, hachas, ollas, tela... Si no fuera por Omawë, hoy los *napë* no existirían.

Nosotros, los yanomamos de ahora, descendemos de aquellos que se salvaron en el cerro Mayo-kekí.

* * *

Respecto a este mito fundamental de la cultura yanomama debo apuntar que, cuando llevé a Caracas por primera vez a algunos Iyëwei-teri y los acompañé al litoral para que vieran el mar, el cacique se mostró muy satisfecho de poderlo admirar y me confirmó:

—¡Qué grande es el motu-këu! Al otro lado vive Omawë con su gente.

Aproveché la ocasión para explicarle que yo había precisamente nacido al otro lado de ese mar y que allá vivía mi familia. Entonces él, viendo confirmada su teoría, me esbozó una sonrisa de congratulación y proclamó su gran descubrimiento:

—Pare Koko: tú eres descendiente de Omawë y Hauyakari-yoma. ¡Qué bueno!

En abril de 1972 el capitán y otros indios Iyëwei-teri fueron invitados por VIASA a presenciar el bautizo del Jumbo Jet "Orinoco"; como postre... la compañía aérea nos brindó a dos de ellos y a mí un viaje a Roma. En esa ocasión fuimos a visitar al *gran xapori* de los *napë* (el papa); luego visitamos algunos monumentos romanos. Frente a las ruinas imperiales el cacique Iyëwei-teri manifestó:

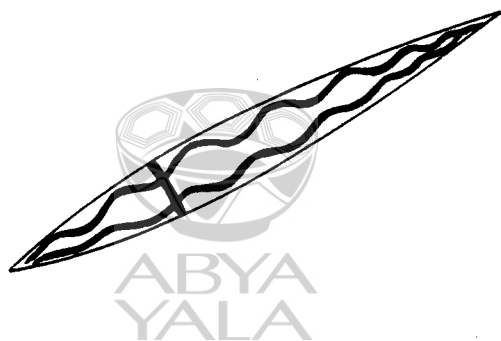
—¿No ves?

Estas son las casas que antiguamente hizo Omawë...

* * *

He transcrito lo que me han contado los indios. Quedan otros mitos y otras doctrinas. Los estudios de Chagnon y Lizot seguramente aportarán a este respecto datos nuevos muy interesantes. Y... quedará siempre, como en todo estudio, algún resquicio esotérico, aliciente para que la posteridad, si dispone de más tiempo que nosotros, siga investigando y se acerque más al meollo de la arcaica pero fecunda cultura yanomama.

TERCERA PARTE



Juan Finkers

1

MITO DEL CONUCO

Hauyapiweitheri Pokorami

Cierta día, y de esto hace ya muchísimos años, *Hōrōnamī* sintió hambre y se fue al monte a buscar comida. Dio vueltas y más vueltas, pero no logró encontrar alimento. Estaba muy cansado y casi desanimado cuando oyó un ruido, algo como pasos que se acercaban. Se escondió detrás de un enorme árbol y vio a *Pore* que venía con muchas frutas a la espalda: esas frutas le eran desconocidas.

Hōrōnamī salió de su escondite y preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy un hombre, contestó *Pore*.

—Y eso que llevas a la espalda, ¿qué es?

—Mira, esto se llama *kuratha* (plátano) y es muy sabroso. Toma uno.

Hōrōnamī abrió la fruta para ver las semillas y vio algo negro en el corazón de la fruta.

—Y la semilla ¿dónde está?

—No, estas frutas no tienen semillas.

—¿Y cómo se hace para sembrarlas?

—Escucha: primero debes buscar un terreno con tierra muy buena, la limpias bien y después la quemas. Cuando está todo listo vas a buscar los hijos de plátanos, haces huecos, metes la mata dentro y tapas bien a los lados. Las matas crecen y dan muchas frutas.

—¿Por qué no me das unas matas?

—No quiero, vete por donde has venido, que yo me voy también.

Hōrōnamī era muy listo, fingió irse, pero se escondió y fue siguiendo a *Pore*. Después de caminar un buen tiempo llegó a un conuco grande, donde estaban los plátanos de *Pore*. Como nadie lo veía robó hijos de plátanos de las variedades que allí había: *pareamī*, *ekoema*, *tate*, *pashopokowē*... No pudo llevar todo lo deseado porque las matas pesaban.

Al llegar a su casa hizo como había dicho *Pore* y sembró las matas que tenía.

Hōrōnamī era un gran shamán: sopló y todo su conuco se llenó de plátanos con frutas ya hechas. Llamó a su mujer *Harikariyoma* y le dijo:

-Vamos a ver mi *kuratha* (plátanos).

-¿Qué es *kuratha* ?, dijo su mujer.

-*Kuratha* es una cosa bien sabrosa.

Hōrōnami sacó unos plátanos y comió para probar si eran buenos. Después se fue a cazar báquiro.

Cuando regresó llamó a toda la gente para hacer *reahu* (fiesta) y comer carne con plátanos.

Así aprendieron los Yanomami a cultivar conuco y tener los plátanos.



2 MITO DE LA YUCA

Monouthëri Raemawë

Un día *Yoawë* fue a pescar. Al principio sacó unos pescaditos, pero después no agarró nada. Buscó unos nidos de comején y los arrojó al agua, como cebo. Continuó la pesca y tuvo suerte: pudo sacar algunos pescados más.

Estaba ocupado en limpiar los peces, cuando apareció por allí en el agua la bellísima *Hokotoyōma*, hija de *Rahararithawë*. Quiso atraparla, pero la mujer era viscosa y por añadidura le mordió. Se escapó y no apareció más.

Se regresó a su casa muy bravo por habérsele escapado la muchacha.

Puso los peces en la candela y se acostó en su chinchorro con el brazo debajo de la cabeza, como suelen hacer los Yanomamí cuando están muy bravos. Se olvidó de los pescados: se quemaron. Llegó la noche y, a pesar de que su hermano *Omawë* estaba presente, no se hablaron.

A la mañana siguiente *Omawë* le dijo:

—*Wërishe*, ¿por qué regresaste anoche tan bravo de la pesca?

—Por haber dejado escapar una hermosa mujer que apareció en el agua.

—¿De verdad?

—Así es.

Salieron los dos hermanos con rumbo al lugar del episodio.

—Aquí, dijo *Yoawë*, aquí apareció la mujer.

Entonces *Yoawë* se transformó en *ehūwami*, gallito de las rocas, y comenzó a volar de un lado a otro para ver si localizaba a la mujer en el agua. La mujer vio al pajarito y gritó:

—Nariz fea, nariz fea.

Entonces *Yoawë* se cambió en *irohewë* (pajarito tangara). Ella al verlo, gritó:

—Cabeza amarilla, cabeza amarilla.

Ante el fracaso, *Yoawë* se transformó en *kuyama*, un grillo, y se escondió en la arena de la playa.

Omawë se transformó en *ushuwimi*, un pajarito bonito, tangara de siete colores.

Cuando la mujer vio tal preciosidad salió del agua y llamando a su papá le dijo:

–Papá, voy a agarrar mi *tanie* (animalito mascota).

–Agárralo, le replicó el papá.

Se fue detrás del pajarito y, cuando estaba para darle alcance, *Kuyuma* (*Yoawë*), que estaba a su espalda, recobró su forma de hombre y entre los dos sacaron a la mujer del agua.

Hoashiriwë, que era yerno de *Omawë*, había contemplado todo y le vino mucho deseo de tener a la mujer.

Una vez colocada la mujer en la playa comenzaron a limpiar su piel, que era muy viscosa. Pudieron ver su vagina llena de peces con terribles dientes. Los dos hermanos sacaron los peces con anzuelos. Por su parentesco con *Hoashiriwë* dejaron que éste copulara con la mujer. Estaba haciendo el amor cuando su pene fue cortado por el mordisco de un pez, que aún quedaba en la vagina. *Hoashiriwë* gritaba de dolor y sangraba profusamente. Se fue corriendo, desapareció, y nunca más se ha visto.

Omawë y *Yoawë* sacaron los últimos peces y sucesivamente hicieron el amor con la mujer.

Omawë llevó la mujer a su casa.

Un día le mandó a la mujer que raspara yuca (en realidad se trataba de unas raíces de ceiba).

–Esto no es yuca, dijo la mujer; esto es raíz de ceiba. Mi papá tiene verdadera yuca, que es muy sabrosa; es una mata bonita con hojas tiernas y bien grandes.

Mandaron a *Hokotoyōma* a buscar yuca, con el encargo de traer algunas matas para sembrar ellos.

Ella se marchó, pero antes de salir les advirtió:

–Estad atentos y con mucho cuidado. Cuando yo saque la yuca del suelo la tierra va a temblar y sonará como un trueno.

–Dile a tu papá que venga él también, fueron las últimas palabras.

Partió. Al poco tiempo, cuando la mujer arrancó la yuca, sonó duro, como el trueno.

–Tenemos que tener mucho cuidado, se dijeron asustados.

Hokotoyōma hizo la invitación a su padre. *Rahararithawë*, que todavía estaba muy bravo con *Omawë* por haberle robado la hija, aceptó. Cada paso que daba: bon, bon, bon... Como era un gran shamán, mandó

mucha agua hacia la casa de *Omawë*. La casa se llenó de agua, se apagó el fogón y subió hasta el techo.

Yoawë se transformó rápidamente en *kuyuma* (grillo), y *Omawë* en *kopatashima* (chiripa) y se escondieron en el techo.

Raharatithawë venía con la intención de matar a los dos hermanos, pero no los pudo encontrar y se fue.

Mientras tanto *Omawë* empezó a hablar con *Motoka* (el sol), para que quitara el agua. Toda la tierra se secó. Poco a poco empezaron a salir las piedras. *Motoka* se puso encima del río y éste también se secó. *Rahararithawë* lloraba de tanta sed que tenía, buscaba agua por todas partes, pero no pudo encontrarla. Comía tierra húmeda, comía excrementos de danta.

Por los lugares que recorrió buscando agua viven hoy los pajaritos *suhaream*.

De esta manera los dos hermanos encontraron *nashi koko* (la yuca).



3
MITO DEL MAIZ

Hakokoiwë

Fue *Popomariyoma* la que se perdió en el maíz.

Koyeriwë estaba haciendo conuco y trabajaba mucho.

Su mujer estaba con él. Llegó *Popomariyoma* y su hija le preguntó: "Mamá, mamá, ¿por qué vienes aquí?"

—He venido para sacar maíz.

—Entonces ve a sacar maíz más allá, dijo su yerno.

Ella se fue buscando y decía: "tan chiquito todavía" y entraba más en el maizal. Siguió buscando y siempre decía: "tan chiquito".

Entró más y más hasta que se perdió y se transformó en pájaro.

Ya era tarde y *Koyeriwë* dijo a su mujer:

—Llama a tu mamá, pues nos debemos ir.

—Mamá, mamá, ven, que ya es tarde, llamó ella.

Pero la mamá no contestaba. Se estaba ocultando el sol y ella seguía llamando.

Por fin la mamá contestó con voz de pájaro, y decía:

—Po, po, po.

La hija empezó a llorar, pues su mamá se había transformado en pájaro *popomari*, un hormiguero.

Raemawë

Koyeriwë se fue a tumbar conuco. Quería tener un conuco muy grande. Trabajó y cuando tuvo un pedazo listo vio que salía maíz. No se detuvo; siguió trabajando cada día un pedazo, y cuando estaba listo salía maíz.

Por fin el conuco era muy grande. Terminó y vio como todo el conuco tenía el bonito color verde del maíz. El primer trozo que tumbó ya tenía el maíz grande; el otro, un poco más pequeño; el otro, más pequeño. Siempre había maíz creciendo. Y así es como deben hacer los Yanomami para tener siempre maíz para comer.

Cuando el primer maíz de *Koyeriwë* estuvo grande, llamó a su suegra y le dijo:

–Saca un poco de maíz para comer.

Ella se fue y cuando ya estaba dentro del conuco, se dijo: "Aquí está todavía tierno", y siguió más adentro, de un lado para otro, hasta encontrar el más grande. Adelante, adelante, hasta que se perdió en el inmenso conuco de *Koyeriwë*.

Como tardaba en regresar, la hija fue en su busca y gritaba:

–*Nape, nape, nape* (mamá, mamá, mamá). Por fin ella contestó:

–Po, po, po.

La hija se dio cuenta de que su mamá se había transformado en el pajarito *popomari*, y se regresó a su casa llorando.

Su mamá quedó para siempre como *popomari* en el conuco.

Y el maíz sigue creciendo como antes.



MITO DEL PIJIGUAO

Juan Irowë

"Los *Ayëkorarithëri* fueron los primeros que comieron pijiguao. También fueron los primeros que hicieron fiestas con dicha fruta.

Hayariwë tenía un yerno que se llamaba *Ayëkorariwë*. *Ayëkorariwë* estaba casado con la hija de *Hayariwë*.

Hayariwë llamó a su hija y le dijo:

–Hija, vaya a buscar pijiguao con su marido.

Entonces la hija de *Hayariwë* dijo a su marido:

–Mi papá me ha mandado a buscar pijiguao.

–Bueno, vamos.

Y los dos se fueron. Oyeron gritos y *Ayëkorariwë* dijo a su mujer:

–Escucha esos gritos: son de mi gente que hacen fiesta de pijiguao.

Por fin llegaron a un sitio y la hija de *Hayariwë* dijo:

–Mira aquí, estos son los pijiguaos.

–Esto no es pijiguao, esto es manaca. Tú no sabes lo que es pijiguao.

Vamos allá donde está mi papá, él tiene el propio pijiguao.

Entonces se fueron al conuco del papá de *Ayëkorariwë*.

–Mira, esto es pijiguao, míralo bien.

Y sacaron mucho. Dijo a su mujer:

–Lleva también una hoja para que tu papá pueda conocer la mata.

Cuando llegaron a su casa la muchacha dijo a su papá:

–Mira, papá, éste es el propio pijiguao; lo que comíamos nosotros era manaca.

Hayariwë, entonces, se puso muy bravo. Agarró una concha de caracol y se cortó su pantorilla y raspó toda la carne de sus piernas hacia arriba. Después empezó a correr y se transformó en venado. Su hija también empezó a correr, pero su marido *Ayëkorariwë* pudo agarrar a su mujer a tiempo".

5
MITO DEL TABACO

Paruriwë

Hõrõnamì caminaba por el monte y encontró a *Hëshoriwë* comiendo guama subido a un árbol. Lloraba mucho.

—¿Por qué lloras?

—Porque me falta el *moshimari* (así llamó al tabaco).

—Dame unas guamas.

Le pasó algunas a *Hõrõnamì*. Este las miró, hizo un huequito en las pepas y les metió curare. Por eso hoy hay gusanos en estas pepas.

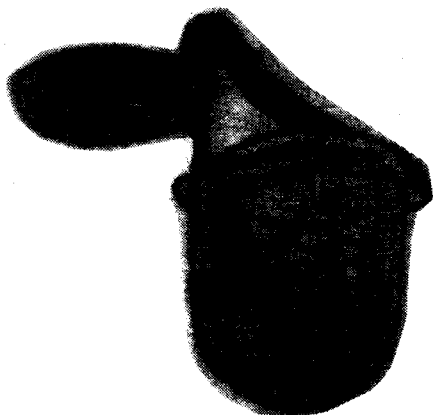
Mientras tanto *Heshoriwë* seguía llorando.

Hõrõnamì puso una mascada de tabaco sobre el mango del hacha de piedra, que estaba en el suelo.

—*Hëshoriwë*, mira lo que hay en el mango de tu hacha.

Miró y bajó enseguida: se encontró con el rollo de tabaco. Lo metió en la boca y comenzó a marearse. Todo daba vueltas en torno suyo, se agitaba cada vez más y gritaba; escupía la saliva que llenaba su boca donde caía la saliva salían matas de tabaco, que crecían bonitas.

Desde entonces los Yanomamì tienen el tabaco.



6 ORIGEN DEL CURARE

Pokorami y Hoariwë

Algunos Yanomami dicen que fue *Omawë* quien hizo el curare. No es verdad. *Omawë* hizo muchas cosas para los Yanomami, como los peces, las culebras, rayas y muchas más cosas. Una culebra mordió a *Yoawë* y él gritaba de dolor, pero *Omawë* sopló y brujéo, para explicar a los Yanomami cómo deben hacer cuando los muerde una culebra.

Omawë hizo también la primera punta de flecha. Flechó un venado que se fue gritando: "No me voy a morir, no me voy a morir". Esto mismo deben decir los Yanomami a su gente cuando es flechada: "No se preocupen, quédense tranquilos, no me voy a morir".

Omawë era bueno, enseñó muchas cosas. *Yoawë* también enseñó diversas cosas: cómo deben ponerse bravos con las mujeres cuando ellas se portan mal.

Mucho tiempo después de *Omawë* vivió *Hōrōnami*, con su hermano *Hutumiri*. En este tiempo todos los animales y pájaros eran Yanomami.

Hōrōnami era un gran shamán. Se la pasaba pensando cómo hacer cosas buenas para su gente. Un día llamó a *Ripuhusiriwë* y dijo: "Vete al monte y busca una liana con un color oscuro; sus ramas crecen hacia abajo. Tráeme unos pedazos de esa liana". Era la liana *mamokori*.

Ripuhusiriwë se fue al monte y trajo la liana. *Hōrōnami* raspó la corteza de esta liana, la dejó secar encima del fogón y la mezcló con corteza de *ahakama kēki* y *yoawë sihi*. Lo preparó todo bien fino. Se fue a buscar hojas de *miyōma* y con ellas hizo un embudo. Metió la mezcla dentro y echó agua caliente, primero un poquito y después más. El líquido que salía era muy oscuro y amargo, y lo recogió en una totuma. Después, con un palito, impregnó las puntas *pei namo* y dejó que se secaran al fuego.

7
HŌRŌNAMI

Hakokoiwē

Fue *Hōrōnami* quien hizo, hace mucho tiempo, la noche. Antes no había noche, siempre era de día. También se dormía de día, porque nunca venía la noche.

Un día cuando *Hōrōnami* estaba durmiendo, los hombres hacían muchas groserías con las mujeres en la casa. Todos podían verlo porque no era oscuro, no había noche.

La mujer de *Hōrōnami*, que vio todo esto despertó a su marido.

Decía: "No duermas; debajo de tus párpados están haciendo mal, muy mal. Porque duermes no ves que están haciendo mal".

Hōrōnami no dijo nada. Se levantó, agarró su cerbatana y se fue a ver donde estaba la noche. Y encontró a *Titiri* (un paujé grande blanquinegro). Se preparó para disparar. Disparó y se cayó *Titiri*, el pájaro negro y grande, y al mismo tiempo se hizo la noche. La noche llegó rapidísima, una noche muy oscura. El gritaba y gritaba, hasta que desde muy lejos contestó uno. Era *Pomoyowē* el que contestaba a *Hōrōnami*. Después, cuando lo encontró, llevó a *Hōrōnami* a su casa.

Pomoyowē dio comida a *Hōrōnami*: una especie de fruticas, pero no eran fruticas, eran garrapatas. *Hōrōnami* engañó a *Pomoyowē*: simulaba llevar las garrapatas a la boca, pero las dejaba caer. *Pomoyowē* dio su hija a *Hōrōnami*: "Marido de mi hija, tómala".

Volvió la noche. *Pomoyowē* dijo a su hija: "Abrazalo, abrazalo". Y ella abrazó a *Hōrōnami*.

Su papá y su mamá estaban sentados al lado, llenos de alegría.

Estaban sentados para que *Hōrōnami* no se escapara.

Ya era casi de mañana y *Hōrōnami* no había podido salir.

Por fin sacó con su boca la *matoya* (unas pepas de adorno) y la tiró a la candela, enseguida los otros empezaron a dormir y roncaron.

Cuando hubo luz *Hōrōnami* salió rápido y se escondió.

La hija se despertó y llamó a sus padres: "Se fue mi marido", gritaba ella.

Salieron de prisa para encontrarlo: "Marido de mi hija, ¿dónde estás?".

Pero *Hōrōnami* estaba escondido y se reía: "Ha, ha, ha".

Por fin regresaron a su casa.

Un tigre encontró a *Hōrōnami* detrás del palo en donde se había escondido y casi se lo come. Se pinchó el pie con una espina de la palma *pahi* y en este momento pasaron dos dantas delante del tigre. Era una trampa que había hecho *Hōrōnami* para que el tigre se fuera, y efectivamente el tigre se fue, pero por poco lo come.

Hōrōnami se fue tranquilo a otras partes y encontró a un hombre comiendo *pahi* (una guama). *Hōrōnami* agarró unas pepitas y le metió curare. Por eso no podemos comer las pepas de *pahi*.

Hōrōnami siguió su camino y encontró a *Taakaitawē* comiendo frutas *hayu*. *Hōrōnami*, primero no vio a nadie y al subir al palo vio a *Taakaitawē*.

—¿Qué comida estás comiendo?, preguntó.

Taakaitawē se asustó cuando oyó la voz de *Hōrōnami*.

—Estoy comiendo fruta *hayu*.

—Dame también algo, dijo *Hōrōnami*.

—Hay solo un poquito.

Pero cortó una rama con frutas para *Hōrōnami*.

—¿Y tú comes siempre estas frutas y también las pepas?

—Sí, pero las pepas debes asarlas primero.

Y enseñó a *Hōrōnami* cómo debía hacerlo. Después éste siguió su camino y encontró a *Nosiriwē* llorando.

—¿Por qué lloras?

—Es que no tengo tabaco. Y le dio a *Hōrōnami* unas frutas de *pahi* que estaba comiendo.

—Mira en el mango de tu hacha lo que hay, dijo *Hōrōnami*.

En el mango había un rollo de tabaco. *Nosiriwē* agarró el tabaco y lo metió en su boca. Era un tabaco muy fuerte, que le daba mareos y le llenaba la boca de saliva. Escupió la saliva y donde escupió salieron matas de tabaco.

Hōrōnami se fue a otros sitios y caminaba mucho.

Un día notó un ruido: era la lluvia que se acercaba. Hizo rápidamente una casita con hojas de palma (había mucha palma alrededor).

Cuando estaba pasando la lluvia venía *Pore* y cargaba muchos plátanos y su cabeza era rojita pintada con onoto. Se quedó parado delante de *Hōrōnami* y dejó la carga en el suelo.

—¿Quién podrá ser este hombre?, pensaba *Hōrōnami*, y preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Yo soy *Pore*.

—¿Cómo se llaman esas frutas que llevas? Dame una, que tengo hambre. Dame aquella que está bien madura.

Pore dio una a *Hōrōnamī*, quien peló la fruta, miró dentro, pero no encontró semillas.

—¿Cómo haces tú para tener estas frutas?

—Busca tierra buena, tumba los árboles y quema los palos. Después limpias bien el terreno. Haces huecos y siembras los hijos de los plátanos. Así debes hacer, dijo *Pore* a *Hōrōnamī*.

Hōrōnamī preguntó a *Pore* dónde estaba el camino para regresar a su casa, pues se había perdido.

—Ay, dijo *Pore*; tú perdiste el camino. Mira, ésta es la selva *Atawashipiwei*. Tú pasas por las barrancas hasta aquel cerrito, que se llama *Katitii*; desde allí se puede ver el cerro *Mērēpiwei* y detrás de ese cerro está tu casa, allá vive tu gente.

Pore regresó a su casa. *Hōrōnamī* lo siguió sin que se diera cuenta. Cuando llegaron al río *Hiyēhiyēpiwei* se veía el conuco de *Pore*. Los pájaros estaban cantando en el conuco. *Hōrōnamī* sacó rápido todas las clases de plátanos y cambures. Sacó también ocumo y mata de onoto. Después tapó sus huellas y regresó a su casa.

Pore casi encuentra a *Hōrōnamī*, pero logró esconderse detrás de un palo. *Pore* se fue caminando arriba de un puente.

Hōrōnamī encontró después un venado y un animalito que se llama *shihena* (picure rabi-largo) y el pájaro *hōrēma* (poncha).

Quería llevar también una danta, pero no pudo: era muy pesada.

Hōrōnamī regresó a su casa y dijo: "Yo maté una danta", y se fue a buscarla. Se tropezó con *Kurekurethawē*: "Ay, ay, ay", gritaba él. Y del susto se cambió en el pajarito *kurekuremī* (*Trogon viridis*), un pájaro chiquito.

Hōrōnamī sabía muchas cosas. Cuando él se fue lejos, buscaba toda clase de comida para su gente. Antes no comían estas comida, como plátanos; antes tampoco había *opo* (cachicamo de nueve bandas). Un día *Hōrōnamī* estaba haciendo un mapire. Cuando lo tenía listo llegó un muchachito bajito. "Aquí hay un hueco, métase dentro", dijo *Hōrōnamī* al muchacho.

El muchacho entró en el hueco y dijo:

—Hasta aquí.

—No, tu voz está todavía cerca.

Sigue, sigue.

El muchacho entró más y preguntó otra vez:

—Aquí.

—Sigue, sigue, dijo *Hōrōnami*.

Repitió otra vez el muchacho:

—Aquí, aquí.

—Sí, sí, sí, dijo *Hōrōnami*.

Cuando salió el muchacho del hueco dejó sus huellas, pero eran huellas de cachicamo.

—Aquí pasó un cachicamo, dijo *Hōrōnami*.

Cuando estaba diciendo esto el muchacho se transformó en un cachicamo. Después, cuando *Hōrōnami* escuchó cerca del hueco, el cachicamo dijo:

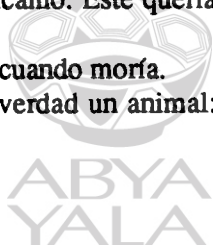
—Je, je, jeee

—Ay, ay; aquí hay un cachicamo, dijo *Hōrōnami*.

Entonces agarró un nido de comején y mandó mucho humo de comején en el hueco del cachicamo. Este quería salir, pero murió en el hueco a causa del humo.

—E, e, e, e, decía el cachicamo cuando moría.

El cachicamo no es de verdad un animal: es un muchacho que se transformó en cachicamo.



Paruriwë

Hace mucho tiempo, cuando *Hōrōnami* vivía cerca de *Hikarina*, la gente comía solo tierra.

En aquel tiempo no existía la noche. Cuando dormían también era de día.

Sucedió que *Hōrōnami* estaba durmiendo. Los de *Hikarina* estaban haciendo el amor y un montón de groserías en el *shapono*. Todos podían verlo. No tenían vergüenza. Esas cosas se hacen detrás del *shapono* o en el monte.

La mujer de *Hōrōnami*, que estaba despierta, hizo un ruido: bum, bum, bum, para despertar a su marido:

—No duermas, ¿no ves cuántas groserías están haciendo las mujeres?

—Ah, déjame tranquilo.

Pero *Hōrōnami* se levantó. Agarró su cerbatana, llamó a su hijo y

juntos salieron del *shapono*, no sin antes advertir a su mujer que preparara leña para la candela.

Cuando *Hōrōnamī* y su hijo estaban en la selva encontraron un pauj en el palo *paikawa kōhi* (al pauj le llamaban *Titiri*).

El hijo de *Hōrōnamī* sopló la primera flecha, pero apenas rozó las plumas del ala de *Titiri*. *Hōrōnamī* notó que cuando la flecha tocó las plumas del ala, se hizo un momentito de noche, y dijo: "ajá, así es, así hacemos".

Hōrōnamī flechó a *Titiri*, que cayó al suelo haciendo un ruido: blom... Enseguida vino la noche, oscura y larga.

Los cazadores que estaban en el monte perdieron el camino y gritaban: "vengan a buscarnos, eh, eh, eh, vengan a buscarnos".

En el *shapono* oyeron los gritos y salieron en busca de los perdidos. Para alumbrarse sacaron tizones prendidos del fogón de la mujer de *Hōrōnamī*, moviéndolos en el aire. Así fue la primera noche.

Hōrōnamī regresó a su casa, se puso a dormir y soñó: vio un sitio grande y bonito lleno de plátanos, un sitio *nonihioma*. La gente comía de estas frutas sabrosas, no comían tierra como él.

Con la llegada del día *Hōrōnamī* salió inmediatamente a buscar el sitio con tantos plátanos.

Caminó y caminó, subiendo y bajando cerros, buscando por todas partes.

Un día encontró a *Esikiemariwē* sentado en un árbol y comiendo guama *pahakotorema*. *Hōrōnamī* le dijo: "Tírame unas frutas". *Esikiemariwē* contestó: "No, no te voy a dar nada". Era muy mezquino.

Hōrōnamī no dijo nada. Agarró un bejuco y enlazó el cuello de *Esikiemariwē*. Haló con fuerza, con mucha fuerza. *Esikiemariwē* gritó duro: "Aih, aih". El bejuco penetró en la carne y la cabeza rodó al suelo. *Hōrōnamī* empujó el cuerpo de *Esikiemariwē* un poco fuera del camino y así quedó como un tronco podrido en el monte.

Todavía hoy se puede encontrar este tronco.

Hōrōnamī siguió su camino y encontró a *Hēshōriwē* comiendo *pahi*, (una guama) y llorando.

—¿Por qué lloras?

—Me falta el *moshimari* (así llamaba él al tabaco).

Hōrōnamī le pidió un poco de *pahi*. Se las dio. Miró las frutas y le introdujo curare a algunas pepas. Por eso hoy se encuentran gusanos en esas pepas.

Hēshōriwē seguía llorando.

—Mira, le dijo *Hōrōnami*, lo que hay encima del mango de *poo* (hacha de piedra).

Hēshōriwē bajó de prisa y encontró un rollo de tabaco. (*Hōrōnami* se había escondido detrás de un palo para ver lo que hacía *Hēshōriwē*). Metió el tabaco en la boca y empezó a marearse, todo daba vueltas ante sus ojos y gritaba de excitación. Escupió la saliva que llenaba su boca y, donde caía la saliva, brotaban matas de tabaco.

Hōrōnami prosiguió su camino buscando siempre, y se encontró con *Erimariwē* que comía guama *wakama*.

—Tírame unas cuantas guamas, le pidió *Hōrōnami*.

Erimariwē, que era mezquino, le tiró unas pocas: unas estaban vacías y otras aún tenían las pepas pequeñas. A estas pepas también le metió curare, por eso no las podemos comer, porque son muy amargas.

Prosiguió su camino alejándose cada vez más. Oyó algo, pero no logró ver nada. Se sube a un árbol para poder ver mejor y descubrió a *Taakaimiriwē*, que estaba en un árbol de *hayu* comiendo frutas.

Hōrōnami se dirigió a aquel lugar y le pidió algunas frutas. "No hay", fue la respuesta de *Taakaimiriwē*, pero dejó caer algunas. A estas pepas también les metió un poquito de curare, por eso son un poco amargas, pero tostándolas, las podemos comer.

Hōrōnami pidió todas estas cosas para ver y conocer.

Siguió su camino y después de mucho tiempo oyó el ruido de *mōrō* (un cachicamo). Era *Mōrōriwē*.

—¿Qué estás haciendo?

—E, e, e, e, e.

Estaba sacando miel del hueco de un árbol. "Me meto siempre en este hueco y como la miel tan sabrosa".

Mōrō hizo el hueco más grande para que *Hōrōnami* pudiera entrar. Una vez dentro *Mōrō* empezó a brujear y se tapó el hueco, quedando dentro *Hōrōnami*, gritando. Era un árbol de *horoweti* muy grande.

Hōrōnami con su fuerza de shamán sacudió el árbol hasta que se partió con un golpe seco: Plan.

Mōrō se desmayó del susto. Quiso escaparse, pero no pudo. *Hōrōnami* agarró el *yotowari* de *Mōrō* y con él le dio unos golpes cuando intentaba esconderse. Se le salieron las tripas y éstas se cambiaron en *shiki natosi*. Esta planta abunda mucho en el monte.

Una vez más *Hōrōnami* prosiguió su camino y se encontró con *Wakē-hawē*, que estaba cantando muy duro. Estaba en su chinchorro, meciéndose suavemente encima de la candela que había preparado. Cantaba de esta manera: "*¡Wakēhaëëë pomoyowëë!*"

Después que observó todo, *Hōrōnami* siguió su camino y encontró una casa (no sabía que en aquel lugar viviera gente). Entró. Era la casa de *Pomoyowē*. Este dijo a *Hōrōnami*: "Marido de mi hija, ven".

Les ofreció de comida *tori* (garrapatas) mezcladas con *shihe nipē* (garrapatas pequeñas). Después le dio a su hija.

Cuando estuvieron en el chinchorro la mujer agarró con las dos manos a *Hōrōnami* para que no se escapara. También *Pomoyowē* vigilaba a *Hōrōnami*. *Hōrōnami* estaba despierto y se dio cuenta de que era vigilado. Entonces sacó un trozo de *matoya*, y lo arrojó a la candela. *Pomoyowē* y su hija quedaron profundamente dormidos, circunstancia que aprovechó *Hōrōnami* para escapar y subir a un árbol.

Poco después la familia de *Pomoyowē* buscaba por todas partes sin lograr encontrar al fugitivo.

Hōrōnami se reía. *Pomoyowē* oyó la risa, pero no pudo encontrarlo y regresó a su casa.

Hōrōnami siguió su camino buscando siempre el lugar *nonihoma*, que había visto en su sueño. *Hōrōnami* siguió caminando, cerro arriba, cerro abajo, siempre caminando. Ya había encontrado muchas cosas.

Un día, mientras caminaba, oyó el ruido de la lluvia que se acercaba. De prisa hizo un techito para no mojarse. Sin darse cuenta estaba en el camino de *Pore*. Vio a *Pore* cargando plátanos y soplando la lluvia, mientras decía: "Uao, uao, uao". Caminaba con la cabeza inclinada y con las manos encima de la cabeza porque los plátanos pesaban mucho.

Hōrōnami pensó qué podía ser aquello.

—¿Quién eres tú?, le preguntó.

—Yo soy *Pore*, le dijo.

Bajó la carga de los plátanos y la dejó en el suelo. *Hōrōnami* pidió uno. *Pore* se lo dio.

Hōrōnami abrió la fruta para ver la semilla. Vio la cosa negra que está en el corazón del plátano y creyó que era la semilla.

—¿Esto es lo que se siembra?, preguntó a *Pore*.

—No, debes sembrar los hijos de los plátanos. Y le explicó cómo se siembran los plátanos, cómo hacer conuco, quemarlo.

—*Pei ë* (váyase), dijo *Pore* a *Hōrōnamī*.

Hōrōnamī fingió irse, pero siguió a *Pore*, escondido. Se puso a caminar y encontró el conuco de *Pore*. Los pajaritos estaban cantando.

Hōrōnamī sacó rápido hijos de plátanos de cada clase que tenía *Pore*. Cortó la mata y dejó el trozo de arriba otra vez en su sitio, para que *Pore* no se diera cuenta que se había llevado un poco de matas.

Se fue. Cerca de *Hikarina* hizo un conuco y sembró los hijos de plátanos. Como era un shamán muy grande sopló, y, enseguida, todo su conuco estaba lleno de plátanos grandes como frutas hechas. Pero no dijo nada a su gente de *Hikarina*. Se fue de cacería y mató muchos báquiros y llevó solo un *okaro* (pichón); los otros los guardó en el agua.

Hōrōnamī hizo *kawaamou* cuando llegó a su casa, y dijo a su gente: "Váyanse a buscar los báquiros, después comeremos carne con plátanos".



EL ORIGEN DE LOS PECES

Hace mucho tiempo *Omawë* y su hermano *Yoawë* vivían en un lugar donde crecía mucha fruta *momo*. Con las pepas de *momo* llenaron unos mapires, los amarraron bien y los metieron en el agua para que el veneno se saliera: tenían la intención de hacer una fiesta.

Yoawë habló con su hermano y dijo:

—Hermano mayor, vamos a hacer una fiesta grande para aprender a pelear duro. (Fue *Yoawë* quien nos enseñó cómo debemos pelear).

Cuando estaban haciendo *himou* (conversación ritual), salió su hijo del *shapono* para cazar pajaritos. Después de un rato regresó corriendo a la casa, todo asustado, y dijo:

—Un pajarito me ha dicho que nos van a matar, van a cortar nuestra piel, abrir nuestros pechos y barrigas y sacar el corazón y las tripas. (Es el pajarito que habla así: *si-i-ke-kea-kea* y se llama *wëshoshorema*).

Los dos hermanos se asustaron mucho al oír al muchacho, y dijeron:

—Seguro que nos van a matar.

Y huyeron enseguida a otro sitio.

Antes de salir rompieron los mapires de *momo*, para que pudieran salir las pepas, pues no podían esperar hasta que estuvieran buenas para poder comerlas. El *momo* salió de los mapires y se cambió en piedritas blancas que quedaron en el fondo del agua. Un solo mapire quedó entero y se cambió en *rahara* (monstruo acuático).

Corrieron mucho tiempo hasta quedar agotados, y se pusieron a descansar. *Omawë* cortó las hojas de una *ketipa*, dejando la mata plantada en el suelo. La mata se convirtió después en un cerro bonito de pura piedra.

Siguieron el camino y, al descansar otra vez, cortaron una palma, la plantaron en el suelo y esta palma se transformó en un cerro grande, lleno de árboles y de matas.

Siguieron su camino, hasta que llegaron a un río que los shamanes llaman *Horewato*, y en ese río hicieron los peces. A la orilla del río encontraron un árbol grande de *warimahi*. Del corazón de este árbol sacó *Omawë* un trocito de madera y lo tiró al agua. Este trocito de palo se cambió inmediatamente en un pez *yaraka*. Hizo otro trozo y también lo tiró al agua, y se cambió en pez *pookoshi*.

Fue preparando trocitos y arrojándolos al agua y nacieron *marcha*, *mashapi*, etc.

También hizo *Omaŵë* los primeros anzuelos para sacar los peces. Agarró un trozo de concha del *warimahi* y lo tiró al agua. La concha se cambió en una raya.

Yoawë caminaba en el agua y pisó la raya; ésta lo picó en el pie. Gritaba de dolor, pero aguantó. Así enseñó a los Yanomamë cómo deben aguantar los dolores.

También *Omaŵë* caminó en el agua y pisó la raya; ésta lo picó en el pie, pero *Omaŵë* no sintió nada. *Omaŵë* dijo:

—Yo no voy a tener nada de dolor.

Después agarró otra concha de *warimahi* y la tiró al agua y se puso a observar qué saldría, y vio la huella de una babilla. Llamó a su hermano: —*Wërishewë*, mira la huella de una babilla.

Con un palo buscó en el agua al animal hasta que lo agarró.

Raspó otro pedazo de concha hasta que quedó bien liso, y lo tiró al agua. Enseguida se cambió en temblador. *Yoawë* entró en el agua para agarrar el temblador y recibió una fuerte descarga; gritaba de dolor y angustia:

—Aquí está el temblador.

Omaŵë también lo agarró, pero no sintió nada.

Tiraron muchos trozos de palo al agua y salieron: *mamori*, *mosi*, *animashirimi*, *tōōtōōwë* y otros muchos más.

Un trozo de palo lo pintaron con resina *warapa* y salió un *mayēhēri*. También tiraron una rama al agua y se cambió en *mashapi*.

Omaŵë pensó también en otras cosas: cortó un trozo de bejuco llamado *ēroto* y éste se cambió en una culebra de agua, *waikoyë*.

Todo esto lo hicieron los dos hermanos en el río *Horewato*. Al sitio donde hicieron estas cosas nadie puede ir, porque los peces allá son muy peligrosos.

Omaŵë y *Yoawë* salieron del *Horewato* y encontraron otro caño. Se sentaron a la orilla. Sacaron una tira de la concha del palo *omaoma*, hicieron de esta tira una especie de bocina grande y se pusieron a jugar con ella en el agua. La bocina se les cayó al agua y se cambió en una *rahara*, monstruo muy peligroso que casi se traga a los dos hermanos. Pudieron escapar del agua a tiempo y salieron rápido de este sitio tan peligroso.

9
MITO DEL FUEGO

Monouthëri Hukoshikiwë

Hace mucho tiempo, cuando los Yanomamë no conocían el fuego, comían todas las comidas crudas.

Estaban un día en el monte buscando *kasha* (una especie de oruga), y la comieron cruda.

Iwariwë también buscaba *kasha*, pero él las asaba escondido en la selva, para que nadie lo viera. Asaba la *kasha* y la metía en la cesta, tapando con unas hojas. Encima ponía la *kasha* cruda para dársela a la gente.

En el *shapono*, durante la noche, pudieron oír a *Iwariwë* que estaba comiendo una cosa crocante, porque el ruido era: "cra, cra, cra", cuando masticaba la comida. La gente se preguntaba qué estaría comiendo ese hombre.

Un día por la mañana *Iwariwë* y su mujer *Preiyōma* se fueron al monte. Cuando se fueron, *Pokorariyoma* empezó a buscar debajo del chinchorro de *Iwariwë*, para ver si encontraba algo de lo que él había comido durante la noche. Buscó y rebuscó entre las hojas y palitos del suelo.

Por fin encontró la cabeza de una *kasha* asada. "¡Ah, ah!, dijo la vieja, ahora sabemos que *Iwariwë* cocina su comida con la candela que tiene escondida en su boca".

Entonces todos los Yanomamë se juntaron para hablar de esta cosa y de cómo podrían conseguir el fuego. Era algo muy difícil, porque *Iwariwë* era muy mezquino. Por fin dijeron:

—Tenemos que hacer reír a *Iwariwë*, y cuando abra la boca le robaremos el fuego.

Por la tarde, cuando *Iwariwë* y su mujer llegaron a la casa, todos se fueron a visitarle, sentándose alrededor.

Yōrekitirariwë estaba en cuclillas al lado del chinchorro de *Iwariwë*; un poquito más atrás *Kanapororiwë*, para probar si podían robar el fuego.

Todos estaban haciendo tonterías para que *Iwariwë* se riera, pero nada. *Iwariwë* estaba en su chinchorro, bravo al parecer, sin ver nada de lo que ellos hacían.

Tohomamoriwë se acercó a *Iwariwë* haciendo payasadas, y dijo: "Preo, preo, preo, preo", mirando si *Iwariwë* abría algo sus ojos, y cuando abrió un poquito sus ojos para ver a *Tohomamoriwë*, éste se cagó "prrrr" y ensució a los espectadores.

Al ver la escena *Iwariwë* empezó a reír duro: "Ja, ja, ja". En ese momento salió el fuego de su boca. *Yörekitirariwë* agarró rápido el fuego, pero no tenía fuerzas para levantarlo. *Preiyōma* empezó a orinar duro para apagar el fuego, pero *Kanapororiwë* agarró el fuego a tiempo y voló hacia el palo seco de *apia* y allí dejó la candela.

Iwariwë y *Preiyōma* estaban bravísimos: "Ustedes van a sufrir mucho con ese fuego", gritó ella. "Los hombres, cuando estén bravos con sus mujeres, van a quemar la piel de sus pechos y de sus piernas, y, cuando ustedes mueran, la candela va a comer sus cuerpos. Nosotros vamos a vivir en los caños, donde está más fresco".

Y en el mismo momento brincaron al agua para vivir siempre en ella.

Desde entonces los Yanomami usan el fuego.



Pishaasithëri Hakokoiwë

Hace mucho tiempo vivía *Iwariwë* con su gente. Es un antepasado. Vivían lejos, muy lejos.

Iwariwë asaba su *kasha*. El comía su comida asada, pero su gente comía todo crudo: no tenían fuego para asar.

Iwariwë cargaba siempre *kasha* cruda para su gente. Engañaba a su gente, porque él asaba *kasha* a escondidas y daba la cruda a su gente.

Cuando *Iwariwë* comía hacía un ruido con sus dientes: "Cra, cra, cra". La gente pensaba: "¿Qué estará comiendo este hombre?". Y hablaban también entre ellos qué podría estar comiendo.

Un día, cuando *Iwariwë* y su mujer se fueron al monte, *Pokorariyoma* buscó entre la basura de la casa de *Iwariwë*, debajo de su chinchorro, buscaba aquí, buscaba allá, hasta que encontró una hoja quemada. Siguió buscando y encontró una *kasha* asada; "¡Ah, ah!, él come su comida asada", dijeron.

Limpiaron el patio. *Iwariwë* estaba todavía en el monte. Su patio estaba limpio cuando regresó su mujer. "¡Ah, ah!, pensó *Iwariwë*, de

seguro que quieren el fuego", y se puso bravo; se acostó en su chinchorro; no miraba a la gente, estaba bravísimo. Su gente se sentó alrededor de él y tomaron yopo. Mientras tomaban yopo hacían payasadas para que *Iwariwë* se riera pero nada. Siguieron con las tonterías hasta que *Iwariwë* comenzó a hablar. Cuando hablaba salía humo de su boca. La gente decía: "Mira, es verdad, *Iwariwë* tiene fuego en su boca". Y quedaron muy alegres. Cada vez que hablaba *Iwariwë*, salía humo de su boca, pero el fuego, no. El último que debía hacer payasadas era *Teshoriwë*. Empezó a bailar y cantaba encima de *Iwariwë*, y decía: "Tu, tu, tuu, sii, sii, sii", haciendo muchas groserías. *Iwariwë* empezó a reír: "Ja, ja, ja, ja", y el fuego salió de su boca y cayó al suelo. El fuego que salió era limpio y bonito.

Yörekitirariwë, que estaba debajo del chinchorro de *Iwariwë*, agarró rápido el fuego, pero no podía volar con él. *Kanapororiwë* agarró a tiempo el fuego y se fue volando muy alto con la candela: "Kia, kia, kia, hutu, tu, tu, tu", decía *Kanapororiwë*, y puso la candela arriba de un palo grande y salió mucho fuego.

La mujer de *Iwariwë* regañó a todos los Yanomami antepasados. La que los regañó se llamaba *Pretipretiyōma*: "Ustedes robaron nuestro fuego. Nosotros vamos a vivir siempre en el agua".

Y brincaron al río para vivir siempre allí. *Pretipretiyōma* se cambió en una rana e *Iwariwë* en una babilla.

Desde entonces los antepasados nunca comieron más carne cruda, ya tenían el fuego.



10
MITO DEL AGUA

Hakokoiwë

Fue *Koromarithawë* quien sacó el agua de la tierra con su pico.

El hijo de *Omawë* tenía mucha sed y buscaba agua, pero no había. Al ponerse el sol todavía estaba buscando agua y lloraba de sed. *Omawë* también buscaba en todas partes. Le pareció escuchar ruido de agua, como de un río, pero no encontró el río. Se dio cuenta de que el ruido salía de la tierra.

Omawë llamó a *Koromarithawë* para que él, con su largo pico, hiciera un hueco en la tierra. *Omawë* era el abuelo de *Koromarithawë*.

Koromarithawë picó la tierra, hizo un hueco hondo, y, hacia el mediodía, salió un gran chorro de agua. "Acércate, dijo *Koromarithawë* a *Omawë*. Al decir esto también el niño se acercó, bebió mucho, hasta que el chorro de agua lo tumbó.

Omawë quería tapar el hueco, pero no pudo, toda la tierra se puso blandita, se llenó todo hasta el otro lado. "Mira, dijo *Koromarithawë*, se está haciendo el agua grande".

Se metieron cada uno en una canoa y bajaron, cada uno por su cuenta. El bueno, que se llamaba *Omawë*, dijo "¡Aaaee!", y bajó rápido como un motor. Por fin se quedó dormido. Cuando dormía cantaba el pájaro así: "Jora, jora, jora". "¡Ah!, ahora mi hermano se está acercando", dijo cuando oyó cantar al pájaro.

Yoawë también había oído al pájaro, y dijo lo mismo.

A la mañana cantaba otro pájaro, que decía: "Iri, iri". "Ya estamos acercándonos", dijeron los dos, y donde se acaba el río llegaron los dos juntos. Allá viven los dos hermanos donde se acaba la tierra. Encontraron allá el bambú que sirve para hacer puntas de flechas del tipo *hetu* y *ëiamo*.

Ellos están cuidando este bambú.

Paruriwë

Hace mucho tiempo vivían *Omawë*, *Yoawë* y *Hëihëyomiriwë*.

Omawë mató una danta. Después comieron mucha carne de danta.

El hijo de *Omawë*, de comer tanta carne, tenía mucha sed, pero no había agua.

Omawë oyó un ruido de agua debajo de la tierra. *Yoawë* empezó a cavar un hueco en el sitio del ruido. Hizo un hueco muy hondo con el *ripushito*, pero no alcanzó el agua. Después *Omawë* siguió cavando, pero tampoco él llegó al agua.

El hijo de *Omawë* casi moría de sed. *Omawë* llamó a su yerno *Koromarithawë*. *Koromarithawë* estaba de espalda a *Omawë* para escuchar. "Ven, mi yerno, dijo *Omawë*, ayúdanos a llegar al agua".

Koromarithawë se puso derecho y alto y empezó a cavar rapidísimo. En un momento llegó al agua. Del agua salía un tremendo chorro de agua.

Koromarithawë llamó al hijo de *Omawë*: "Ven acá, saca tu totuma y bebe".

El hijo de *Omawë* tomó rápidamente mucha agua hasta que se quitó la sed.

El niño se paró y murió enseguida, después de tomar tanta agua.

El agua del manantial subterráneo siguió saliendo con mucha fuerza, hacia arriba, muy alto.

Omawë quería tapar el hueco, pero no lo logró. Toda la tierra, alrededor, se puso blanda y, poco a poco, se empapó de agua. *Omawë* hizo rápidamente una canoa y se fue hacia abajo.

La lluvia que cae hoy día, es el agua que salió del manantial subterráneo hacia arriba.



INDICE

PRIMERA PARTE (Jacques Lizot)

1. Raptado por los Báquiros	11
2. La fiesta de los chigüires y de las mariposas	14
3. Las abejas habladoras	15
4. Los cazadores desafortunados	17
5. En las arenas movedizas	19
6. En la roca de los brujos despeñados	20
7. Murciélago resucita a los muertos	22
8. Resurrección de un perro	24
9. Visita a las almas	26
10. El retorno de los espectros	28
11. El antojo de la miel	30
12. El cachicamo amputado	33
13. Comiendo flores	35
14. La equivocación de venado	36
15. Cambiados en báquiros.....	39
16. Danta se convierte en animal terrícola	41
17. Amores incestuosos	42
18. Enamorados de sus hermanas	46
19. El tucuso presuntuoso	48
20. Colibrí quiere engordar	49
21. El niño-cachicamo, el jaguar y el ciempiés	50
22. Cambios en cachicamo	53
23. El desepcho de la serpiente	55
24. Ganas de almendras	57
25. Perdida en el maizal	60
26. El señor de las plataneras	61
27. En busca del tabaco	67
28. Pico enano descubre el curare	71

29. El robo del fuego	72
30. Un extraño festín	76
31. Trueno es enviado al cielo	78
32. Cuando el cielo se hunda	79
33. Al fin llegó la noche.....	80
34. Primeras mujeres	84
35. La sangre de Rabipelado	86
36. Damas de antaño: la esposa humana de Espíritu-Tucán	99
37. Una suegra glotona	101
38. Raptada por los demonios de la noche	103
39. La vieja inicia el baile	104
40. Una patada famosa	105
41. Una joven indispuesta	106
42. El cazador petrificado	108
43. Convertido en nido de abejas	109
44. Cabeza cortada, cabeza que ríe	111
45. Oso hormiguero pierde a su mujer	112
46. ¡Ojo! Mujer encinta	114
47. El destripador de mujeres.....	115
48. El desollador	116
49. Yutuyuturi	121
50. Rompe-Espinazo	124
51. El canibal tiene buen apetito	130
52. Un compañero insoportable	131
53. Sorbe-cerebros	132
54. Insectos atrevidos.....	133
55. Cuidado con los colibríes.....	134
56. Un pescador obstinado	135
57. Amable bicho	136
58. Por el placer de un baño	137
59. Estuvieron a punto de ser comidos	139
60. Jaguar se extravía	140
61. La ardilla es coriácea	141
62. Un yerno oportuno	143
63. Jaguar encuentra a su dueño '	149
64. El diluvio	156
65. Un árbol que se dilata	160
66. El palmito.....	161

67. Como en mantequilla	162
68. La hija de las aguas	163
69. Más alla del bien y del mal	171
70. Nacimiento de los gemelos y muerte del ogro	174
71. El origen de las aguas celestiales y terrestres	177
72. Como Yoawë perdió su poder chamánico	178
73. La equivocación de los gemelos	179
74. El destino de los Demiurgos	180
75. El origen de las enfermedades	181
76. Cráneo de Jaguar	182
77. El origen de los cochinos de monte	183
78. Un pene embarazoso	184
79. A causa de las nueces de Brasil	185

SEGUNDA PARTE (Luis Cocco)

1. Mito del algodón	189
2. Mito del maíz	190
3. Mito del mapuey	192
4. Mito del ocumo	193
5. Mito de la batata	194
6. Mito de la flecha	195
7. Mito de Naro	196
8. Mito del tabaco	200
9. Mito del yopo	201
10. Mito del curare	202
11. Mito del tigre	204
12. Mito de pijiguao	205
13. Mito del fuego	207
14. Mito de la cerbatana	209
15. Mito de Porehimi	212
16. Mito de Peribo-Riwë	218
17. Mito Omawë	221

TERCERA PARTE (Juan Finkers)

1. Mito del conuco	231
2. Mito de la yuca	233

3. Mito del maíz	236
4. Mito de pijiguao	238
5. Mito del tabaco	239
6. Origen del curare	240
7. Hōrōnami.....	241
8. El origen de los peces	249
9. Mito del fuego	251
10. Mito del agua	254

